

A man in a brown military uniform is shown from the chest up. He is holding a white feather in his right hand. The background is a textured, brownish-grey surface. The text 'El Pacifista' and 'JOHN BOYNE' is overlaid on the image. In the top left corner, there is a white logo resembling a stylized 'e' or '3'. In the bottom right corner, there is a blue banner with the text 'Lectulandia' in white.

e

# El Pacifista

JOHN BOYNE

Lectulandia

Mes de septiembre de 1919.

Tristan Sadler, un muchacho de veintiún años, toma el tren de Londres a Norwich para entregarle a Marian Bancroft las cartas que ella le escribió a su hermano fallecido, Will, durante la Primera Guerra Mundial. Will y Tristan mantuvieron una relación íntima, sin embargo las cartas son solo la excusa para la visita. La verdad es que, Tristan esconde un lastimoso secreto en lo más profundo de su ser, un secreto que está preparado para compartir con la hermana de su amigo, si es que al final logra juntar el valor indispensable para ello.

*El pacifista* es una historia de heroísmo, pasión y engaño en el mundo moralmente neblinoso de la guerra. En un ambiente donde predominan la ferocidad y la injusticia, dos soldados muy jóvenes sostienen una desagradable batalla contra la complejidad de sus emociones... Su amistad, primero en el campo de instrucción y después en las trincheras del norte de Francia, trae consigo la intensa luz del autoconocimiento y la felicidad, pero también las tinieblas del desconcierto y el dolor.

John Boyne maneja los hilos del relato con gran destreza, hasta alcanzar un desenlace impactante, de los que permanecen en el recuerdo.

Lectulandia

John Boyne

# El pacifista

ePub r1.0

NoTanMalo 4.7.17

Título original: *The Absolutist*  
John Boyne, 2011  
Traducción: Patricia Antón de Vez

Editor digital: NoTanMalo  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



# TOMBLAND

*Norwich, 15-16 de septiembre de 1919.*

Sentada frente a mí en el vagón, la anciana dama de la estola de zorro recordaba algunos de los asesinatos que había cometido a lo largo de los años.

—Estuvo aquel reverendo en Leeds —comentó con una leve sonrisa y dándose toquécitos con el índice en el labio inferior—. Y la solterona de Hartlepool, aquella con un trágico secreto que acabaría siendo su perdición. Y la actriz de Londres, por supuesto, la que se lio con el marido de su hermana en cuanto él volvió de Crimea. Era una fresca, de modo que por esa no pueden culparme. Pero sí lamento haber matado a aquella chica para todo en Connaught Square. Era una muchacha muy trabajadora, de buena familia nortea, y quizá no merecía un final tan brutal.

—Ese es uno de mis favoritos —contesté—. Si quiere saber mi opinión, le diré que lo tuvo bien merecido. Leyó unas cartas que no eran de su incumbencia.

—Lo conozco, ¿verdad? —preguntó la dama, inclinándose hacia delante con los ojos entornados para buscar rasgos familiares en mi rostro. Me llegó una fuerte combinación de lavanda y crema hidratante; el pintalabios rojo sangre le volvía viscosos los labios—. Lo he visto antes en algún sitio.

—Trabajo para el señor Pynton, de Whisby Press. Me llamo Tristan Sadler —me presenté—. Nos vimos hace unos meses en un almuerzo literario.

Tendí la mano y ella la miró fijamente, como si no supiera qué se esperaba que hiciese. Luego me la estrechó con cautela, con unos dedos que no acabaron de cerrarse en torno a los míos.

—Usted pronunció una charla sobre venenos indetectables —añadí.

—Sí, ahora me acuerdo —repuso asintiendo con rapidez—. Llevaba usted cinco libros para que se los firmara. Me impresionó su entusiasmo.

Sonreí, halagado porque se acordara de mí.

—Soy un gran admirador suyo —declaré, y la dama inclinó la cabeza con elegancia, un movimiento sin duda pulido después de más de treinta años recibiendo elogios de sus lectores—. Y el señor Pynton también. Está muy interesado en atraerla a nuestra editorial.

—Sí, conozco a Pynton —repuso ella estremeciéndose—. Un hombrecillo repugnante, con una terrible halitosis. No entiendo cómo puede soportar tenerlo cerca. Aunque ya veo por qué trabaja usted para él.

Arqueé una ceja, confuso, y ella esbozó una sonrisita.

—A Pynton le gusta rodearse de cosas hermosas —explicó—. Ya lo habrá notado en su afición por las obras de arte, y esos sofás tan recargados que parecen salidos del taller parisino de algún diseñador de moda. Me recuerda usted a su último ayudante, el del escándalo. Pero no, me temo que no hay ninguna posibilidad. Llevo más de

treinta años con mi editor y me siento perfectamente satisfecha donde estoy.

Se acomodó de nuevo en el asiento, ahora con expresión gélida. Supe que había metido la pata, convirtiendo lo que podría haber sido una conversación agradable en una transacción comercial en potencia. Miré por la ventanilla, avergonzado. Al consultar el reloj, advertí que llevábamos una hora de retraso, y el tren había vuelto a detenerse sin explicación.

—Precisamente por eso ya nunca voy a la ciudad —declaró la dama de pronto. El ambiente en el vagón empezaba a estar cargado y comenzó a forcejear con la ventanilla—. Una ya no puede confiar en que el ferrocarril la lleve de vuelta a casa.

—Espere, deje que la ayude, señora —intervino el joven que iba a su lado y que desde que habíamos salido de Liverpool Street había estado hablándole en insinuantes susurros a la chica sentada junto a mí.

Se levantó y se inclinó hacia la ventanilla, levantando una brisa de sudor, para darle un buen tirón. Se abrió con una sacudida, permitiendo la entrada de aire caliente y vapor de la locomotora.

—Mi Bill tiene mucha mano con la maquinaria —declaró la joven con una risita de orgullo.

—Vale ya, Margie —repuso el joven, sonriendo levemente al sentarse de nuevo.

—Durante la guerra se dedicaba a arreglar motores, ¿verdad, Bill?

—He dicho que vale ya, Margie —repitió él con mayor frialdad.

Cuando sus ojos se cruzaron con los míos, nos miramos unos instantes y luego apartamos la vista.

—Solo es una ventanilla, querida —intervino la dama novelista, impecablemente oportuna.

Me percaté entonces de que a los distintos bandos del compartimento nos había llevado más de una hora reconocer la presencia de los demás. Me recordó a aquella historia de los dos náufragos ingleses que pasaron cinco años en una isla desierta sin dirigirse la palabra porque nunca los habían presentado formalmente.

Veinte minutos después, el tren reanudó la marcha y llegamos por fin a Norwich con más de hora y media de retraso. La joven pareja se apeó primero, en un revuelo de nerviosa impaciencia y risitas, ávidos por llegar a su habitación, y yo ayudé a la escritora con su maleta.

—Muy amable, joven —comentó en tono distraído mientras recorría el andén con la mirada—. Mi chofer debería estar por aquí para ayudarme el resto del camino.

—Ha sido un placer verla —dije, prefiriendo no volver a tenderle la mano y ofreciéndole en cambio una breve inclinación de cabeza, como si ella fuera la reina y yo un súbdito leal—. Espero no haberla incomodado antes. Solo he querido decir que el señor Pynton desearía tener escritoras de su calibre en nuestras filas.

Sonrió al oír aquello («soy relevante», decía su expresión) y luego se alejó, seguida por su chofer de uniforme. Me quedé donde estaba, rodeado de gente que iba de aquí para allá, perdido entre la muchedumbre, solo en la atestada estación.

Salí de entre los gruesos muros de piedra de la estación de Thorpe a una tarde inesperadamente luminosa, y descubrí que la calle en que se emplazaba mi alojamiento, Recorder Road, quedaba muy cerca y podía ir andando. Sin embargo, me encontré con que mi habitación no estaba disponible todavía.

—¡Vaya por Dios! —exclamó la casera, una mujer delgada de cutis pálido y áspero. Advertí que temblaba, aunque no hacía frío, y que se frotaba las manos con nerviosismo. Era muy alta, de esas mujeres cuya anormal estatura las hace destacar en una multitud—. Me temo que le debemos una disculpa, señor Sadler. Hoy hemos tenido mucho ajeteo, y no sé muy bien cómo explicarle qué ha pasado.

—Escribí para avisar, señora Cantwell —repuse tratando de atenuar la irritación que asomaba a mi voz—. Dije que estaría aquí poco antes de las cinco. Y ya son más de las seis. —Indiqué con la cabeza el reloj de pie del rincón, al otro lado del mostrador—. No pretendo ser inoportuno, pero...

—No está siendo inoportuno, señor, en absoluto —se apresuró a decir—. La habitación debería llevar varias horas lista para usted, pero... —Se interrumpió y en su frente se formaron arrugas cuando apartó la vista mordiéndose el labio, al parecer incapaz de mirarme a los ojos—. A decir verdad, hemos tenido un incidente un poco desagradable esta mañana, señor Sadler. En su habitación. O en la que iba a ser su habitación, quiero decir. Es probable que ahora ya no la quiera. Yo no la querría, sin duda. No sé qué voy a hacer con ella, la verdad. No puedo permitirme dejarla vacía.

Su agitación era obvia, y pese a que mis planes para el día siguiente ocupaban mis pensamientos, me preocupó un poco. Estaba a punto de preguntarle si podía hacer algo para ayudarla cuando se abrió una puerta detrás de ella, y la mujer se volvió en redondo. Apareció un muchacho que rondaría los diecisiete años. Supuse que era su hijo, pues había cierto parecido en los ojos y la boca, aunque el muchacho tenía el cutis peor, con marcas del acné propio de su edad. Se detuvo en seco y me observó un instante antes de volverse hacia su madre.

—Te he dicho que me avisaras cuando llegara el caballero, ¿no? —le recriminó con airada frustración.

—Pero si acaba de llegar, David —protestó ella.

—Es cierto —intervine con el curioso impulso de salir en defensa de la mujer—. Acabo de llegar.

—Pero no me has llamado —insistió él—. En cualquier caso, ¿qué le has dicho?

—Todavía no le he dicho nada —repuso ella, volviéndose de nuevo hacia mí con una expresión que sugería que iba a echarse a llorar si seguían reprendiéndola—. No he sabido qué decirle.

—Le ruego me disculpe, señor Sadler —dijo el chico dirigiéndose a mí con una sonrisa cómplice, como dando a entender que los tipos como él y yo comprendíamos que nada en este mundo saldría a derechas si no apartábamos a las mujeres para ocuparnos nosotros—. Me habría gustado estar aquí para recibirlo. Le he dicho a mi madre que me avisara en cuanto llegara. Lo esperábamos antes.



—Sí —repuse, y le expliqué que uno no podía fiarse del tren—. Pero la verdad es que estoy cansado y confiaba en ir derecho a mi habitación.

—Por supuesto, señor —contestó tragando saliva y clavando la vista en el mostrador como si su futuro estuviese escrito en la madera; ahí, en sus vetas, estaba la chica con la que se casaría, los hijos que tendrían y la vida de amargas peleas que se infligirían unos a otros.

Su madre le tocó un brazo y le susurró algo al oído; él negó con la cabeza y le siseó que se callara.

—Todo esto es un desastre —rezongó, alzando de pronto la voz, y centró de nuevo la atención en mí—. Usted tenía que alojarse en la número cuatro, pero me temo que la número cuatro no está disponible ahora mismo.

—Bueno, ¿no podría alojarme entonces en otra?

—Oh, no, señor —contestó negando con la cabeza—. No, me temo que están todas ocupadas. Usted tenía asignada la número cuatro. Pero no está lista, he ahí el problema. Le agradecería que nos diera un poco más de tiempo para prepararla.

Salió de detrás del mostrador y pude verlo mejor. Aunque solo tenía unos años menos que yo, por su aspecto se habría dicho que era un chaval interpretando el papel de adulto. Llevaba unos pantalones de hombre con dobladillos en las perneras, y una combinación de camisa, corbata y chaleco que no habría estado fuera de lugar en alguien mucho mayor. Se había peinado el incipiente bigote en una horrible línea sobre el labio superior, y durante un instante no logré distinguir si se trataba de un bigote o de suciedad que la servilleta de la mañana había pasado por alto. Pese a sus intentos de parecer mayor, su juventud e inexperiencia saltaban a la vista. Tuve la certeza de que no habría sabido qué hacer ahí fuera, en el ancho mundo.

—David Cantwell —se presentó al cabo de un momento, tendiéndome la mano.

—Esto no puede ser, David —lo atajó la señora Cantwell ruborizándose—. El caballero va a tener que alojarse en otro sitio esta noche.

—¿Y dónde va a alojarse, entonces? —replicó el muchacho enfrentándose a ella y con un dejo de indignación en la voz—. Ya sabes que está todo lleno. Dime adónde se supone que he de mandarlo, porque yo no lo sé. ¿A la pensión de Wilson? ¡Llena! ¿La de Dempsey? ¡Llena! ¿La de Rutherford? ¡Llena! Tenemos un compromiso, mamá. Nos hemos comprometido con el señor Sadler, y debemos afrontar nuestros compromisos o incurriremos en la deshonra, y ya hemos tenido bastante deshonra por hoy, ¿no te parece?

Su brusquedad me sobresaltó, e imaginé cómo sería la vida en una casa de huéspedes para aquel par de almas disparejas. Un muchacho y su madre, solos desde que él era un niño, pues el marido, supuse, había resultado muerto años atrás en un accidente con una trilladora. El crío era demasiado pequeño para acordarse de su padre, por supuesto, pero lo idolatraba igualmente y nunca había perdonado a su madre por mandar al pobre hombre a trabajar de sol a sol. Y entonces estalló la guerra y el chico había sido demasiado joven para luchar. Fue a alistarse pero se

rieron de él. Qué crío tan valiente, comentaron, y le dijeron que volviera cuando fuera un hombre de pelo en pecho, si aquella malhadada contienda no había concluido para entonces. El muchacho volvió junto a su madre y sintió desprecio al ver su expresión de alivio cuando le dijo que no se iba a ningún sitio, al menos de momento.

En aquella época andaba imaginando esa clase de escenas constantemente, hurgando en lo más denso de mis tramas en busca de enredos diversos.

—Señor Sadler, tendrá que perdonar a mi hijo —dijo la señora Cantwell, inclinándose hacia mí con las manos apoyadas en el mostrador—. Se excita con facilidad, como puede comprobar.

—Eso no tiene nada que ver, mamá —insistió David, y repitió—: Tenemos un compromiso que cumplir.

—Y nos gustaría afrontar nuestros compromisos, por supuesto, pero...

Me perdí el final de la frase, porque el joven David me agarró del codo, un gesto que me sorprendió por su familiaridad e hizo que apartara el brazo; el muchacho se mordió el labio y miró alrededor con nerviosismo antes de decirme en susurros:

—Señor Sadler, ¿puedo hablarle en privado? Le aseguro que no es así como me gusta llevar las cosas aquí. Ahora mismo debe de tener muy mala opinión de nosotros. ¿Le parece que pasemos al salón? Está vacío en este momento y...

—Muy bien —dije, y dejé mi bolsa de viaje en el suelo ante el mostrador de la señora Cantwell—. No le importa que deje esto aquí, ¿verdad?

La mujer negó con la cabeza, tragando saliva y retorciéndose otra vez las benditas manos, con todo el aspecto de preferir una muerte dolorosa antes que continuar con aquella conversación. Seguí a su hijo al salón; una parte de mí tenía curiosidad por toda la preocupación que mostraban, y otra se sentía molesta por ella. Estaba cansado por el viaje y abrigaba emociones tan contradictorias por el hecho de hallarme en Norwich que no deseaba otra cosa que ir derecho a mi habitación, cerrar la puerta y quedarme a solas con mis pensamientos.

La verdad es que ni siquiera sabía si podría llevar adelante mis planes para el día siguiente. Sabía que había trenes a partir de las seis y diez y cada dos horas exactas, de manera que disponía de cuatro opciones para llegar a la cita.

—Qué desastre —empezó David Cantwell, y profirió un ligero silbido entre dientes mientras cerraba la puerta a su espalda—. Y mi madre no pone las cosas más fáciles, ¿no le parece, señor Sadler?

—Mire, quizá sería mejor que me explicara qué problema hay —repuse—. Envié un giro postal con la carta en la que pedía la reserva de una habitación.

—Sí, por supuesto que lo hizo, señor. Yo mismo tomé nota de la reserva. Verá usted, decidí que lo alojaríamos en la número cuatro. Esa habitación es la más tranquila y, aunque es posible que el colchón tenga algunos bultos, la cama cuenta con un buen somier y nuestros huéspedes comentan que es muy cómoda. Leí su carta, señor, y di por sentado que es usted militar. ¿Me equivoco, señor?

Titubeé un instante y asentí.

—Sí, lo fui. Ahora ya no, por supuesto. No desde que acabó la guerra.

—¿Participó en muchos combates? —preguntó el chico con un brillo en la mirada, y sentí que mi paciencia flaqueaba.

—Volvamos a lo de mi habitación. ¿Van a dármela o no?

—Bueno, señor —contestó, decepcionado ante mi respuesta—. Eso depende de usted.

—No le entiendo.

—Nuestra criada, Mary, está ahí arriba ahora mismo, desinfectándolo todo. Se ha quejado amargamente por ello, no me importa contárselo, pero le he dicho que es mi nombre el que está escrito sobre la puerta, y que si quiere conservar el empleo hará lo que se le diga.

—Creía que era el nombre de su madre —dije para hacerlo rabiar un poco.

—Bueno, pues también es el mío —espetó indignado y sacando pecho—. En cualquier caso, la habitación quedará como nueva cuando la criada haya acabado, descuide. Mi madre no ha querido contarle nada, pero ya que es usted militar...

—Exmilitar —corregí.

—Sí, claro. Bueno, me parece que sería poco respetuoso por mi parte no contarle qué ha pasado allí para que decida usted mismo sobre la cuestión.

Para entonces me sentía intrigado y se me ocurrían varias posibilidades. Un asesinato, quizá. Un suicidio. Un marido descarriado y pescado por un detective en brazos de otra mujer. O algo menos dramático: una colilla sin apagar que hubiese prendido en una papelera. Un huésped fugado en plena noche sin pagar la cuenta. Más enredos. Más tierra baldía.

—Estaré encantado de decidir —dije—, con tal de que me...

—Se había alojado aquí antes, por supuesto —me interrumpió el chico, más animado ahora que se disponía a contármelo sin dejarse nada en el tintero—. Señor Charters, así se llama. Edward Charters. Un tipo muy respetable, o eso pensaba. Trabaja en un banco de Londres, pero su madre vive en algún sitio en dirección a Ipswich y va a verla en ocasiones, y suele pasar un par de noches en Norwich antes de volver a la ciudad. Cuando lo hace, siempre se hospeda aquí. Nunca habíamos tenido ningún problema con él, señor. Un caballero discreto, reservado, bien vestido. Siempre pedía la número cuatro porque sabía que es una buena habitación, y yo estaba encantado de proporcionársela. Soy yo quien adjudica las habitaciones, señor Sadler, no mi madre. Ella se hace un lío con los números y...

—Y ese tal señor Charters —lo interrumpí— ¿se ha negado a dejar libre la habitación?

—No, señor —contestó el muchacho negando con la cabeza.

—¿Ha habido algún tipo de accidente, entonces? ¿Se ha puesto enfermo?

—No, no, nada de eso, señor. Verá, le dimos una llave, por si volvía tarde. Se la damos a nuestros clientes de confianza, ya sabe. Yo lo dispongo así. Por supuesto, será perfectamente apropiado facilitarle una a usted, teniendo en cuenta que ha estado

en el ejército. Yo mismo quise alistarme, señor, solo que no me lo permitieron por...

—Por favor. Si pudiéramos ceñirnos a...

—Sí, lo siento, señor. Es un poco incómodo, pero, en fin, somos dos hombres de mundo, ¿no es así, señor Sadler? ¿Puedo hablarle sin tapujos?

Me encogí de hombros. Suponía que yo era un hombre así. No lo sabía. Para ser franco, ni siquiera sabía qué significaba exactamente esa expresión.

—El caso es que esta madrugada ha habido un poco de revuelo —continuó el muchacho, bajando la voz e inclinándose con gesto conspiratorio—. Ha sacado de la cama a toda la maldita casa. —Negando con la cabeza, añadió—: Disculpe, señor. Resulta que el señor Charters, de quien creíamos que era un caballero tranquilo y decente, no lo es en absoluto. Anoche salió, pero no regresó solo. Y tenemos normas con respecto a esas cosas, por supuesto.

No pude evitar sonreír. ¡Qué sutilezas!

—¿Eso es todo?

Imaguiné a un hombre solitario, un hombre amable que visitaba a su madre en Ipswich, que había encontrado de algún modo una acompañante para pasar la velada, quizá inesperadamente, y había permitido que sus instintos básicos tomaran las riendas. Desde luego, no era lo que se dice muy emocionante.

—No es exactamente todo, señor —repuso David—. Pues resulta que... que... la persona que lo acompañaba, digamos, no era mejor que un ladrón. Le robó todo lo que llevaba, y cuando él protestó, lo amenazó con un cuchillo en el cuello, y entonces hubo un jaleo de mil demonios. Despertó a mi madre, me despertó a mí, los demás huéspedes aparecieron en el pasillo en pijama. Llamamos a su puerta y cuando la abrimos... —Pareció no saber si debía continuar, y entonces añadió—: Llamamos a la policía, por supuesto. Se los llevaron a los dos. Pero mi madre se siente muy desdichada por todo este asunto. Cree que este sitio se ha echado a perder, e incluso habla de venderlo, lo crea o no. Habla de volver con su familia en el West Country.

—Estoy seguro de que el señor Charters también se sentirá desdichado —comenté, sintiendo simpatía hacia él—. Pobre tipo. Puedo entender que hayan arrestado a la joven dama, por supuesto, si se puso violenta, pero ¿por qué diantre han tenido que detenerlo a él? Sin duda no se trata de una cuestión de moral, ¿no?

—Pues sí, señor, lo es —repuso David irguiéndose en toda su estatura, como si mis palabras supusieran una clara afrenta—. Se trata desde luego de una cuestión de moral.

—Pero no ha quebrantado la ley, por lo que tengo entendido. No veo por qué han de pedirle cuentas por algo que, después de todo, es solo una indiscreción personal.

—Señor Sadler —repuso David con tono tranquilo—. Se lo diré con franqueza, porque creo que puede haberme malinterpretado. El acompañante del señor Charters no era una joven dama, me temo. Era un muchacho. —Me hizo un gesto cómplice con la cabeza, y yo me sonrojé un poco y aparté la mirada.

—Ah —respondí, asintiendo despacio con la cabeza—. Ya veo. Se trata de eso.

—Así pues, entenderá usted el porqué del disgusto de mi madre. Si se difunde la noticia... —Alzó la vista con rapidez, como si acabase de caer en la cuenta de algo—. Confío en que será discreto con respecto a este asunto, señor. Debemos tener en cuenta nuestro medio de ganarnos la vida.

—¿Cómo dice? —pregunté mirándolo fijamente, y asentí con rapidez—. Oh, sí, por supuesto. Es... bueno, es asunto de ustedes y de nadie más.

—Pero sigue pendiente la cuestión de la habitación —continuó con delicadeza—. Y si quiere usted alojarse en ella o no. Como le he dicho, la están limpiando a fondo.

Lo consideraré unos instantes, pero no vi objeción alguna.

—En realidad no me importa, señor Cantwell. Lamento sus dificultades y el disgusto de su madre, pero si la habitación todavía está disponible para esta noche, sigue haciéndome falta una cama.

—Asunto resuelto, entonces —repuso alegremente, abriendo la puerta para marcharse.

Lo seguí, un poco sorprendido por la rapidez con la que había concluido nuestra reunión, para encontrarme con que la madre del chico seguía en su sitio al otro lado del mostrador, con una mirada que iba fugazmente del uno al otro.

—El señor Sadler lo comprende todo perfectamente —anunció su hijo—. Y de todos modos le gustaría disponer de la habitación. Le he dicho que estará lista dentro de una hora. Todo solucionado, pues. —Le hablaba como si fuera ya el señor de la casa y ella su criada.

—Muy bien, David —respondió ella con un deje de alivio en la voz—. Y es muy amable por su parte, señor, si me permite que se lo diga. ¿Me haría el favor de firmar en el registro?

Asentí y me incliné sobre el libro para escribir mi nombre y mi dirección, salpicando un poco de tinta al intentar controlar los espasmos de la mano que sostenía la pluma, la derecha.

—Puede esperar en el salón si lo desea —dijo David mirando fijamente mi dedo índice, preguntándose sin duda por qué temblaba—. También dispone de un *pub* muy respetable unas puertas más abajo, si precisa un pequeño refrigerio tras el viaje.

—Sí, me parece que sí —respondí depositando la pluma con cautela en el mostrador—. ¿Puedo dejar aquí mi maleta, entretanto?

—Por supuesto, señor.

Me incliné para sacar un libro de mi bolsa de viaje, volví a cerrarla y me incorporé echándole un vistazo al reloj.

—¿Le parece que vuelva sobre las siete y media?

—La habitación estará a punto entonces, señor —contestó David, y me acompañó hasta la puerta para sostenérmela abierta—. Y, una vez más, le ruego que acepte mis disculpas. El mundo es un lugar muy extraño, ¿no le parece, señor? Nunca se sabe con qué clase de degenerados puede tratar uno.

—Desde luego —repuse saliendo al aire fresco.

Sentí alivio ante aquella brisa que me hizo ceñirme el abrigo y deseé haberme acordado de coger los guantes. Pero estaban dentro, en mi bolsa, junto a la señora Cantwell, y no tenía ningunas ganas de seguir conversando ni con la madre ni con el hijo.

Para mi sorpresa, solo entonces caí en la cuenta de que era el atardecer del día de mi vigésimo primer cumpleaños. Me había olvidado por completo.

Eché a andar calle abajo, pero, antes de entrar en el *pub* Carpenter's Arms, me fijé en la placa de latón que coronaba la puerta y rezaba en negro mate: PROPIETARIO: J. T. CLAYTON, CON LICENCIA PARA LA VENTA DE CERVEZAS Y LICORES. Me detuve en seco y lo releí, conteniendo el aliento y con una súbita sensación de temor. Necesitaba fumarme un cigarrillo y me palpé los bolsillos en busca del paquete de Gold Flakes que había comprado en Liverpool Street esa mañana, aun sabiendo que lo había perdido, que había quedado en el asiento del tren cuando tendí los brazos para ayudar a la novelista a bajar su maleta antes de apearnos, y era probable que siguiera allí o hubiese acabado en el bolsillo de otro.

#### PROPIETARIO: J. T. CLAYTON.

Tenía que ser una coincidencia. El sargento Clayton era de Newcastle, por lo que yo sabía. Su acento lo delataba, desde luego. Pero ¿no había oído algo sobre que su padre había tenido un puesto al frente de una cervecera? ¿O estaba confundiéndolo con otro? No; era ridículo, decidí, negando con la cabeza. Debía de haber miles de Clayton a lo largo y ancho de Inglaterra. Decenas de miles. No podía tratarse del mismo. Negándome a sucumbir a especulaciones dolorosas, empujé la puerta y entré.

El *pub* estaba lleno a medias de trabajadores que se volvieron para mirarme un instante antes de proseguir con sus conversaciones. Pese a ser un forastero, me encontré a gusto allí, agradablemente acompañado en mi soledad. Con el transcurso de los años, he llegado a pasar muchas horas en *pubs*, encorvado ante mesas inestables y manchadas de cerveza, leyendo y escribiendo, rasgando posavasos al tiempo que elevaba a mis personajes de la pobreza a la gloria, o arrastraba a otros de sus mansiones a los bajos fondos. Solo, siempre solo. Sin beber en exceso, pero bebiendo al fin y al cabo. Con un cigarrillo en la mano derecha y un par de quemaduras en la manga izquierda. Esa caricatura mía, la de quien escribe libros en los rincones de los *pubs* londinenses, esa que tanto me irrita y que me ha llevado, años después, a encabritarme y enfurecerme en las entrevistas, no anda del todo desencaminada. Al fin y al cabo, el bullicio de los *pubs* abarrotados es infinitamente más acogedor que la quietud del hogar vacío.

—¿Sí, señor? —me preguntó el hombre de aspecto campechano que, al otro lado de la barra, enjugaba con un trapo el mostrador para eliminar los perlados churretes de cerveza—. ¿Qué le pongo?

Paseé la mirada por la hilera de espitas de barril que tenía delante, algunas con nombres desconocidos para mí, quizá cervezas de la zona, y elegí una al azar.

—¿Una jarra, señor?

—Sí, por favor.

Lo observé escoger una jarra del estante de detrás de él, en un gesto instintivo, sostenerla en alto por la base, a la luz, en busca de huellas u otras marcas, antes de inclinarla en un ángulo preciso contra la espita para llenarla. Tenía migas de pastel en el poblado bigote, que observé con una mezcla de asco y fascinación.

—¿Es usted el propietario? —pregunté al cabo de unos instantes.

—En efecto, señor —contestó con una sonrisa—. John Clayton, para servirlo. ¿Nos conocemos?

—No, no —repuse negando con la cabeza mientras hurgaba en el bolsillo en busca de unas monedas. Ya podía quedarme tranquilo.

—Muy bien, señor —dijo dejando la jarra delante de mí, sin concederle más importancia a mi pregunta.

Le di las gracias y me dirigí hacia un rincón medio vacío del bar, donde me quité el abrigo y me senté. Solté un profundo suspiro. Quizá había sido conveniente que mi habitación no estuviese lista, me dije mientras la espesa cerveza se posaba en la jarra, la espumosa superficie estremeciéndose por las minúsculas burbujas, anticipando la gran satisfacción que iba a brindarme el primer sorbo tras el viaje en tren. Podría emborracharme y provocar una escena. La policía me arrestaría, me encerrarían en un calabozo y por la mañana me mandarían de vuelta a Londres en el primer tren. Así no tendría que pasar por todo eso. Me habrían quitado el asunto de las manos.

Suspiré de nuevo, desestimando esa idea, y saqué el libro del bolsillo para echarle un vistazo a la cubierta; las páginas encuadernadas siempre me han proporcionado una sensación de seguridad. Aquel lunes de mediados de septiembre de 1919 estaba leyendo *Colmillo blanco*, de Jack London. Observé la imagen de la sobrecubierta: la silueta de un lobezno que olisquea entre los árboles; en las sombras que proyectan sus ramas se adivina un sendero hacia las montañas de más allá, la luna llena iluminando el camino. Me dispuse a abrirlo por la página marcada, pero antes de retomar la lectura volví a echar un vistazo a la dedicatoria que aparecía en la portadilla: «A mi viejo amigo Richard —rezaba en tinta negra con caligrafía elegante y bien trazada—, tan viejo perro sarnoso como el mismísimo Colmillo Blanco. Jack». Había encontrado el libro un par de días antes en un puesto exterior de una librería de Charing Cross Road, y fue al llevármelo a casa y abrirlo cuando descubrí aquella dedicatoria. El librero me había cobrado solo medio penique por el volumen de segunda mano, por lo que estaba claro que él también había pasado por alto la dedicatoria, pero para mí supuso todo un premio añadido, aunque no podía saber con certeza si ese Jack que la firmaba era el autor de la novela u otro; pero me gustaba pensar que en efecto se trataba de él. Durante unos instantes seguí las letras con el índice de la mano derecha —el mismo cuyos fortuitos temblores tantos problemas me

causaban—, imaginando la pluma del gran escritor al dejar su rastro de tinta en la página. Pero en lugar de ofrecerme una cura, como esperaba en mis juveniles fantasías, las palabras hicieron que mi dedo temblara aún más de lo habitual y, asqueado al verlo, lo aparté.

—¿Qué está leyendo? —me preguntó una voz desde unas mesas más allá.

Me volví y vi a un hombre de mediana edad que me miraba. Me sorprendió que se hubiese dirigido a mí y, en respuesta a su pregunta, giré el ejemplar para que viese el título.

—Nunca he oído hablar de ese libro —comentó—. ¿Es bueno?

—Muy bueno. Increíble, de hecho.

—¿Increíble? —repitió con un asomo de sonrisa, y la palabra sonó extraña en su voz—. Bueno, pues si es increíble tendré que procurármelo. Soy un aficionado a la lectura. ¿Le importa si me siento con usted? ¿O está esperando a alguien?

Titubeé. Había creído que quería estar solo, pero no me molestó aquel ofrecimiento de compañía.

—Por favor —dije indicando la silla a mi lado.

El hombre se instaló en ella y dejó su jarra medio vacía en la mesa. Bebía una cerveza más oscura que la mía y desprendía un leve olor acre a sudor que sugería una larga y dura jornada de trabajo. Curiosamente, no resultaba desagradable.

—Me llamo Miller —se presentó—. William Miller.

—Tristan Sadler —contesté estrechándole la mano—. Encantado de conocerlo.

—Lo mismo digo.

Aparentaba unos cuarenta y cinco años, la edad de mi padre, aunque no me lo recordó porque tenía una figura esbelta y cierto aire delicado y reflexivo, y mi padre era el polo opuesto.

—Es usted de Londres, ¿no? —comentó, calándome de inmediato.

—Pues sí. —Sonreí—. ¿Tan evidente es?

—Se me dan bien los acentos —repuso guiñándome un ojo—. Soy capaz de emplazar a la mayoría de la gente con un margen de error de treinta kilómetros. Mi esposa me dice que es mi truco para las fiestas, pero yo no lo veo así. En mi opinión es algo más que un juego de salón.

—¿Y dónde exactamente me crie yo según usted, señor Miller? —inquirí, con ganas de que me entretuviera—. ¿Lo adivina?

Me miró entornando los ojos y permaneció en silencio casi un minuto, durante el que solo se oyó su profunda respiración nasal, hasta que por fin respondió con cautela:

—Yo diría que en Chiswick. Kew Bridge. En algún lugar de esa zona. ¿Me equivoco?

Reí, sorprendido y encantado.

—En Chiswick, en la calle principal. Mi padre tiene una carnicería. Crecimos allí.

—¿Crecimos?



—Mi hermana pequeña y yo.

—Pero ¿vive aquí? ¿En Norwich?

—No. —Negué con la cabeza—. No, ahora vivo en el centro de Londres, en Highgate.

—Eso queda a buena distancia de su familia —comentó.

—Sí, lo sé.

Detrás de la barra, el ruido de un vaso al estrellarse contra el suelo me hizo dar un respingo. Levanté la vista y mis manos aferraron instintivamente el borde de la mesa; solo se relajaron cuando vi la espalda encorvada del tabernero recogiendo el estropicio con la pala y la escoba; se oyeron algunas risotadas burlonas de los parroquianos.

—Solo ha sido un vaso —dijo mi compañero de mesa al advertir mi turbación.

—Ya —contesté tratando de reír, sin conseguirlo—. Me ha dado un buen susto.

—Estuvo allí hasta el final, ¿verdad? —me dijo, y cuando me volví hacia él con la sonrisa desvaneciéndose de mi cara, exhaló un suspiro—. Lo siento, muchacho. No debería haberle dicho eso.

—No se preocupe —repuse en voz baja.

—Tuve allí a dos de mis chicos, ¿sabe? Buenos chicos, los dos. Uno más diablillo de lo que tocaba; el otro, más parecido a usted y a mí. Un aficionado a la lectura. Un poco mayor que usted, diría. ¿Cuántos años tiene, diecinueve?

—Veintiuno —contesté, consciente por primera vez de mi nueva edad.

—Bueno, nuestro Billy tendría ahora veintitrés, y nuestro Sam estaría a punto de cumplir los veintidós.

Sonrió al pronunciar sus nombres, pero tragó saliva y apartó la mirada. El uso del condicional se había convertido en una dolencia extendida cuando se hablaba de la edad de los hijos, y poco más hacía falta decir al respecto. Guardamos silencio unos instantes, y luego se volvió de nuevo hacia mí con cierta inquietud.

—La verdad es que usted me recuerda bastante a nuestro Sam —comentó.

—¿Sí? —contesté, extrañamente complacido ante aquella observación.

Volví a internarme en los bosques de mi imaginación y me abrí paso entre la maraña de aulaga y maleza para ver a Sam, un muchacho que adoraba los libros y al que quizá, algún día, le habría gustado escribirlos. Lo vi la noche que anunció a sus padres que iba a alistarse como voluntario antes de que acudieran por él, que iba a unirse a Billy en el frente. Imaginé a los hermanos compartiendo solidaridad en la instrucción, valor en el campo de batalla, heroísmo en la muerte. Sam era así, decidí. Ese era el Sam de William Miller. Yo lo conocía bien.

—Era un buen chico, nuestro Sam —susurró al cabo de un momento, y de pronto dio tres palmadas sobre la mesa, como queriendo decir que ya estaba bien de hablar del tema—. ¿Tomará otra, muchacho? —preguntó indicando mi jarra de cerveza a medias.

—Todavía no, gracias. ¿No tendrá un pitillo, por casualidad?

—Faltaría más —contestó sacando del bolsillo una cajita de hojalata que parecía llevar encima desde niño.

La abrió y me tendió un cigarrillo perfectamente liado de los diez o doce que contenía. Tenía los dedos sucios, con la huella dactilar del pulgar claramente definida por los restos de algo oscuro que era fruto del trabajo manual, decidí.

—No los encontrará mejores en ningún estanco, ¿eh? —comentó indicando la cilíndrica precisión del cigarrillo.

—No —admití, admirándolo—. Tiene buena mano.

—Yo no. Es mi esposa quien los lía para mí. Cada mañana a primera hora, cuando estoy desayunando, se sienta en un rincón de la cocina con papel de liar y un paquete de tabaco. Solo tarda unos minutos. Me llena la pitillera y me manda a trabajar. ¿A que es una suerte? Pocas mujeres harían algo así.

Reí, contento con aquella agradable charla sobre asuntos domésticos.

—Sí, es usted un hombre con suerte.

—¡Y que lo diga! —exclamó con fingida indignación—. ¿Y qué me dice de usted, Tristan Sadler? —preguntó, quizá utilizando mi nombre completo porque le parecía demasiado mayor para llamarme solo «Tristan» pero demasiado joven para tratarme de «señor»—. ¿Es un hombre casado?

—No —repuse, negando con la cabeza.

—Tendrá entonces una novia en Londres, supongo.

—Nadie especial —contesté, negándome a admitir que tampoco tenía a alguien que no lo fuera.

—Entonces anda por ahí de picos pardos —añadió con una sonrisa, pero sin la lasciva vulgaridad con que algunos hombres mayores hacen esa clase de comentarios—. No los culpo, a ninguno de ustedes, por supuesto, después de todo lo que han pasado. Ya tendrá tiempo suficiente para bodas y críos cuando sea un poco mayor. Pero, por Dios, cómo se emocionaron las jovencitas cuando todos volvisteis a casa, ¿verdad?

Aquello me hizo reír.

—Sí, supongo que sí. En realidad, no lo sé.

Empezaba a notarme cansado; la combinación del viaje y la cerveza con el estómago vacío me hacía sentir un poco soñoliento y aturdido. Una más y estaría perdido, lo sabía bien.

—Tiene familia en Norwich, ¿no es eso? —preguntó el señor Miller unos instantes después.

—No.

—¿Es la primera vez que viene?

—Sí.

—De vacaciones, ¿no? ¿Una escapada de la gran ciudad?

Pensé un poco antes de contestar. Decidí mentir.

—Sí. Unos días de descanso, eso es todo.

—Bueno, pues no podría haber elegido un sitio más bonito. Se lo digo yo, que he nacido y me he criado en Norwich. He vivido aquí de niño y de adulto. No desearía vivir en ningún otro sitio, y no entiendo que haya alguien que lo desee.

—Sin embargo, conoce usted bien los acentos —señalé—. Debe de haber viajado lo suyo.

—Solo cuando era joven. Pero escucho a la gente, esa es la clave. La mayoría de la gente nunca escucha siquiera —sentenció, e inclinándose hacia mí añadió—: Incluso puedo adivinar qué están pensando.

Lo miré y sentí que mi expresión se enfriaba un poco. Nuestras miradas se encontraron y hubo un instante de tensión en que ninguno de los dos parpadeó o apartó la vista.

—No me diga —contesté por fin—. De manera que sabe qué estoy pensando, señor Miller, ¿no?

—Qué está pensando no, muchacho —repuso sin dejar de mirarme a los ojos—, pero ¿qué está sintiendo? Sí, creo que eso sí podría decirlo. Pero no hace falta saber leer el pensamiento. La verdad es que solo he tenido que echarle un vistazo cuando ha entrado por esa puerta para imaginármelo.

No parecía dispuesto a extenderse, de modo que no me quedó otra opción que insistir, pese a que el instinto me decía que lo dejara estar.

—¿Y qué es, señor Miller? —Intenté que mi expresión fuera neutral—. ¿Qué estoy sintiendo?

—Yo diría que dos cosas. La primera es culpabilidad.

Me quedé inmóvil pero seguí mirándolo.

—¿Y la segunda?

—Pues odio hacia sí mismo.

Hubiese contestado, abrí la boca para contestar, aunque no sé qué habría dicho. No tuve oportunidad, porque en ese momento volvió a dar una palmada en la mesa, rompiendo la tensión instaurada entre ambos, y echó un vistazo al reloj de la pared.

—¡No! —exclamó—. No puede ser ya esa hora. Será mejor que me vaya, o la parienta me dará un buen tirón de orejas. —Poniéndose en pie, añadió con una sonrisa—: Disfrute de sus vacaciones, Tristan Sadler, o de lo que sea que ha venido a hacer aquí. Y que tenga un buen viaje de regreso a Londres cuando haya acabado.

Asentí con la cabeza, pero no me levanté. Me limité a observarlo mientras se dirigía a la puerta; se volvió un instante y con un ademán intercambié una rápida despedida con J. T. Clayton, propietario con licencia para la venta de cervezas y licores, antes de salir del *pub* sin añadir una palabra más.

Volví a mirar *Colmillo blanco*, que esperaba sobre la mesa, pero lo que cogí fue la cerveza. Cuando la hube apurado, supuse que la habitación estaría lista por fin, pero no me sentí preparado aún para volver, de modo que levanté un dedo hacia la barra y unos instantes después tenía ante mí otra jarra llena, la última de la velada, me prometí.

Mi habitación en la casa de huéspedes de la señora Cantwell, la tristemente famosa número 4, constituía un escenario sombrío para los acontecimientos aparentemente dramáticos de la noche anterior. El empapelado, con un deslucido estampado de jacintos y rosas del azafrán, era un vestigio de tiempos mejores y más alegres; el dibujo había palidecido hasta volverse casi blanco en el cuadrado decolorado por el sol en la pared frente a la ventana, mientras que la moqueta del suelo estaba deshilachada aquí y allá. Contra una pared había un escritorio; en un rincón, un lavamanos con una pastilla de jabón nueva en el borde de porcelana. Miré alrededor, satisfecho con la eficiente medida inglesa de la habitación, con su decoración claramente funcional. Desde luego, era mejor que el dormitorio de mi infancia, una imagen que me apresuré a borrar, pero menos acogedora que el de mi pequeño piso en Highgate, que había amueblado con una mezcla de economía y cuidado.

Me senté en la cama un momento, intentando imaginar el drama que había tenido lugar allí de madrugada: el desafortunado señor Charters esforzándose por lograr el afecto de su muchacho; el apuro de conservar la dignidad al convertirse en víctima de robo, intento de asesinato y arresto en el término de una hora. Lo compadecí, y me pregunté si al menos habría obtenido su desesperado placer antes de que se desatara aquel horror. ¿Le habrían tendido una trampa o era solo una víctima desafortunada de las circunstancias? Quizá no era tan discreto como creía David Cantwell y había buscado satisfacción donde no se la ofrecían.

Me incorporé despacio, con los pies cansados tras la jornada de viaje. Me quité los zapatos y los calcetines, colgué la camisa en el respaldo de la silla y me quedé en medio de la habitación en pantalones y camiseta. Cuando la señora Cantwell llamó a la puerta pronunciando mi nombre, consideré volver a vestirme por el bien del decoro, pero me sentí sin fuerzas y, de todos modos, no me pareció que estuviera indecente. Abrí y la encontré en el pasillo con una bandeja en las manos.

—Lamento molestarlo, señor Sadler —dijo con aquella nerviosa sonrisa suya, perfilada sin duda por años de servilismo—. He pensado que estaría hambriento y que le debemos un pequeño detalle después de todos los inconvenientes de antes.

Miré la bandeja, que contenía una tetera, un sándwich de rosbif y una pequeña ración de tarta de manzana, y me sentí agradecido. No me había percatado del hambre que tenía, pero ver comida me lo recordó al instante. Había desayunado esa mañana antes de salir de Londres, pero nunca tomo gran cosa al levantarme, solo té y una tostada. En el tren, el vagón comedor tenía poco que ofrecer y solo comí pastel de pollo casi frío antes de dejarlo a un lado, asqueado. Así que la escasez de comida y las dos jarras de cerveza en el Carpenter's Arms me habían despertado un apetito voraz. Abrí la puerta para dejar pasar a la casera.

—Gracias, señor —dijo titubeando, antes de escudriñar rápidamente la habitación como para asegurarse de que no quedaran rastros de la deshonra de la noche anterior—. Lo dejaré aquí sobre el escritorio, si le parece bien.

—Muy amable por su parte, señora Cantwell. No quería molestarla pidiendo algo de comer a estas horas.

—No es ninguna molestia —contestó.

Se volvió para brindarme una leve sonrisa y mirarme detenidamente de arriba abajo hasta concentrar la atención en mis pies, tanto que sentí vergüenza y me pregunté qué encontraría de interés en ellos.

—¿Almorzará mañana con nosotros, señor Sadler? —preguntó alzando la vista de nuevo.

Tuve la sensación de que quería hablarme de algo, pero la inquietud no le permitía encontrar las palabras adecuadas. Por bienvenido que fuera, estaba claro que el refrigerio era alguna clase de treta.

—No —contesté—. He quedado en encontrarme con alguien a la una, de modo que no estaré aquí a mediodía. Quizá salga a visitar un poco la ciudad, si me levanto temprano. ¿Le importa que deje aquí mis cosas y pase a buscarlas antes de coger el tren de la tarde?

—En absoluto —dijo, pero siguió donde estaba, sin hacer ademán alguno de marcharse; yo guardé silencio, esperando a que hablara, cosa que por fin hizo—: Con respecto a David... espero que antes no le haya dado mucho la lata.

—De ningún modo. Ha sido muy discreto con lo que me ha contado. Por favor, no piense ni por un instante que yo...

—No, no —me interrumpió negando con la cabeza—. No me refiero a eso. Ese asunto ya es cosa del pasado, espero, y no volverá a mencionarse. No, el caso es que David hace a veces demasiadas preguntas a los militares. A los que estuvieron allí, quiero decir. Sé que a la mayoría de ustedes no les gusta hablar de lo que ocurrió, pero él insiste. He tratado de hablar con él del asunto, pero es difícil. —Se encogió de hombros y apartó la mirada, como si se rindiera—. Él es difícil —precisó—. Las cosas no son fáciles para una mujer sola con un chico como él.

Entonces fui yo quien apartó la vista, incómodo por la familiaridad con que me hablaba, y miré por la ventana. Un alto plátano ocultaba la vista de la calle y me encontré contemplando las gruesas ramas, sorprendido por la implacable aparición de otro recuerdo de mi infancia. Mi hermana pequeña, Laura, y yo cogíamos castañas de los árboles que flanqueaban las avenidas junto a Kew Gardens, para quitarles los pinchudos erizos y llevárnoslos a casa, donde los ensartábamos en cordel para usarlos como armas, un recuerdo que borré de mi mente en cuanto hubo aparecido.

—No me molesta —dije volviéndome hacia la casera—. Los chicos de su edad suelen sentir curiosidad. ¿Cuántos años tiene... diecisiete?

—Acaba de cumplirlos, sí. Se enfadó mucho el año pasado, cuando la guerra terminó.

—¿Que se enfadó? —repetí frunciendo el ceño.

—Parece ridículo, ya lo sé. Pero llevaba mucho tiempo planeando participar. Leía los periódicos todos los días, para seguirles la pista a los chicos de por aquí que se

habían ido a Francia. Hasta trató de alistarse como voluntario un par de veces, fingiéndose mayor de lo que era, pero se reían de él y me lo mandaban directamente aquí otra vez, algo que, en mi opinión, señor, no estaba bien. No estaba nada bien. Después de todo, él solo quería poner su granito de arena, no hacía falta que se burlaran de él por eso. Y cuando todo acabó... bueno, la verdad es que le dio la sensación de haberse perdido algo.

—Probablemente que le volaran la tapa de los sesos —espeté; mis palabras rebotaron en las paredes y nos salpicaron de metralla a los dos.

La señora Cantwell se encogió visiblemente, pero no apartó la mirada.

—Él no lo veía así, señor Sadler —repuso en voz baja—. Su padre estuvo allí, ¿sabe? Resultó muerto al principio.

—Lo lamento —dije. Así pues, el accidente con la trilladora era pura ficción.

—Sí, bueno, David solo tenía trece años y nunca ha habido un chico que quisiera tanto a su padre. A decir verdad, no creo que lo haya superado. Le hizo un daño irreparable, en cierto sentido. Ya lo habrá visto usted en su actitud. Está siempre enfadado, y cuesta hablar con él. Me culpa a mí de todo, por supuesto.

—Los chicos de su edad suelen hacerlo —comenté con una sonrisa, y me asombró lo maduras que sonaban mis palabras cuando en realidad solo le llevaba cuatro años a su hijo.

—Yo sí quería que la guerra terminase, por supuesto —continuó—. Rezaba para que pasara. No quería que él sufriera como los demás. No logro imaginar cómo habrá sido para usted. Su pobre madre debe de haber estado fuera de sí.

Me encogí de hombros; no tenía nada que decir sobre ese punto.

—Pero una parte de mí, una parte muy pequeña —prosiguió—, confiaba en que le permitieran ir. Solo un par de semanas. No para participar en los combates, por supuesto; no quería que sufriera ningún daño. Pero le hubiera hecho bien pasar una semana con los demás muchachos. Y luego, la paz.

No supe si se refería a la paz en Europa o a la paz en su rincón particular de Inglaterra, así que no dije nada.

—En cualquier caso, solo quería disculparme en su nombre —concluyó con una sonrisa—. Y ahora me iré para que pueda tomar su té.

—Gracias, señora Cantwell —repuse acompañándola hasta la puerta.

La observé recorrer el pasillo y mirar a derecha e izquierda, como si no supiera qué dirección seguir pese a que probablemente llevaba casi toda su vida viviendo allí.

De vuelta en mi habitación, comí el sándwich despacio, consciente de que la precipitación podía alterar el frágil equilibrio de mi estómago. Luego tomé el té, que estaba caliente, dulce y cargado, y solo entonces empecé a sentirme yo mismo. Oía movimientos ocasionales fuera, en el pasillo, pues las paredes eran finas como el papel, y decidí dormirme antes de que mis vecinos de las habitaciones 3 y 5 volvieran para pasar la noche. No podía arriesgarme a permanecer despierto: era importante disfrutar de un sueño reparador para el día siguiente.

Aparté la bandeja, me quité la camiseta y me lavé la cara y el cuerpo con agua fría en el lavamanos. No tardé en salpicarme los pantalones, de modo que corrí las cortinas, encendí la luz y me desnudé del todo para acabar de lavarme tan bien como pude. Sobre la cama me habían dejado una toalla limpia, de ese tejido que se empapa con rapidez, así que me froté con movimientos agresivos, como nos habían enseñado a hacerlo aquel primer día en Aldershot, antes de colgarla en el lavabo. Limpieza, higiene, atención a los detalles: esas cosas distinguían a un buen militar, y ahora me salían de forma natural.

En un rincón había un espejo de pie y me planté ante él para examinarme con ojo crítico. El pecho, que tan buen tono muscular tuvo en mis últimos años de adolescencia, había perdido recientemente gran parte de su definición; ahora se veía pálido. En las piernas destacaban cicatrices rojas y amoratadas; en el abdomen, una gran magulladura oscura se negaba a desaparecer. Me sentí terriblemente poco atractivo.

Hubo un tiempo en que no era tan poco agraciado. De niño, la gente decía que era apuesto y daba gusto mirarme. Me lo habían comentado muchas veces.

Eso me hizo acordarme de Peter Wallis, mi mejor amigo de la infancia. Y de su recuerdo solo tuve que recorrer un breve trecho hasta el de Sylvia Carter, cuya primera aparición en nuestra calle cuando los dos teníamos quince años fue el catalizador para mi partida. Peter y yo habíamos sido inseparables, él con sus rizos negro azabache y yo con un pelo rubio que me caía continuamente sobre los ojos, no importaba cuántas veces me obligara mi padre a sentarme a la mesa del comedor para cortármelo en un pispás con las pesadas tijeras de carnicero, las mismas que utilizaba para cortar los cartílagos de las chuletas en la tienda de abajo.

La madre de Sylvia nos observaba a Peter y a mí correr calle abajo con su hija, los tres en juvenil connivencia, preocupada por los enredos en que pudiera meterse Sylvia, y no lo hacía sin motivo, pues Peter y yo estábamos en una edad en que no hablábamos de otra cosa que no fuera sexo: sobre cuánto lo deseábamos, dónde lo buscaríamos y las cosas que le haríamos a la desafortunada criatura que nos lo ofreciera.

Aquel verano, cuando íbamos a nadar, todos cobramos conciencia de los cambios en los cuerpos de los otros, y Peter y yo, a medida que crecíamos y adquiríamos más confianza en nosotros mismos, empezamos a atraer miradas coquetas y comentarios provocativos por parte de Sylvia. En cierta ocasión, estando a solas con ella, me dijo que era el chico más guapo que había visto en su vida y que cuando me veía salir del lago, con el cuerpo perlado de agua y el bañador negro y chorreante como el pelaje de una nutria, sentía escalofríos. Aquel comentario me había excitado y repelido a un tiempo, y cuando nos besamos, yo con labios secos y lengua vacilante, y ella todo lo contrario, se me ocurrió que si una chica como Sylvia, tan guapa, me encontraba atractivo, quizá no estaba tan mal. La idea me produjo enorme emoción, pero aquella noche, tendido en la cama, procurándome placer con exageradas fantasías que luego

me apresuré a olvidar, imaginé las escenas más escabrosas, ninguna con Sylvia, y después, extenuado y sintiéndome despreciable, me hice un ovillo entre las sábanas mojadas, me tragué las lágrimas y me pregunté qué diablos me pasaba.

Resultó que aquel fue el único beso que nos dimos, porque una semana después ella y Peter declararon que estaban enamorados y que dedicarían su vida a amarse mutuamente. Y añadieron que contraerían matrimonio cuando tuviesen edad de hacerlo. Yo me volví loco de envidia y me torturó la humillación, pues, sin advertirlo, me había enamorado perdidamente de ella; me había pasado poco a poco, sin ser consciente de ello, y verlos a los dos juntos, imaginar las cosas que hacían cuando estaban solos, me provocó amargas punzadas de angustia y no abrigué otra cosa que odio hacia ambos.

No obstante, Sylvia Carter me había dicho, cuando era un crío sin experiencia, que mi cuerpo le provocaba escalofríos. Y al verme ahora maltrecho y magullado tras más de dos años de combates, el pelo de un castaño desvaído, sin brillo y cayéndome sobre la frente, las costillas marcadas en la piel, la mano izquierda surcada de venas y pálida aquí y allá, la derecha con su propensión a los temblores más inoportunos, las piernas flacas, el sexo enmudecido por la mortificación, al verme así, digo, imaginé que, de ser capaz aún de provocarle escalofríos a Sylvia, se trataría más bien de espasmos de repulsión. Mi acompañante en el compartimento del tren debía de estar bromeando cuando dijo que me encontraba hermoso; yo era un ser horrible, acabado.

Volví a ponerme los calzoncillos y la camiseta, no quería dormir desnudo. No me apetecía sentir las gastadas sábanas de la señora Cantwell contra mi piel. No soportaba el más leve roce que sugiriese intimidad. Tenía veintiún años y ya había decidido que esa fase de mi vida había concluido. Qué estupidez por mi parte. Enamorado dos veces, pensé al cerrar los ojos y apoyar la cabeza en una delgada almohada. Me había enamorado dos veces, y en ambas el amor me había destrozado.

Pensar en eso, en aquel segundo amor, me revolvió tanto el estómago que abrí los ojos de golpe y salté de la cama, consciente de que solo contaba con unos segundos para llegar al lavamanos, donde vomité la cerveza, el sándwich, el té y la tarta de manzana en dos rápidas arcadas, con la carne sin digerir y el esponjoso pan formando un amasijo asqueroso que me apresuré a enjuagar con una jarra de agua.

Sudando, me dejé caer en el suelo con las rodillas contra la barbilla. Las rodeé con los brazos, ciñéndomelas mientras me apoyaba contra la pared junto a la base del lavamanos, hasta que me froté los ojos cuando las terribles imágenes volvieron.

«¿Por qué he venido aquí? —me pregunté—. ¿En qué estaba pensando?». Si era redención lo que buscaba, no iba a encontrarla. Si era comprensión, no había nadie que pudiera ofrecérmela. Si era perdón, no lo merecía.

Por la mañana me desperté temprano tras un sueño sorprendentemente tranquilo. Fui el primero en utilizar el cuarto de baño que satisfacía las necesidades de las seis habitaciones del establecimiento de la señora Cantwell. El agua estaba tibia como mucho, pero cumplió su propósito y me froté el cuerpo con la misma pastilla de jabón



que me habían dejado en la habitación. Después de afeitarme y peinarme frente al espejito que pendía sobre la jofaina, me sentí un poco más seguro ante lo que me esperaba, pues el sueño y el baño me habían restablecido y ya no me sentía enfermo como la noche anterior. Tendí la mano derecha ante mí y la observé, desafiando al espasmódico dedo a temblar, pero se mantuvo firme y me relajé un poco, tratando de no pensar en cuántas veces me traicionaría a lo largo de la jornada.

Como no tenía ganas de enzarzarme en conversación alguna, decidí no desayunar en la casa de huéspedes y bajé con sigilo la escalera para salir a la calle poco después de las nueve, sin decirles una palabra a mis caseros, a los que oía afanarse en el comedor y discutir como una pareja casada. Había dejado entreabierta la puerta de mi habitación, con la bolsa de viaje sobre la colcha.

Hacía una mañana radiante, tonificante; no había nubes en el cielo ni el menor indicio de lluvia en camino, y agradecí que así fuera. Era la primera vez que estaba en Norwich y compré un pequeño mapa en un quiosco, pensando que podía pasear un par de horas por la ciudad. Mi cita no era hasta la una, lo que me dejaba tiempo de sobra para visitar sitios de interés y luego volver a mi alojamiento para adecentarme un poco antes de dirigirme al lugar de encuentro previsto.

Crucé el puente en Prince of Wales Road y me detuve unos instantes a contemplar el Yare, que fluía presuroso. Me acordé de un soldado con el que había hecho la instrucción en Aldershot y después luchado en Francia —Sparks, se llamaba—, y que me contó una historia de lo más extraordinaria una noche en que los dos estábamos de guardia. Al parecer, una vez estaba cruzando el puente de la Torre de Londres cuando, a medio camino, se detuvo en seco con la súbita convicción de que se encontraba exactamente en la mitad de su vida.

—Miré a la izquierda —me contó—. Miré a la derecha. Observé a la gente que pasaba junto a mí. Y simplemente lo supe, Sadler. Supe que lo era. Y justo entonces surgió una fecha en mi cabeza: el 11 de junio de 1932.

—Para entonces tendrías... ¿cuántos años? No más de cuarenta, ¿no? —pregunté.

—Pero eso no es todo —continuó—. Cuando llegué a casa, cogí un papel e hice los cálculos. Si aquel día marcaba exactamente la mitad de mi vida, ¿cuál sería mi último día? Y no vas a creer cuál fue el resultado.

—¡No me digas! —exclamé perplejo.

—No, no había acertado con la fecha —contestó riendo—, pero se le acercaba mucho. Sería en agosto de 1932. En cualquier caso, no es lo que se dice una vida muy larga, ¿no?

No llegó a ninguna de esas dos fechas. Le volaron las piernas justo antes de la Navidad de 1917 y murió a consecuencia de las heridas.

Aparté a Sparks de mis pensamientos y continué hacia el norte, ascendiendo la escarpada calle para encontrarme recorriendo los muros de piedra del castillo de Norwich. Consideré subir la colina y examinar los tesoros que pudiese albergar en su interior, pero entonces, perdiendo repentinamente el interés, decidí no hacerlo.

Después de todo, los castillos como aquel no eran más que vestigios de bases militares donde los soldados podían apostarse a esperar a que apareciera el enemigo. No tenía ninguna necesidad de ver más sitios de esa clase. Así pues, torcí a la derecha para recorrer un lugar con el macabro nombre de Tombland, «tierra de tumbas», en dirección a la altísima aguja de la catedral de Norwich.

Un pequeño café atrajo mi atención y me acordé de que no había desayunado, así que entré a comer algo. Me senté a una mesa junto a una ventana esquinera y a los pocos segundos se acercó a tomarme nota una mujer de mejillas arreboladas y con un alto tocado de espeso cabello rojo.

—Té y tostadas —pedí, contento de sentarme unos minutos.

—¿No desea también unos huevos, señor? —sugirió la mujer.

Asentí con la cabeza.

—Está bien. Revueltos, si puede ser.

—Por supuesto —contestó con gesto amable, y se dirigió a la cocina, detrás de la barra.

Me concentré en la calle. Lamenté no haber llevado *Colmillo blanco*, pues parecía un buen lugar para relajarme y leer un poco más, pero lo había dejado en mi bolsa de viaje en la casa de huéspedes. Me dediqué por tanto a contemplar a los transeúntes.

Por la calle caminaban principalmente mujeres que llevaban bolsas de red con la compra de la mañana. Pensé en mi madre, en cómo hacía las camas y limpiaba la casa cada mañana a esas horas cuando yo era niño, mientras mi padre se ponía su gran delantal blanco y ocupaba su puesto tras el mostrador de la tienda de abajo, donde cortaba carne para los clientes habituales que aparecerían a lo largo de las ocho horas siguientes.

Me asustaba todo lo asociado con el trabajo de mi padre —los cuchillos de deshuesar, las reses muertas, las sierras, el hacha para costillares, el mono manchado de sangre—, y esa aprensión no me granjeaba precisamente su cariño. Más adelante me enseñó a utilizar correctamente los cuchillos, a abrir en canal los cerdos, ovejas y terneras que pendían en la cámara refrigerada de la trastienda y que le entregaban todos los martes con gran ceremonia. Nunca me corté pero, aunque llegué a ser razonablemente diestro en el arte de la carnicería, no tenía talento natural para ello, a diferencia de mi padre, que había nacido para aquello en esa misma tienda, o de su padre, llegado de Irlanda durante la hambruna de la patata y que consiguió de algún modo reunir el dinero suficiente para abrir el comercio.

Mi padre esperaba que yo siguiera con el negocio familiar, por supuesto. La carnicería se llamaba ya «Sadler e Hijo», y quería que nuestro letrado fuera sincero. Pero nunca llegó a ocurrir. Me echaron de casa justo antes de cumplir los dieciséis y volví una sola vez, un año y medio después, la tarde anterior a mi partida hacia Francia.

—La verdad, Tristan —me dijo mi padre aquel día cuando me guiaba hacia la calle hincándome los gruesos dedos en los omóplatos—, lo mejor para todos sería

que los alemanes te mataran de un tiro nada más verte.

Esas fueron las últimas palabras que me dijo.

Negué con la cabeza y parpadeé varias veces, sin saber por qué permitía que aquellos recuerdos me arruinaran la mañana. No tardé en tener ante mí el té, los huevos y las tostadas, y advertí que la camarera seguía a mi lado, con las palmas unidas como suplicante y esbozando una sonrisa. Alcé la vista con el tenedor suspendido en el aire, preguntándome qué querría de mí.

—¿Está todo en orden, señor? —inquirió afablemente.

—Sí, gracias.

Aquello bastó para satisfacerla, porque volvió tras el mostrador para ocuparse de su siguiente cometido. Aún no me había acostumbrado a que me dejaran comer a mi ritmo, tras haber pasado casi tres años en el ejército tragando lo que fuera que me pusieran delante y cuando pudiera, embutido entre los codos de otros soldados que se llevaban los alimentos a la boca y los masticaban como si fueran cerdos en celo en una granja, no ingleses criados según los buenos modales de sus madres. Hasta la calidad de la comida y su abundancia tenían la capacidad de sorprenderme, aunque aún no fuera tan buena como antes de la guerra. Pero entrar en una cafetería como aquella, sentarme, echar un vistazo a la carta y decir: «¿Sabe qué?, me parece que voy a tomar la tortilla de champiñones», o «Probaré el pastel de pescado», o «Una ración de salchichas con puré, por favor, y sí, con salsa de cebolla», constituían sensaciones extraordinarias cuya novedad resultaba casi indescriptible. Placeres simples, resultado de privaciones inhumanas.

Pagué la cuenta, le di las gracias a la mujer y salí para continuar Queen Street abajo en dirección a la aguja de la catedral. Alcé la vista cuando apareció el magnífico edificio monástico con los muros y portones que rodeaban el recinto. Las iglesias y catedrales me gustan mucho, no tanto por su aspecto religioso, pues soy agnóstico, sino por la paz y la tranquilidad que se respira en su interior. He aquí mis dos lugares favoritos para el ocio, gemelos de distinto signo: los *pubs* y las capillas. Los unos tan sociales y rebosantes de vida; las otras, remansos de tranquilidad llenos de indicios de muerte. Pero hay algo que apacigua el espíritu en el hecho de sentarse un rato en los bancos de una gran iglesia, inhalando el gélido aire impregnado por siglos de incienso y cirios; en esos techos extraordinariamente altos que te hacen sentir insignificante en el orden del diseño natural, en las obras de arte, los frisos, los altares tallados, las estatuas que parecen deseosas de abrazarte; en el coro que ensaya sus maitines allá arriba y prorrumpe en cánticos, aliviando la desesperanza que el visitante abrigara al entrar.

En cierta ocasión, a las afueras de Compiègne, nuestro regimiento se detuvo a descansar una hora a un kilómetro y medio de una pequeña *église* y, pese a que habíamos marchado toda la mañana, decidí estirar las piernas y acercarme a verla, más por alejarme unos minutos de los demás soldados que por una necesidad espiritual concreta. No era nada especial, una edificación bastante rústica por fuera y

por dentro, pero me encogió el corazón que se viera tan abandonada, con la congregación desparramada, sus miembros a salvo o en las trincheras o bajo tierra, y la atmósfera despojada de la calidez de los fieles que antaño la llenaron. Cuando salí, pensando en tenderme un momento en la hierba y cerrar los ojos al sol de mediodía e imaginarme en un entorno más feliz, me encontré a otro miembro del regimiento, Potter, de cara a la pared exterior de la iglesia, apoyándose con una mano mientras vaciaba la vejiga contra la mampostería de varios siglos de antigüedad. Sin pensármelo dos veces, corrí y le propiné un empujón que lo hizo caer al suelo, donde quedó tendido, presa de la sorpresa y expuesto, con el chorro de orina inesperadamente interrumpido, pero no antes de haberle salpicado los pantalones y la camisa. Instantes después se había puesto en pie y, soltando improperios, me derribó de un puñetazo. Nos enzarzamos hasta que acudieron otros soldados a separarnos. Lo acusé de profanación y él me culpó de algo peor, de fanático religioso; aunque fuera una acusación falsa, no la negué. Por fin nos calmamos un poco y dejamos de intercambiar insultos, y acabaron por soltarnos para que nos diéramos la mano e hiciéramos las paces. Luego nos dirigimos todos de nuevo colina abajo. No obstante, aquel sacrilegio me afectó mucho.

Ahora, al recorrer la nave de la catedral, observé con disimulo a las diez o doce personas dispersas por allí en silenciosa oración y me pregunté para qué penurias buscarían alivio o para qué pecados suplicarían absolución. En el crucero, me volví y alcé la vista hacia donde el coro entonaba su plegaria los domingos por la mañana. Desde ahí anduve hacia el sur y una puerta abierta me condujo a un laberinto donde unos niños jugaban al pilla-pilla en la radiante mañana, y continué siguiendo el muro hasta el extremo oriental de la catedral, donde me detuve ante una única tumba que sobresalía del suelo. Me sorprendió su austera naturaleza, una simple cruz de piedra sobre una base de dos escalones, y cuando me incliné descubrí que era la tumba de Edith Cavell, nuestra gran patriota enfermera, que había ayudado a cientos de prisioneros británicos a huir de Bélgica a través de una ruta subterránea, antes de ser fusilada en otoño de 1915.

Me incorporé para dedicarle no una plegaria, pues eso no le servía de nada a nadie, sino unos instantes de contemplación. A la enfermera Cavell la habían proclamado heroína, por supuesto. Una mártir. Y era una mujer. El pueblo de Inglaterra parecía celebrar semejante hecho por una vez en su historia, y tuve una enorme alegría por haber descubierto su tumba de esa forma tan inesperada.

Unas pisadas en la gravilla me advirtieron que se acercaba alguien, dos personas, de hecho, cuyos pasos seguían un ritmo idéntico, como una patrulla nocturna haciendo su ronda en los barracones. Anduve un poco más allá de la tumba y me volví, fingiéndome absorto en el estudio de los vitrales de encima de mí.

—Deberíamos tener la lista definitiva sobre las tres —estaba diciéndole un joven con aspecto de sacristán a su acompañante, mayor que él—. Suponiendo que podamos resolver rápidamente el asunto de antes.

—Nos llevará el tiempo que haga falta —repuso el otro—. Pero tengo algo que decir sobre el asunto, se lo aseguro.

—Por supuesto, reverendo Bancroft. Es una situación difícil, somos conscientes de ello. Pero todo el mundo comprende su dolor y su pena.

—Tonterías. No entienden nada y nunca lo harán. Voy a decir lo que debo decir, no lo dude ni por un instante. Pero después tendré que irme rápido a casa. Mi hija ha organizado algo. Un... bueno, es difícil de explicar.

—¿Se trata de un joven? —Pretendió bromear el sacristán, pero la mirada que recibió en respuesta impidió que continuara por ahí.

—No importaría mucho que llegara tarde —continuó el reverendo, y su voz reveló cierta inquietud—. Nuestra reunión es más importante. Además, aún no he decidido hasta qué punto son atinados los planes de mi hija. Ya sabe que tiene ideas raras. Y no siempre sensatas.

Se volvieron para echar a andar otra vez, y en ese momento el reverendo me miró y sonrió.

—Buenos días, joven —saludó.

Lo miré fijamente, con el corazón desbocado.

—Buenos días —repitió, acercándose con una sonrisa paternal pero luego recelando, como si advirtiera una amenaza potencial—. ¿Se encuentra bien? Parece que haya visto un fantasma.

Abrí la boca, sin saber muy bien qué responder, y supongo que debí de dejarlos a los dos de una pieza cuando giré sobre los talones y eché a correr en dirección a la puerta por la que había salido, a punto de tropezar con un seto a mi izquierda, con un niño pequeño a mi derecha y con las losas del sendero, antes de encontrarme de nuevo en el interior de la iglesia, que ahora me pareció monstruosa y claustrofóbica a un tiempo, dispuesta a aferrarme entre sus garras y retenerme allí para siempre. Miré alrededor en aquel confuso espacio, desesperado por hallar una salida. Cuando lo logré, atravesé a la carrera la nave con mis botas resonando como un redoble de tambor que reverberó en todos los rincones del recinto. Cuando llegué a la puerta, era consciente de las cabezas de los fieles volviéndose hacia mí con alarma y desaprobación.

Una vez fuera, respiré con ansiedad, necesitado de oxígeno, mientras un sudor horrible empezaba a empaparme; mi relajación de antes se había transformado en miedo y remordimiento. La serenidad transmitida por la catedral me había abandonado y volvía a ser un hombre solo, solo en los desconocidos parajes de Norwich, con una tarea que llevar a cabo.

Pero ¿cómo podía haber sido tan estúpido? ¿Cómo podía no haberme acordado? Sin embargo, todo había sido de lo más inesperado: el nombre, reverendo Bancroft, y luego la expresión de su rostro. El parecido era asombroso. Podría haber estado de regreso en los campos de instrucción de Aldershot o en las trincheras de Picardy. Podría haberse tratado de aquella mañana en la que ascendí del calabozo presa de una

furia terrible y vengativa.

Pero ya era hora de volver a la casa de huéspedes a adecentarme un poco para mi cita. Me alejé de la catedral y tomé una ruta distinta, zigzagueando por las intrincadas calles.

Era yo quien había iniciado la correspondencia con Marian Bancroft. Aunque no llegamos a conocernos, Will me había hablado con frecuencia de ella y me daba envidia lo extraordinariamente unidos que estaban. Yo también tenía una hermana, por supuesto, pero solo contaba once años cuando me fui de casa, y aunque le había escrito poco después, mis cartas nunca tuvieron respuesta; sospechaba que mi padre las había interceptado antes de que le llegaran. Pero ¿las leía él?, me preguntaba a menudo. ¿Se hacía con ellas y desgarraba los sobres para examinar mis garabatos en busca de noticias sobre dónde estaba y cómo me ganaba la vida? ¿Habría siquiera una parte de él que se preguntaba si mis cartas se interrumpirían algún día, no porque hubiese dejado de escribir sino porque ya no seguía vivo, porque las calles de Londres me habían tragado del todo? Imposible saberlo.

Hacía más de nueve meses que la guerra había acabado cuando por fin hice acopio de valor para escribirle a Marian. Llevaba mucho tiempo dándole vueltas, una sensación de responsabilidad que me había tenido despierto noche tras noche, tratando de decidir qué sería lo mejor. Una parte de mí quería apartarla por completo de mis pensamientos, fingir que ella y su familia no existían. Después de todo, ¿en qué podía serles yo de ayuda? ¿Qué posible consuelo podía ofrecerles? Pero la idea siguió ahí, y un día, torturado por la culpa, compré un papel de carta que me pareció elegante y una estilográfica, pues quería que tuviese buena opinión de mí, y redacté una carta.

*Estimada señorita Bancroft:*

*No me conoce, o quizá sí, quizá ha oído mencionar mi nombre. Yo era amigo de su hermano Will. Asistimos juntos al campo de instrucción, antes de que nos mandaran allí. Estábamos en el mismo regimiento, de modo que nos conocíamos bien. Éramos amigos.*

*Debo disculparme por escribirle así, de repente. No sé por qué cosas habrá tenido que pasar estos dos últimos años, no puedo ni imaginarlo, pero sí sé que su hermano nunca está muy lejos de mis pensamientos porque, digan lo que digan, era el hombre más valiente y bueno que he conocido, y allí había muchos hombres valientes, se lo aseguro, pero buenos no tantos.*

*Sea como fuere, le escribo ahora porque tengo algo que pertenecía a Will que creo que debería devolverle. Se trata de las cartas que usted le escribió mientras Will estuvo allí. Las conservó todas, ¿sabe? Fueron a parar a mis manos. Después, quiero decir; por el hecho de que fuésemos amigos. Le aseguro que jamás he leído ninguna; es solo que he pensado que le gustaría recuperarlas.*

*Debería haber escrito antes, por supuesto, pero no he estado muy bien desde mi regreso y he tenido que arreglar algunos asuntos. Supongo que podrá comprenderlo. Ahora ya ha pasado todo, me parece. No lo sé. No estoy muy seguro de las cosas cuando miro hacia el futuro. No sé si usted lo está; yo desde luego no.*

*No era mi intención extenderme tanto, solo quería presentarme y decirle que, si me permitiera acudir a visitarla algún día, estaría encantado de hacerlo, y así podría devolverle las cartas, pues quizá logren proporcionarle algún consuelo cuando piense en su hermano.*

*Quizá va usted a Londres a veces. No sé si lo hace o no, pero, si no es así, no tendría inconveniente en viajar yo a Norwich. Confío en que esta carta le llegue sin problemas; por lo que sé, podría haber cambiado de dirección. He oído decir que en estos casos la gente a veces se muda para superar el trastorno sufrido.*

*Si tiene la amabilidad de escribirme, me gustaría dar por zanjado este asunto. O, si prefiere que no nos veamos, puedo enviarle las cartas en un paquete. Pero confío en que acceda a encontrarse conmigo. Hay muchas cosas que me gustaría contarle.*

*Su hermano era mi mejor amigo, de verdad. Y desde luego no era ningún cobarde. Era un hombre más valiente de lo que yo seré jamás.*

*No pretendía extenderme tanto, pero supongo que hay mucho que decir.*

*Mis más respetuosos saludos,*

*Tristan Sadler*

Sin percatarme de ello, me había saltado Recorder Road y había seguido hasta Riverside, donde me hallaba ahora contemplando las columnas de piedra de la estación de Thorpe. Los pies me hicieron entrar en la estación, donde me detuve a observar a la gente comprar sus billetes y dirigirse a los andenes. Eran las doce y cinco, y ahí mismo, delante de mí, tenía el tren de Londres, que saldría al cabo de pocos minutos. Un revisor recorría el andén exclamando: «¡Pasajeros al tren!». Hurgué en el bolsillo en busca de la cartera y saqué el billete que llevaba para mi regreso aquella tarde. El corazón se me aceleró cuando advertí que tenía validez todo el día. Podía simplemente subir al tren y marcharme a casa, dejando atrás todo aquel malhadado asunto. Supondría perder mi bolsa de viaje, por supuesto, pero no había gran cosa en ella, solo la muda del día anterior y el libro de Jack London. Podía mandarle a la señora Cantwell el dinero que le debía y disculparme por marcharme intempestivamente.

Mientras titubeaba, se me acercó un hombre con una mano extendida y me pidió limosna. Negué con la cabeza y retrocedí un poco, porque apestaba a sudor y alcohol barato. Caminaba con muletas porque le faltaba la pierna izquierda y tenía el ojo derecho a la funerala. No contaría más de veinticinco años.

—Unos peniques, anda —me gruñó—. Luché por mi país, ¿no? Y mira cómo me dejaron. Seguro que puedes prescindir de unas monedas, ¿eh? ¡Vamos, maldito

cabrón! —exclamó entonces, sorprendiéndome—. Seguro que puedes darles unos peniques a quienes lucharon por tu libertad.

Una mujer que pasaba le cubrió las orejas al niño que llevaba, y advertí que el crío miraba al desharrapado con fascinación. De pronto este intentó abalanzarse sobre mí, pero en ese instante apareció un agente, lo cogió del brazo y le dijo, con bastante amabilidad, por cierto:

—Vamos, vamos, así no vas a conseguir nada.

El hombre pareció encogerse y se alejó renqueando hacia la pared, donde volvió a sentarse en el suelo y se quedó casi catatónico, con la mano mecánicamente tendida en el aire.

—Lo lamento, señor —me dijo el policía—. No suele causar problemas, de modo que le dejamos quedarse ahí y ganarse unos chelines. Estuvo en el ejército, como yo. Aunque él lo pasó bastante mal.

—No se preocupe —musité.

Salí de la estación, sin ganas ya de volver a Londres. Había ido hasta allí con un asunto entre manos y era importante resolverlo. Y no tenía nada que ver con la devolución de un paquete de cartas.

Tardé casi dos semanas en recibir una respuesta de Marian Bancroft, y lo cierto es que durante ese tiempo casi no había pensado en nada más. Su silencio me hizo preguntarme si habría recibido mi carta, si su familia se habría visto obligada a trasladarse a otra parte del país o si sencillamente no quería tener nada que ver conmigo. Era imposible saberlo, y me debatí entre el remordimiento por haberle escrito y la sensación de que me castigaba con su silencio.

Y entonces, un anochecer en que volvía tarde a casa tras una jornada leyendo aburridos manuscritos no solicitados en Whisby Press, descubrí que habían deslizado una carta por debajo de la puerta. La recogí asombrado, pues nunca recibía correo, y observé la elegante caligrafía. De inmediato supe quién la remitía. Entré y me preparé una taza de té, echando nerviosos vistazos al sobre, imaginando las posibles revelaciones traumáticas que podía contener. Por fin me senté y lo abrí con cuidado para sacar la única hoja en su interior, y al hacerlo capté el leve aroma a lavanda que la impregnaba. Me pregunté si se trataría de su perfume habitual o si la muchacha tendría la anticuada costumbre de rociar los sobres con unas gotas de fragancia, ya se tratara de escribir una carta de amor, pagar una factura o responder a correspondencia inesperada como la mía.

*Estimado señor Sadler:*

*En primer lugar, quiero darle las gracias por escribirme y disculparme por haber tardado tanto en contestarle. Comprendo que mi silencio puede haberle parecido grosero, pero creo que me entenderá si le digo que su carta me alteró y emocionó a un tiempo, de la forma más inesperada, y que no supe cómo responder. No quería*



*hacerlo hasta estar bien segura de mi respuesta. Creo que la gente suele precipitarse en sus respuestas, ¿no le parece?*

*Sus palabras sobre mi hermano son muy amables y me afectaron sensiblemente. Me alegra que tuviese un amigo «allí», como usted lo llama. (¿Por qué hace eso, señor Sadler? ¿Teme acaso ponerle nombre?). Me temo que abrigo sentimientos muy contradictorios con respecto a nuestros soldados. Los respeto, por supuesto, y me provocan lástima por haber luchado tanto tiempo en condiciones tan terribles. Estoy segura de que fueron sumamente valientes. Pero cuando pienso en lo que le hicieron a mi hermano, lo que esos mismos soldados le hicieron... bueno, estoy segura de que comprenderá usted que en tales ocasiones mis sentimientos no sean lo que se dice muy bondadosos.*

*Si tratara de explicarle todo eso estoy segura de que no habría tinta suficiente en el mundo para abarcar mis pensamientos, ni papel suficiente en que plasmarlos, y me atrevo a decir que tendría problemas para encontrar un cartero capaz de hacer entrega de un documento tan largo como el que me haría falta redactar.*

*Casi no puedo creer que tenga usted esas cartas. Y, desde luego, es muy amable por su parte querer devolvérmelas.*

*Señor Sadler, espero que no le importe, pero no creo que pueda acudir a Londres en estos momentos, por motivos personales. Me gustaría conocerlo, pero desearía que fuera aquí, en las calles que conozco, en el lugar donde Will y yo crecimos. Su ofrecimiento de venir hasta aquí es generoso. Quizá podría sugerirle el martes 16 de este mes como fecha posible. ¿O trabaja usted? Supongo que sí, claro. Todo el mundo debe hacerlo últimamente.*

*Quizá lo mejor sea que vuelva a escribirme y me lo haga saber.*

*Un saludo afectuoso,*

*Marian Bancroft*

Entré en la casa de huéspedes confiando en no toparme con nadie, pero David Cantwell estaba allí, poniendo flores frescas en dos jarrones dispuestos sobre sendas consolas. Le dio apuro que lo viese haciendo esa tarea.

—Mi madre ha salido —explicó—, de manera que me toca a mí encargarme de esto. Son cosas de mujeres, claro. Las flores. Me hacen parecer afeminado.

Me sonrió, tratando de hacerme cómplice de su bromita, pero ignoré su torpe intento de resultar gracioso y le comuniqué mis intenciones.

—Iba a subir ahora a mi habitación. ¿Prefiere que le deje la maleta aquí o puedo dejarla arriba?

—Probablemente será mejor aquí, señor —contestó con cierto retintín, quizá decepcionado por mi poca disposición a tratarlo como si fuera un viejo amigo—. La habitación está reservada para otro huésped, y esperamos su llegada alrededor de las dos. ¿A qué hora cree que vendrá a buscarla?

—Mucho más tarde, seguro —repuse, aunque sin saber por qué lo creía. Cabía la posibilidad de que mi cita no durase más de diez minutos—. Pasaré a recogerla antes de la salida del tren.

—Muy bien, señor —contestó el muchacho, y volvió a sus flores.

No estaba tan comunicativo como la noche anterior, y pese a no sentir deseos de embarcarme en una conversación con él, no pude evitar preguntarme el motivo. Quizá su madre le había explicado que hablar de lo ocurrido en el frente con alguien que lo había vivido de primera mano no era muy amable por su parte. Había soldados que vivían de sus historias, por supuesto, como si hubiesen disfrutado de la guerra, pero para otros, yo incluido, no era así.

Subí a la habitación, me lavé los dientes y la cara y, mientras me peinaba ante el espejo, decidí que, pese a mi palidez, no tenía un aspecto tan terrible. Me sentí más preparado que nunca para la cita.

Y así, veinte minutos después, me encontraba sentado en un agradable café de Cattle Market Street, echando vistazos al reloj de pared, cuyas agujas avanzaban implacables hacia la una en punto, y a los demás clientes. Tuve la impresión de que era una cafetería tradicional, de esas que iban pasando de generación en generación de una misma familia. Detrás del mostrador había un hombre de unos cincuenta años y una muchacha de mi edad; su hija, supuse, pues tenían cierto parecido. No había muchos clientes más, solo cinco o seis, y me alegré de que así fuera, porque nos sería difícil hablar si el local estaba repleto de gente y ruido, pero también lo sería si estaba desierto y alguien podía escuchar a hurtadillas nuestra conversación.

*Querida señorita Bancroft:*

*Gracias por su respuesta y sus amables palabras. No me debe ninguna disculpa por haber tardado en contestar. Me ha encantado recibir su carta.*

*El día 16 me va bien. Sí, trabajo, en efecto, pero me deben unos días de vacaciones y aprovecharé para utilizarlos entonces. Estoy deseando conocerla. Quizá podría sugerirme por esta misma vía dónde y a qué hora sería conveniente.*

*Atentamente,*

*Tristan Sadler*

La puerta se abrió y alcé la mirada, desconcertado por el temor que me había causado aquel simple ruido. Sentí un nudo de ansiedad en el estómago, asustado de pronto ante aquel encuentro. Pero quien había entrado era un hombre, que miró alrededor con expresión ceñuda, antes de tomar asiento en el rincón del fondo, donde quedó oculto por una columna. Me pareció que me dirigía una mirada suspicaz antes de desaparecer de mi campo visual, y le habría dado más importancia al asunto de no haber estado ya tan preocupado.

*Querido señor Sadler:*

*¿Qué tal a la una? Hay un café muy agradable en Cattle Market Street, se llama Winchall. Cualquiera persona podrá indicarle cómo llegar hasta allí.*

*Marian B.*

Cogí un dispensador de servilletas de la mesa, por hacer algo. Mi mano derecha fue presa de espasmos, y el chisme se me escurrió de entre los dedos, desparramando servilletas sobre el mantel y el suelo. Maldije por lo bajo y me incliné para recogerlas, y por eso no advertí que la puerta se abría una vez más y una joven se dirigía hasta mi mesa.

—¿Señor Sadler?

Alcé la vista, con el rostro arrebolado de inclinarme hacia el suelo, y me levanté de la silla mirándola fijamente, incapaz de pronunciar una sola palabra.

## SOMOS DIFERENTES, ME PARECE

*Aldershot, abril-junio de 1916.*

No hablo con Will Bancroft hasta el segundo día en el Cuartel Militar de Aldershot, pero me fijo en él el primer día.

Llegamos al atardecer del último día de abril, somos unos cuarenta. Un grupo de chicos desaliñados, escandalosos y vulgares, apestando a sudor y heroísmo de pacotilla. Los que se conocen de antes se sientan juntos en el tren y parlotean sin pausa, temerosos del silencio, cada voz compitiendo por ahogar las demás. Los que no conocen a nadie se refugian en los asientos de las ventanillas, con la cabeza contra el cristal, fingiendo dormir o contemplar el paisaje que pasa a toda velocidad. Algunos mantienen nerviosas conversaciones sobre lo que han dejado atrás, sobre sus familias y con las novias a las que echarán de menos, pero nadie habla de la guerra. Podría tratarse de un simple día de excursión, si no fuese por las muestras de nerviosismo que se traslucen.

Cuando el tren se vacía nos dividimos en varios grupos. Me encuentro al lado de un chico de unos diecinueve años que mira con irritación alrededor y que advierte mi presencia con un vistazo. Su expresión refleja resignación mezclada con resentimiento; tiene las mejillas carnosas y ásperas, como si se hubiese afeitado con agua fría y una navaja roma, pero mantiene la cabeza bien alta y, por la forma en que observa a los demás, se diría que no acaba de creerse que todos estén de tan buen humor.

—Ahí los tienes —dice con frialdad—. Unos malditos idiotas, todos y cada uno de ellos.

Me doy la vuelta para observarlo. Es más alto que yo y luce un pulcro corte de pelo y aspecto escrupuloso. Tiene los ojos un poco demasiado juntos y lleva unas sencillas gafas de montura redonda, que se quita de vez en cuando para masajearse el puente de la nariz, donde se advierte una pequeña muesca roja. Me recuerda a uno de mis antiguos profesores del colegio, solo que él es más joven y probablemente menos proclive a estallidos de violencia gratuita.

—Todo esto no es más que una gran tontería, ¿no te parece? —continúa, y da una profunda calada a su cigarrillo, como si quisiera extraerle toda la nicotina de una sola vez.

—¿El qué? —Quiero saber.

—Esto —contesta, y señala con la cabeza a los demás reclutas, que hablan y ríen como si todo fuera de lo más divertido—. Todo. Esos idiotas. Este sitio. No deberíamos estar aquí, ninguno de nosotros.

—He querido estar aquí desde que empezó.

Me mira, cree que me ha calado y suelta un bufido de desdén negando con la

cabeza; aparta la vista. Aplasta la colilla con el tacón, abre una pitillera de plata y suelta un resoplido cuando descubre que está vacía.

—Tristan Sadler —me presento tendiéndole la mano, pues no deseo que mi carrera militar empiece con una nota amarga.

El chico contempla mi mano unos segundos, más de cinco, y me pregunto si voy a tener que retirarla, humillado, pero por fin me la estrecha y asiente.

—Arthur Wolf —dice.

—¿Eres de Londres? —pregunto.

—De Essex. Bueno, de Chelmsford. ¿Y tú?

—De Chiswick.

—Bonito lugar —dice—. Tengo una tía que vive en Chiswick. Elsie Tyler. Supongo que no la conoces, ¿no?

—No —contesto negando con la cabeza.

—Tiene una floristería en Turnham Green.

—Yo soy de Sadler e Hijo, el carnicero de la calle principal.

—Me imagino que tú serás el hijo.

—Antes lo era —respondo.

—Apuesto a que te has alistado como voluntario —me dice, de nuevo con tono altivo—. ¿Acabas de cumplir los dieciocho?

—Sí —miento. Me faltan cinco meses para cumplirlos, pero no tengo intención de admitirlo, no vaya a encontrarme volviendo con el petate al hombro antes de que acabe la semana.

—Apuesto a que te morías de expectación, ¿eh? Seguro que ese fue el regalo que te hiciste: marchar hasta el brigada, «Sí, señor», «No, señor», «Lo que usted diga, señor», y ofrecerte en un crucifijo.

—Me habría alistado antes —le digo—, pero no me lo permitieron, por mi edad.

Se ríe, pero no insiste y se limita a negar con la cabeza como si no mereciera la pena perder el tiempo conmigo. Es un tipo peculiar, este Wolf.

Unos instantes después advierto un revuelo en la tropa. Me vuelvo y veo a tres hombres con gruesos uniformes almidonados salir de un barracón cercano y dirigirse hacia nosotros. Todo en ellos rezuma autoridad, y siento una oleada de algo inesperado. De aprensión, sin duda. Y de deseo, quizá.

—Buenas tardes, caballeros —dice el del centro, el mayor de los tres; el más bajo, el más gordo y el que manda. Su tono es amistoso, y eso me sorprende—. Síganme, ¿quieren? No estamos donde deberíamos estar exactamente.

Nos reunimos en un pelotón y lo seguimos, y aprovecho la oportunidad para mirar a los demás reclutas, la mayoría de los cuales fuman cigarrillos y continúan con sus conversaciones por lo bajo. Saco mi pitillera del bolsillo y le ofrezco uno a Wolf, que no titubea.

—Gracias —dice, y entonces me pide otro para más tarde.

Me encojo de hombros, molesto, pero le digo que de acuerdo, y saca otro pitillo y

se lo pone en la oreja.

—Por lo visto es ese tipo quien está al mando —comenta indicando al sargento con la cabeza—. Necesito hablar con él. Aunque no es probable que me escuche, por supuesto. Pero le haré saber mi opinión, te lo aseguro.

—¿Tu opinión sobre qué? —pregunto.

—Echa un vistazo alrededor, Sadler. Dentro de seis meses, solo un puñado de esta gente va a seguir viva. ¿Cuál es tu opinión?

Yo no opino nada. ¿Qué se supone que he de opinar? Sé que los hombres mueren, pues los periódicos informan de las bajas todos los días. Pero no son más que nombres, hileras de letras impresas. No conozco a ninguno de ellos. Todavía no significan gran cosa para mí.

—Sigue mi consejo: haz como yo y lárgate pitando de aquí si puedes.

Nos detenemos en el centro de la plaza de armas y el sargento y sus dos cabos se vuelven hacia nosotros. No estamos dispuestos en formación, pero el sargento nos mira fijamente y guarda silencio hasta que, sin decir palabra, nos movemos para formar hileras de diez hombres por cuatro de fondo, cada uno separado del siguiente por no más de un brazo de distancia.

—Bien —dice el sargento asintiendo con la cabeza—. Eso es un buen comienzo, señores. Permitidme que empiece dándoos la bienvenida a Aldershot. Sé que algunos de vosotros deseáis estar aquí y otros no. Los que llevamos muchos años en el ejército compartimos vuestras emociones y las comprendemos. Pero ya no importan. Lo que penséis y sintáis no tiene importancia. Estáis aquí para que os adiestren como soldados, y eso es lo que va a ocurrir.

Su tono tranquilo no encaja con la imagen tradicional de un sargento de instrucción. Quizá pretende que nos relajemos, para después sorprendernos con la rapidez con que se volverá contra nosotros.

—Soy el sargento James Clayton —se presenta—. Y en el próximo par de meses, durante vuestra estancia aquí, mi responsabilidad será adiestraros para convertirlos en soldados, una tarea que requiere por vuestra parte tanta inteligencia como fuerza y aguante. —Pasea la vista con ojos entornados y con la lengua abultándole una mejilla mientras evalúa a los hombres, casi niños, que forman ante él—. Usted, señor. — Señala con el bastón a un joven en el centro de la primera hilera que ha gozado de popularidad en el tren con su ingenioso sentido del humor—. ¿Su nombre, por favor?

—Mickey Rich —contesta el muchacho con aplomo.

—¡Mickey Rich, señor! —exclama el cabo que está a la izquierda del sargento, pero este se vuelve hacia él y niega con la cabeza.

—No pasa nada, cabo Wells —dice afablemente—. El señor Rich todavía no está al corriente de nuestros métodos. Es un completo ignorante, ¿no es así, Rich?

—Sí, señor —contesta Rich, menos seguro y articulando el «señor» con deliberado énfasis.

—¿Está contento de estar aquí, Rich? —Quiere saber el sargento Clayton.

—Oh, sí, señor. Como un cerdo en una porqueriza.

La tropa prorrumpe en risas, y yo los imito con cierto nerviosismo.

El sargento espera a que las risas cesen con una expresión entre la diversión y el desdén, pero sin decir nada. Vuelve a recorrer las filas con la mirada e indica con la cabeza a un segundo hombre.

—¿Y usted? —pregunta—. ¿Quién es?

—William Tell —responde, y vuelven a oírse risitas, difíciles de contener.

—¿William Tell? —repite el sargento enarcando una ceja—. Buen nombre, sí, señor. Se habrá traído el arco y las flechas, ¿no? ¿De dónde es, Tell?

—De Hounslow.

El sargento asiente, satisfecho.

—¿Y qué me dice de usted? —pregunta mirando al siguiente muchacho en la hilera.

—Shields, señor. Eddie Shields.

—Muy bien, Shields. ¿Y usted?

—John Robinson.

—Robinson —repite el sargento asintiendo levemente con la cabeza—. ¿Y usted?

—Philip Unsworth.

—¿Y usted?

—George Parks.

—¿Y usted?

—Will Bancroft.

Y la cosa sigue y sigue. Una letanía de nombres; algunos se me quedan grabados, pero ninguno me da motivos para mirar a alguien directamente.

—¿Y usted? —pregunta el sargento cuando me llega el turno.

—Tristan Sadler, señor —contesto.

—¿Cuántos años tiene, Sadler?

—Dieciocho, señor —vuelvo a mentir.

—Se alegra de estar aquí, ¿no?

No digo nada. Ignoro la respuesta correcta. Por suerte no insiste, porque ya ha pasado al siguiente.

—Arthur Wolf, señor —dice mi vecino.

—¿Wolf? —repite el sargento mirándolo con mayor atención; es obvio que sabe algo de él.

—Así es, señor.

—Vaya. —Lo mira de la cabeza a los pies—. Esperaba que fuese más bajo.

—Uno ochenta y seis, señor.

—No me diga. —El sargento esboza una ligera sonrisa—. De modo que es usted el tipo que no desea estar aquí, ¿eh?

—Así es, señor.

—¿Le da miedo luchar?

—No, señor.

—¡No, señor, por supuesto que no, señor, qué acusación tan humillante, señor! Me pregunto si es capaz de imaginar cuántos hombres valientes que ya están allí tampoco desean luchar. —Hace una pausa y su sonrisa se desvanece—. Pero allí siguen. Luchando un día tras otro. Arriesgando sus vidas en el frente.

Capto murmullos en las filas, y varios reclutas se vuelven para mirar a Wolf.

—No voy a mandarlo a casa, si es eso lo que espera —añade el sargento como si tal cosa.

—No, señor. No esperaba que lo hiciera, al menos de momento.

—Y tampoco lo recluiremos, no hasta que reciba órdenes a tal efecto. Lo adiestraremos, eso vamos a hacer.

—Sí, señor.

El sargento lo mira fijamente apretando los dientes.

—Muy bien, Wolf —dice en voz baja—. Ya veremos cómo acaba todo esto.

—Espero tener noticias pronto, señor —anuncia Wolf sin rastro de temor en su voz, aunque, a su lado, percibo cierta tensión en su cuerpo, una ansiedad que se esfuerza en ocultar—. Del tribunal, quiero decir. Espero que se pongan en contacto conmigo para hacerme saber su decisión, señor.

—Soy yo quien va a tener noticias, Wolf —le espeta el sargento perdiendo un poco la compostura—. Cualquier comunicación la harán a través de mí.

—Quizá será tan amable de hacérmelo saber en cuanto ocurra, señor —responde Wolf.

El sargento vuelve a sonreír.

—Quizá —dice tras unos instantes. Y entonces, mirando alrededor y levantando la voz para dirigirse al pelotón, continúa—: Estoy seguro de que todos estáis orgullosos de encontraros aquí, reclutas. Pero es probable que estéis al corriente de que hay hombres de vuestra generación que no se sienten obligados a defender a su país. «Objetores de conciencia», se hacen llamar. Tipos que examinan su conciencia y no encuentran en ella la llamada del deber. Son como los demás hombres, por supuesto. Tienen dos ojos y dos orejas, dos brazos y dos piernas. Aunque no tienen pelotas, eso es un hecho. A menos que les bajen los pantalones y hagan las necesarias averiguaciones, no es fácil distinguirlos de los hombres de verdad. Pero están ahí, rodeándonos. Y nos abatirían si pudieran. Su presencia favorece al enemigo.

Esboza entonces una sonrisa amarga, llena de ira, y los hombres del pelotón prorrumpen en gruñidos y murmullos y se vuelven hacia Wolf con expresiones de desprecio, todos tratando de demostrar ante el sargento Clayton que no suscriben semejantes creencias. Wolf, dicho sea en su honor, aguanta el tipo y no reacciona ante los siseos, silbidos e insultos que le están dirigiendo, pullas que ni el sargento ni los dos cabos tratan de sofocar.

—Eres una vergüenza —dice alguien detrás.

—Maldito cobarde —añade otro.



—Eres un gallina.

Trato de ver cómo reacciona ante los insultos y es entonces cuando mis ojos se posan en Will Bancroft por primera vez. Es el cuarto en la hilera contando desde mí, y mira a Wolf con interés. No parece que apruebe del todo su conducta, pero tampoco participa en el coro de abucheos. Por lo visto, pretende averiguar qué distingue a un tipo que se hace llamar «objeto de conciencia», como si hubiese oído hablar de esas míticas criaturas y se preguntara qué aspecto tienen. Lo miro directamente —a Bancroft, no a Wolf—, incapaz de apartar la vista, y debe de notar mi interés, porque se vuelve y me mira, ladea un poco la cabeza y sonrío. Es extraño, me siento como si ya lo conociera. Confuso, me muerdo el labio y aparto la vista, y espero todo el rato que puedo antes de volver a mirarlo, pero ahora está bien firme y mira al frente, casi como si el instante de conexión no hubiera tenido lugar.

—Ya es suficiente, reclutas —dice el sargento Clayton. La cacofonía se apaga enseguida cuando cuarenta cabezas vuelven a mirar al frente—. Venga aquí, Wolf —añade, y mi compañero titubea solo brevemente antes de dar un paso adelante. Capto su ansiedad bajo su actitud bravucona—. Y usted, señor Rich —ordena Clayton señalando al primer interpelado—. Nuestro cerdo residente. Venid aquí los dos, por favor.

Ambos jóvenes avanzan hasta hallarse a un par de metros del sargento, más o menos a la misma distancia de la primera fila detrás de ellos. El resto guardamos silencio.

—Señores —empieza el sargento dirigiéndose a los reclutas congregados—. En este ejército, todos seréis adiestrados, como lo he sido yo, para honrar vuestro uniforme. Para luchar, para manejar un fusil, para ser fuertes y matar tantos enemigos como logréis encontrar. —Su voz se eleva en esa última frase, y pienso: «Ahí está, así es en realidad este hombre»; y continúa—: Pero en ocasiones os encontraréis en una situación en que ni a vosotros ni al enemigo les quedarán armas. Es posible que estéis en tierra de nadie, cara a cara con el enemigo, sin fusil ni bayoneta, y no tengáis otra cosa que los puños para defenderos. Una perspectiva desagradable, señores, ¿no es así? Y si ocurriera algo semejante, Shields —dice dirigiéndose a un recluta—, ¿qué cree usted que haría?

—No me quedaría otra opción que pelear, señor —responde Shields.

—Exacto —prosigue el sargento—. Muy bien, Shields. Tendría que pelear. —E indica con la cabeza a Wolf y Rich—. Ahora, vosotros dos. Imaginad que estáis en esa situación.

—¿Señor? —pregunta Rich.

—Pelee, muchacho —ordena alegremente el sargento—. Lo llamaremos el Inglés, puesto que ha dado muestras de un poco de ingenio, al menos. Wolf, usted será el enemigo. Pelead. Veamos de qué estáis hechos.

Rich y Wolf se vuelven el uno hacia el otro, el segundo con expresión de incredulidad, pero Rich advierte qué terreno pisa y no titubea. Aprieta el puño

derecho para golpear a Wolf directamente en la nariz, con un gancho rápido y certero, de boxeador. Wolf, sorprendido, retrocede trastabillando y llevándose las manos a la cara. Cuando recupera el equilibrio observa horrorizado la sangre que mana de sus fosas nasales y le mancha los dedos. Rich es un joven robusto, de brazos fuertes y con un potente gancho de derecha.

—Me has roto la nariz —dice Wolf mirándonos a todos como si no pudiese creerlo—. ¡Me has roto la maldita nariz!

—Pues rómpasela usted también —dice el sargento Clayton como quien no quiere la cosa.

Wolf se mira las manos; ya no sangra tanto, pero tiene sus buenos churretes rojos en las palmas. En realidad no tiene la nariz rota; Rich solo le ha roto algún capilar.

—No, señor —dice Wolf.

—Atícele otra vez, Rich —ordena Clayton.

Rich le propina un nuevo puñetazo, esta vez en la mejilla derecha. Wolf vuelve a retroceder dando traspies, pero se las apaña para no caer. Abre la boca, profiriendo un grito ahogado de dolor, y se lleva una mano a la mandíbula para masajearse la contusión.

—Luche con él, Wolf —dice Clayton, despacio y en voz baja, pronunciando cada sílaba con claridad.

Algo en la expresión de Wolf sugiere que está a punto de hacerlo, pero espera respirando profundamente, controlando la ira, antes de negar con la cabeza.

—No voy a pelear, señor —insiste.

Vuelven a pegarle, ahora en el estómago, y luego en el plexo solar, y acaba en el suelo, encogiéndose un poco, confiando en que la paliza llegue pronto a su fin. Los reclutas contemplan la escena sin saber cómo reaccionar. Hasta Rich da un paso atrás, consciente de que difícilmente se trata de una pelea justa cuando el contrincante no ofrece resistencia.

—Diablos —masculla el sargento negando con la cabeza con desdén, comprendiendo que no va a conseguir la pelea que esperaba, la que podría dejar a Wolf gravemente herido—. Bueno, Rich, vuelva a la fila. —Indicando con un gesto al postrado Wolf, añade—: Y usted levántese, por el amor de Dios. Sea un hombre. Apenas lo ha tocado.

Le lleva lo suyo, pero Wolf se levanta sin ayuda y arrastra los pies de vuelta a su sitio a mi lado. Me mira a los ojos; quizá advierte mi preocupación, pero aparta la vista. No quiere que le tengan lástima.

—Hace un día precioso para un nuevo principio —anuncia el sargento Clayton estirando los brazos hacia delante y haciendo crujir los nudillos—. Un día precioso para aprender qué es la disciplina y para saber que no pienso tolerar ni la ironía ni la cobardía en este regimiento. Son mis dos grandes pesadillas, señores. No lo olvidéis. Estáis aquí para someteros a instrucción militar. Y eso vamos a hacer.

Dicho lo cual, gira sobre los talones y se aleja en dirección a los barracones,

dejándonos en manos de sus dos apóstoles, que se llaman Wells y Moody y que se adelantan para tachar nuestros nombres en las listas que llevan. Recorren las hileras dejando que cada recluta rompa filas una vez tachado, y por supuesto dejan a Wolf para el final.

Mi primer contacto real con Will Bancroft llega la mañana siguiente a las cinco en punto, cuando Wells y Moody nos despiertan.

Estamos distribuidos en barracones de veinte hombres, con diez camas alineadas en cada pared y un pasillo central, una disposición que, según comenta Unsworth, constituye su idea exacta de un hospital de campaña.

—Confiemos en que no descubras pronto si estás en lo cierto —dice Yates.

Como no tengo hermanos varones, no estoy acostumbrado a compartir la habitación con nadie, y mucho menos con diecinueve chavales que roncarán y se moverán sin parar toda la noche; temo que va a ser imposible dormir. Sin embargo, para mi sorpresa, apenas mi cabeza toca la almohada da comienzo una serie de sueños confusos (debo de estar agotado tanto por el viaje en tren como por la emoción de hallarme aquí por fin), y de pronto vuelve a ser por la mañana y los dos cabos nos están diciendo a gritos que movamos el culo o nos lo moverán ellos con las punteras de sus botas.

Mi catre es el penúltimo en la pared de la izquierda, justo enfrente del ventanuco cerca del techo, de modo que si el sol entra por la mañana me dará directamente en la cara. Will estaba entre los primeros que entraron en las barracas y tiene la cama junto a la mía, la mejor de todas porque queda entre una pared y un único vecino, yo. Frente a él y tres camas a la derecha está Wolf, que desde anoche no cesa de recibir empujones y desprecios por parte de los reclutas. Para mi sorpresa, Rich ha escogido la cama junto a la suya, y me pregunto si eso constituye una disculpa o alguna clase de amenaza.

Will y yo solo intercambiamos unas palabras antes de caer en nuestros respectivos lechos, y cuando por la mañana saltamos de nuevo de ellos, yo hacia mi izquierda y él hacia su derecha, chocamos y caemos hacia atrás frotándonos las doloridas cabezas. Reímos y nos ofrecemos rápidas disculpas antes de formar al pie de la cama. Moody nos dice que tenemos que ir al barracón de la enfermería para someternos a un examen —a otro más, pues ya pasé por uno en Brentford al alistarme— en que se decidirá si estamos o no en condiciones de luchar por el Imperio y el rey.

—Lo cual es bastante improbable —añade—, porque jamás había visto semejante puñado de jodidos imbéciles. Si esta guerra depende de vosotros... bueno, pues más nos vale practicar nuestros *Guten Morgens* y *Gute Nachts* porque vamos a necesitarlos muy pronto.

Cuando salimos hacia la retaguardia del grupo, vestidos solo con calzoncillos y camiseta, los pies descalzos contra la áspera gravilla, Will y yo nos encontramos codo con codo.

—Will Bancroft —se presenta tendiéndome la mano.

—Tristan Sadler.

—Por lo visto, vamos a ser vecinos un par de meses. No roncarás, ¿eh?

—No lo sé —contesto, pues nunca me he parado a pensarlo—. Nadie me ha dicho que lo haga. ¿Y tú?

—Dicen que cuando estoy boca arriba soy capaz de levantar el techo, pero al parecer he conseguido acostumbrarme a dormir de costado.

—Como ronques, te daré un buen empujón —le digo con una sonrisa.

Él se ríe, y siento que ya hay cierta camaradería entre nosotros.

—No me importará —contesta en voz baja.

—¿Y cuántos hermanos tienes? —pregunto, suponiendo que debe de tenerlos si le han contado sus hábitos nocturnos.

—Solo una hermana, mayor que yo. ¿Tú eres hijo único?

Titubeo, con un nudo en la garganta, sin saber si decir la verdad o no.

—Tengo una hermana, Laura —me limito a decir.

—Siempre me he llevado muy bien con mi hermana —me cuenta, sonriendo—. Me saca varios años, pero siempre hemos cuidado el uno del otro, ya sabes. Me hizo prometer que le escribiría regularmente mientras estuviera aquí. Y pienso cumplir mi promesa.

Asiento con la cabeza, observándolo con más atención. Es un chico apuesto, con una mata de revuelto cabello oscuro, unos ojos azules brillantes que parecen dispuestos a la aventura y unas mejillas llenas con hoyuelos cuando sonrío. No es muy musculoso, pero sus brazos se ven firmes y la camiseta le sienta bien. Imagino que nunca ha tenido dificultades para encontrar acompañantes que lo hagan volverse de costado en la cama si ronca mucho.

—¿Qué te pasa, Tristan? —pregunta mirándome—. Estás como un tomate.

—Es por ponerme en marcha tan temprano —respondo apartando la vista—. Me he levantado muy deprisa y la sangre se me ha subido a la cabeza.

Seguimos marchando, cerrando la retaguardia del pelotón, que no parece tan entusiasta o animoso a estas horas como cuando bajamos del tren ayer por la tarde. La mayoría de los reclutas guarda silencio, la vista fija en el suelo, no en el barracón de la enfermería. Wells va marcando el ritmo al grito de «¡Hop, dos, tres y cuatro!», a pleno pulmón, y hacemos cuanto podemos por mantener la formación, pero es un caso perdido.

—Oye —dice Will poco después, mirándome con expresión atribulada—. ¿Qué te pareció el amigo Wolf? Fue valiente por su parte, ¿no crees?

—Fue bastante estúpido hacer enfadar al sargento en su primer día aquí. Y no me parece una buena forma de hacer amigos entre los reclutas.

—Probablemente no lo es —admite Will—. Aun así, hay que reconocer que los tiene bien puestos, plantando cara así, consciente de que tenía muchas posibilidades de recibir una paliza por ello. ¿Has conocido a alguno de esos tipos? ¿Esos... cómo los llaman... objetores de conciencia?

—No —respondo negando con la cabeza—. ¿Tú sí?

—Solo a uno. El hermano mayor de un chico con el que fui al colegio. Un tal Larson. No recuerdo su nombre de pila; Mark o Martin, algo así. Se negó a alistarse. Dijo que lo hacía por motivos religiosos y que lord Derby y Kitchener debían leer un poco más la Biblia y un poco menos sus normas de reclutamiento, y que no le importaba qué fueran a hacerle, pero él no iba a apuntar con un fusil a ninguna criatura de Dios aunque lo encerraran por ello.

Silbo entre dientes y niego con la cabeza, suponiendo que Will, al igual que yo, considera a ese hombre un cobarde. No desapruebo a la gente que se opone a la guerra por sus principios o que desea su rápida conclusión, pues me parece natural, pero tengo la creencia de que, mientras se esté librando, todos tenemos la responsabilidad de alistarnos y poner nuestro granito de arena. Soy joven, por supuesto. Y, por tanto, estúpido.

—Bueno, ¿y qué le pasó? Me refiero a ese Larson. ¿Lo mandaron a la prisión de Strangeways?

—No —contesta Will—. No, lo mandaron al frente, a hacer de camillero. Eso hacen, ya lo sabes. Si te niegas a luchar, dicen que como mínimo puedes ser de ayuda a los que sí lo hacen. A algunos los mandan a trabajar en las granjas... trabajo de importancia nacional, lo llaman; esos son los afortunados. Otros van a prisión, esos no tienen tanta suerte. Pero casi todos... bueno, acaban allí de todos modos.

—Me parece justo —comento.

—Solo hasta que caes en la cuenta de que un camillero en el frente tiene una esperanza de vida de unos diez minutos. Los mandan más allá de las trincheras, a la tierra de nadie, a recoger los muertos y los heridos, y ahí acaba todo para ellos. Son un blanco fácil para los francotiradores. En realidad es una especie de ejecución pública. Ya no parece tan justo, ¿no?

Arrugo el entrecejo y reflexiono un poco. Quiero contestar con cautela, porque soy consciente de que es importante que Will Bancroft tenga buena opinión de mí y me considere su amigo.

—Por supuesto —añade entonces, pensativo—, yo mismo podría haber intentado eso, lo de la cuestión religiosa. Verás, mi padre es pastor. En el este, en Norwich. Quería que yo también entrase en la Iglesia. Supongo que así me habría librado del reclutamiento.

—¿Y no te gustaba la idea?

—No —responde negando con la cabeza—. No me van esas majaderías. No me importa ser soldado. Al menos, no creo que vaya a importarme. Pregúntamelo dentro de seis meses. Mi abuelo combatió en el Transvaal, ¿sabes? Fue algo parecido a un héroe, antes de que lo mataran. Me gusta la idea de demostrar que soy tan valiente como él. Mi madre siempre ha... Eh, mira, ya hemos llegado.

Entramos en el barracón de la enfermería, donde Moody nos divide en grupos. Media docena de reclutas toman asiento en unas camas tras una hilera de cortinas

mientras los demás aguardan de pie a que les llegue el turno.

Will y yo estamos entre los primeros en ser examinados; ha vuelto a elegir la última cama, y yo ocupo la que está a su lado. Me pregunto por qué parece detestar hallarse en el centro de una habitación. Por mi parte, me gusta estar en el centro de las cosas: me hace sentir que formo parte de algo, que llamo menos la atención. Tengo la impresión de que no tardará en haber bandos en nuestro pelotón, y de que los que estén en los extremos serán los primeros que escojan.

El médico, un hombre delgado de mediana edad con gafas de montura gruesa y una bata blanca que ha conocido días mejores, le indica a Will que se desnude, y él lo hace sin pudor alguno, quitándose la camiseta por la cabeza y bajándose los calzoncillos hasta los tobillos como si nada. Aparto la vista, incómodo, pero no me sirve de mucho, pues por todas partes los otros miembros del pelotón, o al menos los que están sentados en las camas, se han quedado en cueros, revelando una serie de cuerpos mal formados y sorprendentemente faltos de atractivo. Son jóvenes de entre dieciocho y veinte años, y me asombra que estén, en su mayor parte, desnutridos y pálidos. Pechos de pajarito, vientres hundidos y nalgas caídas se exhiben allí donde miro, salvo dos chicos que encajan en el otro extremo, corpulentos y con sobrepeso, con grasa fofa que les cuelga como si fueran pechos. Cuando me desnudo yo también, agradezco en silencio mi empleo en una empresa de construcción durante los últimos dieciocho meses, pues tonificó mis músculos, antes de preguntarme si mi buen estado físico supondrá que me llamen al servicio activo antes de hora.

Vuelvo a centrar mi atención en Will, que está de pie y tieso como un palo, con los brazos extendidos ante sí, mientras el médico le examina la boca y luego le mide el pecho con una cinta métrica. Sin importarme qué puedan pensar los demás, lo recorro de arriba abajo con la mirada, y vuelve a impresionarme que sea tan guapo. Me asalta el recuerdo de una tarde en mi antiguo colegio, el día de mi expulsión, un episodio que aún albergo en lo más hondo de mí.

Cierro los ojos unos instantes y cuando vuelvo a abrirlos Will está observándome. Ha vuelto la cabeza para mirarme a los ojos; es otro instante curioso. «¿Por qué no aparta la vista? —me pregunto—, ¿y por qué no la aparto yo?». Y la mutua mirada se alarga durante tres, cuatro, cinco segundos, hasta que las comisuras de su boca esbozan una leve sonrisa y aparta la vista por fin para mirar otra vez al frente y respirar tres veces profundamente, en respuesta, advierto entonces, al médico, que sujeta el estetoscopio contra su pecho y le pide que inspire y espire.

—Gracias —concluye el doctor con tono monocorde. Rodea la cama y le indica a Will que puede volver a vestirse. Centrando su atención en mí, llama—: El siguiente.

Me somete a un examen similar, con el mismo control de la frecuencia cardíaca y la presión sanguínea, la estatura, el peso y la capacidad pulmonar. Me agarra de los testículos y me dice que tosa; me apresuro a hacerlo, deseoso de que me suelte, y luego me dice que extienda los brazos ante mí y que aguante así, tan inmóvil como pueda. Lo hago y parece complacido con lo que ve.

—Firme como una roca —comenta asintiendo con la cabeza y marcando una casilla en sus papeles.

Más tarde, tras un desayuno horrible consistente en huevos revueltos fríos y beicon grasiento, me encuentro de vuelta en los barracones, matando el tiempo con un breve reconocimiento del terreno. La zona separada por mamparas en el extremo opuesto al mío y de Will es donde duermen Wells y Moody, en camas que les ofrecen una ligera intimidad con respecto a sus inútiles pupilos. La letrina está fuera, un único cobertizo que contiene unos cuantos orinales y algo que huele peor, mucho peor, y que, según nos han informado, tendremos que vaciar todas las noches por turnos, que empiezan esa misma noche con Wolf, por supuesto.

—¿No te parece que deberían dejarnos digerir el desayuno primero? —me pregunta Will cuando nos dirigimos al campo de instrucción, de nuevo juntos pero esta vez más hacia el centro del pelotón—. ¿Qué opinas, Tristan? Vomitaré toda esa bazofia en cualquier momento. Claro que estamos en la guerra, supongo. Esto no es un campamento de vacaciones.

El sargento Clayton nos espera, muy tieso en su uniforme recién planchado, y no se mueve ni parece respirar siquiera hasta que formamos ante él y sus dos apóstoles se colocan a ambos lados.

—Reclutas —dice por fin—, la idea de veros realizar los ejercicios llevando los colores del regimiento me resulta aberrante. Por eso, hasta que juzgue oportuno lo contrario, recibiréis la instrucción vestidos de paisano.

Un murmullo de decepción recorre las filas; queda claro que muchos chicos esperaban vestir el ansiado uniforme caqui, como si el atuendo fuera a convertirnos en soldados de inmediato. Los que hemos esperado largo tiempo para que nos aceptaran en el ejército no tenemos ganas de llevar un segundo más de lo necesario la ropa barata y sucia con la que hemos llegado.

—Eso son paparruchas —me susurra Will—. Lo que ocurre es que el maldito ejército no puede permitirse más uniformes. Tardarán semanas en suministrarnos el equipo.

No contesto, porque me inquieta que me pillen hablando, pero le creo. Desde que la guerra empezó, he estado siguiéndola en los periódicos, y hay quejas constantes de que el ejército no dispone de uniformes o fusiles suficientes. El inconveniente es que tendremos que seguir vestidos de paisano en el futuro inmediato; la ventaja, que no podrán mandarnos a Francia hasta que tengamos el equipo adecuado. En el Parlamento ha habido ya protestas airadas ante el hecho de que los hombres se estén sacrificando sin llevar siquiera un uniforme como Dios manda.

Empezamos con técnicas de instrucción bastante rudimentarias: diez minutos de estiramientos, y a continuación correr sin moverse del sitio hasta que sudamos la gota gorda. Entonces, de pronto, el sargento Clayton decide que nuestra formación de cinco por cuatro de fondo no está correctamente ordenada, y se mete entre nosotros para darle un tirón a un hombre y hacerlo dar un paso, empujar a otro un poco hacia

atrás, arrastrar a un pobre tipo a su derecha mientras le propina un puntapié a otro a su izquierda. Para cuando termina —y yo he recibido mi buena ración de empujones y tirones durante sus maniobras—, la formación no se ve mejor ni peor que diez minutos antes, pero él parece más satisfecho; seguramente hay cosas que a mis ojos legos en el asunto no resultan obvias y que a los suyos constituyen errores de bulto.

Durante todo el proceso, el sargento se queja a voz en cuello de nuestra incapacidad para formar, se desgañita de tal forma y su rostro se ve tan airado que creo de verdad que puede hacerse daño si no se anda con cuidado. Sin embargo, para mi sorpresa, cuando acabamos y nos mandan de vuelta al barracón de baños para lavarnos, se lo ve tan compuesto e imperturbable como al principio.

Le queda una sola orden que dar. Wolf, declara, lo ha hecho muy mal porque no levantaba lo suficiente las rodillas cuando marchaba.

—Una hora más para Wolf —dice volviéndose hacia Moody.

Este responde con un firme «Sí, señor» antes de que Wells nos guíe de nuevo hacia el punto de partida, dejando a nuestro colega en medio de la plaza de armas, marchando en una perfecta formación de un solo hombre mientras los demás nos alejamos.

—El viejo la ha tomado con Wolf, ¿eh? —comenta Will más tarde cuando nos tumbamos en las camas.

Nos han concedido un indulto de media hora antes de una marcha nocturna por terreno agreste; con solo pensarlo me dan ganas de gemir.

—Era de esperar —contesto.

—Sí, desde luego. De todos modos, su actitud no es muy deportiva, ¿no?

Me vuelvo hacia él y sonrío, sorprendido. Su forma de hablar es un poco encopetada, e imagino que su educación como hijo de un pastor de Norfolk ha sido más edificante que la mía. Utiliza un lenguaje refinado y parece preocuparse por los demás. Me admira su amabilidad. Me atrae.

—¿Se enfadó tu padre cuando te reclutaron? —le pregunto.

—Terriblemente. Pero habría sido peor si me hubiese negado a combatir. El rey y la patria significan mucho para él. ¿Qué me dices del tuyo?

Me encojo de hombros.

—No le importó demasiado.

Will asiente con la cabeza e inspira con fuerza por la nariz. Se incorpora para doblar la almohada, colocársela a la espalda y encender un pitillo, que fuma con expresión pensativa.

—Oye —dice al cabo de unos instantes en voz baja—, ¿qué opinas de ese médico de antes?

—¿Qué opino? —repito, sin entender la pregunta—. No opino nada. ¿Por qué lo dices?

—No, por nada. Es solo que me has parecido muy interesado en lo que hacía. No estarás planeando alistarte en el cuerpo médico, ¿eh?



De nuevo me sonrojo, y me vuelvo en la cama para que no lo advierta; después de todo, me ha pillado mirándolo.

—No, no, Bancroft —contesto—. Voy a quedarme en el regimiento.

—Me alegra oírlo, Tristan —dice inclinándose tanto hacia mí que capto un leve olor a sudor. Tengo la sensación de que su espíritu está a punto de invadirme—. Solo que estamos metidos en un pelotón de ineptos. Es probable que el cabo Moody tenga razón al respecto. Está bien haber hecho un amigo.

Sonrío; siento una especie de punzada recorrerme el cuerpo ante sus palabras, como si me pusieran un cuchillo en el pecho y presionaran, insinuándome el dolor que sin duda vendrá después. Cierro los ojos y trato de pensar en otra cosa.

—Y por el amor de Dios, Tristan, deja de llamarme Bancroft, ¿quieres? —añade dejándose caer otra vez en la cama, con tanta fuerza que hace chirriar el somier como si estuviera herido—. Me llamo Will. Ya sé que todos estos cabrones se llaman por el apellido, pero nosotros somos diferentes. No dejemos que nos dobleguen, ¿de acuerdo?

En las semanas siguientes la instrucción se convierte en una tortura tan terrible que no puedo creer que haya deseado formar parte de esto. El toque de diana suena casi todas las mañanas a las cinco en punto, y en no más de tres minutos desde que Wells o Moody nos llaman, se espera que despertemos, saltemos de la cama, nos vistamos, nos pongamos las botas y formemos delante de los barracones. Casi todos los días aguardamos ahí fuera presas del aturdimiento, y cuando salimos del campamento para emprender una marcha de cuatro horas, nuestros cuerpos se retuercen de dolor. Esas mañanas imagino que no puede haber nada peor que la instrucción básica; no tardaré en averiguar que también en eso me equivoco.

El resultado de semejante actividad, sin embargo, es que nuestros jóvenes cuerpos empiezan a desarrollarse, con músculos que se aglutinan en duras masas en pantorrillas y pecho y una nueva firmeza en los abdominales, y por fin tenemos cierto aspecto de soldados. Incluso los pocos miembros de nuestro pelotón que llegaron a Aldershot con sobrepeso —Turner, Hobbs, Milton, el prácticamente obeso Denchley— empiezan a deshacerse de los kilos de más y presentan un aspecto más decente.

No nos obligan a marchar en silencio, así que solemos mantener conversaciones por lo bajo, casi en gruñidos. Establezco buenas relaciones con la mayoría de los reclutas, pero casi siempre me mantengo fiel a Will, y él parece encantado también de pasar el tiempo conmigo. En mi vida no he experimentado mucho la amistad. El único amigo que me importó fue Peter, pero me dejó por Sylvia, y después, tras el incidente en el colegio, mi subsiguiente oprobio garantizó que nunca más volviera a verlo.

Y entonces, una tarde durante un raro descanso de una hora en los barracones, Will me encuentra solo y de espaldas a él, y se abalanza sobre mí en un arrebato de vehemencia juvenil, chillando como un crío. Luchamos y rodamos por el suelo, zarandeándonos y riendo. Cuando consigue sujetarme contra el suelo, con las rodillas

a ambos lados de mi torso, baja la vista y sonrío, el cabello oscuro cayéndole sobre los ojos, y tengo la certeza de que me mira los labios. Vuelve un poco la cabeza y los observa, inclinando el cuerpo levemente, y yo levanto un poco una rodilla y me arriesgo a sonreír. Nos miramos con fijeza.

—Ah, Tristan —dice con voz lastimera.

Entonces oímos a alguien en la puerta y Will se levanta de un salto para apartarse de mí. Es Robinson, que entra en el barracón, y a Will le cuesta mirarme a los ojos.

Por la mañana, durante la marcha, me paro a atarme las botas y luego descubro que he perdido a Will en el grueso del pelotón. Con una punzada de celos, me abro paso entre los chicos con rapidez, tratando de que mis intenciones no resulten demasiado obvias, y lo veo al fin al frente de los demás, nada menos que con Wolf, nuestro objetor de conciencia. Los observo sorprendido, pues nadie camina o habla nunca con Wolf, en cuya cama aparecen todas las noches plumas blancas, símbolos de cobardía, procedentes de nuestras almohadas, a tal punto que Moody, a quien Wolf no le agrada más que al resto de nosotros, nos dice que lo dejemos ya o nuestras almohadas quedarán vacías y tendremos dolores de cuello por dormir en los jergones sin nada donde apoyar la cabeza. Miro alrededor, preguntándome si alguien más ha advertido esta pareja singular, pero la mayoría de los reclutas están demasiado concentrados en poner un pie delante del otro cuando marchan, las cabezas gachas, los ojos entornados, sin pensar en otra cosa que en volver cuanto antes a la base y a los dudosos placeres del desayuno.

Decidido a no quedarme al margen de lo que estén hablando, aprieto un poco el paso hasta llegar a su altura y situarme junto a Will, a quien dirijo una mirada ansiosa al tiempo que Wolf se inclina para sonreírme. Creo que estaba en plena perorata — con Wolf nunca se entabla una conversación, siempre son discursos—, pero ahora guarda silencio, y Will se vuelve para mirarme, con una expresión que sugiere que, aunque le sorprende verme, también se alegra.

Por supuesto, una de las cosas que más me gustan de Will es que tengo la convicción —completamente real, al menos para mí— de que disfruta de verdad de mi compañía. Ríe mis bromas, que brotan más libremente y con mayor ingenio en su presencia que en la de otros. Me hace sentir que soy igual de bueno que él, igual de listo, igual de aplomado con los demás, y la verdad es que suelo sentir cualquier cosa menos todo eso. Y luego está la sensación, la sensación creciente de que siente algo por mí.

—Tristan —dice afablemente—. Me preguntaba qué te habría pasado. Creía que igual te habías vuelto a la cama. Arthur me estaba contando sus planes para el futuro.

—Ah, ¿sí? —digo mirando a Wolf—. ¿Y cuáles son? ¿Planeas presentarte para el papado?

—Calma, Tristan —me dice Will—. Ya sabes que mi padre es pastor. No hay nada malo en la Iglesia, si es lo que a uno le conviene. Para mí no funcionaría, por supuesto, pero sí para otros.

—No, no, claro —contesto, pues me he olvidado un instante del santo reverendo Bancroft sermoneando en Norwich—. Solo he querido decir que Wolf le ve el lado bueno a todo el mundo.

Es una respuesta lastimosa, que pretende dar a entender que tengo en gran estima a Wolf, algo que no es cierto, por la simple razón de que sospecho que Will sí lo hace.

—El sacerdocio no es para mí, no —interviene Wolf, satisfecho al parecer con mi incomodidad—. Pienso más bien en la política.

—La política —repito, y me río—. Pero no hay posibilidad de que te dediques a eso, ¿verdad?

—¿Y por qué no? —pregunta volviéndose hacia mí sin que su expresión revele nada, como de costumbre.

—Mira, Wolf, no sé si tienes razón o no en tus convicciones. No pretendo juzgarte al respecto.

—¿De veras? ¿Por qué no? Lo haces la mayoría de los días. Creía que estabas de acuerdo con todos esos tipos en que soy un gallina, un pluma blanca.

—Solo pienso que, aunque tengas razón —continúo, pasando por alto su comentario—, va a costarte mucho convencer a alguien después de la guerra. Lo que quiero decir es que si un tipo se plantara ante el Parlamento y les dijera a los votantes que fue objetor de conciencia y se negó a combatir, lo tendría peliagudo para bajarse del estrado intacto, no digamos ya para reunir suficientes votos para un escaño.

—Pero Arthur no se niega a combatir —interviene Will—. Está aquí, ¿no?

—Estoy aquí recibiendo instrucción —puntualiza Wolf—. Ya te he dicho, Will, que cuando nos manden allí me negaré a combatir. También se lo he dicho a ellos. Ya lo saben. Pero no me escuchan, he ahí el problema. Se suponía que el tribunal militar tenía que tomar una decisión sobre mi caso hace semanas, pero todavía no sé nada. Es frustrante.

—A ver, ¿por qué eres objetor exactamente? —pregunto, no muy seguro de comprender sus motivos—. No te gusta la guerra, ¿es eso?

—La guerra no debería gustarle a nadie, Sadler —responde—. No concibo que en realidad le guste a alguien, excepto al sargento Clayton, quizá. Parece disfrutar con la experiencia. No, sencillamente no creo que esté bien acabar con la vida de otro hombre adrede. No soy religioso, no mucho al menos, pero creo que esa decisión corresponde solo a Dios. Además, ¿qué tengo yo contra cualquier chaval alemán reclutado a la fuerza en Berlín, Frankfurt o Dusseldorf para luchar por su país? ¿Qué tiene él contra mí? Sí, hay ciertas cuestiones en juego, cuestiones territoriales, por las que se está librando esta guerra, y hay motivos legítimos para quejarse, pero existe también una cosa que se llama diplomacia, la idea de unos hombres razonables reunidos en torno a una mesa para solucionar los problemas. Y no creo que esas vías se hayan agotado aún. En cambio, nos estamos matando unos a otros día tras día. Es a eso a lo que me opongo, Sadler, si de verdad quieres saberlo. Me niego a formar parte de ello.

—Pero, querido amigo —dice Will con cierta exasperación—, entonces vas a acabar trabajando de camillero. No puedes querer eso, ¿no?

—Claro que no. Pero es la única alternativa.

—De poco vas a servirle a la política cuando un francotirador te pegue un tiro antes de que pasen diez minutos —suelto.

Will se vuelve hacia mí frunciendo el entrecejo, y me siento avergonzado de lo que acabo de decir. Tenemos buen cuidado de no hablar nunca de las consecuencias de la guerra, del hecho de que es poco probable que un puñado de nosotros sobreviva hasta el final, si es que alguno lo logra, y hacer un comentario tan cruel va contra nuestro código de conducta. Aparto la vista, incapaz de soportar la desaprobación de mi amigo, y continúo andando.

—¿Te pasa algo, Sadler? —pregunta Wolf unos minutos después, cuando Will ha vuelto a avanzar, esta vez para reírse de algo con Henley.

—No —gruño sin volverme, con la vista clavada en otro gesto de amistad que está a punto de sacarme de quicio—. ¿Por qué debería pasarme algo?

—Pareces un poco... irritado.

—No me conoces —replico.

—Por eso no tienes que preocuparte —contesta con tanta ligereza que me pone furioso—. Estábamos hablando, nada más. No voy a robártelo. Ya puedes recuperarlo si quieres.

Me vuelvo y lo miro fijamente, incapaz de encontrar palabras para expresar mi indignación, y él se echa a reír y se aleja negando con la cabeza.

Más tarde, como castigo por mi falta de sensibilidad, Will forma pareja con Wolf cuando empezamos la instrucción con los fusiles de cerrojo Lee-Enfield alimentados por cargador (nosotros los llamamos *smilers*, «sonrientes», porque las siglas del modelo suenan parecido), y yo me encuentro emparejado con Rich, que tiene respuestas para todo y se considera el más ingenioso del grupo, aunque se sabe que es bastante zoquete cuando se trata de aprender cualquier cosa. Tiene una reputación curiosa entre nosotros, pues, aunque vuelve prácticamente locos a Wells y Moody con sus tonterías y provoca la ira del sargento Clayton casi a diario, hay algo patético en él, algo que despierta compasión, y nadie consigue estar enfadado con él mucho tiempo.

Nos hacen entrega de un fusil a cada uno, y nuestras quejas por vestir todavía prendas de paisano, que lavamos cada tres días para quitarles el barro y el hedor a sudor, caen en saco roto.

—Quieren que matemos tantos enemigos como sea posible —comenta Rich—. No les importa nuestro aspecto. Por lo que a lord Kitchener concierne, podríamos ir al frente con nuestros mejores trajes.

Estoy de acuerdo, pero me parece que todo el asunto es un poco excesivo y se lo hago saber. Aun así, el momento en que nos hacen finalmente entrega de los *smilers* constituye una especie de revulsivo. Nos sumimos todos en un silencio intranquilo,

aterrorizados ante la idea de que nos manden al frente para utilizarlos, y sin demora.

—Señores —dice el sargento Clayton, plantado ante nosotros acariciando su propio fusil de una manera totalmente obscena—, lo que tenéis en las manos es el medio con el que ganaremos esta guerra. El fusil Lee-Enfield tiene un cargador de diez cartuchos, un mecanismo de cerrojo rápido que es la envidia de los ejércitos del mundo entero, y una bayoneta de diecisiete pulgadas sujeta en el cañón para cuando llegue el momento de avanzar sobre el enemigo y ensartarlo sin miramientos. No son juguetes, señores, y si veo a un recluta actuar como si lo fueran, el recluta en cuestión acabará emprendiendo una marcha de quince kilómetros con una docena de estas preciosas armas atadas a la espalda. ¿Os ha quedado bien claro?

Contestamos que sí con gruñidos, y da comienzo la instrucción básica en el uso del fusil. No es fácil extraer el cargador y volver a colocarlo, y unos lo dominan con mayor rapidez que otros. Diría que mi destreza roza la media del pelotón. Le echo una ojeada a Will, que conversa una vez más con Wolf mientras extraen los cargadores, vuelven a colocarlos, sujetan la bayoneta, la quitan. Cuando mis ojos se cruzan un instante con los de Wolf, tengo la certeza de que hablan de mí, de que Wolf puede leer en mí como en un libro, de que es capaz de verme hasta el alma y de que Will está contándole todos mis secretos. Como si hubiese gritado todo eso a los cuatro vientos, Will se vuelve para mirarme y esboza una sonrisa entusiasta al tiempo que agita el fusil con dramatismo, y yo sonrío a mi vez y agito el mío, y recibo un sopapo de Moody por molestarlo. Cuando me froto la dolorida oreja, veo a Will reír encantado, y eso hace que todo el incidente haya valido la pena.

—Ya veo que tenemos algunos hombres que aprenden más deprisa que otros —comenta el sargento Clayton al cabo de un rato—. Hagamos una pequeña prueba de destreza, ¿de acuerdo? Williams, venga aquí, haga el favor.

Roger Williams, un chico bastante modosito, se pone firmes y avanza hasta la primera fila.

—Y... Yates —continúa el sargento—. Usted también. Y Wolf.

Los tres reclutas se sitúan al frente para lo que se ha convertido en el ritual cotidiano de humillación de Wolf. Capto la alegría de los reclutas al verlo ahí de pie y miro de reojo a Will, que frunce el entrecejo.

—A ver, señores —empieza el sargento—, el que tarde más en desmontar y montar el fusil tendrá que... —Lo considera unos instantes y se encoge de hombros—. Bueno, aún no sé qué, pero yo diría que no será divertido. —Sonríe, y varios aduladores del pelotón sueltan risitas—. Cabo Wells, haga el favor de empezar la cuenta atrás.

Wells exclama: «¡Tres, dos, uno, adelante!» y, para mi asombro, mientras Williams y Yates forcejean con sus fusiles, Wolf desmonta el suyo sin el menor problema y vuelve a ensamblarlo en cuarenta y cinco segundos. Los hombres se sumen en el silencio, presas de una gran decepción, y los dos oponentes de Wolf se detienen un instante para mirarlo con incredulidad, antes de volver a sus artilugios

para intentar obtener el segundo puesto.

El sargento mira a Wolf con cara de frustración. Ha hecho lo que le han pedido y ha completado la tarea a tiempo: no hay posibilidad de castigarlo; no sería muy deportivo por su parte, y hasta el último recluta sabe que es así. Will no puede borrar la sonrisa de su cara, y parece a punto de prorrumpir en aplausos, pero por suerte consigue contenerse.

—Me deja perplejo —declara por fin el sargento, y parece que hable en serio— que un hombre que tiene miedo de luchar muestre tanta destreza en el manejo de un fusil.

—Yo no tengo miedo de luchar —aclara Wolf con un suspiro de exasperación—. Sencillamente no me interesa hacerlo.

—Es usted un cobarde, señor —contesta Clayton—. Déjenos al menos llamar a las cosas por su nombre.

Wolf se encoge de hombros, un gesto deliberadamente provocador, y el sargento arranca el fusil de manos de Yates, comprueba que no esté cargado y se vuelve de nuevo hacia Moody.

—Me parece que vamos a hacer otro intento —anuncia—. Vamos a competir Wolf y yo. ¿Qué me dice, Wolf? ¿Acepta el desafío? ¿O eso ofende también sus delicadas convicciones morales?

Wolf no dice nada, se limita a asentir con la cabeza, y un instante después Moody exclama de nuevo: «¡Tres, dos, uno, adelante!». Esta vez nadie pone en duda quién será el vencedor. El sargento desmonta y vuelve a montar el rifle a una velocidad tan asombrosa que da gusto verlo. Muchos hombres lo aplauden, aunque yo solo bato palmas una vez, de forma mecánica, entre el alboroto. Se vuelve y nos mira, encantado con su victoria, y le sonrío a Wolf con tal expresión de orgullo que me hace comprender que en realidad no es más que un crío, pues lo único que ha hecho es superar a un recluta en algo que él lleva años haciendo. La verdad es que algo así no supone ninguna victoria. De hecho, el desafío en sí ha sido bastante bochornoso.

—Bueno, Wolf —dice—, ¿qué le ha parecido?

—Creo que maneja usted el fusil mejor de lo que yo lo haré nunca —responde Wolf.

Acaba de ensamblar su *smiler* y vuelve a ocupar su puesto en la fila junto a Will, que tiende una mano para darle unas palmaditas en la espalda, como diciendo «buen trabajo». El sargento, sin embargo, no parece tener muy claro si el comentario de Wolf ha sido un cumplido o un desaire, y se queda solo en el campo después de habernos hecho romper filas, rascándose la cabeza y preguntándose sin duda cuánto tardará en poder castigar a Wolf por alguna infracción.

El día en que finalmente llegan los uniformes, Will y yo tenemos turno de guardia. Estamos ante las puertas de los barracones, al frío aire nocturno, muy ufanos con nuestras nuevas prendas. A todos los hombres nos han dado un par de botas nuevas, dos gruesas camisas grises sin cuello y un par de pantalones caqui que

llevamos muy altos y sujetos con pulcros tirantes. Los calcetines son gruesos y creo que, por una vez, tendré calientes los pies durante la noche. También nos han dado un pesado abrigo, y es con esta nueva indumentaria como Will y yo montamos guardia, vigilando el horizonte, atentos a la poco probable posibilidad de que un batallón alemán aparezca tras una colina en pleno Hampshire.

—Me duele el cuello —dice Will apartándose la camisa—. Esta puñetera tela es muy áspera.

—Sí, pero acabaremos acostumbrándonos.

—Cuando nos haya dejado un collar rojo permanente en el cuello. Tendremos que imaginar que somos aristócratas en la Revolución francesa y que estamos indicándole a *Madame Guillotina* por dónde cortarnos la cabeza.

Río un poco y veo formarse vaho con el aliento.

—A pesar de todo, son más calientes que las que teníamos antes —digo al cabo de un momento—. Me temía otra noche de guardia en ropa de paisano.

—Yo también. ¿Qué te parece lo del pobre Wolf? ¿Habías visto alguna vez algo tan vergonzoso?

Pienso en ello un momento antes de responder. A primera hora, cuando Wells y Moody distribuían los uniformes, Wolf se encontró con una camisa que le iba demasiado larga y unos pantalones demasiado pequeños. Realmente parecía un payaso, y a toda la tropa, a excepción de Will, se le saltaron las lágrimas de tanto reír al verlo pasearse de esa guisa. Únicamente mi deseo de que Will no pensase mal de mí impidió que me uniese a las carcajadas.

—Él se lo ha buscado —digo, fastidiado por la necesidad constante de mi amigo de defender a Wolf—. En serio, Will, ¿por qué siempre lo defiendes?

—Lo defiendo porque está en el regimiento con todos nosotros —explica, como si fuese lo más obvio del mundo—. ¿No fue de eso de lo que nos habló el sargento Clayton el otro día? *Espert*... ¿cómo era? ¿*Espert* algo?

—*Esprit de corps* —le recuerdo.

—Sí, eso. La idea de que un regimiento es un regimiento, un solo objeto, una unidad, no un grupo de hombres mal coordinados compitiendo para que se les haga caso. Quizá Wolf no sea muy popular entre los soldados, pero no es motivo para tratarlo como si fuera un monstruo. Quiero decir que está aquí, ¿no? No ha huido para esconderse en, no sé... en las Tierras Altas de Escocia o algún sitio perdido por ahí. Podría haberse largado corriendo y no haber llamado la atención hasta el final de la guerra.

—Si cae antipático es porque él mismo se lo busca. No irás a decirme ahora que estás de acuerdo con las cosas que dice, con las ideas que defiende...

—Hay mucho sentido común en lo que dice —me contesta Will bajando la voz—. No estoy diciendo que todos levantemos las manos, nos proclamemos objetores de conciencia y nos vayamos a casa a meternos en la cama. No soy tan idiota como para creer que sea buena idea. Todo el país sería un caos. Pero aun así, maldita sea, tiene

derecho a tener su propia opinión. Tiene derecho a ser escuchado. Podría haberse largado y no lo hizo; lo admiro por eso. Tiene las agallas de estar aquí, de cumplir con la instrucción con nosotros mientras espera la resolución de su caso. Si es que llegan a decírsela algún día. Mientras tanto, debe soportar abusos y actitudes lamentables por parte de unos cretinos que no entienden que matar a otro ser humano no es algo que pueda hacerse por capricho, sino la ofensa más seria contra el orden natural de las cosas.

—No sabía que fueses tan idealista, Will —comento con tono de burla.

—No me fastidies, Tristan. Sencillamente no me gusta cómo lo tratan, eso es todo. Y volveré a afirmarlo si hace falta. Hay mucho sentido común en lo que dice.

No contesto, me limito a mirar al frente y a entornar los ojos, escudriñando el horizonte como si hubiese visto moverse algo, aunque los dos sabemos que no he visto nada. Simplemente no quiero seguir con esa conversación, no quiero discutir. La verdad es que estoy de acuerdo con lo que dice Will; solo que me fastidia que vea en Wolf a un compañero al que respeta e incluso admira, mientras que yo no soy más que un amigo con el que andar por ahí, alguien con quien hablar antes de dormir y con quien formar equipo en los ejercicios, pues los dos tenemos velocidad, fuerza y habilidad parecidas, los tres factores que, según el sargento Clayton, diferencian a los soldados británicos de los alemanes.

—Oye, lo siento —digo tras un largo silencio—. En el fondo Wolf me cae bien. Pero ojalá pudiese dejar de montar tanto lío por todo.

—Dejémoslo estar —concluye Will, soplándose en las manos, pero me alegra que no lo diga con tono agresivo—. No quiero discutir contigo.

—Bueno, yo tampoco quiero discutir contigo. Ya sabes cómo aprecio nuestra amistad.

Me mira y oigo su respiración profunda. Se muerde el labio, parece que vaya a decirme algo, pero al final cambia de parecer y se vuelve.

—Oye, Tristan —dice al poco, cambiando de tema—, nunca adivinarías qué día es hoy.

Pienso un momento y me arriesgo:

—Tu cumpleaños.

—¿Cómo lo has sabido?

—Bah, pura chiripa.

—Bueno, ¿y qué vas a regalarme? —pregunta, con el rostro iluminado por esa sonrisa franca que tiene el poder de borrar cualquier otro pensamiento de mi mente.

Me inclino y le doy un golpecito en el brazo.

—Esto —digo.

Él se queja como si le hubiera hecho mucho daño y se frota la zona del golpe. Le devuelvo la sonrisa un instante antes de mirar de nuevo al frente.

—Vaya, vaya, feliz jodido cumpleaños —digo imitando a nuestro querido cabo Moody.



—Muchas jodidas gracias —contesta riendo.

—Bueno, ¿y cuántos años tienes?

—Lo sabes de sobra, Tristan. Solo te llevo unos meses. Hoy cumpla diecinueve.

—Diecinueve años y nadie le ha dado un beso —digo, pasando por alto que no me saca unos cuantos meses, sino cerca de un año y medio.

Esa era una frase que empleaba mi madre siempre que alguien anunciaba su edad. La decía sin ninguna intención.

—Alto ahí, caballero —se apresura a decir, mirándome entre divertido y supuestamente ofendido—. Por supuesto que me han besado. ¿Por qué lo dices, a ti no?

—Claro que sí —respondo. Sylvia Carter me dio un beso, de hecho. Y ha habido otro. Un desastre en ambas ocasiones.

—Si estuviera en casa —dice Will, arrastrando las palabras, jugando al juego con el que pasamos el tiempo siempre que coincidimos en una guardia—, supongo que mis padres darían una especie de fiesta con cena en mi honor e invitarían a todos los vecinos.

—Suenan muy elegante. ¿Estaría invitado?

—Por supuesto que no. En casa solo admitimos lo más selecto de la sociedad. Como sabes, mi padre es pastor y tiene una posición que mantener. No podemos dejar entrar a cualquiera por la puerta.

—Bueno, pues tendría que esperar fuera de la casa —anuncio—. Y montar guardia, igual que hacemos aquí. Nos haría recordar este sitio podrido. Dejaría a todo el mundo fuera.

Se ríe pero no dice nada y me pregunto si le ha parecido que mi sugerencia se pasaba de la raya.

—Hay alguien a quien tendrías que dejar pasar —dice al cabo de un momento.

—Ah, ¿sí? ¿A quién?

—Pues a Eleanor.

—Creía que habías dicho que tu hermana se llamaba Marian.

—Y así es. Pero ¿qué tiene eso que ver?

—No, solo quiero decir que... —balbuceo, confuso—. Bueno, ¿quién es Eleanor entonces, si no es tu hermana? ¿El perro de la familia o algo así?

—No, Tristan, nada de eso. Eleanor es mi prometida. Te he hablado de ella, ¿no?

Me vuelvo para mirarlo. Sé perfectamente que nunca me ha hablado de ella, y por su expresión, también él lo sabe. Parece estar dándole mucha importancia al hecho de contármelo.

—¿Tu prometida? ¿Vas a casarte?

—Bueno, por decirlo así —contesta, y creo captar en su voz un dejo de vergüenza, incluso de arrepentimiento, pero no sé si es así o estoy imaginándolo—. Quiero decir que estamos saliendo desde hace un montón de tiempo. Y hemos hablado de matrimonio. Su familia se lleva bien con la mía, y supongo que es algo

que siempre ha estado sobre la mesa. Es una chica estupenda. Y en absoluto convencional, si entiendes a qué me refiero. No soporto a las chicas convencionales, Tristan, ¿tú sí?

—No —contesto hundiendo la puntera de la bota en el barro y haciéndola girar, imaginando por un instante que tengo debajo la cabeza de Eleanor—. No; me dan ganas de vomitar.

No estoy seguro de a qué se refiere con eso de que Eleanor no es convencional, me parece un apelativo inusual. Pero entonces recuerdo que me ha contado que ronca terriblemente y, cuando comprendo lo que ese dato implica, su significado me ataca como una víbora.

—Cuando todo esto haya terminado, te la presentaré —declara—. Estoy seguro de que te gustará.

—Seguro que sí —digo, y ahora soy yo quien se sopla las manos—. Estoy seguro de que es un jodido encanto.

Titubea un instante antes de volverse hacia mí.

—¿Qué se supone que significa eso?

—¿El qué?

—Lo que acabas de decir: «un jodido encanto».

—No me hagas caso —respondo negando con la cabeza, de mal humor—. Tengo un frío espantoso, eso es todo. ¿Tú no te estás congelando, Bancroft? No me parece que estos uniformes sean nada del otro mundo.

—Te he dicho que no me llames así, ¿vale? No me gusta.

—Perdona, Will —corrijo.

Una desagradable tensión se instala entre nosotros y pasamos cinco, tal vez diez minutos sin hablarnos. Me devano los sesos en busca de palabras, pero no se me ocurre absolutamente nada que decir. Me tortura la idea de que Will y esa miserable mujerzuela, esa tal Eleanor, sean pareja, y sabe Dios desde cuándo, y no deseo otra cosa que estar de vuelta en mi catre con la cabeza hundida en la almohada, confiando en que el sueño llegue deprisa. No consigo imaginar qué estará pensando Will, pero está tan callado que supongo que él también se siente incómodo, y dudo si analizar el motivo.

—¿Tú no tienes una novia en casa, entonces? —pregunta por fin, y aunque la intención parece buena, su tono refleja todo lo contrario.

—Ya sabes que no —contesto con frialdad.

—Bueno, ¿cómo voy a saberlo? Nunca me has dicho si la tienes o no.

—Porque si la tuviera te lo habría dicho.

—Pues yo no te había contado lo de Eleanor. O eso dices tú.

—No me lo habías contado.

—Es que no me gusta pensar en ella allí sola en Norwich, consumida de añoranza por mí. —Pretende que suene a broma, que suavice la tensión, pero no funciona. Solo lo hace parecer engreído y arrogante, exactamente lo contrario de lo que pretendía—.

Ya sabrás que algunos chicos están casados —añade, y me vuelvo para mirarlo; eso, al menos, me interesa.

—¿De verdad? No lo sabía. ¿Cuáles?

—Shields. Y Attling. Taylor también.

—¡¿Taylor?! —exclamo—. ¿Quién demonios iba a querer casarse con Taylor? Parece el hombre de las cavernas.

—Pues alguien ha querido, por lo visto. Me ha contado que fue el verano pasado. Me encojo de hombros y actúo como si nada de todo eso me interesara.

—Debe de ser estupendo estar casado —añade Will con tono soñador—. ¿Te imaginas llegar a casa todas las noches para encontrarte las zapatillas junto al fuego y una cena caliente esperándote?

—Es el sueño de cualquier hombre —contesto con sorna.

—Y lo demás que supone —prosigue—. Cuando te venga en gana. No puedes negar que puede merecer la pena.

—¿Lo demás que supone? —pregunto haciéndome el imbécil.

—Ya sabes a qué me refiero.

Afirmo con la cabeza.

—Sí, ya sé a qué te refieres. Te refieres al sexo.

Se ríe y asiente.

—Pues claro, al sexo. Pero lo dices como si fuera algo terrible. Como si escupieras la palabra, horrorizado.

—¿De verdad?

—Sí.

—Bueno, pues no era mi intención —digo con altanería—. Es que hay cuestiones que no me parecen adecuadas para una conversación, eso es todo.

—En pleno sermón de mi padre, quizá no. O delante de mi madre y sus compinches, durante las partidas de *whist* de los martes. Pero ¿aquí? Vamos, Tristan, no seas tan mojigato.

—No me llames así —le espeto—. No tolero que me insulten.

—Bueno, no era mi intención —responde a la defensiva—. En cualquier caso, ¿qué te tiene tan preocupado?

—¿De verdad quieres saberlo? Porque, si quieres saberlo, te lo diré.

—Pues claro que quiero saberlo; si no, no te lo habría preguntado.

—Vale, muy bien. Es solo que llevamos aquí casi seis semanas, ¿no?

—Sí.

—Y creía que éramos amigos, tú y yo.

—Y lo somos, Tristan —me dice con una risita nerviosa, aunque no sea motivo de diversión—. ¿Qué puede hacerte pensar que no lo somos?

—Quizá el hecho de que durante todo este tiempo no hayas mencionado que tenías a una prometida esperándote en casa.

—Bueno, tampoco tú has mencionado si... si... no sé... si prefieres los trenes o

los barcos. Nunca ha salido el tema, eso es todo.

—No digas tonterías. Estoy sorprendido, nada más. Pensaba que confiabas en mí.

—Y confío en ti. Pero si eres el mejor tipo que corre por aquí.

—¿De verdad lo piensas?

—Claro que sí. Un hombre necesita un amigo en un sitio como este. Por no mencionar lo que nos espera. Y tú eres mi amigo, Tristan. El mejor que tengo. No estarás celoso, ¿eh? —añade, riéndose ante semejante ridiculez—. Hablas igual que Eleanor, ¿sabes? Siempre anda dándome la paliza con otra chica, Rebecca, jurando que me tira los tejos.

—¡Por supuesto que no estoy celoso! —exclamo, y escupo en el suelo de pura frustración. Por todos los santos, ahora hay que añadir a una tal Rebecca al paquete—. ¿Por qué iba a tener celos de ella, Will? Es absurdo.

Tengo deseos de decir algo más, ansío decir algo más, pero no puedo añadir nada. Me siento como si estuviéramos al borde de un precipicio. Cuando Will se vuelve para mirarme y traga saliva al encontrarse nuestros ojos, sé que también él siente eso. Puedo dar un paso hacia el vacío y comprobar si él tiende una mano para cogerme, o puedo dar un paso atrás.

—Oh, olvida lo que he dicho —zanjo el asunto, sacudiendo la cabeza como para despejarla de cualquier pensamiento indigno—. Es solo que me ha dolido que no me contaras lo de tu novia. No me gustan los secretos.

Hay una breve pausa.

—Pero no era un secreto —dice Will en voz baja.

—Bueno, pues fuera lo que fuese. Olvidémoslo y ya está, ¿vale? Estoy cansado, solo es eso. No sé ni qué digo.

Se encoge de hombros y aparta la vista.

—Los dos estamos cansados —dice—. Ni siquiera sé por qué discutimos.

—No estamos discutiendo —insisto mirándolo, y las lágrimas acuden a mis ojos porque por nada del mundo discutiría con él—. No estamos discutiendo, Will.

Se me acerca más y me mira fijamente, y entonces tiende una mano para tocarme con suavidad el brazo. Sus ojos la siguen como si actuara de forma independiente y se preguntara qué va a hacer después.

—Lo que pasa es que la conozco desde que éramos pequeños —explica—, y supongo que siempre he pensado que estábamos hechos el uno para el otro.

—¿Y lo estáis?

El corazón me late con fuerza y él no aparta la mano de mi brazo. Alza la vista hacia mí, su rostro es una mezcla de confusión y tristeza. Abre la boca para decir algo, pero se lo piensa mejor. Nuestros ojos se sostienen la mirada durante tres, cuatro, cinco segundos, y estoy seguro de que uno de los dos va a decir o hacer algo, pero se lo dejo a él, no quiero arriesgarme. Durante un brevísimo instante parece que en efecto va a hacer algo, pero al punto cambia de opinión y se aparta de mí, sacudiendo el brazo y maldiciendo exasperado.

—Maldita sea, Tristan —sisea, y se aleja de mí para desaparecer en la oscuridad.

Oigo el crujido de sus botas nuevas mientras rodea el perímetro de los barracones, en busca de alguien sobre quien descargar la agresividad que lo embarga.

Mis nueve semanas en Aldershot tocan a su fin y me despierto en plena noche por primera vez. Dentro de treinta y seis horas juraremos bandera, pero no es la ansiedad por lo que le aguarda a nuestro regimiento lo que interrumpe mi sueño: es el ruido de un amortiguado alboroto procedente del otro extremo de la estancia. Levanto la cabeza de la almohada y los ruidos se interrumpen unos instantes para luego proseguir con mayor intensidad: la inquietante reverberación de algo que patalea, luego algo que se arrastra, una puerta que se abre y vuelve a cerrarse, y después, silencio otra vez.

Abro un poco más los ojos y miro a Will, dormido en la cama junto a la mía con un brazo desnudo sobre el costado. Tiene los labios entreabiertos, y un buen mechón de oscuro cabello le cae sobre la frente y los ojos. Murmura en sueños, espanta algo con la mano izquierda y se vuelve del otro lado.

Y yo me duermo otra vez.

Cuando tocan diana por la mañana, el sargento Clayton nos hace formar, y de inmediato cunde la alarma: en el tercer puesto de la segunda fila hay un sitio vacío, el de un soldado ausente sin permiso. Es la primera vez que ocurre desde que bajamos del tren en abril.

—Supongo que no hace falta preguntarlo —dice el sargento—, porque confío en que si alguno de vosotros tuviera una respuesta ya habría acudido a mí, pero ¿sabe alguien dónde está Wolf?

En las filas reina el silencio más absoluto. Nadie vuelve la cabeza, como habría hecho nueve semanas atrás. Nos limitamos a seguir mirando al frente. Somos soldados adiestrados.

—Ya me parecía que no —prosigue—. Bueno, pues será mejor que os diga que nuestro autoproclamado objetor de conciencia ha desaparecido. Se ha largado en plena noche como el cobarde que es. Lo atraparemos tarde o temprano, seguro. Si algo agradezco es el hecho de que, cuando juréis bandera el viernes, no habrá un cobarde en vuestras filas.

Me sorprende un poco lo que ha dicho, pero no creo ni por un instante que Wolf haya desertado, y estoy seguro de que aparecerá tarde o temprano con alguna ridícula excusa para su ausencia. Lo que ocupa mis pensamientos es la incertidumbre sobre qué ocurrirá el sábado por la mañana. ¿Nos despacharán de inmediato a Southampton en tren para luego embarcarnos a Francia de la noche a la mañana? ¿Nos encontraremos en pleno fragor del combate en la mañana del lunes? ¿Viviré una semana más? Todas esas cosas me preocupan mucho más que si Wolf ha hecho un intento o no de conseguir la libertad.

La misma tarde, mientras Will y yo regresamos del comedor a los barracones, vemos un gran alboroto más adelante y a los hombres reunidos en grupos enfrascados

en excitada conversación.

—No me lo digas —bromea Will—. La guerra ha terminado y nos vamos a casa.

—¿Quién crees tú que ha ganado? —Quiero saber.

—Nadie. Ambos bandos hemos perdido. Mira, aquí viene Hobbs.

Al vernos llegar, Hobbs se acerca dando brincos como un golden retriever con ligero sobrepeso.

—¿Dónde os habíais metido, chicos? —pregunta sin aliento.

—Hemos ido a Berlín, a ver al káiser y decirle que lo deje estar de una vez —ironiza Will—. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—¿No os habéis enterado? Han encontrado a Wolf.

—Ah —contesto—. ¿Eso es todo?

—¿Qué quieres decir? Es suficiente, ¿no?

—¿Dónde lo han encontrado? —pregunta Will—. ¿Está bien?

—A unos seis kilómetros de aquí —contesta Hobbs—. En el bosque hasta el que marchamos las primeras semanas.

—¿Allí arriba? —pregunto sorprendido, pues es un lugar desagradable y sórdido, lleno de pantanos y arroyos congelados, y el sargento Clayton no tardó en buscar un terreno más seco—. ¿Qué demonios hacía ahí? No hay sitio donde esconderse.

—Realmente eres tonto, ¿eh, Sadler? —suelta Hobbs con una sonrisa de oreja a oreja—. No estaba escondido. Lo han encontrado allí. Wolf está muerto.

Lo miro fijamente, incapaz de asimilar lo que dice. Trago saliva y repito esa terrible palabra, pero asume forma de pregunta, no de afirmación.

—¿Muerto? Pero ¿cómo? ¿Qué le ha pasado?

—Aún no sé toda la historia —responde Hobbs—. Pero lo estoy deduciendo. Lo han encontrado boca abajo en un arroyo ahí arriba, con la cabeza abierta. Debe de haber tropezado con una roca en la oscuridad, cuando trataba de escapar, y haberse caído. La herida lo habrá matado, o se habrá ahogado. Aunque ya no es que importe mucho; se acabó para él. ¡Adiós muy buenas a nuestro pluma blanca residente!

Instintivamente sujeto el brazo de Will justo antes de que lance un puñetazo a la cara de Hobbs.

—¿Y a ti qué te pasa? —Reacciona este encarándose con Will—. ¿Te has subido también a su barco? No irás a volverte un cagueta justo antes de que nos envíen al frente, ¿eh?

Will intenta zafarse de mi brazo, pero soy tan fuerte como él y solo lo suelto cuando noto que afloja los músculos. Mira a Hobbs con la ira escrita en la cara, antes de alejarse con gesto de disgusto.

Decido no seguirlo y vuelvo a mi cama para tenderme boca arriba, haciendo caso omiso de las conversaciones de los hombres, que hilvanan teorías cada vez más fantásticas sobre cómo habrá pasado Wolf a mejor vida. Yo mismo le doy vueltas. Wolf, muerto. No parece posible. Si solo tenía un año o dos más que yo y era un tipo muy sano con toda la vida por delante. Hablé con él ayer mismo; dijo que Will y él

habían jugado a hacerse preguntas de geografía mientras estaban de guardia y que este no acertaba una.

—No es lo que se dice el más listo de la clase, ¿eh? —me comentó—. No sé qué ves en él, de veras que no.

Por supuesto, sé que hay una guerra y que vamos a enfrentarnos a la muerte antes de lo que nos tocaría según el orden natural de las cosas, pero ni siquiera hemos zarpado de Inglaterra. No nos hemos despedido ni de Aldershot, y nuestro barracón de veinte hombres ya solo tiene diecinueve; el inevitable descenso de nuestro pelotón ha empezado antes de que hayamos jurado bandera siquiera. Y todos esos chicos que se ríen de él, llamándolo cobarde y pluma blanca, ¿tendrían acaso tantos motivos de celebración de haber sido yo el muerto? ¿O Rich? ¿O Will? Casi no puedo soportar pensar en eso.

Sin embargo, me desprecio por lo que estoy pensando, pues, aunque ya no tengo motivos para sentirme celoso de su amistad con Will, que Dios me perdone, experimento cierta satisfacción ante el hecho de que no pueda volver a la vida.

Como Will no ha vuelto para cuando cae la noche, salgo en su busca, porque faltan menos de noventa minutos para el toque de queda. Es nuestra última noche juntos como reclutas, mañana será la jura de bandera y nos comunicarán qué planes tiene el ejército para nosotros. Para celebrarlo, nos han dado la noche libre y podemos salir por ahí, a condición de estar en nuestros catres con las luces apagadas a medianoche, o tendremos que darles explicaciones a Wells y Moody.

Sé que algunos reclutas han ido al pueblo cercano, a la taberna que ha sido nuestro lugar de reunión en las raras ocasiones en que nos concedían un breve permiso. Varios están con las novias que se han conseguido en los alrededores. Otros han salido a dar largos paseos, quizá para estar a solas con sus pensamientos. Un pobre diablo, Yates, ha dicho que iba a emprender una última marcha montaña arriba por los viejos tiempos, y semejante fervor ha hecho que los demás le tomaran el pelo sin piedad. Pero Will sencillamente ha desaparecido.

Echo un vistazo en la taberna, pero no está allí; el dueño me dice que ha estado hace un rato, sentado a solas en un rincón. Un lugareño, un caballero de cierta edad, le ofreció una jarra de cerveza en honor de su uniforme, pero Will la rechazó y puso en entredicho su insignia de soldado, provocando casi un altercado. Le pregunto si bebió mucho y me dice que no, que solo dos jarras, y que luego se levantó y se fue sin decir palabra.

—¿Para qué anda buscando pelea aquí? —comenta el tabernero—. Debería guardarse todo esa rabia para cuando esté en el frente, digo yo.

Me limito a marcharme sin responder. Me pasa por la cabeza que Will, furioso por lo que le ha ocurrido a Wolf, pretenda desertar. «Maldito idiota», me digo, porque cuando lo cojan lo someterán a un consejo de guerra. Desde el punto en que me encuentro parten tres posibles caminos y Will puede haber tomado cualquiera de ellos; no me queda otra elección que volver a los barracones y confiar en que haya

sido lo bastante listo para regresar allí durante mi ausencia.

No me hace falta llegar tan lejos, porque a medio camino entre la taberna y el campamento lo diviso en un claro del bosque, un sitio pequeño y apartado que da a un arroyo. Está sentado al claro de luna en una herbosa ribera, contemplando el agua y pasándose un guijarro de mano en mano.

—¡Will! —llamo, aliviado porque no se haya puesto en peligro—. Por fin te encuentro. He estado buscándote por todas partes.

—¿De veras? —pregunta alzando la vista, y a la luz de la luna advierto que ha llorado: tiene churretones en las mejillas, donde ha tratado de enjugarse las lágrimas, y los ojos enrojecidos—. Lo siento —añade apartándose un poco—. Quería estar solo un rato, nada más. No pretendía preocuparte.

—No pasa nada —digo sentándome a su lado—. Es que creía que podías haber hecho alguna estupidez.

—¿Como cuál?

—Bueno, ya sabes... —respondo encogiéndome de hombros—. Huir de aquí.

Niega con la cabeza.

—Yo no haría eso, Tristan. Al menos, todavía no.

—¿Qué quieres decir con que todavía no?

—No lo sé. —Exhala un profundo suspiro y se frota los ojos antes de volverse hacia mí con una sonrisa triste—. Bueno, aquí estamos. Fin de trayecto. ¿Crees que ha merecido la pena?

—Me figuro que no tardaremos en descubrirlo —contesto con la vista fija en las tranquilas aguas—. Cuando lleguemos a Francia, quiero decir.

—A Francia, sí —repite pensativo—. Ahora lo tenemos todo justo delante. Creo que el sargento Clayton se llevará una decepción si no nos matan a todos en el frente.

—No digas eso —replico con un estremecimiento.

—¿Por qué no? Es la verdad, ¿no?

—El sargento Clayton será muchas cosas, pero no es un monstruo hasta ese punto. Estoy seguro de que no desea ver muerto a ninguno de nosotros.

—No seas ingenuo —espeta—. Quería ver muerto a Wolf, de eso no hay duda. Y al final se salió con la suya.

—Wolf se mató él solito. Quizá no lo hizo a propósito, pero sí a causa de su insensatez. Solo a un idiota se le ocurriría atravesar ese bosque en plena noche.

—Oh, Tristan —me dice, negando con la cabeza y sonriéndome, y la forma en que susurra mi nombre me recuerda a aquella vez en que me tuvo sujeto contra el suelo tras nuestra jocosa pelea en los barracones.

Tiende una mano y me da un par de palmaditas en la rodilla, y luego una tercera, tras la cual tarda unos instantes en apartarla.

—A veces eres increíblemente inocente —añade—. Es una de las razones por las que me caes tan bien.

—No me trates como a un crío —contesto, irritado por su tono—. No sabes tanto



de mí como supones.

—Bueno, ¿y qué se supone que he de saber? Piensas que Wolf ha sido el artífice de su propia desgracia, ¿no es así? Solo un inocente creería eso. O un maldito estúpido. Wolf no se cayó, Tristan. No se mató él solito. Lo mataron. Lo asesinaron a sangre fría.

—¿Qué?! —exclamo, casi riendo ante lo absurdo de ese comentario—. ¿Cómo puedes pensar eso siquiera? Por el amor de Dios, Will, había desertado. Huyó y...

—No huyó a ningún sitio —me interrumpe airado—. Solo unas horas antes de meterse en la cama, me contó que le habían concedido la categoría de objetor de conciencia. El tribunal había llegado por fin a una resolución. Ni siquiera iban a mandarlo al frente como camillero. Resulta que era brillante en matemáticas, y había accedido a colaborar en el Ministerio de la Guerra y vivir en arresto domiciliario durante el resto del conflicto. Se marchaba a casa, Tristan. A la mañana siguiente. Y entonces, de pronto, desaparece. Es una coincidencia bastante extraordinaria, ¿no crees?

—¿Quién más sabía todo eso?

—Clayton, por supuesto. Wells y Moody, sus sombríos esbirros. Y un par de reclutas, supongo. Anoche la cosa empezaba a circular. Oí algunos murmullos al respecto.

—Yo no oí nada.

—Eso no significa que no ocurriese.

—¿Qué estás sugiriendo? ¿Que se lo llevaron y lo asesinaron a causa de eso?

—Por supuesto, Tristan. ¿Pretendes decirme que no los crees capaces de eso? ¿Para qué nos han estado adiestrando, después de todo, si no es para matar a otros soldados? El color del uniforme no importa gran cosa. En la oscuridad parecen todos iguales.

Abro la boca para responder, pero no encuentro palabras. Lo que dice tiene sentido. Y entonces recuerdo haberme despertado en plena noche y los sonidos que oí: el rumor de las sábanas, el ruido sordo de algo que se arrastraba por el suelo.

—Dios mío...

—Ahora lo comprendes —dice Will con tono de agotamiento—. Pero ¿qué podemos hacer al respecto? Nada. Hemos hecho lo que vinimos a hacer aquí. Nos hemos puesto en forma, nos hemos hecho más fuertes. Hemos adiestrado nuestras mentes para creer que el soldado que tenemos delante y que no habla nuestro idioma es un enemigo que debe ser abatido. Ahora somos los guerreros perfectos. Estamos listos para matar. El sargento Clayton ha hecho su trabajo y debemos agradecerse.

Habla con tanta rabia, con una mezcla tan terrible de miedo y hostilidad, que deseo tender una mano hacia él y consolarlo, y eso hago. Un instante después oculta la cara entre las manos y prorrumpe en sollozos. Lo miro sin saber qué hacer, y él alza la vista y se protege un lado del rostro con la mano para que no vea lo alterado que está.

—No, no —dice entre sollozos—. Vuelve a los barracones, Tristan. Por favor.

—Will —digo inclinándome hacia él—. No pasa nada, no me importa. Todos sentimos eso. Todos estamos perdidos.

—Pero ¡maldita sea! —exclama volviendo el rostro hacia mí y tragando saliva al mirarme—. Dios mío, Tristan, ¿qué va a pasarnos en el frente? Estoy muerto de miedo, de verdad que lo estoy.

Tiende las manos para rodearme la cara y atraerme hacia sí. En los momentos en que me he atrevido a imaginar una escena así, he supuesto siempre que sería al revés, que sería yo quien lo atrajera hacia mí y él quien se apartaría para denunciarme, para tildarme de degenerado y de falso amigo. Pero ahora no siento la menor sorpresa ante su iniciativa, y tampoco la urgencia que creí que sentiría si llegara alguna vez ese momento. En cambio, todo lo que me hace, todo lo que permite que ocurra entre nosotros, se me antoja perfectamente natural. Y por primera vez desde aquella espantosa tarde en que mi padre me dio una paliza que estuvo a punto de matarme, tengo la sensación de que he vuelto a casa.

## RESPIRAR Y SEGUIR VIVIENDO

*Norwich, 16 de septiembre de 1919.*

—Señorita Bancroft —dije, volviendo a dejar en la mesa el montón de servilletas y poniéndome en pie, ruborizado y bastante nervioso.

Le tendí la mano y ella la miró fijamente antes de quitarse el guante y estrechármela con energía y formalidad. Noté una piel suave contra la aspereza de la mía.

—¿Ha encontrado bien el sitio, entonces? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Sí. Llegué anoche. ¿Nos sentamos?

Se quitó el abrigo para colgarlo en un perchero junto a la puerta; luego se inclinó sobre la mesa y me dijo en voz baja:

—¿Me excusa un momento, señor Sadler?

La observé dirigirse a una puerta lateral y supuse que aquel café era uno de sus sitios preferidos, pues no había tenido dificultad en encontrar los aseos de señoras. Sospeché que había planeado la maniobra: entrar, saludar, formarse una idea sobre mí, desaparecer unos minutos para ordenar sus pensamientos, y entonces volver, lista para conversar. Mientras esperaba, entró una pareja joven, charlando animadamente, y tomó asiento dejando tan solo una mesa vacía entre ellos y yo; el chico tenía una gran quemadura en un lado del rostro y bajé la vista antes de que me pillara mirando. Fui vagamente consciente de que, en el rincón del fondo, el hombre que había entrado antes me miraba. Se había movido de detrás de la columna y parecía observarme con atención, pero cuando lo miré apartó la vista; no le di importancia.

—¿Le traigo un poco de té? —preguntó la camarera, acercándose a tomar nota.

—Sí. No, mejor no. ¿Le importa esperar a que vuelva mi acompañante? No tardará.

La chica asintió con la cabeza, y centré de nuevo mi atención en la calle, por donde pasaba un grupo de colegiales, unos veinte en fila de a dos, cada uno asiendo la manita del que había al lado para no perderse. Pese a lo nervioso que estaba, no pude evitar sonreír. Recordé mis tiempos en el colegio, cuando tenía ocho o nueve años y el maestro nos obligaba a hacer lo mismo. Peter y yo siempre nos aferrábamos con fuerza las manos, decididos a no ser el primero en gritar para que el otro lo soltara. ¿De verdad había ocurrido solo doce años atrás? Daba la sensación de haber transcurrido más de un siglo.

—Lamento mucho haberlo tenido esperando —dijo Marian al volver a la mesa y tomar asiento frente a mí.

Cuando lo hizo, la pareja vecina nos miró e intercambió unas palabras en susurros. Se me ocurrió que quizá tenían una relación ilícita y no querían que nadie

oyese su conversación, pues se levantaron casi de inmediato para trasladarse a una mesa junto a la pared del fondo, dirigiéndonos miradas airadas por el camino, como si fuésemos nosotros quienes los habíamos molestado. Marian los observó alejarse, con la lengua formando un leve bulto en la mejilla, antes de volverse hacia mí con una expresión curiosa, mezcla de dolor, resignación e ira.

—No se preocupe —contesté—. Solo he llegado diez minutos antes que usted.

—Ha dicho que llegó anoche.

—Sí. En el tren de última hora de la tarde.

—Pero debería habérmelo dicho. Podríamos habernos encontrado entonces si era más conveniente para usted. No habría tenido que quedarse a pasar la noche.

Negué con la cabeza.

—Hoy me va bien, señorita Bancroft. Simplemente no quería dejarlo al azar partiendo por la mañana. Los trenes que salen de Londres aún son bastante impredecibles y no quería perderme nuestra cita si se cancelaban por algún motivo.

—Es horrible, ¿verdad? —comentó ella—. Hace dos meses tuve que ir a Londres para asistir a una boda. Decidí coger el tren de las diez y diez, que debería haberme dejado en Liverpool Street alrededor de mediodía, ¿y sabe qué? No lo hizo hasta poco después de las dos. Cuando llegué a la iglesia, mis amigos acababan de intercambiar los votos y recorrían el pasillo hacia mí. Pasé tanta vergüenza que tuve deseos de salir corriendo de vuelta a la estación y coger el primer tren a casa. ¿Cree usted que las cosas volverán alguna vez a la normalidad?

—Algún día, sí.

—¿Cuándo? Estoy impacientándome terriblemente, señor Sadler.

—No en este siglo, en cualquier caso —contesté—. Quizá el que viene.

—Bueno, pues eso no nos sirve. Estaremos todos muertos para entonces, ¿no? ¿Es demasiado pedir un transporte decente durante la vida de uno?

Sonrió y dirigió la mirada un momento a la calle, donde una segunda delegación de colegiales, de niñas esta vez, marchaba en similar formación militar de a dos.

—¿Fue muy horrible? —quiso saber por fin.

Alcé la vista, sorprendido de que me hiciese tan pronto una pregunta tan relevante.

—Me refiero al viaje en tren —se apresuró a aclarar al advertir mi inquietud—. ¿Consiguió encontrar asiento?

Era natural, por supuesto, que primero charlásemos sobre cosas intrascendentes; difícilmente podíamos enfrascarnos de entrada en la razón de mi visita. Pero producía una sensación curiosa saber que hablábamos por hablar, y que ella lo supiera también, los dos plenamente conscientes del grado de disimulo del otro.

—No me molestó demasiado —contesté, ligeramente divertido por mi confusión—. Me encontré a alguien a bordo a quien conocía vagamente. En el mismo vagón.

—Bueno, ya es algo, supongo. ¿Usted lee, señor Sadler?

—¿Que si leo?

—Sí. ¿Lee?

Titubeé, preguntándome si se refería a si sabía leer.

—Bueno, sí —contesté con cautela—. Sí, leo, por supuesto.

—Yo no soporto subirme a un tren sin un libro —dijo—. En cierto sentido es una forma de defensa personal.

—¿En qué sentido?

—Bueno, no se me da muy bien hablar con extraños. Oh, no ponga esa cara de preocupación, con usted haré cuanto pueda. Pero cada vez que subo a un compartimento de tren temo que haya en él algún soltero dispuesto a alabar mi vestido o mi peinado o mi buen gusto con los sombreros, y esa clase de actitud me resulta frustrante y no poco condescendiente. Usted no va a empezar a hacerme cumplidos, ¿verdad, señor Sadler?

—No lo tenía previsto —contesto, sonriendo de nuevo—. No sé gran cosa sobre los vestidos, los peinados y los sombreros de las damas.

Me miró y advertí que le había gustado mi comentario, pues sus labios se abrieron en un asomo de sonrisa; aún trataba de decidir qué impresión le causaba yo.

—Y si no es un soltero, entonces se trata de alguna terrible anciana que me interroga sobre mi vida, sobre si estoy casada o no y cuál es mi posición social, a qué se dedica mi padre y si tenemos algo que ver con los Bancroft de Shropshire, y la cosa sigue y sigue, señor Sadler, y acaba siendo un verdadero fastidio.

—Imagino que sí. A un tipo como yo nadie le dice gran cosa. Las damas jóvenes desde luego no te hablan, y los hombres jóvenes tampoco. Los ancianos... bueno, a veces sí. Te hacen preguntas.

—Ya veo —repuso, y por su tono supe que no quería seguir con el tema.

Abrió el bolso y sacó una pitillera, para coger un cigarrillo y ofrecirme uno a mí. Estuve a punto de aceptarlo, pero cambié de opinión y negué con la cabeza.

—¿No fuma? —preguntó sorprendida.

—Sí, fumo. Pero ahora no me apetece, si no le importa.

—No me importa —dijo volviendo a guardar la pitillera en el bolso, y encendió el cigarrillo con un movimiento rápido y fluido de pulgar, muñeca y mechero—. ¿Por qué debería importarme? Ah, hola, Jane, buenos días.

—Buenos días, Marian —saludó la camarera que me había atendido antes.

—Ya estoy aquí otra vez, como un billete falso.

—Aquí conservamos los billetes falsos. Quién sabe, quizá algún día nos hagamos ricos con ellos. ¿Les tomo nota?

—¿Almorzamos ya, señor Sadler? —me preguntó Marian lanzándome el humo en la cara, de modo que tuve que volverme para evitarlo; agitó una mano en el aire para disiparlo, giró la cabeza para dar otra calada y añadió—: ¿O solo té por el momento?

—Y, sin esperar respuesta, dijo—: Creo que tomaremos té. Té para dos, Jane.

—¿Algo de comer?

—Todavía no. No tiene prisa, ¿verdad, señor Sadler? ¿O ya tiene hambre? Los

jóvenes de hoy en día siempre andan famélicos. Todos los que conozco, al menos.

—No, no; puedo esperar —contesté, un poco inquieto ante su brusquedad; ¿era una fachada o su forma de ser?

—Entonces, té para dos. Es posible que tomemos algo más dentro de un rato. ¿Cómo está Albert, por cierto? ¿Se encuentra mejor?

—Un poco mejor —respondió la camarera sonriendo—. El médico dice que podrá quitarle el yeso dentro de una semana más o menos. No puede esperar, el pobre. Y yo tampoco, ya puestos. Tiene unos picores horribles y anda quejándose a voz en grito todo el día. Le di una aguja de tejer para que la deslizara debajo y lo aliviara un poco, pero temí que se hiciera daño, así que se la quité, y ahora aún se queja más.

—Vaya, qué horror —comentó Marian negando con la cabeza—. Aun así, solo te queda una semana.

—Sí. ¿Y tu padre? Sigue bien, ¿no?

Marian asintió y dio otra calada al cigarrillo, sonriendo; luego apartó la mirada, dándole a entender que la conversación había terminado.

—Ahora les traigo el té —dijo la camarera comprendiéndolo a la perfección, y se alejó.

—Una historia muy triste —me contó Marian, inclinándose hacia mí cuando la camarera ya no podía oírnos—. Se trata de su marido. Solo llevan unos meses casados. Estaba reparando unas tejas del techo, hace cinco o seis semanas, y se cayó. Se rompió la pierna. Y justo un mes antes de eso se le había acabado de soldar un brazo roto. Supongo que tiene los huesos quebradizos, porque no cayó de una gran altura.

—¿Su marido? —repetí sorprendido—. Me ha dado la sensación de que hablaban de un crío.

—Bueno, es bastante crío —repuso encogiéndose de hombros—. Tampoco es que le tenga gran aprecio, siempre anda metiéndose en líos, pero Jane es un encanto. Cuando éramos pequeños, solía jugar conmigo y con... —Se interrumpió con el rostro desencajado, como si no pudiera creer lo que había estado a punto de decir. Dio una última calada al pitillo y lo apagó en el cenicero—. Ya está bien de fumar. Estoy pensando en dejarlo, ¿sabe?

—¿De veras? ¿Por alguna razón en particular?

—Bueno, la verdad es que ya no disfruto fumando tanto como antes —repuso—. Además, supongo que no puede ser muy bueno meterse todo ese humo en los pulmones todos los días. No es muy sensato, bien pensado.

—No logro imaginar que sea tan perjudicial. Todo el mundo fuma.

—Usted no.

—Sí, fumo —respondí—. Es solo que ahora mismo no me apetece.

Asintió con la cabeza y entornó los ojos, como si tratara de formarse una opinión sobre mí. Pasamos un rato sin hablar, y pude examinarla con mayor atención. Era

mayor que Will y yo, rondaría los veinticinco, pero no llevaba alianza en el dedo, de modo que di por sentado que seguía soltera. No se parecía mucho a él; Will era moreno y tenía cara de pícaro, con unas facciones siempre dispuestas a esbozar una sonrisa o un guiño, pero ella era rubia, casi tanto como yo, y tenía un cutis terso y sin imperfecciones. Llevaba un práctico corte de pelo, un poco por debajo de la mandíbula, sin el menor asomo de vanidad. Era guapa, muy atractiva, de hecho, y llevaba solo un toque de pintalabios, aunque en realidad podía tratarse de su color natural. Imaginé que más de un joven podría perder la cabeza por ella. O dejársela arrancar de un mordisco.

—Bueno —dijo al cabo de un rato—, ¿dónde se alojó anoche, por cierto?

—En la casa de huéspedes de la señora Cantwell.

—¿Cantwell? —repitió frunciendo el entrecejo, y casi solté un jadeo. ¡Ahí estaba Will, en esa expresión!—. Me parece que no la conozco. ¿Dónde está?

—Bastante cerca de la estación, junto al puente.

—Ah, sí —repuso—, hay varias por allí, ¿no?

—Sí, me parece que sí.

—En realidad, uno nunca conoce las casas de huéspedes de su propia ciudad, ¿no?

—No —contesté negando con la cabeza—. Supongo que no.

—Cuando voy a Londres me alojo en un sitio muy bonito en Russell Square. Lo lleva una mujer irlandesa, una tal Jackson. Bebe, por supuesto. Le da a la ginebra de lo lindo. Pero es educada, las habitaciones están limpias y me deja en paz, y con eso me basta. El desayuno no es ninguna maravilla, pero me parece un pequeño precio que pagar. ¿Conoce Russell Square, señor Sadler?

—Sí. Trabajo en Bloomsbury, de hecho. Antes vivía en la zona sur de Londres. Ahora vivo al norte del río.

—¿No tiene planes de mudarse al centro, entonces?

—De momento, no. Es terriblemente caro, ¿sabe?, y yo trabajo en una editorial.

—¿Y eso no da dinero?

—Al menos no a mí —respondí sonriendo.

Ella también sonrió. Luego miró el cenicero, y pensé que debía de estar lamentando haber apagado el cigarrillo, porque parecía ansiosa por hacer algo con las manos. Miró hacia la barra, donde no había rastro de nuestro té ni, de hecho, de la camarera. El hombre que había estado ahí al entrar yo había desaparecido también.

—Tengo sed —declaró Marian—. ¿Por qué tarda tanto?

—Vendrá enseguida —dije.

La verdad es que empezaba a sentirme inquieto, y me pregunté por qué demonios habría decidido acudir a esa cita. Era obvio que ninguno de los dos se sentía cómodo en compañía del otro. Yo estaba muy callado y me limitaba a contestar con comentarios breves y tímidos, mientras que la señorita Bancroft, Marian, parecía un manojo de nerviosa energía y saltaba de un tema a otro sin reflexionar o titubear. No

creía ni por un instante que ella fuera así de verdad; la culpa era de nuestro encuentro, sencillamente. No se sentía lo bastante cómoda para ser ella misma.

—En este sitio suelen ser muy eficientes —comentó negando con la cabeza—. Supongo que le debo una disculpa.

—En absoluto.

—Menos mal que no hemos pedido nada de comer. Dios santo, si solo hemos pedido dos tazas de té. Pero debe de estar hambriento, ¿no, señor Sadler? ¿Ha comido algo? Los hombres jóvenes siempre tienen un hambre increíble.

La miré, preguntándome si no recordaba haber hecho ya ese mismo comentario, pero no parecía consciente de ello, por curioso que fuera.

—He desayunado —respondí.

—¿En la pensión de la señora Cantwell?

—No, allí no. En otro sitio.

—Oh, ¿de veras? —preguntó inclinándose hacia mí, muy interesada ahora—. ¿Dónde? ¿Era un sitio agradable?

—No me acuerdo, creo que...

—En Norwich se come muy bien —me interrumpió—. Supongo que piensa que somos muy provincianos e incapaces de servir buena comida. Ustedes, la gente de Londres, siempre piensan eso, ¿verdad?

—En absoluto, señorita Bancroft. De hecho...

—Por supuesto, debería habérmelo dicho. Si me hubiera avisado de que venía la noche anterior, podríamos haberlo invitado a cenar.

—No me hubiese gustado causarles molestias.

—Pero no habría sido ninguna molestia —repuso ella con tono casi ofendido—. Por el amor de Dios, solo supone una persona más en la mesa. ¿Qué molestia puede ocasionar algo así? ¿No quería cenar con nosotros, señor Sadler? ¿Se trata de eso?

—Bueno, ni siquiera se me ocurrió —dije, nervioso—. Para cuando llegué a Norwich estaba muy cansado, eso es todo. Fui derecho a la casa de huéspedes y me metí en la cama. —Decidí no hablarle de la espera para la habitación o de los motivos de dicha espera; tampoco mencioné mi visita al bar.

—Por supuesto que lo estaba. Los viajes en tren pueden resultar agotadores. A mí me gusta llevarme un libro. ¿Lee usted, señor Cantwell?

La miré y abrí la boca, pero no pude pronunciar palabra. Era como si me hubieran metido en una situación de antemano insoportable, pero solo entonces era consciente de hasta qué punto lo era. La ironía estaba en que sabía que ese encuentro sería muy difícil para mí, pero nunca había considerado lo terrible que podía ser para ella. Sin embargo, sentada delante de mí, Marian Bancroft era un absoluto manojito de nervios, y la cosa empeoraba por momentos.

—Oh, vaya, ya le he preguntado eso, ¿verdad? —repuso, y soltó una inesperada carcajada—. Y me ha dicho que le gustaba leer.

—Sí. Y me llamo Sadler, no Cantwell.



—Ya lo sé —repuso ella frunciendo el entrecejo—. ¿Por qué lo dice?

—Acaba de llamarme señor Cantwell.

—¿De veras?

—Sí, hace un momento.

Negó con la cabeza, desestimando semejante idea.

—No creo que haya hecho eso, señor Sadler. Pero no importa. ¿Qué estaba leyendo?

—¿En el tren?

—Sí, por supuesto —respondió con cierto tono de frustración al volverse y ver a la camarera detrás de la barra, colocando dos bollitos con mantequilla en sendos platos para la pareja que había cambiado de mesa. No mostraba el menor indicio de traernos el té.

—*Colmillo blanco* —contesté—. De Jack London. ¿Lo ha leído?

—No. ¿Es un escritor americano?

—Sí. ¿Lo conoce, pues?

—Nunca había oído hablar de él. Solo me ha parecido que sonaba americano.

—¿Incluso con un apellido como London? —pregunté con una sonrisa.

—Sí, incluso con ese apellido, señor Cantwell.

—Sadler.

—Déjelo ya, ¿quiere? —espetó con expresión fría y airada y dando una palmada en la mesa—. No siga corrigiéndome, no pienso tolerarlo.

La miré sin saber qué decir o hacer para enderezar el rumbo; no entendía cuándo habían empezado a estropearse las cosas. Quizá había sido el día en que empuñé la pluma para escribir: «Estimada señorita Bancroft: no me conoce... Yo era amigo de su hermano». O quizá había sido antes. En Francia. O antes incluso. Aquel día en Aldershot cuando me incliné en la fila y miré a los ojos a Will. Y él miró a los míos.

—Lo lamento —dije con nerviosismo—. No pretendía ofenderla.

—Bueno, pues lo ha hecho. Me ha ofendido. Y no me gusta. Usted se llama Sadler. Tristan Sadler. No tiene que decírmelo una y otra vez.

—Lo lamento —repetí.

—Y deje ya de disculparse, es terriblemente molesto.

—Lo... —Me interrumpí a tiempo.

—Sí, sí —repuso ella.

Tamborileó con los dedos en la mesa y volvió a mirar la colilla a medio fumar, y supe que una parte de ella sopesaba la conveniencia de cogerla, frotar el extremo quemado y volver a encenderla. Mi mirada se posó también en el cigarrillo; quedaba más de la mitad, y me pareció un desperdicio tremendo. En las trincheras, un cigarrillo a medio fumar significaba casi tanto como una noche a solas en un hoyo con la promesa de unas horas de sueño. Había perdido la cuenta de las veces que había aprovechado hasta la colilla más pequeña, una colilla que nadie en su sano juicio se agacharía a recoger, para apurarla al límite.

—¿Qué le gusta... qué le gusta leer, señorita Bancroft? —pregunté por fin, buscando salvar la situación—. Novelas, supongo.

—¿Por qué dice eso? ¿Porque soy mujer?

—Bueno, sí. Quiero decir que a muchas damas les gustan las novelas. Y a mí también me gustan.

—Y sin embargo es un hombre.

—Desde luego.

—No, no me gustan las novelas —reveló negando con la cabeza—. Nunca las he entendido, para serle franca.

—¿En qué sentido? —quise saber, confuso ante el hecho de que pudiese resultar difícil entender el concepto de novela.

Por supuesto, había escritores que narraban sus historias de la forma más enrevesada posible —muchos de los cuales parecían enviar sus manuscritos no solicitados a Whisby Press, por ejemplo—, pero había otros, como Jack London, que ofrecían a sus lectores un respiro tan grande del miserable horror de la existencia que sus libros eran regalos de los dioses.

—Bueno, ninguna de esas historias ha ocurrido nunca, ¿no? —dijo la señorita Bancroft—. Nunca he conseguido verle el sentido a que alguien lea sobre personas que nunca existieron, haciendo cosas que nunca hicieron, en escenarios que jamás visitaron. De manera que Jane Eyre se casa por fin con su señor Rochester. Bueno, pues Jane Eyre nunca existió, y tampoco el señor Rochester o la mujer loca que encerraba en el sótano.

—Era un desván —corregí con pedantería.

—Qué más da. No es más que una sarta de tonterías.

—Diría que es más una vía de escape que otra cosa.

—Yo no necesito una vía de escape, señor Sadler —repuso haciendo hincapié en mi apellido para asegurarse de que lo decía bien—. Y si la necesitara compraría un billete hacia algún sitio cálido y exótico donde pudiera dedicarme al espionaje o verme envuelta en un enredo romántico, como las heroínas de esas preciosas novelas tuyas. No, yo prefiero leer sobre cosas reales, cosas que han pasado de verdad. En general leo libros de no ficción. Libros de historia, de política, biografías. Cosas así.

—¿De política? —pregunté sorprendido—. ¿Le interesa la política?

—Por supuesto que sí. ¿Cree que no debería interesarme a causa de mi sexo?

—No lo sé, señorita Bancroft —contesté, cansado de su agresividad—. Solo... solo estoy conversando, nada más. Interésese usted en la política si así lo desea. A mí no me importa.

Tenía la sensación de que no podía con aquello. No me sentía capaz de seguirle el ritmo. Llevábamos juntos menos de quince minutos, pero así debía de ser estar casado: un constante tira y afloja de reproches, pendientes de cualquier comentario nimio que pudiera corregirse en una conversación, cualquier cosa con la que conseguir la delantera, la ventaja que lo llevase a uno más cerca del juego, del set y

de todo el maldito partido sin ceder jamás un punto.

—Por supuesto que importa, señor Sadler —dijo al cabo de unos instantes, más tranquila ahora, como si comprendiera que quizá había ido demasiado lejos—. Importa porque, de no ser por la política, usted y yo no estaríamos aquí juntos, ¿no?

La miré y titubeé un instante.

—No —admití encogiéndome de hombros—. No, supongo que no.

—Bueno —concluyó.

Abrió el bolso y volvió a sacar la pitillera, pero se le escurrió de entre los dedos y cayó al suelo con estrépito, desparramando cigarrillos en torno a nuestros pies, más o menos como me había ocurrido con las servilletas justo antes de su llegada.

—¡Oh, maldición! —exclamó—. Mire qué he hecho.

Al cabo de un momento, Jane, la camarera, estaba junto a nuestra mesa, agachándose para ayudar a recogerlos, pero fue una equivocación por su parte, pues la señorita Bancroft había tenido bastante por un día y la miró con tanta furia que pensé que iba a arañarla.

—¡Déjalo, Jane! —exclamó—. Puedo recogerlos yo. ¿Podemos tomar el té de una vez, por favor? ¿Es mucho pedir que nos traigan dos tazas de té?

La llegada del té supuso un respiro y nos permitió centrarnos en algo trivial durante unos minutos, en lugar de vernos obligados a hablar. Era obvio que Marian se hallaba en un estado de gran tensión y ansiedad. En mi egoísmo, había considerado poco más que mis propias preocupaciones antes de nuestro encuentro, pero Will, después de todo, era su hermano. Y estaba muerto.

—Lo siento, señor Sadler —dijo al cabo de un largo silencio, dejando la taza y sonriéndome con expresión contrita; una vez más, me sorprendió lo guapa que era—. A veces puedo ser una bruja espantosa, ¿no?

—No hay de qué disculparse, señorita Bancroft. Por supuesto, los dos estamos... Bueno, esta no es la más cómoda de las situaciones.

—No —admitió—. Me pregunto si la cosa no sería más fácil si dejáramos de lado las formalidades. ¿Puedo pedirle que me llame Marian y que me tutee?

—Sí, claro —contesté, asintiendo—. Y yo soy Tristan.

—¿Un caballero de la tabla redonda?

—No exactamente. —Sonreí.

—No importa. Aun así, me alegra que hayamos resuelto eso. No creo que pudiera soportar mucho más que me llamaras señorita Bancroft; me hace parecer una tía solterona. —Titubeó, se mordió el labio y luego añadió con tono menos frívolo—: Supongo que debería preguntarte por qué me escribiste.

Me aclaré la garganta; por fin había llegado la hora de la verdad.

—Es por lo que te decía en la carta. Tengo algo de Will...

—¿Mis cartas?

—Sí. Y pensé que querrías recuperarlas.

—Muy amable por tu parte que pensaras en mí.

—Sé que él habría querido que te las devolviera. Me pareció lo correcto.

—No pretendo que te lo tomes como una crítica, pero las has tenido en tu poder bastante tiempo.

—Te aseguro que jamás he abierto un solo sobre.

—No, claro que no. No lo dudo ni por un instante. Solo me pregunto por qué tardaste tanto en ponerte en contacto conmigo, nada más.

—No he estado bien —confesé.

—Claro, por supuesto.

—Y no me sentía capaz de conocerte.

—Entiendo. —Miró por la ventana un momento y luego se volvió de nuevo hacia mí—. Tu carta supuso una sorpresa mayor de lo que podrías imaginar. Pero había oído antes tu nombre.

—¿Sí? —pregunté con cautela.

—Sí. Will escribía con frecuencia, ya lo sabes. En particular cuando estaba en el campamento de Aldershot. Recibíamos carta suya cada dos o tres días.

—Sí, me acuerdo. Quiero decir que lo recuerdo sentado en la cama con un cuaderno, garabateando. Los hombres solían tomarle el pelo, diciendo que escribía poesía o algo así, como hacían muchos, pero él me contó que te escribía a ti.

—La poesía es más aterradora incluso que las novelas —comentó encogiéndose de hombros—. No debes considerarme una completa ignorante, ¿sabes? Aunque, con las cosas que te digo, no sé cómo podrás evitarlo.

—No, no pienso eso. En cualquier caso, a Will no le importaba lo que anduviese diciendo la gente. Escribía todo el tiempo, como tú dices. Parecían cartas tremendamente largas.

—Algunas de ellas lo eran. Creo que tenía aspiraciones literarias, ¿sabes? Empleaba algunas frases muy rimbombantes, tratando de hacer un poco menos cruda la experiencia, me pareció.

—¿Escribía bien?

—En realidad, no —contestó, y se echó a reír—. Oh, no pretendo quitarle mérito. Por favor, no se lleve una impresión equivocada, señor Sadler.

—Tristan —le recordé.

—Sí, Tristan. No, solo quiero decir que en esas cartas trataba claramente de contarme cómo eran las cosas, de explicarme cómo se sentía, de hablarme del miedo y la ansiedad que le provocaba la instrucción en Aldershot. Parecía pasar mucho tiempo esperando la guerra... Perdona, con «esperando» no quiero decir que estuviera deseando que llegara, sino...

—¿Previendo su llegada? —sugerí.

—Sí, eso. Y era interesante, porque decía mucho, pero revelaba bien poco. ¿Tiene eso algún sentido para ti?

—Creo que sí.

—Hablabas de la rutina en el campamento, por supuesto. Y de algunos reclutas

que se adiestraban con él. Y del hombre que estaba al mando... Clayton, ¿no?

Sentí que el cuerpo se me ponía un poco rígido al oír aquel nombre; me pregunté cuánto sabría ella sobre la responsabilidad de Clayton en todo el asunto o sobre las órdenes que había dado al final. Y sobre los hombres que las habían obedecido.

—Sí —contesté—. Estuvo allí desde el principio hasta el final.

—¿Y quiénes eran los otros dos? Izquierdo y Derecho, los llamaba Will.

—¿Izquierdo y Derecho? —repetí frunciendo el entrecejo, no muy seguro de a quiénes se refería.

—Will decía que eran los ayudantes del sargento Clayton o algo así. Uno siempre estaba a su izquierda y el otro, a su derecha.

—Oh. Wells y Moody. Qué raro, nunca lo oí llamarlos Izquierdo y Derecho. Es divertido.

—Bueno, pues lo hacía constantemente. Te enseñaría las cartas, Tristan, pero espero que no te importe que no lo haga. Son bastante privadas.

—Claro, claro —contesté, y en ese momento me percaté de cuánto deseaba leerlas.

La verdad es que nunca me cuestioné el contenido de las cartas que enviaba a casa. En Aldershot, yo nunca le había escrito a nadie. Pero en cierta ocasión, durante el transcurso de la campaña en Francia, escribí una larga carta a mi madre pidiéndole que me perdonara por todo el dolor que le había ocasionado. Adjunté una nota para mi padre en el sobre, en la que le decía que estaba bien, y mentí al contarle que las cosas no eran tan malas en el frente como se comentaba. Supuse que le complacería tener noticias mías, pero nunca recibí respuesta. Por lo que sabía, mi padre habría sido el primero en recoger la carta del felpudo una mañana y la habría tirado a la basura, sin abrir y sin leer, antes de que pudiera acarrearle más vergüenza a su nombre.

—Sonaban bastante terroríficos, esos Izquierdo y Derecho —comentó Marian.

—Sí, podían serlo. Aunque, para serte franco, ellos mismos estaban bastante aterrorizados. El sargento Clayton era un hombre complicado. Cuando estábamos en el campamento ya era bastante terrible. Pero cuando nos encontramos en el frente... —Negué con la cabeza y exhalé un profundo suspiro—. Él había estado allí antes. Un par de veces. No es un hombre por el que sienta respeto alguno... de hecho, solo pensar en él me pone enfermo, pero también las pasó canutas. En cierta ocasión nos contó que habían matado a su hermano delante de él, que sus... bueno, que sus sesos le habían salpicado todo el uniforme.

—Dios mío —musitó Marian dejando la taza.

—Fue solo más tarde cuando me enteré de que había perdido a otros tres hermanos en la guerra. No lo tuvo fácil, Marian, te lo aseguro. Aunque eso no es excusa para lo que hizo.

—¿Por qué? —quiso saber ella inclinándose hacia mí—. ¿Qué hizo?

Abrí la boca, plenamente consciente de que aún no estaba preparado para

responder a esa pregunta. Ni siquiera sabía si llegaría a estarlo alguna vez, ya que revelar el crimen de Clayton supondría admitir el mío, algo que me resultaba impensable. Estaba ahí para devolver un paquete de cartas, me dije. Nada más.

—¿Me mencionaba mucho tu hermano... en esas cartas? —pregunté al cabo de un momento, pues mi curiosidad natural podía más que el temor de lo que él pudiera haberle contado.

—Sí, desde luego —contestó Marian, me pareció que con cierta vacilación—. En especial en las primeras. De hecho, hablaba mucho de ti.

—¿De veras? —repuse con toda la calma de la que fui capaz—. Me alegra oírlo.

—Recuerdo que recibí su primera carta solo un par de días después de su llegada allí —prosiguió—, y me contaba que la cosa pintaba bien, que había dos pelotones de veinte y que lo habían puesto con un grupo de reclutas muy poco estimulantes intelectualmente.

Me reí.

—Bueno, eso es verdad. No creo que ninguno de nosotros hubiese podido ir repartiendo títulos académicos por ahí.

—Entonces, en su segunda carta, unos días después, parecía un poco más abatido, como si la emoción de la llegada hubiese pasado y se enfrentara a lo que había detrás. Lo compadecí y entonces le contesté que tenía que hacer amigos y dar lo mejor de sí; vamos, las tonterías habituales que suelta la gente como yo, que no tiene ni idea de nada, cuando no quiere amargarse la vida preocupándose por otros.

—Me parece que estás siendo muy dura contigo misma —dije con suavidad.

—No, no lo soy. Verás, es que no sabía qué decirle. Me emocionaba bastante que se fuera a la guerra. ¿Me hace eso parecer un monstruo? Pero tienes que comprender, Tristan, que entonces era más joven. Pues claro que era más joven, es obvio. Quiero decir que estaba menos informada. Era una de esas chicas a las que tanto desprecio.

—¿Y qué chicas son esas? —quise saber.

—Oh, tienes que haberlas visto, Tristan. Vives en Londres, y allí están por todas partes. Por el amor de Dios, tú volviste de la guerra con tu elegante uniforme, tienes que haber sido destinatario de muchos de sus favores.

Me encogí de hombros y serví más té para los dos; esta vez añadí más azúcar de la cuenta al mío, para luego revolverlo despacio, observando el remolino que formaba la cucharilla en el turbio líquido marrón.

—Esas chicas —continuó con un suspiro de irritación— piensan que la guerra es una especie de gran juerga. Ven encantadas cómo sus hermanos y novios se visten con sus mejores galas. Y después regresan con los uniformes algo más raídos, sí, pero ¡vaya si no se los ve guapísimos y experimentados! Bueno, pues yo también era así cuando leía las cartas de Will, y pensaba: «¡Oh, pero por fin estás allí!» ¡Y lo que habría dado por estar yo allí! No tenía ni idea de lo difíciles que eran las cosas en el frente. Y sigo sin saberlo, me temo.

—¿Y las cartas te contaban todo eso? —pregunté confiando en llevarla de vuelta

a ese tema.

—No, solo lo comprendí plenamente después de todo lo que pasó. Solo entonces aprecié la crueldad del frente. Y así, en cierto sentido, me sentí frustrada por el tono que adoptaba mi hermano. Pero luego, al cabo de un tiempo, las cartas se volvieron más alegres, y eso me gustó.

—Ah, ¿sí?

—Sí. En la tercera carta me habló del recluta que ocupaba el catre junto al suyo. Un londinense, según dijo, pero que no era mal tipo.

Sonreí y asentí con la cabeza, contemplando el té y recordando cómo me decía «Ah, Tristan...».

—Me contó que tú y él andabais juntos de aquí para allá, que todo el mundo necesitaba a alguien con quien hablar cuando se sentía abatido, y que tú siempre estabas ahí cuando te necesitaba. Me alegré de que así fuera. Y sigo alegrándome. Y me contó que tú hacías que las cosas fueran más fáciles, porque teníais la misma edad y los dos echabais de menos vuestra casa.

—¿Te dijo que yo echaba de menos mi casa? —pregunté alzando la vista, sorprendido.

Lo pensó un momento y se corrigió:

—Dijo que apenas hablabas de tu casa. Pero que él sabía que sentías añoranza. Decía que había algo muy triste en tu silencio.

Tragué saliva. Me pregunté por qué Will nunca me lo había comentado.

—Y luego estuvo aquel asunto con el señor Wolf —añadió Marian.

—Oh, te habló de él, entonces.

—Al principio no. Pero después me contó que había conocido a un joven fascinante que defendía opiniones de lo más controvertidas. Me habló sobre ellas. Supongo que tú sabrás mejor que yo qué eran, no hace falta que te lo explique.

—No.

—Pero advertí que Will estaba interesado en las convicciones de ese Wolf. Y entonces, después de que lo asesinaran...

—Nunca se probó que Wolf fuera asesinado —intervine con irritación.

—¿No crees que lo fuera?

—Todo lo que sé es que nunca se encontró prueba alguna —repuse, consciente de hasta qué punto era infructuosa mi respuesta.

—Bueno, pues mi hermano decía que habían hecho circular el rumor del accidente, pero que él no tenía la menor duda de que al pobre chico lo habían matado. No sabía quién, si el sargento Clayton, Izquierdo o Derecho, o algún recluta, o una combinación de todos ellos. Pero estaba seguro al respecto. Fueron en su busca en plena noche, decía. Creo que fue entonces cuando Will empezó a cambiar, tras la muerte del señor Wolf.

—Sí —contesté—. Bueno, durante aquellos pocos días pasaron muchas cosas. Estábamos sometidos a una tensión enorme.

—Después de aquello, el chico sin preocupaciones al que yo conocía, el chico que por supuesto tenía miedo de lo que le depararía el futuro, se convirtió en un tipo interesado en juzgar y hablar sobre asuntos políticos. Me pidió detalles sobre qué decían los periódicos acerca de la guerra, sobre los debates que tenían lugar en el Parlamento, sobre si había alguien que defendiera los derechos del hombre, como él los llamaba, por encima del tronar de la artillería. No lo reconocía en esas cartas, Tristan. Pero me intrigaba el hombre en que se había convertido, y traté de ayudarlo. Le conté todo lo que sabía, y para entonces ya estabais todos en Francia y su tono había cambiado incluso más. Y luego... bueno, ya sabes qué pasó después.

Asentí con la cabeza y suspiré. Luego guardamos silencio largo rato, considerando nuestros diferentes recuerdos sobre su hermano, mi amigo.

—¿Y dijo algo más sobre mí? —pregunté por fin, con la sensación de que había pasado ya el momento de hablar de esas cartas pero temiendo no volver a tener la oportunidad de hacerlo, y tenía que saberlo. Tenía que saber qué sentía Will.

—Lo lamento, Tristan —respondió ella—, pero he de contarte algo muy desagradable. Quizá no debería hacerlo, no lo sé.

—Por favor, hazlo —la animé.

—La verdad es que tú fuiste una parte muy importante de sus cartas durante todo aquel tiempo en Aldershot. Me contaba todas las cosas que hacíais juntos, y la verdad es que parecíais un par de críos traviosos, con todas vuestras bromas y burlas. Me alegraba de que os tuvierais el uno al otro; por lo que Will contaba, me caías bien. Me parecía que estaba un poco obsesionado contigo, para serte franca, y por ridículo que suene. Recuerdo haber pensado una vez, después de leer una carta: «Dios mío, ¿no tiene nada que contarme aparte de lo que Tristan Sadler ha hecho hoy o ha dejado de hacer?». Desde luego, él pensaba que eras el no va más.

La miré y traté de sonreír, pero noté que mi rostro esbozaba más bien un rictus de dolor; confié en que no lo advirtiera.

—Y entonces escribió para contarme que todos habíais embarcado hacia Francia —continuó—. Y la verdad es que, desde esa primera carta tras la partida de Aldershot, ya no volvió a mencionarte. Y durante un tiempo no me atreví a preguntar.

—Vaya, ¿y por qué no? Después de todo, ni siquiera me conocías.

—Ya, pero... —Se interrumpió y exhaló un suspiro, antes de volver a mirarme como si tuviera un secreto terrible, cuyo peso apenas podía soportar—. Tristan, esto va a parecerte muy raro, pero debo contártelo. Puedes pensar lo que quieras. Lo cierto es que... cuando recibí tu carta hace unas semanas me llevé una gran impresión. Pensé que había entendido mal, y volví a leer las cartas de Will desde el frente, pero en ellas queda claro, de modo que solo puedo imaginar que estaba confuso por lo que ocurría o simplemente escribió tu nombre cuando pretendía escribir el de otro. Todo el asunto es muy extraño.

—Las cosas no eran fáciles allí —dije—. Cuando los hombres escribían cartas en las trincheras, muchas veces no les daba tiempo a hacerlo o apenas disponían de



papel y lápiz. Y no nos gustaba pensar mucho en si esas cartas llegaban o no a su destino; en todo el tiempo y las energías que invertíamos, quizá para nada.

—Ya. Pero creo que casi todas las cartas de Will llegaron a su destino, y desde luego las de aquellos primeros meses en Francia, porque recibía una casi cada semana, y no creo que dispusiera de tiempo para escribir más. Me escribía para contarme lo que estaba ocurriendo, tratando de ahorrarme los peores momentos para que no me preocupase demasiado, y como tú te habías convertido en una especie de personaje para mí, por tu importante papel en aquellas primeras cartas, por fin reuní el valor suficiente para preguntarle en una de mis respuestas qué había sido de ti exactamente, si os habían destinado al mismo frente y aún formabais parte del mismo regimiento.

—Claro que sí —repuse, confuso—. Pasamos juntos por la instrucción, embarcamos juntos hacia Francia, luchamos en las mismas trincheras. No creo que nos separásemos nunca.

—Ya, pero cuando Will contestó —repuso Marian con tono vacilante— me dijo que tenía malas noticias que darme.

—Malas noticias —repetí, y de súbito tuve una ansiosa idea de en qué podían consistir.

—Me dijo... lo siento mucho, señor Sadler... Tristan, quiero decir... pero no me equivocaba, porque volví a comprobarlo en las cartas... Debió de ser porque mi hermano estaba tan confuso, entre todos aquellos disparos y bombardeos y en aquellas espantosas trincheras...

—Quizá sería mejor que me lo dijeras simplemente —interrumpí en voz baja.

—Will me dijo que te habían matado —repuso, muy tiesa en la silla y mirándome a los ojos—. Ya está, ya lo he dicho. Me dijo que dos días después de que salierais de Aldershot, al cabo de solo unas horas de haber llegado a vuestra trinchera, te había alcanzado un francotirador. Decía que había sido rápido, que no habías sufrido.

La miré fijamente y la cabeza empezó a darme vueltas. De haber estado de pie, creo que me habría caído.

—¿Te dijo que había muerto? —pregunté, y las palabras me resultaron obscenas.

—Debió de tratarse de otro —se apresuró a responder Marian—. Hablaba de mucha gente en sus cartas. Tuvo que haberse equivocado. Pero vaya error tan horroroso. Sea como fuere, por lo que a mí concernía, primero estabais los dos ahí, en el campo de instrucción, unidos como uña y carne, y os marchabais juntos a Francia, y de lo siguiente que me entero es que tú ya no estabas. No me importa decirte, Tristan, que, aunque ni siquiera te conociera, me afectó mucho.

—¿Mi muerte, quieres decir?

—Sí. Supongo que proyecté tu muerte en la posibilidad, muy real, de que Will muriese también, algo que en mi ingenuidad nunca había considerado hasta entonces. Lloré durante días, Tristan, por un hombre al que nunca había conocido. Recé por ti, y es algo que hago muy rara vez. Mi padre celebró una misa en tu memoria. ¿Puedes

creerlo? Resulta que es pastor y...

—Sí, lo sé.

—Y también lo sintió terriblemente. No creo que fuera capaz de pensar mucho en ti, para serte franca, porque estaba muy preocupado por Will. Lo quería muchísimo. Y mi madre también. Pero así fue la cosa. Creí que habías muerto en la guerra. Y entonces, unos tres años después, llegó tu carta, así, de repente.

Me volví para mirar por la ventana. La calle había quedado desierta y contemplé los adoquines, advirtiendo sus diferentes formas y tamaños. Durante todo el año anterior había sentido un dolor y un remordimiento indescriptibles por lo que le había ocurrido a Will y mi propia participación en ello. Y mi sensación de pérdida había sido tan tremenda, tan intensos mis sentimientos hacia él, que temí ser incapaz de superarlo. Y ahora me enteraba de eso, de que él me había borrado de su existencia después de nuestra última noche juntos en Aldershot. Creía que Will no habría podido romperme más dolorosamente el corazón, pero ahora me enteraba de esto.

—¿Señor Sadler? ¿Tristan?

Marian estaba mirando mi mano derecha con expresión preocupada, ya que temblaba espasmódicamente, los dedos sumidos en nerviosos tics, como si fueran independientes de mi cerebro. Miré la mano como si no me perteneciera, como si fuera algo dejado por un extraño en la mesa para después volver a recogerlo, alguna curiosidad, y entonces me sentí mortificado y la cubrí con la mano izquierda, aplacando el temblor.

—Tendrás que perdonarme un segundo —dije poniéndome en pie bruscamente, y la silla chirrió de tal forma contra el suelo que me dio dentera.

—Tristan...

—Ahora vuelvo —dije, y me precipité hacia el aseo de caballeros.

Poco antes de llegar, temiendo no conseguirlo antes de que me abrumara el horror de lo que me había contado, vi al hombre que había entrado antes en la cafetería, el que había parecido observarme, ponerse en pie y bloquearme el paso.

—Perdone —dije intentando pasar.

—Quiero hablar con usted —repuso él con tono oficioso y un poco agresivo—. No le robaré mucho tiempo.

—Ahora no —le espeté sin saber por qué me molestaba. No había visto a aquel hombre en mi vida—. Apártese.

—No pienso apartarme. Mire, no pretendo causarle ningún problema, pero usted y yo tenemos que hablar.

—¡Apártese! —exclamé entonces.

La pareja y la camarera se volvieron para mirarme con caras de sorpresa. Me pregunté si Marian me habría oído, pero nuestra mesa no se veía desde donde me encontraba, así que no podía saberlo. Aparté al hombre de un brusco empujón. No opuso resistencia, y al cabo de unos instantes me había encerrado en el lavabo, donde me llevé las manos a la cabeza, desconsolado. No lloraba, sino que repetía una

palabra una y otra vez; pensé que lo hacía mentalmente, pero entonces advertí que la pronunciaba en voz alta, y tuve que hacer un esfuerzo para dejar de decir: «Will, Will, Will...», mientras me mecía con suavidad, como si esa fuera la única palabra que había importado nunca, la única sílaba que tenía algún significado para mí.

Cuando salí del lavabo, me sentía avergonzado por mi conducta. No me volví para mirar al hombre que había insistido en hablar conmigo, pero sentí su presencia, rebullendo como un volcán a punto de entrar en erupción en un rincón del local, y me pregunté por quién me tomaba. Su acento era de Norfolk, una región donde nunca había estado hasta entonces. En la mesa, Marian y la camarera, Jane, estaban enfrascadas en una animada conversación.

—Estaba pidiéndole disculpas a Jane —explicó Marian sonriéndome cuando me senté—. Me parece que antes he sido un poco grosera con ella, y no lo merece. Jane fue muy amable con mis padres. —Y, eligiendo con cuidado las palabras, añadió—: Después, quiero decir.

—Ya veo —repuse, deseando que Jane volviera detrás de la barra y nos dejara solos—. ¿Conocía a Will?

—Lo conocía desde que era un crío —contestó—. En el colegio, yo le llevaba unos años, pero estaba loca por él. Una vez bailó conmigo en una fiesta en la parroquia y pensé que me moría y me iba al cielo... —Apartó la mirada, quizá lamentando haber escogido esas palabras—. Bueno, será mejor que siga con lo mío. ¿Os sirvo algo más, Marian?

—Otro té. ¿Y tú, Tristan?

—Sí, de acuerdo.

—Después podemos dar un paseo y comer algo. Debes de tener hambre.

—Sí, ahora tengo hambre —admití—. Pero me parece bien tomar otro té primero. Jane se alejó en busca del té y Marian la observó trajinar detrás de la barra.

—Ella no era la única, por supuesto —dijo con tono conspiratorio, inclinándose hacia mí.

—¿La única en qué?

—La única locamente enamorada de mi hermano —repuso con una sonrisa—. No imaginas cómo se le echaban encima las chicas de por aquí. Hasta mis propias amigas estaban prendadas de él, y eran mucho mayores.

—Vaya —dije sonriendo—. Por lo visto, lo sobreprotegías.

—No, claro que no. Pero aquello me desconcertaba. No me malinterpretes, Tristan. Adoraba a mi hermano; pero, para mí, él siempre fue un crío bastante pesado, descuidado y travieso. Cuando era pequeño, no sabes las dificultades que tenía mi madre para meterlo en la bañera, casi echaba la casa abajo con sus gritos cuando lo intentaba, claro que imagino que eso pasa con todos los críos. Y con algunos mayores también, si he de guiarme por los chicos a los que conozco. Por eso, cuando vi qué efecto producía Will en las mujeres al hacerse mayor, me pilló por sorpresa, no me importa decírtelo.

Asentí con la cabeza. No estaba muy seguro de querer seguir oyendo aquello, pero una parte de mí, una parte masoquista, sí quería.

—¿Y él correspondía a sus afectos? —quise saber.

—A veces. En cierta época, muchas veces. Una no podía salir sin verlo pasear por ahí con alguna jovencita descerebrada en su mejor vestido de domingo y con flores en el pelo para llamar la atención, pensando que sería ella quien lo cazara. No conseguí seguirles la pista, de tantas que hubo.

—Era un chico muy guapo —comenté.

—Sí, supongo que sí. Siendo su hermana, me cuesta reconocer que era así. Casi tanto como a ti, supongo.

—¿A mí?

—Bueno, siendo un hombre...

—Ya.

—Solía meterme con él por eso, claro —continuó—. Pero nunca parecía hacerme caso. La mayoría de los chicos, por supuesto, se habrían puesto furiosos y me habrían dicho que no metiera las narices en sus asuntos, pero él se limitaba a reír y encogerse de hombros. Decía que disfrutaba dando largos paseos, y que si alguna chica quería acompañarlo, ¿quién era él para impedirselo? Para serte franca, nunca pareció especialmente interesado en ninguna de ellas. Por eso no tenía mucho sentido tomarle el pelo. En realidad no le importaba.

—Pero sí tuvo una prometida, ¿no? —dije frunciendo el entrecejo, sin saber qué pensar de todo aquello.

—¿Una prometida? —preguntó Marian, alzando la vista y sonriéndole a Jane cuando dejó la nueva tetera ante nosotros.

—Sí, una vez me contó que tenía una novia en casa y que se habían prometido en matrimonio.

Dejó de servir y sostuvo la tetera en el aire mientras me miraba fijamente.

—¿Estás seguro?

—Quizá lo entendí mal —repuse con nerviosismo.

Marian miró por la ventana y guardó silencio unos instantes, considerando lo que le había dicho.

—¿Te dijo quién era ella? —preguntó volviéndose de nuevo hacia mí.

—No me acuerdo muy bien —contesté, aunque tenía ese nombre firmemente grabado en la memoria—. Creo que era Ann no sé qué.

—¿Ann? —repitió—. No se me ocurre ninguna Ann. ¿Seguro que se llamaba así?

—Creo que sí... No, espera. Ahora me acuerdo. Eleanor. Dijo que se llamaba Eleanor.

Marian abrió mucho los ojos y me miró unos segundos antes de echarse a reír.

—¿Eleanor? No sería Eleanor Martin, ¿no?

—No estoy seguro del apellido —repuse.

—Tiene que tratarse de ella. Es la única Eleanor. Bueno, sí, él y Eleanor

mantuvieron una relación en cierto momento. Era una de esas chicas que siempre andaban rondándolo. Imagino que nada le hubiese gustado más que casarse con mi hermano. —De pronto dio unos golpecitos sobre la mesa como si acabara de recordar algo importante—. De hecho, Eleanor Martin le escribió muchas cartas almibaradas.

—¿Cuándo estábamos allí? —pregunté sorprendido.

—Bueno, es posible, eso no lo sé. Me refiero a las que le mandaba antes, cuando estaba en casa. Unas cartas horribles, perfumadas con florecillas que le caían en el regazo al abrirlas y dejaban un reguero terrible en las alfombras. Recuerdo que una vez Will me preguntó qué pensaba yo que podían significar, y le dije que nada en absoluto aparte de la supina estupidez de la chica, porque la conocía desde niña, y puedes creerme si te digo que esa muchacha no tenía más inteligencia que un sello de correos. Recuerdo que escribía largas redacciones sobre temas de la naturaleza (sobre la primavera y el renacer de todo, sobre pequeños conejitos, esa clase de tonterías) y se las mandaba a mi hermano, convencida de que lo cautivarían de algún modo. No sé quién creía ser, lord Byron o alguien así. ¡Vaya tonta! —Se llevó la taza a los labios y la sostuvo unos instantes—. Pero ¿dices que Will afirmaba que estaban prometidos? —Frunció el entrecejo—. De haber sido ella quien lo hubiese dicho, lo habría atribuido a su necedad, pero ¿Will? No tiene mucho sentido.

—Quizá lo entendí mal —repetí—. Tuvimos muchas conversaciones. Me es imposible recordar ni la mitad de ellas.

—Estoy segura de que lo entendiste mal, Tristan. Mi hermano era muchas cosas, pero jamás habría desperdiciado su vida compartiéndola con una tonta como ella. Y era un hombre íntegro. Pese a su gran atractivo y su capacidad para cautivar a cualquier mujer, nunca se aprovechó de ninguna. Yo lo admiraba por eso. Cuando sus amigos andaban dando caza a las chicas como locos, él no parecía tener el menor interés. Me preguntaba si lo haría por respeto a nuestro padre, a quien, por supuesto, no le habría hecho muy feliz que su hijo fuera el calavera del pueblo. Siendo pastor, quiero decir. Tengo la sensación de que muchos jóvenes apuestos son también unos calaveras, ¿no estás de acuerdo, Tristan?

Me encogí de hombros.

—La verdad es que no sabría decirte, Marian.

—Oh, estoy segura de que eso no es cierto —repuso ella con una sonrisa dulce y un poco burlona—. Por lo que veo, casi puedes compararte con Will, con ese precioso cabello rubio que tienes y esos ojos tristes de cachorrito. Te lo digo desde una perspectiva estética, Tristan, así que no pienses cosas raras, que soy lo bastante mayor para ser tu abuela, pero desde luego eres un bombón, ¿no? Por Dios, qué rojo te has puesto.

Hablaba con tan buen humor, con una alegría tan inesperada, que se me hizo difícil no sonreír también. No estaba flirteando conmigo ni nada parecido, lo sabía; quizá se trataba de los inicios de una amistad. Comprendí que yo le caía bien, y ella también me caía bien. Lo cual era inesperado. No era para eso para lo que yo había

ido.

—No eres ninguna abuela —musité mirando la taza—. ¿Cuántos años tienes? ¿Veinticinco? ¿Veintiséis?

—¿No te dijo nunca tu madre que es una grosería preguntarle la edad a una dama? Y tú solo eres un niño. ¿Qué tienes, veintidós? ¿Veintitrés?

—Veintiuno —respondí, y Marian frunció el entrecejo.

—Espera un momento, eso significa...

—Mentí sobre mi edad —revelé, previendo qué iba a decir—. Solo tenía diecisiete cuando estuve allí. Mentí para que me aceptaran.

—Y yo pensaba que Eleanor era una idiota... —soltó ella, aunque sin mala intención.

—Sí —murmuré con la vista fija en el té.

—Solo eres un niño —repitió Marian por fin, negando con la cabeza, y se inclinó hacia mí—. Pero, dime una cosa, Tristan. Dime la verdad. ¿Eres un calavera?

—No sé qué soy —respondí en voz baja—. Si quieres saber la verdad, me he pasado estos últimos años tratando de averiguarlo.

Se arrellanó de nuevo en la silla y entornó los ojos.

—¿Has estado alguna vez en la National Gallery?

—Unas cuantas —respondí, un poco sorprendido por el brusco cambio de tema.

—Yo voy siempre que estoy en Londres. Me interesa el arte, ¿sabes? Y eso prueba que, después de todo, no soy una ignorante. Oh, yo no pinto, no te llesves una idea equivocada. Pero me apasiona la pintura. Y lo que hago es visitar la galería y buscar un cuadro que me intrigue, y entonces me siento delante y lo contemplo durante una hora o más, a veces toda una tarde. Dejo que el lienzo cobre vida ante mis ojos. Empiezo a reconocer las pinceladas y la intención del artista. La mayoría de la gente se limita a echar un vistazo y seguir adelante, marcando esto y aquello en su lista y pensando que han visto realmente las obras, pero ¿cómo puede apreciarse algo de esa manera? Te lo cuento, señor Sadler, porque me recuerdas a un retrato. No sé muy bien qué significa ese último comentario que has hecho, pero tengo la sensación de que tú sí lo sabes.

—No quería decir nada —repuse—. Solo hablaba por hablar.

—No, eso es mentira —contestó con serenidad—. Pero tengo la impresión de que, si paso un rato mirándote, quizá empezaré a comprenderte. Estoy tratando de ver tus pinceladas. ¿Tiene eso sentido para ti?

—No —respondí con firmeza.

—Y eso es otra mentira. Pero en cualquier caso... —Se encogió de hombros y apartó la mirada—. Empieza a hacer un poco de frío aquí dentro, ¿no crees?

—Estoy bien.

—Creo que estoy un poco trastornada —continuó—. No paro de pensar en ese asunto de Eleanor Martin. Qué raro que Will dijera algo así. Todavía vive aquí cerca, ¿sabes?

—¿De veras? —repuse, sorprendido.

—Pues sí. Bueno, la chica nació y creció en Norwich. El año pasado se casó con un tipo que debería haber sabido dónde se metía, pero era de Ipswich y supongo que allí uno se queda con lo que puede encontrar. Eleanor siempre anda por el centro de la ciudad y no es difícil cruzarse con ella.

—Confío en que no sea así —repuse.

—¿Por qué lo dices?

—No, por nada. Es solo que... no me interesa, nada más.

—Pero ¿por qué no iba a interesarte? —quiso saber, intrigada—. Mi hermano, tu mejor amigo, te cuenta que está comprometido y va a casarse. Yo te digo que nunca hubo semejante compromiso, que yo sepa. ¿Cómo no va a interesarte ver a esa Helena de Troya que le robó el corazón?

—Señorita Bancroft —digo con un suspiro y apoyándome en el respaldo para frotarme los ojos. Se había referido a Will como mi mejor amigo, y me preguntaba si la etiqueta sería cierta. También me cuestionaba por qué su buen humor de antes se veía ahora teñido de cierta agresividad—. ¿Qué quieres que diga?

—Oh, ahora vuelvo a ser la señorita Bancroft...

—Hace un momento me has llamado señor Sadler. Creía que quizá estábamos volviendo a las formalidades.

—Bueno, pues no —espetó con brusquedad—. Y no discutamos, ¿de acuerdo? No lo soportaría. Pareces un joven muy agradable, Tristan. Y no debes tenérmelo en cuenta si parezco de mal humor. Te salto a la yugular en un momento, y al siguiente te llamo bombón. Es un día extraño, nada más. Pero me alegro de que hayas podido hacer el viaje.

—Gracias —respondí.

Advertí que me observaba la mano, pero la izquierda, no la temblorosa derecha, y la miré a los ojos.

—Me lo preguntaba, nada más —explicó—. Muchos hombres de tu edad parecen haberse casado desde que volvieron de la guerra. ¿No has tenido tentaciones?

—Ni la más mínima.

—Así pues, no tenías una enamorada esperándote en casa.

Negué con la cabeza.

—Bueno, pues tanto mejor para ti —se apresuró a añadir—. Por lo que sé, los enamorados suponen más problemas que otra cosa. Si me lo preguntas, te diré que el amor es para idiotas.

—Pero es lo único que importa —declaré de pronto, y me sorprendí de decir algo así—. ¿Dónde estaríamos sin el amor?

—¿De modo que eres un romántico?

—No estoy seguro de saber siquiera qué significa eso. ¿Un romántico? Sé que tengo emociones. Sé que las cosas me afectan... demasiado, de hecho. ¿Me convierte eso en un romántico? No lo sé. Quizá.

—Pero ahora a vosotros, los hombres, las cosas os afectan profundamente — insistió—. Lo sé por amigos míos, muchachos que lucharon en el frente. Ahora tenéis sentimientos intensos, abrigáis una gran tristeza, incluso cierta sensación de temor. Las cosas ya no son como antes. ¿Por qué crees que es así?

—¿No es obvio acaso?

—Sí, hasta cierto punto. Pero me gustaría oírtelo decir, que me lo explicaras.

Bajé la vista hacia la mesa y reflexioné un poco. Quería ser franco con ella, o todo lo franco que me atreviera a ser. Quería que mis palabras significaran algo.

—Antes de ir al frente —empecé con la vista fija en los cubiertos usados, sin mirarla—, creía saber ciertas cosas sobre mí mismo. Tenía sentimientos, por supuesto. Conocía a alguien que... perdona, Marian, pero sí estaba enamorado, supongo. Era un amor un poco infantil y que me hizo mucho daño. La culpa fue solo mía, desde luego. No había considerado suficientemente las cosas. Creía haberlo hecho. Creía saber lo que estaba haciendo y que la otra persona abrigaba sentimientos parecidos hacia mí. Estaba equivocado, claro, muy equivocado. Permití que las cosas se me fueran de las manos. Entonces, al irme allí con el regimiento, y con tu hermano también... bueno, entonces me percaté de lo tonto que había sido. Porque de repente todo, la vida misma, se convirtió en una experiencia intensísima. Fue como pasar a vivir en otra dimensión. En Aldershot no nos enseñaban a luchar, sino a prolongar nuestras vidas el máximo posible. Como si ya estuviésemos muertos; pero, si aprendíamos a disparar de forma certera y a manejar la bayoneta con precisión, quizá entonces nos quedarían unos días o unas semanas por delante. Los barracones estaban llenos de fantasmas, Marian. ¿Puedes entenderlo? Era como si hubiésemos muerto antes de abandonar Inglaterra. Y cuando no resulté muerto, cuando fui uno de los afortunados... Bueno, en mi pelotón éramos veinte, ¿sabes? Veinte muchachos. Y solo regresamos dos. Uno que se volvió loco y yo. Pero eso no significa que sobrevivieramos. Es posible que no esté enterrado en un campo francés, pero sigo allí. O al menos lo hace mi espíritu. Tengo la sensación de que solo me limito a respirar. Y existe una diferencia entre respirar y seguir viviendo. Y así, a tu pregunta de si soy un romántico, si pienso en términos de matrimonio y de volver a enamorarme, he de contestar que no. Me parece que no tiene sentido, me parece algo trivial. No sé qué revela eso sobre mí. No sé si significa que algo no funciona bien en mi cabeza. Pero lo cierto es que siempre ha habido algo que no acababa de funcionar en mi cabeza, ¿sabes? Desde que tengo memoria. Y nunca supe qué hacer al respecto. Nunca lo comprendí. Y ahora, después de todo lo que ha pasado, después de lo que hice...

—Tristan, basta —me interrumpió, adelantando una mano para coger la mía, que temblaba visiblemente, avergonzándose una vez más.

Me había echado a llorar, pero no desconsoladamente, solo eran unas lágrimas que se deslizaban por mis mejillas. Me hicieron sentir vergüenza y me las enjuagué con el dorso de la mano izquierda.



—No debería haberte hecho esa pregunta —dijo Marian—. Ha sido pura frivolidad, nada más. No tienes que contarme nada que no quieras contarme. Dios santo, has recorrido un largo camino para conocerme, para darme este gran obsequio que son tus relatos sobre mi hermano, y te lo pago de esta manera. ¿Podrás perdonarme?

Sonreí y me encogí de hombros.

—No hay nada que perdonar. Es solo que... bueno, que más vale que no nos hagas hablar de estas cosas a ninguno de nosotros. ¿Has dicho que tienes amigos que estuvieron en el ejército, que volvieron de allí?

—Sí.

—Vaya, ¿y les gusta hablar sobre ello?

Marian lo consideró unos instantes.

—Es difícil contestar a esa pregunta —respondió—. A veces parece que sí, porque hablan casi sin parar al respecto. Pero siempre terminan consternados. Como acaba de pasarte hace un momento. Sin embargo, al mismo tiempo, me da la impresión de que no pueden evitar revivir cada instante una y otra vez. ¿Cuánto tiempo crees que os llevará superarlo?

—No lo sé —admití—. Mucho.

—Pero ya ha terminado. ¡Se acabó! Y tú eres un hombre joven, Tristan. Solo tienes veintiún años. Por Dios, si no eras más que un niño cuando estuviste allí. ¡Diecisiete años! No puedes dejar que eso te hunda. Mira a Will.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, él está muerto, ¿no? —repuso con una expresión gélida—. Ni siquiera puede permitirse estar consternado. No puede permitirse vivir con sus malos recuerdos.

—Sí —repuse, y noté renacer un dolor familiar.

Exhalé un profundo suspiro y me froté los ojos con las palmas unos instantes; luego parpadeé varias veces antes de enfocar el rostro de Marian con cautela.

—¿Podemos irnos de aquí? —sugerí—. Creo que necesito un poco de aire fresco.

—Claro que sí —respondió dando unas palmaditas en la mesa, como confirmando que llevábamos demasiado tiempo allí—. Pero no tienes que regresar todavía a Londres, ¿verdad? Me está gustando charlar contigo.

—No, aún no. Al menos hasta dentro de unas horas.

—Bien. Hace un día precioso, podríamos dar un paseo. Podría enseñarte varios lugares donde crecimos Will y yo. Realmente tienes que ver algunos sitios de Norwich... es una ciudad muy bonita. Y luego podemos tomar un almuerzo tardío en alguna parte. Y hay una cosa que me gustaría que hicieras por mí, pero te lo diré dentro de un rato, si no te importa. Si te lo pidiera ahora, creo que te negarías. Y no quiero que te niegues.

Guardé silencio un momento y asentí con la cabeza.

—De acuerdo —acepté levantándome para coger el abrigo del perchero mientras

ella se ponía el suyo—. Deja que pague la cuenta. Espérame fuera.

La observé dirigirse a la puerta y salir a la calle, donde se abotonó el abrigo paseando la mirada por si reconocía a alguien. No se parecía físicamente a Will, eran muy distintos, pero había algo similar en su porte, cierta confianza mezclada con el deseo de que los demás no advirtieran su belleza, pese a saber que lo hacían. Sonreí mientras la observaba, y entonces me volví para pagar la cuenta.

—Siento lo de antes —le dije a la camarera cuando hubo cogido el dinero y contaba las monedas del cambio—. Espero que no le hayamos causado muchas molestias.

—No tiene que disculparse —contestó—. ¿Era amigo de Will, pues?

—Así es. Estuvimos juntos en el ejército.

—Fue una deshonra —siseó ella inclinándose hacia mí con los ojos encendidos—. Lo que le pasó, quiero decir. Una absoluta deshonra. Me hizo avergonzarme de ser inglesa. No encontrará mucha gente por aquí que esté de acuerdo conmigo, pero yo lo conocía y sé qué clase de hombre era.

Tragué saliva y asentí con la cabeza, cogiendo las monedas que me tendía.

—No hay mucha gente a la que respete tanto como a Marian Bancroft —continuó—. Es una mujer única, ya lo creo. Pese a todo lo que ocurrió, les ofrece su ayuda a los antiguos soldados que la rodean. Teniendo en cuenta todo lo que pasó, sería lógico que los odiara. Pero no es así. En realidad no sé qué pensar de ella. Es un misterio.

Fruncí el entrecejo, cayendo en la cuenta de que ni siquiera le había preguntado a Marian a qué se dedicaba en Norwich, cómo llenaba el tiempo. Era una actitud típica de los jóvenes como yo; estábamos tan obsesionados con nosotros mismos que no nos parecía que en el mundo hubiese sitio para nadie más. Oí un tintineo, el de la campanilla de la puerta cuando alguien salía, y le di las gracias a Jane y me despedí.

Antes de salir de la cafetería me palpé los bolsillos para comprobar que llevaba la cartera y el paquete de cartas, que seguía en mi abrigo; satisfecho, abrí la puerta y salí. Marian estaba en lo cierto, hacía un día precioso: luminoso y cálido, sin brisa pero con un sol no demasiado abrasador. Era un día perfecto para pasear, y tuve una repentina visión de Will recorriendo aquellas calles adoquinadas en compañía de alguna pobre chica locamente enamorada que haría cuanto pudiese por seguirle el ritmo, lanzando miradas a hurtadillas a su hermoso rostro, soñando que al volver la siguiente esquina, donde nadie pudiese verlos, él hiciera lo más inesperado pero natural del mundo y la estrechara entre sus brazos.

Negué con la cabeza, desechando semejante idea, y busqué a Marian con la mirada. La vi a solo unos metros de mí, pero no estaba sola. El hombre de la cafetería la había seguido y, de pie ante ella, gesticulaba aparatadamente. No supe qué pensar y me limité a mirarlos, hasta que caí en la cuenta de que había algo agresivo en aquel hombre. Me acerqué a ellos.

—Hola —dije—. ¿Va todo bien?

—Y usted —me espetó el tipo blandiendo un dedo ante mi cara y mirándome con ojos que echaban chispas— ya puede ir reculando, amigo, porque esto no es de su incumbencia y le juro que no seré responsable de mis actos si se acerca más. ¿Me ha entendido?

—Leonard —intervino Marian dando un paso para situarse entre ambos—. Esto no tiene nada que ver con él. Déjalo en paz, si sabes lo que te conviene.

—No me digas lo que tengo que hacer, Marian —contestó el hombre, lo que me hizo comprender que ya se conocían y no era un simple extraño que la había abordado en la calle—. No contestas a mis cartas, te niegas a hablar conmigo cuando voy a tu casa, y luego quedas con otro y alardeas de ello ante mis narices. —Y, volviéndose hacia mí, añadió—: ¿Quién te has creído que eres?

Lo miré atónito, sin saber qué responder. El tipo estaba furioso, tenía las mejillas arreboladas de ira, y advertí que hacía esfuerzos para no apartar a Marian de un empujón y echárseme encima; instintivamente, di un paso atrás.

—Exacto, más te vale retroceder —dijo el hombre, tan satisfecho con mi movimiento que empezó a avanzar hacia mí, probablemente con la intención de intimidarme.

La verdad es que yo no le tenía ningún miedo, pero no quería verme envuelto en una pelea callejera.

—¡Leonard, he dicho que basta! —exclamó Marian, dándole un tirón del abrigo para hacerlo retroceder.

Unas personas que pasaban nos miraron con una mezcla de curiosidad y desdén, pero siguieron su camino negando con la cabeza, como si no esperasen nada bueno de gente de nuestra calaña.

—No es lo que piensas —añadió Marian—. Te equivocas de medio a medio, como de costumbre.

—Conque me equivoco, ¿eh? —repuso el tipo volviéndose hacia ella.

Aproveché para estudiarlo más de cerca. Era más alto que yo, de cabello castaño y cutis rubicundo. Tenía aspecto de saber desenvolverse. Lo único que restaba méritos a su imponente presencia eran las gafitas redondas que llevaba encaramadas en la nariz y que le daban aire más de académico que de matón. Sin embargo, todo aquello no casaba con el alboroto que estaba provocando en plena calle.

—¿De manera que me equivoco, cuando os veo a los dos ahí sentados durante casi una hora, charlando e intercambiando arrullos como un par de tortolitos? Y te he visto cogerle la mano, Marian, así que por favor no me digas que no pasa nada cuando sé muy bien lo que acabo de ver.

—¿Y qué si está pasando algo? —le espetó Marian con las mejillas encendidas—. ¿Qué más te da si pasa algo? ¿Es asunto tuyo acaso?

—No me digas eso —repuso el hombre, y ella se le acercó tanto que sus caras casi se tocaron.

—¡Te diré lo que me venga en gana, Leonard Legg! —bramó Marian—. No

tienes ningún derecho sobre mí. Ya no. Ahora no significas nada para mí.

—Tú me perteneces —insistió él.

—¡Yo no le pertenezco a nadie! Y mucho menos a ti. ¿Creías que iba a volver a mirarte siquiera? ¿De verdad? ¿Después de lo que hiciste?

—¿Después de lo que hice yo? —replicó el tipo riéndosele en la cara—. Eso sí que es gracioso. El hecho de que esté dispuesto a dejar atrás el pasado y casarme contigo debería darte muestra suficiente de la clase de hombre que soy. Mezclarme con una familia como la tuya no va a hacerme ningún favor, y sin embargo estoy dispuesto a hacerlo. Por ti.

—Bueno, pues no te molestes —repuso ella bajando la voz; había recuperado la compostura—. No voy a casarme nunca contigo. Si piensas que voy a rebajarme hasta ese punto...

—¿Que tú vas a rebajarte? Si mis padres supieran siquiera que estoy hablando contigo, y no digamos ya que te he perdonado...

—¡No tienes nada que perdonarme! —exclamó entonces Marian con un aspaviento de frustración—. Soy yo quien debería perdonarte. —Y añadió, acercándose más a él—: Pero no lo hago. No te perdono. Y nunca lo haré.

El hombre la miró furioso, respirando con fuerza por la nariz, como un toro a punto de atacar, y por un instante pensé que iba a hacerlo, de modo que di un paso adelante; el tipo se volvió para mirarme y toda la furia que sentía pasó de Marian a mí. Sin previo aviso, me encontré en el suelo, aturdido, y me llevé una mano a la nariz, de la que no manaba sangre; pero me ardía la mejilla, y comprendí que, pese a haber errado el blanco, el puñetazo me había desequilibrado hasta el punto de acabar despatarrado en el suelo.

—¡Tristan! —exclamó Marian precipitándose hacia mí—. ¿Estás bien?

—Creo que sí —repuse incorporándome hasta quedar sentado, y miré a mi atacante.

Cada fibra de mi ser deseaba levantarse y golpearlo, hacerlo retroceder hasta Lowestoft a base de puñetazos, de ser necesario, pero no lo hice. Al igual que Wolf, me negué a pelear.

—Vamos —me provocó, adoptando la postura de un boxeador profesional, aunque no era más que un patético payaso—. Ponte en pie de una vez y demuestra de qué estás hecho.

—Lárgate de aquí, Leonard —intervino Marian—. Lárgate antes de que llame a la policía.

El tipo soltó una risotada, pero pareció un poco inquieto ante aquella sugerencia, y quizá irritado por el hecho de que me negara a incorporarme y pelear. Negó con la cabeza y escupió en el suelo, a solo un par de palmos de mi pie izquierdo.

—Cobarde —espetó mirándome con desprecio—. No me extraña que le gustes. Después de todo, es lo que les va a los Bancroft, ¿no?

—Déjalo estar, por favor —rogó Marian en voz baja—. Por el amor de Dios,

Leonard, ¿no puedes dejarme en paz y ya está? Yo no te quiero.

—Esto no ha terminado —repuso él—. No penséis que la cosa acaba aquí, porque no es así.

Nos dirigió una última mirada a los dos, acurrucados en la acera, y negó con la cabeza con gesto de desprecio antes de echar a andar por una de las callejas laterales y desaparecer de la vista.

Me volví hacia Marian, confuso, y la encontré al borde de las lágrimas, con las manos en la cara.

—Lo siento mucho —dijo—. Tristan, lo siento mucho, muchísimo.

Emprendimos el paseo, codo con codo, por las calles del centro de Norwich. Se me estaba formando una leve magulladura en la mejilla, pero no había sufrido daños serios. Sin duda, el señor Pynton me miraría con desaprobación al día siguiente, quitándose los quevedos, y exhalaría un profundo suspiro, achacándolo todo a la impetuosidad de la juventud.

—Debes de tener muy mala opinión de mí —dijo Marian al cabo de un largo silencio.

—¿Por qué iba a tenerla? No has sido tú quien me ha pegado.

—No, pero ha sido culpa mía. Al menos en parte.

—Es obvio que conoces a ese hombre.

—Oh, sí —repuso con tono de pesar—. Sí, lo conozco, desde luego.

—Parece creer que ejerce alguna clase de dominio sobre ti.

—Hubo un tiempo en que sí —contestó Marian—. Verás, antes éramos pareja.

—¿Lo dices en serio? —pregunté sorprendido; aunque lo había deducido de la discusión de antes, se me hacía difícil imaginar a Marian teniendo una relación con un tipo como ese, o la perspectiva de que un hombre que había obtenido su mano la dejase escapar.

—Bueno, no te sorprendas tanto —contestó con un asomo de diversión en la voz—. En mis tiempos tuve bastantes pretendientes.

—No, no quería decir que...

—Estábamos comprometidos, íbamos a casarnos. Ese era el plan, al menos.

—¿Y algo salió mal?

—Bueno, es evidente que sí, Tristan. —Se volvió hacia mí con cara de frustración, pero al cabo de un instante añadió—: Lo siento, no debería tomarla contigo. Es solo que... bueno, me siento terriblemente incómoda porque te ha atacado, y eso me hace avergonzarme de mí misma.

—No veo por qué. A mí me da la sensación de que rompiste con él justo a tiempo. Podrías haberte casado con ese bruto. Quién sabe qué clase de vida te habría dado.

—Pero no fui yo quien rompió la relación. Fue Leonard. Oh, no pongas esa cara de sorpresa, por favor. La verdad es que yo no habría tenido más remedio que plantarlo a la larga, pero se me adelantó, para mi eterno pesar. Sin duda comprendes por qué lo hizo, ¿verdad?

—Tuvo que ver con Will, ¿no? —dije; ahora lo veía todo con claridad.

—Sí.

—¿Rompió contigo por lo que podría decir la gente?

Se encogió de hombros como si todo aquello la avergonzara, incluso después de tanto tiempo.

—Y pensabas que el calavera era yo —añadí con una sonrisa, haciéndola reír.

Miró hacia el mercado, donde unos cuarenta puestos cubiertos por toldos de brillantes colores se disponían formando un prieto rectángulo. En ellos se vendía fruta y verdura, pescado y carne. Un montón de gente se apiñaba ante ellos, mujeres en su mayoría, con las bolsas de la compra a punto, que hacían entrega a los tenderos del poco dinero que tenían y se embarcaban en largas y quejumbrosas conversaciones.

—Leonard no estaba tan mal, en realidad —dijo—. Hubo un tiempo en que lo amaba. Antes de todo esto, o de todo aquello, debería decir...

—¿Te refieres a la guerra?

—Sí. Antes de la guerra era una persona distinta. Es difícil de explicar. Nos conocemos desde que teníamos quince o dieciséis años. Siempre nos gustamos. Bueno, al menos él me gustaba a mí, porque Leonard estaba enamorado de una amiga mía, o todo lo enamorado que uno puede estarlo a esa edad.

—A esa edad todo es un desastre.

—Sí, creo que tienes razón. Sea como fuere, rechazó a esa otra chica por mí, lo que provocó discusiones terribles entre nuestras familias. Y esa chica, que había sido buena amiga mía, nunca volvió a dirigirme la palabra. Fue un escándalo terrible. Cuando pienso en ello aún me siento avergonzada, pero éramos muy jóvenes y no tiene sentido perder el sueño por algo así. La verdad sigue siendo que yo estaba loca por él.

—Pues no me parece que hagáis muy buena pareja —comenté.

—Cierto, pero tú no lo conoces. Ahora somos muy diferentes. Bueno, supongo que todo el mundo lo es. Pero durante un tiempo fuimos felices. De modo que me pidió que me casara con él y le dije que sí. Ahora, difícilmente se me ocurre nada peor.

Le di vueltas al asunto, pero guardé silencio. Sabía bien poco sobre las relaciones entre hombres y mujeres, las intimidades que los unían, los secretos que podían llegar a separarlos. Sylvia Carter constituía mi única experiencia con chicas, y me costaba imaginar que un simple beso, seis años antes, supusiera el fin del asunto para mí; pero así era, por supuesto.

—¿Estuvo él allí? —pregunté, pues me había parecido más o menos de la edad de Marian, solo unos años mayor que yo—. Me refiero a Leonard.

—No, no pudo ir —repuso ella negando con la cabeza—. Resulta que es terriblemente miope. Tuvo un accidente a los dieciséis; el muy tonto se cayó de la bicicleta y se dio en la cabeza con una piedra. Lo encontraron inconsciente en la carretera, y para cuando lo llevaron al médico no sabía quién era ni dónde estaba. El

resultado final fue que sufrió daño en los ligamentos oculares. Está prácticamente ciego del ojo derecho, y con el izquierdo ve fatal, aunque nunca lo deducirías con solo mirarlo.

—Entonces no es de extrañar que no me haya acertado en la nariz —repuse tratando de contener una sonrisa, y Marian me miró con expresión maliciosa. Luego añadí—: Lo he visto antes, en la cafetería. Estaba observándonos y ha intentado hablar conmigo cuando he ido a los aseos.

—De haber sabido que estaba ahí me hubiese marchado. Ahora me sigue por todas partes, tratando de que hagamos las paces. Es agotador.

—¿Y no pudo alistarse por culpa de la vista?

—Exacto. Y, para ser justos, se llevó un disgusto tremendo. Creo que se sintió menos hombre en cierto sentido. Tenía cuatro hermanos: dos de ellos se alistaron antes de 1916, y los otros dos, los más pequeños, fueron reclutados en Derby. Solo uno volvió con vida, y está muy enfermo. Tuvo una crisis nerviosa, tengo entendido. Pasa la mayor parte del tiempo encerrado en casa. He oído decir que sus padres están sufriendo mucho, lo cual no me hace ninguna gracia. En cualquier caso, sé que Leonard se siente fatal por no haber podido combatir. La verdad es que es valiente, e increíblemente patriota. Fue espantoso para él cuando la cosa estaba en su apogeo y él era el único hombre joven en la ciudad.

—¿Que fue espantoso para él? Yo diría que fue maravilloso.

—Sí, comprendo que digas eso. Pero trata de verlo desde su punto de vista. Deseaba estar allí con el resto de vosotros, no aquí atascado con un puñado de mujeres. No encaja para nada con los hombres que volvieron de allí. Lo he visto sentarse en un rincón en los bares, sin hablar con los que antes eran sus compañeros de colegio. Después de todo, ¿cómo iba a hacerlo? No puede compartir sus experiencias, no sabe por lo que han pasado ellos. Algunos tratan de hacerlo partícipe, creo, pero él se pone agresivo, y me parece que han desistido ya. Supongo que piensan que no tienen por qué complacerlo. No tienen nada que reprocharse.

Me encogí de hombros. Comprendía adónde quería llegar, y probablemente el tipo se sentía mal con aquella situación. Pero, aun así, no acababa de sentir simpatía por un hombre lo bastante afortunado para librarse de las trincheras solo porque se sintiera ninguneado por ese mismo golpe de suerte.

—Bueno, pues si no le permitieron luchar, desde luego ahora lo está compensando —comenté—. ¿Qué pretendía golpeándome con esa saña?

—Supongo que ha pensado que había algo entre nosotros. Y puede ser terriblemente celoso.

—Pero ¡si fue él quien te dejó! —exclamé, lamentando al instante aquel comentario tan poco caballeroso.

Marian se volvió y me miró con ceño.

—Sí, soy consciente de ello, gracias, pero está claro que ahora lo lamenta.

—¿Y tú no?

Titubeó solo brevemente antes de negar con la cabeza.

—Lamento que una situación dada le hiciera sentir que tenía que romper conmigo —repuso—. Pero no lamento que lo hiciera. ¿Tiene eso algún sentido?

—Sí, un poco.

—Pero ahora quiere recuperarme, y es un fastidio. Me escribió para decírmelo. Me sigue por la ciudad y aparece en casa siempre que empina el codo, que suele ser un par de veces por semana al menos. Le he dicho que no tiene ninguna posibilidad, y debería resignarse, pero es más terco que una mula. De verdad que no sé qué voy a hacer con él. Ni siquiera puedo ir a hablar con sus padres; no quieren tener nada que ver conmigo. Y tampoco puedo pedirle a mi padre que hable con él. Ya ni siquiera quiere admitir que Leonard existe. —Inspiró profundamente antes de expresar con palabras lo que los dos estábamos pensando—: A quien necesito, por supuesto, es a mi hermano.

—Quizá yo debería haber dicho algo.

—¿Y qué ibas a decir? No lo conoces, y tampoco conoces las circunstancias.

—No, pero si estás disgustada por todo esto...

—No quiero ser grosera, Tristan —me interrumpió, mirándome con una expresión que sugería que no la tratase con condescendencia—, pero apenas me conoces. Y no necesito tu protección, por mucho que agradezca que estés dispuesto a ofrecérmela.

—Por supuesto que no. Solo quería decir que, como amigo de tu hermano...

—Pero ¿no lo ves acaso? —volvió a interrumpirme—. Eso lo hace aún peor. Verás, fue cosa de sus padres. Ejercieron una horrible presión sobre él. Tienen una verdulería, aquí en la ciudad, y confían en la buena voluntad de la comunidad para sacar adelante el negocio. Y, claro, todo el mundo sabía que Leonard y yo íbamos a casarnos, de manera que cuando Will murió casi toda la ciudad dejó de comprar en la tienda de los Legg. Necesitaban una víctima para sus ataques, y difícilmente podían volverse contra mi padre. Después de todo, era su pastor. Había ciertas convenciones que debían conservarse. Y, así, los Legg pasaron a ser la mejor opción.

—Marian —dije apartando la mirada, buscando un banco en el que pudiésemos sentarnos. Sentía la urgente necesidad de guardar silencio durante largo rato.

—No, Tristan —insistió—. Déjame acabar. Más vale que lo sepas. Tratamos de seguir juntos un tiempo, pero fue obvio que de nada serviría. Los Legg me hacían el vacío, la ciudad les hacía el vacío a los Legg; todo el episodio fue horrible, y por fin Leonard decidió que ya tenía bastante y me dejó por el bien de su familia. Por supuesto, su padre no tardó más de unas horas en difundir la noticia, y al día siguiente todo el mundo volvía a comprar en su tienda. El negocio podía continuar como de costumbre, ¡hurra! Qué importaba que yo estuviese pasando por la peor etapa de mi vida, llorando al hermano que había perdido; qué importaba que la persona en la que más confiaba para ayudarme a superar esos días decidiera de pronto que no quería ni verme. Pero, ahora que las cosas han empezado a olvidarse y ya nadie quiere hablar



del tema, ha decidido que quiere recuperarme. Todo el mundo pretende actuar como si no hubiese sucedido nada, como si nunca hubiese habido un niño llamado Will Bancroft que creció entre ellos y jugó en sus calles y se marchó a librar esa maldita guerra por ellos...

Cada vez hablaba más alto, y varias transeúntes la miraron con expresiones que sugerían: «Ah, cómo no, la chica Bancroft, gritando en plena calle; no cabe esperar mucho más de ella».

—Ahora que todo eso ha quedado atrás, Tristan —prosiguió—, mi pobre Leonard ha decidido que cometió un terrible error y que a la porra sus padres y a la porra su caja registradora: quiere que vuelva con él. Bueno, pues no va a recuperarme, Tristan, no va a recuperarme. Ni hoy, ni mañana. Nunca.

—De acuerdo —repuse tratando de calmarla—. Lo siento. Ahora lo comprendo.

—La gente se comporta como si hubiésemos caído en la deshonra, ¿puedes entenderlo? —prosiguió, más tranquila. Tenía lágrimas en los ojos—. Mira esa pareja del café, qué descaradamente groseros han sido; qué insensibles. Oh, Tristan, no me mires así. No finjas que no te has dado cuenta.

Arrugué la frente; solo recordaba que la pareja de una mesa más allá se había ido a un rincón más discreto para continuar con su cita.

—Se han cambiado de sitio por mí —dijo Marian—. Cuando volví de los servicios y vieron a quién tenían sentada cerca, se apartaron todo lo posible de mí. Tengo que soportar eso todos los días. Es verdad que ya no es tan horroroso como antes, pero en cierto sentido, ahora que la gente vuelve a hablarme, es peor. Revela que han olvidado por completo a Will, y eso es algo que yo nunca haré. A mis padres y a mí nos tratan como si quisieran decirnos que nos perdonan, como si creyeran que hay algo por lo que deben perdonarnos. Pero somos nosotros quienes deberíamos perdonarlos por cómo nos trataron y por cómo trataron a Will. Sin embargo, no les digo nada. Se me ocurren buenas ideas, Tristan; sabrías eso de mí si fueras lo bastante tonto para quedarte por aquí un tiempo. Pero son solo eso: buenas ideas. En el fondo, soy tan cobarde como ellos creen que lo fue mi hermano. Quiero defenderlo, pero no puedo.

—Tu hermano no era ningún cobarde —dije—. Tienes que creerlo, Marian.

—Por supuesto que lo creo —espetó—. No he pensado ni por un instante que lo fuera. ¿Cómo voy a pensarlo? Yo, que lo conocía mejor que nadie. Era el más valiente. Pero trata de decirle eso a la gente de aquí y verás lo que consigues. Mi hermano les hace sentir vergüenza. Es el único joven del condado al que pusieron ante un pelotón de fusilamiento para ejecutarlo por cobarde. Se sienten avergonzados. No saben quién es mi hermano. Quién era. Nunca lo supieron. Pero tú sí, Tristan, ¿no es así? Tú sabes quién era Will.

## CON LOS OJOS ENTORNADOS AL SOL

*Francia, julio-septiembre de 1916.*

Un grito de cansancio y desesperación me sube del estómago cuando la pared de la trinchera empieza a venirse abajo, un lento torrente de barro negro, espeso e infestado de ratas que se me escurre por la espalda hasta colárseme en las botas y los calcetines. Desesperado, empujo con todas mis fuerzas intentando apuntalar el parapeto antes de que me sepulte. Una cola me cruza rápidamente las manos con un seco latigazo, luego otra; después viene un agudo mordisco.

—¡Sadler! —exclama Henley con voz ronca y casi sin aliento.

Está a apenas un par de metros de mí, con Unsworth a su lado y el cabo Wells detrás. Las ráfagas de lluvia son tan intensas que escupo agua lodosa y me cuesta distinguirlos.

—Los sacos terreros... aquí, están aquí... Apílalos tan alto como puedas.

Echo a andar, intentando arrancar las botas sepultadas bajo el barro. El horrible ruido de succión que hacen al emerger me recuerda a los estertores del moribundo que boquea en vano tratando de tragar un poco de aire.

Abro los brazos y recibo un saco lleno de tierra que está a punto de derribarme. Casi sin aliento, me vuelvo hacia la pared para embutirlo donde más falta hace, y me doy la vuelta para recibir otro, cogerlo en el aire y empotrarlo asimismo en la pared, y luego otro, y otro, y otro más. Ahora somos cinco o seis haciendo lo mismo, amontonando más y más sacos terreros, gritando que nos pasen más antes de que la condenada trinchera entera se desplome sobre nosotros. Parece una tarea absurda, pero de alguna manera funciona y aguanta, y olvidamos lo cerca que hemos estado de morir hoy ante la nueva expectativa de morir mañana.

Los alemanes utilizan hormigón; nosotros, madera y tierra.

Hace días que llueve, un torrente de agua sin fin que convierte las trincheras en porquerizas en lugar de en defensas donde ponerse a cubierto entre uno y otro asalto. Cuando llegamos, me dijeron que el suelo calcáreo de Picardy, a través del cual llevamos días avanzando, es menos proclive a desmenuzarse que el de otras partes del frente, en especial los penosos campos cerca de Bélgica, donde las marismas hacen casi imposible cavar trincheras. Me cuesta imaginar un lugar peor que este. Esos rumores son mi único punto de comparación.

En torno a mí, lo que esta mañana era un camino despejado es ahora un río de lodo. Llegan las bombas de achique, y tres hombres se ponen a bombear. Wells nos grita algo, su voz áspera perdiéndose en el fragor que nos rodea. Lo miro fijamente, a punto de echarme a reír, presa de una especie de histeria incrédula.

—¡Joder, Sadler! —exclama, y cuando sacudo la cabeza dando a entender que no he oído la orden, brama—: ¡Hazlo! ¡Hazlo o te enterraré en el jodido barro!

Sobre nuestras cabezas, por encima del parapeto, vuelven a oírse detonaciones de obuses, en una especie de obertura, pues todavía no son muy seguidos; al menos, no tan seguidos como los últimos días. Las trincheras alemanas están unos trescientos metros al norte de las nuestras. En las tardes tranquilas puede oírse el eco de sus conversaciones, y a veces a alguien que canta, ríe o profiere gritos de angustia.

No somos tan diferentes, ellos y nosotros. Si ambos ejércitos parecen ahogados en el barro, ¿quién quedará para librar esta guerra?

—¡Ahí, ahí! —exclama Wells agarrándome del brazo para llevarme a rastras hasta donde Parks, Hobbs y Denchley están bombeando—. ¡Ahí tienes cubos, hombre! ¡Hay que drenar toda esta zona!

Asiento y miro alrededor. A mi derecha, me sorprende descubrir dos cubos de hojalata, de los que suelen verse tras la trinchera de reserva, cerca de las letrinas. Yates se toma muy en serio mantenerlas en las mejores condiciones sanitarias posibles. Su obsesión por la higiene raya en lo psicótico. ¿Qué demonios hacen ahí?, me pregunto al verlos. Yates se volverá loco si los ve tirados de esa manera. Es imposible que hayan rodado hasta allí con la lluvia y el deslizamiento de tierra, pues entre la trinchera de reserva y la nuestra se interpone la trinchera de apoyo, y cada una tiene casi dos metros y medio de profundidad. Deben de haberle dado por el camino a quien los llevaba de vuelta a su sitio. Si los cubos están a mis pies, entonces el soldado que los llevaba estará aquí mismo, unos palmos por encima de mí, tendido boca arriba en el parapeto, contemplando el oscuro cielo del norte de Francia, los ojos ya vidriosos, el cuerpo cada vez más frío, más rígido y más libre. Y entonces comprendo que se trata de Yates. Claro, Yates ha muerto y de ahora en adelante tendremos las letrinas hechas un asco.

—Pero ¿qué te pasa, Sadler? —grita Wells.

Musito una rápida disculpa mientras me agacho para levantar los cubos, manchándome las manos de mierda en cuanto cojo las asas, pero qué importa, pienso, qué importa nada de todo eso. Dejo uno a mis pies y, asiendo el otro por el borde y la base, recojo algo más de un litro de agua, compruebo de dónde viene el viento y lanzo el líquido pestilente hacia el noroeste, hacia Berlín. Lo veo volar por el aire sobre la trinchera. ¿Está cayendo sobre él?, me pregunto. ¿Está cayendo sobre Yates, sobre el obsesivamente limpio Yates? ¿Estoy cubriendo su cadáver de mierda?

—¡Vamos, no pares, tío! —exclama una voz a mi izquierda, ¿la de Hobbs, quizá?

Quienquiera que sea, sigue achicando agua mientras yo hundo el cubo una y otra vez, más y más hondo, para levantarlo lleno de agua y vaciarlo fuera antes de agacharme por más. Y entonces alguien corpulento pasa a toda prisa, resbala en el barro y suelta una maldición, y al recobrar el equilibrio me da un empujón y caigo cuan largo soy, de cara contra el barro y la mierda. Escupo el fango pestilente e intento levantarme apoyando una mano, pero el brazo se me hunde más y más en el barro, y pienso: ¿cómo es posible, cómo puede mi vida haberse rebajado a este nivel de inmundicia y sordidez? Yo que solía ir a la piscina a bañarme con mis amigos en

las tardes de verano, que jugaba a las tabas con las castañas caídas en Kew Gardens, hirviéndolas primero en vinagre para tener más posibilidades de ganar.

Una mano me ayuda a levantarme.

De pronto se oyen gritos y recibo un repentino torrente de agua en la cara. ¿De dónde ha venido?, me pregunto. ¿Se ha levantado viento y nos azota con la lluvia? Vuelven a ponerme bruscamente el cubo en las manos, y me doy la vuelta para ver quién me ha ayudado: el rostro ennegrecido y sucio apenas resulta reconocible, pero mi mirada se cruza un instante con la de quien me ha levantado, que me ha echado una mano. Will Bancroft y yo nos miramos fijamente sin decir palabra, antes de que él siga a toda prisa su camino, no sé hacia dónde; no lo han mandado a ayudarnos sino a hacer algo trinchera abajo y a quién sabe qué clase de horror cinco, diez o treinta metros más allá.

—¡Está empeorando! —exclama Denchley alzando la vista al cielo un instante.

Hago lo mismo y cierro los ojos para dejar que la lluvia me lave la cara, llevándose la porquería, y sé que solo dispongo de unos segundos antes de que Wells vuelva a ordenarme a gritos que llene el maldito cubo y siga achicando, o todos y cada uno de nosotros acabaremos sepultados aquí, en este jodido y asqueroso hoyo francés.

Y vuelvo a centrarme, como hago siempre. Lleno el cubo. Arrojo el contenido fuera de la trinchera. Lleno el cubo. Arrojo el contenido fuera... Creo que si sigo haciéndolo el tiempo pasará y despertaré en casa, con mi padre abrazándome y diciéndome que me ha perdonado. Me vuelvo hacia la derecha y me afano en un charco más profundo, echando vistazos trinchera abajo, a los ocho o diez metros que alcanzo a distinguir, tratando de ver adónde ha ido Will; quiero asegurarme de que está bien, y me pregunto, como hago siempre en momentos así, si volveré a verlo con vida.

Un día más.

Despierto, salgo del hoyo donde he intentado dormir tres o cuatro horas y recojo el equipo: el fusil y la bayoneta; la munición, que me meto en los bolsillos; la pala de mango corto y una botella vacía de algo que llaman agua pero que sabe a lejía y provoca diarreas esporádicas, pero si hay que elegir entre la deshidratación y la cagalera, prefiero mil veces la cagalera. Envuelto en la guerrera, el peto bajo la camisa se me clava en la piel, porque está hecho para alguien más menudo y no ajusta bien, pero maldita sea, Sadler, me han dicho, esto no son unos grandes almacenes, tendrás que arreglártelas. Me digo que es martes, aunque no tengo nada en que basarme para afirmarlo. Saber qué día es proporciona cierta apariencia de normalidad.

Afortunadamente ha dejado de llover y las paredes de las trincheras han vuelto a afianzarse y solidificarse, con los sacos terreros apilados uno junto a otro, ennegrecidos y llenos de barro por el trasiego del día anterior. Mi turno de guardia empieza dentro de veinte minutos; si me doy prisa, puedo acercarme por un té y una

lata de carne y volver a tiempo a mi puesto. Por el camino alcanzo a Shields, que parece agotado. Tiene el ojo derecho a la funerala; un hilo de sangre reseca le recorre la sien. Recuerda la forma del Támesis: serpentea hacia el sur, hasta el muelle de Greenwich que es la ceja, y luego hacia el norte, hasta el puente de Londres de la frente, para entonces desaparecer en lo profundo de Blackfriars entre la maraña de su pelo infestado de piojos. No hago comentario alguno; ninguno de nosotros es quien debería ser.

—¿Te toca guardia, Sadler? —Quiere saber.

—Sí.

—Yo acabo de terminarla. Comer y dormir, eso necesito.

—Estoy pensando en acercarme después al *pub*. Unas jarras de cerveza y una partida de dardos. ¿Te interesa?

No dice nada, ni siquiera reconoce el chiste. Todos decimos cosas como esa de vez en cuando, y a veces nos divierte hacerlo, pero Shields no está ahora para bromas. Se separa de mí cuando llegamos al Callejón del Guantero, que lleva hasta la Vía Agradable, que a su vez se bifurca al fondo y gira a la derecha para convertirse en el Reposo del Peregrino. Vivimos aquí, bajo tierra como cadáveres, y horadamos calles en el terreno; luego les ponemos nombres y plantamos letreros para tener la ilusión de que seguimos formando parte de una humanidad común y corriente. Es un verdadero laberinto, con trincheras que se bifurcan en todas direcciones, para enlazar con unas, evitar otras y proporcionar un paso seguro a otras más. Es fácil perderse cuando uno no sabe adónde va, y que Dios se apiade del hombre que no está donde se supone que debe estar cuando se supone que debe estar allí.

Sigo adelante, alejándome de la trinchera frontal para internarme en la de apoyo, que es donde tenemos algunos pertrechos, como las pocas medicinas que logramos reunir y unos catres para oficiales. Me llega olor a comida y aprieto el paso, impaciente, hasta la hilera irregular de bancos del comedor a lo largo de la pared sudoeste de la tercera trinchera. Paseo la mirada y veo rostros en su mayoría familiares y unos cuantos nuevos; hombres que no hablan y otros que no paran de hacerlo, hombres valientes y otros insensatos, hombres que están volviéndose locos. Veo a algunos de Aldershot, de antes y después de nosotros. Algunos con acento escocés, o inglés, o irlandés. Cuando me acerco oigo conversaciones en murmullos, y quizá un indicio de saludo. Me quito el casco y me rasco la cabeza, pero no me molesto en mirar qué se queda bajo las uñas, pues tengo el cuero cabelludo plagado de piojos, al igual que las axilas y la entrepierna. Están en todas partes en que pueden anidar y criar. Antes me repugnaban, pero ahora no les doy importancia. Soy un huésped caritativo y vivimos en armonía, ellos cebándose en mi sucia piel, yo arrancándomelos de vez en cuando para despanzurrarlos entre las uñas del índice y el pulgar.

Cojo lo que consigo encontrar y me lo como con rapidez. El té está sorprendentemente bueno; deben de haberlo hecho hace solo unos minutos, y me trae

un recuerdo, algo de mi niñez; si me esforzara podría rememorarlo con claridad, pero no tengo ni energía ni interés. La carne enlatada, en cambio, es atroz. Solo Dios sabe qué meterán en esas latas; podría ser tejón o rata o alguna alimaña desconocida que tiene la audacia de seguir existiendo aquí, pero lo llamamos ternera y con eso nos basta.

Me obligo a no mirar alrededor, a no buscarlo, porque en esa senda no voy a hallar otra cosa que dolor. Si lo veo, temeré demasiado su rechazo para acercarme a él, y hay muchas posibilidades de que, presa de la ira, acabe encaramándome a lo alto de la trinchera para arrojarme a la tierra de nadie y recibir allí lo que me merezco. Y si no lo veo, tendré el convencimiento de que ha sido alcanzado por el enemigo en estas últimas horas y haré eso mismo de todos modos, me convertiré en blanco fácil para los francotiradores, porque ¿qué sentido tiene seguir adelante si él ya no está?

Finalmente, con comida en el estómago y sabor a té en la boca, me levanto y vuelvo por donde he venido, felicitándome por lo bien que lo he sobrellevado, por no haberlo buscado ni una sola vez con la mirada. Gracias a instantes así consigo ir hilvanando horas medio felices.

Cuando vuelvo a internarme en la trinchera frontal me llega el sonido de un alboroto un poco más allá. Aunque no tengo interés alguno en ninguna clase de discusión, tengo que pasar por ahí para llegar a mi destino, de modo que me detengo un momento para observar cómo el sargento Clayton, que en las pocas semanas desde nuestra llegada se ha quedado en los huesos, le habla a gritos a Potter, un soldado excepcionalmente alto que era muy popular en Aldershot por sus aptitudes para la mímica. En sus mejores momentos es capaz de hacer una buena imitación no solo de nuestro líder sino también de sus dos apóstoles, Wells y Moody, y en cierta ocasión en que Clayton estaba de un buen humor sorprendente, le pidió que interpretara sus pequeños números ante el regimiento. Potter así lo hizo y la cosa salió bastante bien. No hubo malicia alguna en su actuación, aunque sí un deje sarcástico, me pareció. Pero Clayton lo pasó en grande.

La discusión parece centrarse en la estatura de Potter. Nos saca una buena cabeza a todos con sus dos metros en calcetines, pero añádanse un par de botas y un casco y se acerca entonces a los dos diez. Todos estamos habituados a verlo, por supuesto, pero eso no le hace la vida más fácil, porque las trincheras apenas llegan a los dos metros y medio de profundidad, y en el extremo norte tienen bastante menos. El pobre hombre no puede caminar erguido con la cabeza sobresaliendo del parapeto, so pena de que una bala alemana le vuele los sesos. Es duro para él, aunque no tenemos tiempo para preocuparnos por eso; pero Clayton está ahora gritándole en la cara.

—¡Te conviertes en un blanco clarísimo! Y al hacerlo pones en peligro al resto del regimiento. ¿Cuántas veces he de decirte, Potter, que no andes erguido por ahí?

—Pero no puedo evitarlo, señor —contesta con desesperación—. Trato de agacharme, pero mi cuerpo no me lo permite mucho tiempo. La espalda me tortura cuando lo hago.

—¿Y no te parece que una espalda dolorida es un pequeño precio que pagar por tu cabeza?

—No puedo pasarme el día entero agachado, señor —se queja Potter—. Lo intento, se lo aseguro.

Y entonces Clayton le suelta unos cuantos improperios y se abalanza sobre él para empujarlo contra la pared, y me digo: «Claro, así se hace. Desplace todos esos sacos, por qué no, y pónganos a todos en mayor peligro incluso. Y, ya que estamos, ¿por qué no se deshace de toda nuestra artillería?».

La discusión me resuena aún en los oídos cuando me alejo del espectáculo para volver a mi puesto, donde Tell lanza ansiosas miradas alrededor; está esperándome y confía en que aparezca, pues si no lo hago es probable que haya sido lo bastante estúpido para dejarme matar durante la noche, y tendrá que quedarse donde está hasta que Clayton, Wells o Moody aparezcan y accedan a buscarle un relevo. ¿Puede ser cuestión de horas y no podrá abandonar su puesto porque incurriría en deserción, que se castiga con un pelotón de fusileros apuntando directamente a la diana de tu corazón!

—¡Joder, Sadler, pensaba que no ibas a llegar nunca! —exclama, y me da unas palmaditas en el brazo para desearme buena suerte—. ¿Todo bien por ahí atrás?

—Sí, todo bien, Bill.

Tell también prefiere que lo llamen por su nombre de pila; quizá eso le hace sentir que sigue siendo el mismo de siempre. Me acomodo en el puesto de vigilancia y me acerco a los ojos el periscopio con forma de tubo. Voy a preguntarle si tiene que informarme de algo, pero ya se ha ido, de modo que suspiro y entorno los ojos para mirar a través del cristal embarrado, tratando de distinguir entre el horizonte, el campo de batalla y las oscuras nubes en lo alto, y hago cuanto puedo por recordar qué narices se supone que debo descubrir.

Intento contar los días desde que dejé Inglaterra y concluyo que son veinticuatro.

Cogimos el tren de Aldershot a Southampton a la mañana siguiente de la jura de bandera y marchamos por las calles hacia los muelles de Portsmouth, con familias saliendo a las aceras para saludarnos en nuestro camino hacia la guerra. Casi todos los hombres se mostraron encantados con aquella atención, en especial cuando las chicas entre la multitud se abalanzaban para plantarles besos en las mejillas, pero a mí me costaba concentrarme, pues lo ocurrido la noche anterior seguía en mi cabeza.

Después, Will se había vestido rápidamente para mirarme con una expresión que no le había visto antes, una expresión de sorpresa ante lo que acabábamos de hacer, empañada por la incapacidad de negar que había sido no solo parte activa de la situación, sino su principal instigador. Advertí que deseaba echarme la culpa, pero no tenía manera de hacerlo. Ambos sabíamos cómo había empezado todo.

—Will —dije, pero él negó con la cabeza.

Trató de trepar por la ribera, pero con las prisas por alejarse tropezó y resbaló de nuevo hasta abajo antes de conseguir afianzar los pies.

—Will —repetí tendiendo una mano hacia su hombro, pero se retorció para liberarse y se volvió en redondo, mirándome con furia y enseñando los dientes, un lobo dispuesto a atacar.

—No —siseó, y se alejó ribera arriba para desaparecer en la noche.

Cuando volví al barracón él estaba ya en su catre, de espaldas a mí, aunque supe que seguía despierto. Su cuerpo subía y bajaba de manera controlada: el movimiento y la respiración de un hombre que quiere aparentar que está dormido pero carece de las dotes interpretativas para resultar convincente.

Decidí dormirme, seguro de que hablaríamos por la mañana, pero cuando desperté ya se había ido, incluso antes de que Wells o Moody tocaran diana. Fuera, después de que pasaran lista, se situó muy por delante en la marcha, en el centro del pelotón, un sitio claustrofóbico que normalmente detestaba, rodeado por soldados que le proporcionaban protección de mí, como si le hiciera falta.

Tampoco tuve oportunidad de hablar con él en el tren, porque se aseguró de atrincherarse contra una ventanilla en el meollo de un ruidoso grupo; yo me hallaba a cierta distancia, confuso e inquieto ante aquel claro rechazo. No fue hasta aquella noche, en la travesía en barco hacia Calais, cuando lo encontré solo por fin en cubierta, apoyado en la barandilla de la borda y con la cabeza gacha, como sumido en sus pensamientos. Lo observé desde lejos, captando su tormento. Es posible que no me hubiese acercado de no haber sabido que podía tratarse de nuestra última oportunidad de hablar, pues quién sabía qué horrores nos aguardarían una vez desembarcados.

Mis pisadas en cubierta lo alertaron de mi presencia porque levantó un poco la cabeza y abrió los ojos, pero no se volvió. Sabía que era yo. Me detuve a cierta distancia y miré hacia Francia; saqué un cigarrillo del bolsillo y lo encendí antes de ofrecerle a Will la pitillera medio vacía.

Negó con la cabeza, pero luego se lo pensó mejor y cogió uno. Cuando se lo llevó a los labios le tendí mi cigarrillo, con la intención de que encendiera el suyo, pero volvió a negar con la cabeza, con gesto brusco, y hurgó en los bolsillos en busca de cerillas.

—¿Estás asustado? —le pregunté al cabo de un largo silencio.

—Pues claro —repuso—. ¿Tú no?

—Sí.

Fumamos los pitillos, agradecidos por tenerlos y no vernos obligados a hablar. Por fin se volvió hacia mí con expresión apenada, arrepentida, y luego se miró las botas, tragando saliva con nerviosismo y con el ceño fruncido, exasperado.

—Mira, Sadler. No puede ser. Ya lo sabes, ¿verdad?

—Por supuesto.

—No podíamos... —Titubeó, y volvió a intentarlo—. Ninguno de los dos pensaba con claridad, he ahí el problema. Es por esta maldita guerra. Ojalá ya la hubiésemos dejado atrás. Ni siquiera hemos llegado allí todavía, y ya estoy deseando



que todo acabe.

—¿Lo lamentas? —pregunté en voz baja, y se volvió con expresión más agresiva que antes.

—¿Que si lamento qué?

—Ya sabes qué.

—Ya te lo he dicho, ¿no? He dicho que no puede ser. Actuemos como si nunca hubiese pasado. Bien pensado, en realidad no ocurrió. No cuenta a menos que sea... bueno, ya sabes, a menos que sea con una chica.

Solté un breve e involuntario bufido de risa.

—Por supuesto que cuenta, Will —repuse dando un paso hacia él—. ¿Y por qué me llamas Sadler de repente?

—Bueno, te llamas así, ¿no?

—Me llamo Tristan. Y tú eres quien anda siempre diciendo que odias que nos llamemos unos a otros por el apellido. Dices que nos deshumaniza.

—Y eso hace, en efecto —respondió con aspereza—. Ya no somos hombres.

—¡Pues claro que lo somos!

—No —repuso con una rápida sacudida de cabeza—. No me refería a eso. Quiero decir que ahora ya no podemos considerarnos hombres corrientes; somos soldados. Tenemos una guerra que librar. Tú eres el soldado Sadler y yo soy el soldado Bancroft. Eso es todo.

—Ahí atrás —digo bajando la voz e indicando con la cabeza el sitio de donde procedíamos, Inglaterra—, nuestra amistad significaba mucho para mí. En Aldershot, quiero decir. Nunca se me ha dado muy bien hacer amigos y...

—Oh, por el amor de Dios, Tristan —siseó arrojando la colilla por la borda para volverse hacia mí con cara de furia—. No me hables como si fuera tu novia, ¿vale? Me pone enfermo, eso es todo. No pienso aguantarlo.

—Will...

Volví a tender la mano hacia él, con la simple esperanza de impedir que se alejara de mí, pero me apartó el brazo con gran brusquedad, quizá con mayor violencia de la que pretendía, porque al hacerme trastabillar me miró con una mezcla de pesar y odio hacia sí mismo. Entonces se recobró y procedió a alejarse hacia la cubierta en que se congregaban nuestros compañeros.

—Nos veremos allí —concluyó—. Es lo único que importa.

Vaciló un instante y se volvió para irse, pero, al ver mi expresión de dolor y confusión, cedió un poco.

—Lo siento, ¿vale? —añadió—. Sencillamente no puedo, Tristan.

Desde entonces, apenas hemos cruzado palabra. Ni en la marcha hasta Amiens, en la que Will mantuvo una clara distancia entre nosotros, ni cuando avanzábamos hacia Montauban-de-Picardie, que, según la fiable información del cabo Moody, es la profanada región en que me encuentro con los ojos contra el cristal embarrado del periscopio. Y he tratado de olvidar a Will. He intentado convencerme de que solo fue

algo pasajero, pero me resulta difícil hacerlo con mi cuerpo aquí de pie, hundido en una zanja de más de dos metros en el norte de Francia, mientras mi corazón sigue estando junto a un arroyo en un claro de Inglaterra, donde lo dejé hace semanas.

Rich está muerto. Parks y Denchley también. Observo cómo sacan sus cuerpos de la trinchera, y por más que deseo apartar la mirada no soy capaz de hacerlo. Los mandaron anoche a colocar alambradas en el exterior de la trinchera, densas marañas de alambre de púas por delante de nuestras defensas, antes de que comenzara la siguiente tanda de fuego de artillería, y los francotiradores alemanes los abatieron uno por uno.

El cabo Moody está firmando los papeles necesarios para que se lleven los cuerpos y se vuelve al oír mis pisadas; parece sorprendido de verme.

—Vaya, Sadler. ¿Necesitas algo?

—Nada, señor —contesto mirando los cadáveres.

—Entonces no te quedes ahí parado como un zopenco. ¿No estás de guardia?

—No, señor.

—Bien. Los camiones llegarán dentro de poco.

—¿Los camiones, señor? ¿Qué camiones?

—Pedimos un cargamento de madera para las nuevas trincheras y para reparar algunas de las viejas —me explica—. Cuando llegue, podremos quitar la mayor parte de los sacos terreros. Reforzaremos el tendido. Sube a echar una mano, Sadler.

—Justo me iba a dormir un poco, señor.

—Puedes dormir en cualquier momento —contesta, y no hay indicio de sarcasmo en su tono; creo que lo dice en serio—. Pero, cuanto antes hagamos esto, más seguros estaremos todos. Vamos, Sadler, alegra esa cara, que no tardarán en llegar.

Salgo de la trinchera para dirigirme a la de reserva sin temor a que me disparen; la distancia es demasiado grande aquí para que las balas alemanas puedan alcanzarnos. Más allá, veo al sargento Clayton gesticulando ante tres hombres. Al acercarme advierto que uno de ellos es Will, otro Turner y el tercero, un tipo algo mayor, de unos veinticinco años, al que no había visto nunca. Lleva el cabello pelirrojo muy corto, casi rapado, y tiene la piel áspera y arrugada. Los cuatro se vuelven al oírme llegar, y yo intento no mirar a Will, porque no quiero saber si su reacción inicial es de placer o de irritación.

—Sadler —gruñe el sargento Clayton mirándome con desprecio—, ¿qué narices quieres?

—Me manda el cabo Moody, señor. Dice que quizá necesiten ayuda con los camiones.

—Pues claro que la necesitamos —contesta como si fuera lo más obvio del mundo—. ¿Por qué tardarán tanto? —Mira hacia el burdo sendero que se ha tallado en el terreno, niega con la cabeza y consulta el reloj. Luego, volviéndose ya para alejarse, murmura—: Estaré en la trinchera de reserva. Bancroft, ven a buscarme en cuanto lleguen, ¿de acuerdo?

—Señor —responde Will antes de volverse asimismo para mirar sendero abajo.

Deseo hablar con él, pero no parece buen momento, con Turner y el pelirrojo presentes.

—Soy Rigby —anuncia este inclinando la cabeza al dirigirse a mí, pero sin tender la mano.

—Sadler —me presento—. Bueno, ¿y de dónde has salido tú?

—Rigby es un pluma blanca —explica Turner, pero sin agresividad alguna. De hecho, lo dice como si fuera algo perfectamente natural.

—¿De veras? —pregunto—. Y sin embargo aquí estás.

—Los del cuartel general no paran de moverme de aquí para allá —me cuenta—. Supongo que confían en que un día de estos me peguen un tiro. Mejor una bala alemana que una británica, para ahorrarles la pólvora. He hecho de camillero seis noches seguidas, si puedes creerlo, y sigo vivo, lo que es una especie de récord. A menos que esté muerto y vosotros también y esto sea el infierno.

Se lo ve muy contento con todo el asunto; seguramente está chiflado.

Miro al suelo mientras los tres hombres siguen hablando. Hundo con fuerza la puntera de la bota, separando tierra de piedra, y veo desmoronarse una parte del barro seco en el agujero. Ya no hay agresividad contra los objetores, al menos con aquellos que han accedido a prestar servicio pero no a combatir. Es probable que los que están en las granjas o en prisión no cuenten con tantas simpatías, pero a esos nunca los vemos, por supuesto. Lo cierto es que todo el que se encuentra aquí corre peligro. En Aldershot era distinto. Allí podíamos jugar a la política y tener arranques de indignado patriotismo. Podíamos convertir la vida de Wolf en un maldito infierno y no sentirnos mal por ello. Podíamos arrancarlo de su cama en plena noche y partirle la cabeza con una piedra. De todos modos, ninguno de nosotros va a salir con vida de aquí, eso creen todos.

Will camina en círculos a buena distancia de mí, y tengo que contenerme para no echar a correr hacia él, sacudirlo sujetándolo de los hombros y decirle que se deje ya de tonterías.

—Rigby es de Londres, igual que tú —comenta Turner.

Alzo la vista para comprobar que me está hablando a mí; tengo la impresión de que Rigby ya ha dicho eso y Turner se ha visto obligado a repetirlo, porque los tres me miran ahora fijamente.

—Ah, ¿sí? —contesto—. ¿De dónde exactamente?

—De Brentford —dice Rigby—. ¿Lo conoces?

—Sí, claro. Mi familia no vive muy lejos de allí.

—¿De veras? ¿Son conocidos?

—Llevan la carnicería Sadler —explico—, en la calle principal de Chiswick.

Me mira con cara de sorpresa.

—¿Hablas en serio?

Frunzo el entrecejo, preguntándome por qué narices no iba a ser así. Will se ha

girado ante esa pregunta inesperada y se acerca con cautela hacia nuestro grupito.

—Claro que hablo en serio —respondo.

—No serás el hijo de Catherine Sadler, ¿no?

Siento un leve mareo al oír ese nombre. En un sitio tan lejano como este. En un campo de batalla en Francia. Con los cuerpos de Rich, Parks y Denchley descomponiéndose a unas decenas de metros de donde me encuentro.

—Pues sí —contesto tratando de mantener la compostura—. ¿Cómo es que conoces a mi madre?

—Bueno, en realidad no la conozco. No; resulta que es amiga de la mía. Alison Rigby. Tienes que haber oído a tu madre hablar de ella, ¿no?

Lo pienso un poco y me encojo de hombros. Me suena ese nombre, pero lo cierto es que mi madre tiene un montón de amigas por toda la ciudad y nunca me he interesado ni lo más mínimo por ninguna de ellas.

—Sí, creo que sí —contesto—. O he oído ese nombre, al menos.

—¡Vaya, qué suerte! ¿Qué me dices de Margaret Hadley? Tienes que conocer a Margaret Hadley.

—Pues no —respondo negando con la cabeza—. ¿Debería conocerla?

—Trabaja en el Croft's Café.

—Conozco ese café, pero hace años que no voy por allí. ¿Por qué? ¿Quién es?

—Es mi novia —contesta sonriendo de oreja a oreja—. Creía que igual la conocías, nada más. Verás, su madre, la señora Hadley, que supongo que algún día se convertirá en mi suegra, organiza actos benéficos para la guerra junto con mi madre y la tuya. Las tres son uña y carne. No puedo creer que no conozcas a Margaret. Es una chica muy guapa, con el cabello oscuro. Tu madre tiene muy buena opinión de ella, lo sé de buena fuente.

—Llevo bastante tiempo sin ir por allí —explico—. Y no... bueno, mi familia y yo no estamos muy unidos.

—Oh —dice, intuyendo que puede haberse metido en arenas movedizas—. Lamento oírlo. Y caray, Sadler, sentí terriblemente enterarme de lo de tu...

—Tranquilo, no pasa nada —interrumpo, sin saber cómo proseguir con esa conversación.

Pero no tengo que hacerlo, porque Will está ahora con nosotros, separado de mí solo por Turner, y me sorprende verlo ahí y que se esté tomando tanto interés.

—Pero ¿se encuentra bien la señora Sadler? —pregunta Will.

Rigby se vuelve hacia él y asiente con la cabeza.

—Por lo último que he sabido, sí, está bien. ¿Por qué? ¿Tú también la conoces?

—No. —Will niega con la cabeza—. Solo he supuesto que a Tristan le gustaría saber que su madre se encuentra bien.

—Está como una rosa, por lo que sé —explica Rigby volviéndose hacia mí—. Margaret, mi novia, me escribe bastante a menudo. Me cuenta todas las noticias de casa.

—Eso debe de ser agradable —comento dirigiéndole una rápida mirada a Will, agradecido por su intervención.

—Ha sido espantoso para ellos, por supuesto —continúa Rigby—. Margaret perdió a sus dos hermanos muy al principio, en las primeras semanas. Su madre quedó deshecha, aún lo está, y es una mujer maravillosa. Cómo no, ninguno se puso muy contento cuando presenté mis objeciones ante el tribunal militar, pero tenía que ceñirme a mis principios.

—¿No te resultó muy duro? —interviene Will adelantándose, interesado en el tema—. Me refiero a tomar la decisión de seguir adelante, después de todo eso.

—Duro de narices —contesta apretando los dientes—. Sigo sin saber si he hecho lo correcto. Solo sé que, de algún modo, tiene sentido para mí. Sé que si me quedara en casa o dejara pasar los años en prisión tendría la sensación de estar perdiendo el tiempo. Al menos aquí, haciendo de camillero o lo que sea que me pidan, me siento de cierta utilidad, aunque no esté dispuesto a empuñar un arma.

Los tres asentimos, pero no hacemos comentarios. Si fuéramos más los reunidos, este hombre podría sentirse muy incómodo contándonos esas cosas, pero aquí, en un grupo tan íntimo, no le resulta tan difícil. No tenemos intención de discutir con él sobre el tema.

—Para los de casa todo ha sido también muy duro —continúa, volviéndose hacia mí—. Supongo que tu madre te lo habrá contado todo al respecto.

—No, no mucho —respondo.

—Pues cientos de muchachos de nuestra zona han caído. ¿Conocías a Edward Mullins?

Era un chico que iba un curso por encima de mí en el colegio.

—Sí. —Lo recuerdo como un tipo más bien regordete y con granos—. Sí, me acuerdo de él.

—En Festubert —prosigue Rigby—. Lo mataron en la cámara de gas. ¿Y a Carter?

—Sí —contesto.

—Acabaron con él en Verdún. ¿Y qué me dices de Alex Mortimer? ¿Lo conocías? Considero el nombre unos instantes y niego con la cabeza.

—No; me parece que no. ¿Estás seguro de que era de mi zona?

—Era un recién llegado. Procedía de Newcastle, creo. Se mudó a Londres hace unos tres años, con su familia. Andaba siempre por ahí con Peter Wallis.

—¿Con Peter? —Levanto la vista, sorprendido—. A Peter sí lo conozco.

—Cayó en la batalla de Jutlandia —continúa, encogiéndose de hombros como si solo fuera una baja más, nada significativo sobre lo que mereciese la pena escribir a casa—. Se hundió con el *Nestor*. Mortimer sobrevivió, pero lo último que supe de él fue que estaba recluido en un hospital militar a las afueras de Sussex. Perdió las piernas, el pobre cabrón. También le volaron las pelotas, de modo que ha acabado como soprano vitalicio en el coro de la iglesia.

Lo miro fijamente.

—Peter Wallis —digo, teniendo buen cuidado de controlar el temblor de mi voz—. ¿Qué le ocurrió exactamente?

—Bueno, no estoy seguro de recordar todos los detalles —contesta rascándose el mentón—. ¿No fue torpedeado el *Nestor* por los cruceros alemanes? Sí, eso es. Primero le dieron al *Nomad*, y después al *Nestor*. Pum, pum, hundidos, uno después del otro. Pero no todo el mundo resultó muerto, por suerte. Mortimer sobrevivió, como te digo. Pero Wallis fue uno de los desafortunados. Lo siento, Sadler. ¿Era amigo tuyo?

Aparto la vista y me siento a punto de desplomarme de puro dolor.

—Sí —contesto en voz baja—. Sí, lo era.

—Joder, por fin —suelta Turner señalando al frente—. Ahí están los camiones. ¿Quieres que vaya a avisar al viejo, Bancroft?

—Por favor —responde Will; siento que me mira y me vuelvo hacia él, y entonces me pregunta—: ¿Era buen amigo tuyo?

—Lo fue —respondo sin saber muy bien cómo describirlo; ahora que está muerto no deseo deshonrarlo—. Crecimos juntos. Nos conocíamos desde la cuna. Era el único... bueno, supongo que era el mejor amigo que he tenido.

—Rigby —dice Will—, ¿por qué no vas a preguntarle al conductor cuánta madera traen? Así al menos podremos decírselo al sargento Clayton cuando llegue. Tendremos más idea de cuánto tiempo llevará descargarla.

Rigby nos mira a los dos y entonces, captando que se trata de un momento delicado, asiente con la cabeza y se aleja. Solo cuando ha desaparecido de la vista, Will se acerca a mí; estoy temblando y no deseo otra cosa que salir corriendo, estar en cualquier sitio menos aquí.

—Contrólate, Tristan —me dice en voz baja y poniéndome una mano en el hombro.

Sus ojos buscan los míos, sus dedos presionan con fuerza, provocando una corriente de electricidad pese al dolor que siento; es la segunda vez que me toca desde Inglaterra —la primera fue cuando me ayudó a levantarme en la trinchera inundada— y la única vez que me ha hablado desde el barco.

—Contrólate, ¿de acuerdo? Por el bien de todos.

Me acerco aún más a él, y me da unas palmaditas de consuelo en el brazo, dejando la mano más tiempo del necesario.

—¿Qué ha querido decir Rigby con lo de que lamentó enterarse de...? Bueno, cuando no ha acabado la frase.

—No importa —respondo.

Me inclino para apoyar la cabeza en su hombro con pesar, y él me atrae hacia sí unos instantes, con la mano en mi nuca, y casi tengo la certeza de que sus labios me rozan la coronilla, pero entonces aparecen Turner y el sargento Clayton, el segundo quejándose con tono bien audible de algún nuevo desastre, y nos separamos una vez

más. Me enjugo las lágrimas y lo miro, pero ha girado la cabeza, y mis pensamientos vuelven a centrarse en mi viejo amigo, muerto como tantos otros. Me pregunto por qué demonios me habré acercado antes a ver los cuerpos de Rich, Parks y Denchley, cuando podría haber aprovechado para dormir unos minutos en mi hoyo, sin enterarme de todas esas cosas, sin saber nada de la maldita calle principal de Chiswick, de mis padres, de Peter; totalmente ajeno a todo eso.

Nuestro batallón sigue su avance hacia el norte hasta tomar una larga y estrecha hilera de trincheras alemanas con muy pocas bajas —en nuestro bando al menos—, y la noticia de dicho éxito provoca una visita del general Fielding.

El sargento Clayton está fuera de sí de puros nervios toda la mañana, e insiste en inspeccionar personalmente a cada uno de los hombres para asegurarse de que damos con el justo medio entre la pulcritud que exigen las normas de higiene y la suciedad que confirma que estamos cumpliendo con nuestro deber. Ordena a Wells y Moody que lo sigan en su recorrido de la fila, armados con un cubo de agua y un cubo de barro respectivamente, y limpia o ensucia el rostro de cualquier soldado que no esté a la altura de sus exigentes criterios. La escena es extraordinaria. Por supuesto, grita a pleno pulmón en el proceso, profiriendo una letanía de insultos o exageradas alabanzas, y temo por su cordura. Williams me ha contado que Clayton era trillizo, y que sus dos hermanos murieron en las primeras semanas de la guerra por culpa de granadas de mano que explotaron demasiado pronto al quitarles la anilla. No sé si la historia es cierta, pero desde luego contribuye a aumentar la leyenda en torno al sargento.

Más tarde, cuando llega el general, con más de dos horas de retraso, no encuentran a Clayton por ninguna parte, y resulta que está en las letrinas. Semejante inoportunidad raya en lo cómico. Mandan a Robinson en su busca, y Clayton aún tarda otros diez minutos en aparecer, rojo como un pimiento y furioso, mirando fijamente a cada soldado al pasar como si fuera culpa nuestra que haya elegido ese momento para cagar. Nos cuesta contener la risa, pero de algún modo conseguimos controlarnos; el castigo sería formar parte de un pelotón nocturno de construcción de alambradas.

A diferencia de Clayton, el general Fielding parece un tipo agradable, incluso cuerdo, y muestra preocupación por el bienestar de las tropas a su mando, un interés en nuestra supervivencia. Lleva a cabo una inspección de las trincheras y los abrigos, hablando con los hombres por el camino. Formamos como si se tratara de la realeza, y lo es en cierto modo. Cada tres o cuatro hombres se detiene para decir: «Recibe usted un trato adecuado, ¿verdad?». O: «Tengo entendido que está dando lo mejor de sí», pero cuando llega hasta mí se limita a esbozar una leve sonrisa y asentir con la cabeza. Habla con Henley, que es de la misma región que él, y al cabo de un par de minutos están intercambiando cotilleos sobre el equipo de críquet de algún *pub* en la zona de Elephant & Castle. El sargento Clayton, que pulula en torno al hombro derecho de Fielding, escucha con evidentes muestras de inquietud, como si quisiera

controlar cuanto se le dice al general.

Por la noche, después de que Fielding nos haya dejado para ponerse a salvo en el cuartel general, nos llega el débil restallido de fuego de artillería a cincuenta kilómetros hacia el sudoeste. Incumplo mis órdenes durante unos instantes y giro el periscopio hacia el cielo, para observar los súbitos destellos eléctricos de las bombas que caen sobre las cabezas de soldados alemanes, ingleses o franceses, ya no importa gran cosa lo que sean. Cuanto antes resulte muerto todo el mundo, antes acabará todo esto.

La artillería antiaérea recuerda a fuegos artificiales, y mis pensamientos se remontan a cinco años atrás, a la única ocasión en que he visto esa clase de espectáculo. Fue en junio de 1911, la noche de la coronación de Jorge V. Mi hermana Laura estaba enferma en aquel momento, aquejada de alguna clase de fiebre, de modo que mi madre tuvo que quedarse en casa a cuidarla. Mi padre y yo cruzamos Londres andando hasta el palacio de Buckingham, para aguardar en medio de la multitud a que el rey y la reina María pasaran de regreso de la abadía de Westminster. No me gustó estar allí. Aún me faltaba un poco para cumplir los doce y era menudo para mi edad, y embutido como estaba en el centro de la muchedumbre no veía otra cosa que los abrigos de los hombres y mujeres que me rodeaban por doquier. Me costaba respirar y traté de explicárselo a mi padre, pero me soltó la mano para entablar conversación con el vecino. Los carruajes empezaron a pasar y corrí tras ellos con la multitud, presa de la emoción por ver a la pareja real, y no tardé en perderme por completo, incapaz de encontrar el camino de vuelta.

No me dejé llevar por el desánimo y busqué a mi padre, llamándolo a gritos, y cuando por fin nos encontramos una hora después, me dio un bofetón tan fuerte e inesperado que ni siquiera fui capaz de llorar, sino que me quedé allí de pie, parpadeando. Una mujer se abalanzó hacia nosotros, gritándole a mi padre, y lo golpeó en el brazo, pero él la desdeñó y me arrastró a través de la multitud mientras me repetía que jamás volviera a alejarme de él o me esperarían cosas peores. No tardamos en encontrarnos cerca del monumento a la reina Victoria, donde, al caer la noche y dar comienzo los fuegos artificiales, con mi mejilla hinchándose y más y más amoratada, mi padre me sorprendió al subirme a hombros, de forma que quedé, por una vez, por encima de las cabezas de la multitud. El cielo se convirtió en una explosión de chispas, cohetes y colores. Contemplé el mar de hombres y mujeres que se perdía de vista en la distancia y a los demás niños encaramados a hombros de sus padres, mirándose unos a otros y sonriendo de oreja a oreja en el éxtasis del momento.

—¡Sadler! —exclama Potter, con sus casi dos metros diez con las botas y el casco; me agarra del hombro y me baja de un tirón al fondo de la trinchera—. ¿Qué narices te pasa? Baja ya de las nubes, joder.

—Perdón.

Vuelvo a poner el periscopio en la posición que toca y recorro el terreno con la



mirada. Me da pánico que, tras mi pérdida de concentración de varios minutos, me encuentre de pronto con una partida de veinte alemanes cuerpo a tierra, avanzando como serpientes, y que sea demasiado tarde para dar la alarma, pero no, todo está en calma ahí fuera, aunque haya un infierno en los cielos, y la tierra de nadie que separa a dos grupos de hombres aterrados de orillas opuestas del mar del Norte continúa desierta.

—No dejes que el viejo te pille soñando despierto —me aconseja Potter antes de encender una colilla y dar una profunda calada; luego se frota los brazos para calentárselos—. Y asoma la cabeza otra vez de esa forma y te prometo que Fritz no dudará un segundo en volártela.

—A esta distancia no me darían.

—¿Quieres comprobarlo? Adelante.

Suspiro con exasperación. Potter y yo no somos muy amigos; su popularidad ha ido creciendo a medida que mejoraba sus imitaciones, y ahora nunca escucha otra voz que la suya. No está por encima de mí, aunque él parece creer que sí porque en algún rincón de su árbol genealógico hay un duque, mientras que yo vengo de una familia de comerciantes, como menciona a menudo.

—Muy bien, Potter —digo—. Agacharé la cabeza, pero esos gritos infernales que das tú tampoco es que ayuden mucho, ¿no?

Creyendo haber oído algo ahí fuera, me vuelvo para observar el horizonte, pero todo parece en calma. No obstante, siento cierta inquietud; aunque no se vea nada, tengo la sensación de que algo no anda bien.

—Hablaré cuando me dé la gana, Sadler —espeta Potter—. Y no permitiré que alguien de tu calaña me diga que no lo haga.

—¿Alguien de mi calaña? —repito; esta noche no estoy de humor para tonterías.

—Bueno, sois todos iguales, ¿no? Ninguno de vosotros conserva la cordura con la que nació.

—Tu padre es carpintero, Potter —le recuerdo, pues he oído decir que tiene un almacén de maderas en Hammersmith—. Eso no te convierte en Jesucristo.

—Vigila las blasfemias, Sadler —contesta con indignación.

Se ha erguido en toda su estatura y le asoma la cabeza, precisamente lo que acaba de decirme que no haga. Sostiene el cigarrillo en el aire, con el extremo encendido apenas visible sobre el parapeto. Suelto un grito ahogado de espanto.

—Potter, el pitillo...

Se da media vuelta y cae en la cuenta de lo que está haciendo. Y al punto quedo cegado por lo que parece un cubo de moco caliente que me hayan arrojado a la cara. Escupo, parpadeo y me arrojo contra la pared de la trinchera con arcadas. Me enjugo la porquería de los ojos y al volverme veo el cuerpo de Potter tendido a mis pies con un gran orificio en la cabeza, por donde le ha entrado la bala; le falta un ojo, parte del cual se encuentra en mi persona, sospecho, y el otro le cuelga horriblemente de la cuenca.

El fragor de la artillería a cincuenta kilómetros de aquí parece aumentar de volumen. Cierro los ojos unos instantes, imaginando que estoy en otro sitio, y entonces oigo la voz de la mujer que reprendió a mi padre por haberme pegado hace cinco años, la noche de la coronación. «El chico no ha hecho nada malo —le dijo—. Debería aprender a tratar con un poco de cariño al muchacho».

Transcurren las semanas y avanzamos, nos detenemos, nos atrincheramos, disparamos nuestros *smilers* y arrojamos granadas, y nada parece cambiar nunca. Un día nos dicen que la línea que recorre Europa está avanzando y que ya no queda mucho, y al siguiente oímos que las cosas tienen muy mala pinta y que debemos prepararnos para lo peor. Mi cuerpo ya no me pertenece: los piojos han decidido compartir el alquiler con ratas y bichos diversos, para los que soy un juguete que mordisquear. Me consuelo pensando que este es su territorio natural, después de todo, y el intruso soy yo. Ahora, cuando despierto y me encuentro un roedor que meneahocico y bigotes, dispuesto a morderme, ya no doy un salto y suelto un grito, sino que me limito a apartarlo de un manotazo, como haría con una mosca que me zumbara alrededor en Saint James's Park. Todo esto es lo normal ahora y no lo tengo muy en cuenta, y me dedico en cambio a la rutina de permanecer en mi puesto, mantener la línea defensiva, encaramarme al parapeto de la trinchera cuando me toca, comer cuando puedo, cerrar los ojos y tratar de dormir, dejando pasar los días, con la certeza de que al final todo acabará, al menos para mí.

Ya hace semanas que los sesos de Potter me salpicaron el uniforme, y desde entonces lo he lavado, por supuesto, pero me preocupan las manchas bermellón que han quedado alrededor de las solapas. Cuando les pregunto a los demás, niegan con la cabeza y me dicen que no hay nada. Se equivocan, claro. Las huellas están ahí, sin duda. Puedo olerlas.

Acabo un turno de guardia de más de diez horas y, para cuando vuelvo a la trinchera de reserva, estoy muerto de cansancio. Es tarde, y esta noche se esperan bombardeos; por ese motivo se han apagado casi todas las velas, pero veo a alguien sentado a solas en un rincón del comedor y me dirijo hacia él, con ganas de conversar un poco antes de dormir. Me siento flaquear cuando, al acercarme, compruebo que se trata de Will. Está encorvado sobre unas hojas, asiendo una estilográfica con gesto poco habitual, y advierto por primera vez que es zurdo. Lo miro fijamente, deseoso de hablarle, pero doy media vuelta y mis botas hacen crujir la tierra al alejarme. Entonces Will pronuncia mi nombre en voz baja.

—Tristan.

—Perdona —contesto volviéndome pero sin acercarme—. No pretendía molestarte.

—No me molestas —responde con una sonrisa—. ¿Ya has acabado la guardia?

—Ahora mismo. Supongo que será mejor que duerma un poco.

—Los que duermen están por allí —puntualiza señalando la dirección por la que he venido—. ¿Qué haces aquí?

Abro la boca para contestar, pero no se me ocurre ninguna respuesta. No quiero contarle que necesitaba compañía. Me sonrío otra vez e indica con la cabeza el asiento a su lado.

—¿Por qué no te sientas un rato? Hace siglos que no hablamos.

Me acerco, tratando de no sentirme irritado porque actúe como si hubiera sido así por decisión mutua. Pero no tiene sentido enfadarse con él; me ha brindado el obsequio de su compañía y yo no deseo mucho más de la vida. Quizá, después de todo, las hostilidades llegarán a su fin.

—¿Estás escribiendo a casa? —pregunto señalando los papeles que tiene delante.

—Lo intento —contesta recogiendo las hojas de la mesa para guardárselas en el bolsillo—. A mi hermana Marian. Pero nunca sé qué contarle, ¿a ti no te pasa? Si le digo la verdad sobre lo que está ocurriendo aquí, no hará más que preocuparse. Y si le miento, no parece tener mucho sentido que le escriba. Es un pequeño dilema, ¿no te parece?

—¿Qué haces, entonces?

—Hablo de otras cosas. Hago preguntas sobre cómo va todo en casa. Es pura cháchara, pero llena las páginas, y ella siempre me contesta. Me volvería loco si no tuviera la esperanza de recibir sus cartas.

Asiento y aparto la mirada. La tienda comedor está desierta, y eso me sorprende. Casi siempre hay gente aquí, comiendo, tomando té, con las cabezas gachas.

—¿Tú no escribes a casa? —me pregunta Will.

—¿Cómo sabes que no lo hago?

—No; me refiero a que nunca te he visto escribir. Sin duda a tus padres les gustaría saber de ti, ¿no?

Niego con la cabeza.

—No lo creo. Me echaron de casa, ¿sabes?

—Sí, lo sabía. Pero nunca me has contado por qué.

—¿No?

Durante unos minutos no dice nada más; toma un sorbo de té, y entonces vuelve a alzar la vista como si acabase de recordar algo.

—¿Y tu hermana? —pregunta—. Laura, ¿no?

Vuelvo a negar con la cabeza y miro al suelo otra vez. Cierro los ojos, deseando hablarle de Laura pero incapaz de hacerlo; requeriría más tiempo del que probablemente tenemos.

—Supongo que te habrás enterado de lo de Rigby —comenta al cabo de un rato, y asiento con la cabeza.

—Sí. Lo he sentido mucho.

—Era un tipo sensato —dice Will con tono solemne—. Pero la verdad es que cada vez que mandan a un pluma blanca a la tierra de nadie, confían en que le peguen un tiro. Y tampoco les importa el pobre desgraciado al que haya ido a buscar.

—¿Quién era, por cierto? —pregunto.

—No estoy seguro. Tell, me parece. O Shields. Uno de los dos.

—Otro de los nuestros —puntualizo, visualizando a los muchachos en sus catres en el barracón de Aldershot.

—Sí. Ahora solo quedamos once. Han caído nueve.

—¿Nueve? —Arrugo el entrecejo—. Yo he contado ocho.

—¿Te has enterado de lo de Henley?

—Sí, ya lo he incluido. —Llevo la cuenta de quién sigue con nosotros y quién ha causado baja—: Yates y Potter. Tell, Shields y Parks.

—Denchley —añade Will.

—Sí, con Denchley ya son seis. Y con Rich y Henley, ocho.

—Te olvidas de Wolf.

—Ya —respondo, y me ruborizo—. Por supuesto. Wolf.

—Contando a Wolf, son nueve.

—Sí. Lo siento.

—De todos modos, Rigby sigue ahí fuera, creo. Esta noche podrían mandar una partida a buscarlo, aunque no es probable. Vaya maldita pérdida de tiempo, ¿eh? Enviar a un camillero en busca de otro camillero. Seguro que lo matan y tienen que mandar a otro a buscarlo. Y el jodido ciclo nunca se acaba...

—El cabo Moody dice que hay ochenta hombres marchando hacia nuestra posición, así que deberíamos tener refuerzos dentro de un par de días.

—Para lo que van a servir... —ironiza Will—. Maldito sea Clayton. Y lo digo literalmente, Tris. Maldito sea el cabrón del sargento James Clayton.

Tris. Basta una sola sílaba y la intimidación que supone para que el mundo vuelva a ser como debe ser.

—Difícilmente es culpa suya. Solo cumple órdenes.

—¡Ja! —Suelta un bufido y niega con la cabeza—. ¿No ves que manda ahí fuera a los que no le gustan? Pobre Rigby, no sé cómo hizo para sobrevivir tanto tiempo, con las veces que estuvo en la tierra de nadie. Clayton se la tenía jurada desde el principio.

—Un pluma blanca no le gusta a nadie —comento sin entusiasmo.

—En el fondo todos somos plumas blancas.

Tiende la mano hacia la vela que arde ante sí. Ya no queda mucha cera, y Will pasa rápidamente el índice a través de la llama, y luego lo repite una y otra vez, más y más despacio.

—Basta, Will.

—¿Por qué? —pregunta mirándome con un asomo de sonrisa. Cada vez deja el dedo más rato en la llama.

—Vas a quemarte.

Se encoge de hombros.

—No me importa.

—¡Basta ya! —insisto, cogiéndole la mano para apartarla de la vela, que parpadea

arrojando sombras sobre nuestros rostros.

Le sujeto la mano sintiendo la piel áspera y callosa que ahora tenemos todos. Will me mira la mano y luego levanta la mirada buscando la mía. Tiene la cara sucia y con costras de barro bajo los ojos. Sonríe despacio y aparecen esos hoyuelos que ni la guerra ni las trincheras son capaces de borrar, y entonces retira la mano lentamente, dejándome inquieto, confuso y, sobre todo, excitado.

—¿Cómo están las tuyas? —pregunta señalando mis manos con un gesto de la cabeza.

Las extiendo en el aire y cada dedo queda perfectamente inmóvil, como si estuvieran paralizados. Hacer eso se está convirtiendo para mí en una especie de número circense entre los soldados; mi récord es de ocho minutos sin el menor movimiento. Will se ríe.

—Siguen firmes como una roca. No sé cómo lo haces.

—Nervios de acero —comento sonriendo.

—¿Crees en el cielo, Tristan? —me pregunta en voz baja.

Niego con la cabeza.

—No.

—¿De verdad? —Parece sorprendido—. ¿Por qué no?

—Porque es un invento humano. Me deja perplejo que la gente hable del cielo y el infierno y de dónde acabarán cuando sus vidas se apaguen. Nadie pretende comprender por qué nos ha sido dada la vida, eso sería una herejía, y sin embargo muchos afirman estar seguros de lo que sucederá después de que mueran. Es absurdo.

—No dejes que mi padre te oiga decir eso —comenta con una sonrisa.

—El pastor —digo, acordándome de pronto.

—Es un buen hombre... ¿Sabes?, yo sí creo que hay un cielo. No sé por qué. Quizá es porque deseo creerlo. No soy particularmente religioso, pero uno no puede crecer con un padre como el mío sin llevarlo en la sangre. En especial cuando tu padre es un hombre tan decente.

—Yo no sé qué es eso —comento.

—Ah, claro, el carnicero de Brentford.

—Chiswick.

—Brentford queda bastante cerca. Y suena mejor.

Asiento con la cabeza y me froto los ojos. Estoy muy cansado; quizá va siendo hora de decir buenas noches y volver a mi hoyo a dormir un poco.

—Aquella noche... —dice Will. No me vuelvo ni lo miro, solo me quedo tan inmóvil como mis manos hace un momento—. Me refiero a antes...

—¿En Aldershot?

—Sí. —Se lo piensa antes de proseguir—. Fue un poco raro, ¿no?

Respiro con fuerza por la nariz mientras pienso en ello.

—Estábamos asustados, supongo —digo—. De lo que vendría después, quiero decir. No estaba en nuestros planes.

—No, por supuesto que no. Quiero decir que siempre he pensado que algún día me gustaría casarme, tener hijos, esa clase de cosas. ¿Tú no quieres eso, Tristan?

—La verdad es que no.

—Pues yo sí. Y sé que es lo que querrían mis padres.

—Y te importan hasta ese punto, ¿verdad? —comento con amargura.

—Sí, me importan. Pero aquella noche...

—Bueno, ¿qué pasa con ella? —pregunto con frustración.

—¿Habías pensado antes en eso alguna vez?

Me mira directamente, y bajo el resplandor de la vela veo formarse charcos de luz en sus ojos y siento deseos de abrazarlo y decirle que me conformo con que vuelva a ser mi amigo; puedo vivir sin lo demás si tengo que hacerlo.

—Sí, lo había pensado —contesto en voz baja—. Sí, creo que... bueno, que está ahí, quiero decir. En mi cabeza. He tratado de librarme de ello, por supuesto. —Titubeo y él me mira fijamente, esperando a que continúe—. Pero no sirve de nada —admito—. Estaba ahí antes de que supiera siquiera qué era.

—Se oye hablar de hombres así. Hay casos en los tribunales, por supuesto. Salen noticias al respecto en los periódicos. Pero todo parece muy... muy rastrero, ¿no crees? El secretismo que entraña, los subterfugios; toda su sórdida y repugnante naturaleza.

—Pero no es así porque ellos lo quieran —explico, eligiendo con cautela el pronombre—. No les queda otra opción que llevar vidas secretas. Su libertad depende de ello.

—Ya. Eso ya lo he tenido en cuenta. Aun así, siempre he pensado que sería agradable estar casado, ¿tú no? Con una chica decente de buena familia. Alguien que quiera tener un hogar feliz.

—Alguien convencional —puntualizo.

—Ah, Tristan...

Con un suspiro, se acerca más a mí; ha pronunciado mi nombre otra vez, y antes de que pueda responderle, sus labios se pegan a los míos con urgencia, y casi caigo hacia atrás de pura sorpresa; pero consigo recobrar me y dejar que suceda, preguntándome en qué punto se me permitirá abandonarme por completo y disfrutar simplemente de estar entre sus brazos.

—Espera —dice entonces apartándose de mí.

Niega con la cabeza y pienso que va a cambiar de opinión, pero la expresión de deseo en su rostro sugiere que no es así.

—Aquí no —añade—. Podría entrar cualquiera. Ven.

Me levanto para seguirlo al exterior de la tienda, prácticamente corriendo para no perderlo en la oscuridad de la noche. Nos alejamos de las trincheras, tan deprisa y tan lejos que una parte de mí se pregunta si no podría considerarse desertión; otra parte siente curiosidad por la facilidad con que Will encuentra este pedazo de terreno oculto. ¿Habrá estado aquí antes? ¿Con algún otro? ¿Con Milton o Sparks, quizá? ¿O

con alguno de los nuevos? Sin embargo, por fin parece sentirse a salvo; se vuelve hacia mí y nos tendemos en el suelo, y por mucho que yo desee esto, por mucho que lo desee a él, recuerdo aquella noche en Aldershot y la forma en que me miró después. La forma en que, entre entonces y ahora, apenas me ha dirigido la palabra.

—Esta vez todo irá bien, ¿verdad? —pregunto liberándome un instante de sus brazos.

Will me mira con una expresión aturdida y hace un rápido gesto de asentimiento.

—Sí, sí —contesta.

Entonces recorre mi cuerpo de arriba abajo, acariciándome por entero, y esta vez me obligo a no escuchar la voz en mi cabeza que me dice que no son más que unos minutos de placer a cambio de quién sabe cuánto tiempo de antipatía por su parte, porque no importa; al menos durante estos pocos minutos podré creer que ya no estamos en guerra.

Me arrastro unos metros y me incorporo hasta quedar medio en cuclillas, y entonces tropiezo con un cuerpo, el de alguien a quien reconozco a medias, un chico nuevo, y aterrizo con estrépito en el barro. Hundiendo los talones, vuelvo a levantarme escupiendo tierra y arenilla y continúo, ignorando el cadáver. No intento sacudirme la suciedad; llevo meses sin saber qué es la limpieza.

Internarse en la tierra de nadie resulta aterrador. Es una ruleta rusa: cada vez que se aprieta el gatillo, tus posibilidades de sobrevivir al siguiente disparo disminuyen.

Oigo a Wells o a Moody dar órdenes más allá, pero no distingo qué dice exactamente; la combinación del fuerte viento y el aguanieve hace que solo sea posible actuar por puro instinto. Es una locura estar aquí fuera en estas condiciones, pero son órdenes del cuartel general y no han de cuestionarse. Unsworth, enfurruñado como siempre, puso en duda la sensatez de la operación y pensé que Clayton iba a matarlo, pero entonces se apresuró a disculparse para dirigirse a las escalas; por lo visto, temía menos el fuego enemigo que la ira de nuestro sargento. Desde la visita del general Fielding, Clayton parece haber perdido cualquier rastro de cordura. No duerme gran cosa y tiene un aspecto espantoso. Sus bramidos se oyen desde donde sea que uno esté apostado. Me pregunto por qué Wells o Moody no toman medidas al respecto; habría que relevarlo del mando antes de que haga algo que nos ponga en peligro a todos.

Sigo arrastrándome con el fusil por delante, cerrando el ojo izquierdo para observar a través de la mirilla si alguien avanza hacia mí. Me imagino mirando a los ojos a un muchacho de mi edad, ambos presas del terror, en el instante previo a que nos matemos mutuamente. El cielo está plagado de aviones y el azul oscuro que se abre paso entre las nubes grises entraña cierta belleza, pero es peligroso alzar la vista, de modo que prosigo mi avance con el corazón desbocado y el aliento brotando de mi cuerpo en jadeos entrecortados.

Anoche mandaron a Will y Hobbs en una misión de reconocimiento que les llevó tanto tiempo que creí que no volvería a verlos vivos. Cuando por fin reaparecieron,

informaron al cabo Wells de que las trincheras alemanas estaban situadas a poco más de un kilómetro al norte de las nuestras, pero que se habían construido en dos tramos separados, sin ramales entre ellas como solían tenerlos en otros sitios. Podíamos tomarlas de una en una si avanzábamos con cautela, explicó Hobbs. Will permaneció en silencio, y cuando el sargento Clayton le espetó: «¿Y tú, Bancroft, imbécil hijo de puta, qué dices?», se limitó a asentir con la cabeza y decir que estaba de acuerdo con el soldado Hobbs.

Me alejé al oír su voz. Desde luego, me encantaría no volver a oírla nunca. Han pasado tres semanas desde nuestro segundo encuentro y no me ha dicho una palabra ni me contesta cuando me dirijo a él. Cuando me ve acercarme, aunque simplemente camine hacia él y no busque su compañía, da media vuelta y se aleja en dirección contraria. Si entra en la tienda comedor y yo estoy ahí, cambia de opinión y regresa a su infierno particular. Aunque sí me habló una vez, cuando nos topamos al volver una esquina, solos. Abrí la boca para decir algo y él se limitó a negar rápidamente con la cabeza, levantando las palmas para crear una barrera entre nosotros.

—Vete a la mierda, ¿vale? —soltó, y ahí acabó la cosa.

Nos llega el sonido de la artillería de más adelante. «No rompáis la línea», corre la voz de hombre en hombre, los diecinueve o veinte que formamos un frente irregular en nuestro avance hacia la trinchera enemiga. El fuego cesa; se ve una luz mortecina, probablemente de un par de velas, y entonces nos llegan voces amortiguadas. Pero ¿qué les pasa?, me pregunto. ¿Por qué no nos ven venir y nos liquidan? Joder, ¿por qué no acaban con nosotros de una vez?

Pero es así como se ganan las guerras, supongo. Un bando baja momentáneamente la guardia, y el otro se aprovecha de ello. Y esta noche en particular, toca que la suerte esté de nuestro lado. Transcurre otro minuto, no más, y todos nos incorporamos empuñando los fusiles amartillados, con las granadas a punto, y abrimos fuego sobre la trinchera a nuestros pies entre el fragor constante y los fognazos de nuestros disparos. Se oyen gritos que vienen de abajo y el estrépito de una mesa arrojada a un lado —imagino a unos muchachos alemanes olvidando su deber y jugando a las cartas para aliviar la tensión—, y aparecen como un enjambre de hormigas en la trinchera, empuñando las armas demasiado tarde, pues nosotros contamos con la ventaja de una posición elevada y el elemento sorpresa. Continuamos cargando y disparando, cargando y disparando, y la línea se desbarata un poco cuando empezamos a descender al fondo de la trinchera para recorrerla en toda su longitud, que según nos han dicho Will y Hobbs no sobrepasa los quinientos metros.

Siento zumbar algo junto a la oreja y una punzada, y pienso que me han dado, pero me llevo una mano a la sien y compruebo que no hay sangre; la confusión que siento alimenta mi ira, y levanto el *smiler* para apuntar indiscriminadamente a los hombres de ahí abajo y apretar el gatillo una y otra vez.

Oigo un ruido como el de un globo al reventarse y el camarada a mi lado cae con



un grito desgarrador. No puedo detenerme a ayudarlo, pero creo que es Turner quien ha caído; Turner, que en cierta ocasión me ganó tres veces seguidas al ajedrez y demostró ser el campeón más descortés.

Diez hombres caídos, quedan diez.

Me abalanzo hacia delante, tropiezo, caigo sobre otro cuerpo y pienso: «Por favor, Dios mío, que no sea Will», pero no, cuando bajo la vista, incapaz de contenerme, veo a Unsworth yaciendo con la boca abierta y expresión de angustia; Unsworth, que tuvo la audacia de poner en duda la sensatez de la estrategia. Ya está muerto. Dos semanas atrás, me encontré haciendo guardia con él, solos durante horas, y aunque no éramos especialmente amigos me contó que su novia había sabido que estaba encinta; lo felicité y le dije que no sabía que estuviese casado.

—No lo estoy —repuso, y escupió en el suelo.

—Ah —contesté—. Bueno, supongo que estas cosas pasan.

—¿Eres imbécil, Sadler? Llevo seis meses sin volver a casa. Esto no tiene nada que ver conmigo, ¿entiendes? La muy zorra...

—Bueno, entonces mejor así, ¿no? No tienes por qué preocuparte.

—Pero ¡yo quería casarme con ella! —exclamó con el rostro arbolado por la humillación y el dolor—. La quiero con toda mi alma. Y va y pasa esto cuando no hace ni cinco minutos que he dejado el país.

Once, nueve.

Es la primera vez que piso una trinchera alemana. Seguimos avanzando, gritando como si nuestras vidas dependiesen de ello en nuestra carrera a través de este laberinto amenazante, y me encuentro disparando aleatoriamente, para volverme en cierto punto y abatir de un culatazo a un hombre mayor; oigo el ruido de la nariz o la mandíbula al romperse, y se desploma.

No sé cuánto tiempo llevamos aquí, pero al cabo de poco la hemos tomado. Hemos tomado la trinchera alemana. Alrededor de nosotros están todos muertos, hasta el último de ellos, y el sargento Clayton surge como Lucifer de las entrañas del infierno, nos reúne y nos dice que somos buenos soldados, que hemos cumplido con nuestro deber como él nos enseñó, que esta es una victoria importante del bien sobre el mal, pero que esta noche debemos continuar, tenemos que seguir avanzando; hay una trinchera más pequeña un kilómetro y medio al noroeste de nuestra posición y debemos abrirnos paso hasta allí de inmediato o perderemos la ventaja.

—Cuatro de vosotros se quedarán aquí a defender este territorio —anuncia, y todos rogamos en silencio que nos seleccione—. Milton, Bancroft, Attling, Sadler... Vosotros cuatro, ¿de acuerdo? Debería estar todo despejado, pero no bajéis la guardia. Milton, coge mi pistola, ¿quieres? Tú estarás al mando. El resto tendréis que confiar en vuestros fusiles si hay algún problema. Puede haber otro regimiento avanzando hacia vosotros desde el este.

—Y si es así, señor —dice Milton con imprudencia—, ¿cómo vamos a defendernos?

—Usando la cabeza, soldado —responde Clayton—. Os hemos adiestrado para que lo hagáis. Pero si cuando vuelva me encuentro con que Fritz ha recuperado esta trinchera, yo mismo os pegaré un tiro a cada uno de vosotros.

En la locura del momento, se me escapa la risa, pues su amenaza no tiene el menor sentido; si ocurriera algo así, llevaríamos ya mucho tiempo en el otro barrio.

—Voy a echar un vistazo por ahí —anuncia Will, y se aleja con el fusil colgándole perezosamente del hombro para desaparecer tras la esquina.

—Cuando el viejo nos ha dicho que debíamos quedarnos aquí no podía creerlo —comenta Milton sonriendo—. Vaya golpe de suerte, ¿eh?

—A mí no me lo parece —responde Attling, un chico flacucho de ojos enormes y aspecto anfibio—. Me habría gustado continuar.

—Es fácil decirlo —contesta Milton con desdén— cuando sabes que no tienes que hacerlo. ¿Qué opinas tú, Sadler?

—Sí, es fácil decirlo —coincido, mirando alrededor.

La madera que han utilizado los alemanes para encaramarse y disparar es mejor que la nuestra. Las paredes están hechas de cemento, y me pregunto si contaban con un ingeniero entre sus filas al atrincherarse aquí. Los muertos nos rodean por todas partes, pero ya no siento repulsión alguna ante los cadáveres.

—Mirad esos refugios —dice Milton—. Se lo han montado bien, ¿eh? Son lujosos comparados con los nuestros. Qué estúpidos han sido los malditos cabrones, dejando que los asaltáramos de esta forma.

—Cartas —anuncia Attling agachándose para recoger un ocho de espadas y un cuatro de diamantes; mi idea de lo que estaba pasando aquí abajo ha resultado extrañamente acertada.

—¿Cuánto tiempo crees que les llevará tomar la trinchera siguiente? —pregunta Milton volviéndose hacia mí.

Me encojo de hombros y saco un cigarrillo de la petaca en el cinturón.

—No lo sé —contesto, encendiéndolo—. ¿Un par de horas, tal vez? Suponiendo que puedan tomarla.

—No digas eso, Sadler —responde con agresividad—. Claro que van a tomarla.

Asiento y aparto la vista, preguntándome por qué tardará tanto Will, y justo entonces oigo el chapaleo de unas botas marchando en el barro y reaparece a la vuelta de la esquina. Pero no viene solo.

—Me cago en la leche —suelta Milton, y la expresión de alegría en su rostro sugiere que no puede creer lo que ve—. ¿Qué traes ahí, Bancroft?

—Lo he encontrado escondido en uno de los refugios en la retaguardia.

Empuja hacia nosotros a un muchacho que nos mira de uno en uno muerto de miedo. Está en los huesos y tiene una mata de cabello rubio con un flequillo recto; sin duda alguien le ha pegado hace poco un tajo horizontal con unas tijeras para evitar que le cayera sobre los ojos. Está temblando, pero trata de dar muestras de valentía. Bajo el barro y la mugre, tiene una agradable cara de niño.

—A ver, ¿y tú quién eres, Fritz? —pregunta Milton hablándole como si el chico fuera medio tonto pero con un tono intimidante.

Milton es mucho más voluminoso y se le acerca con gesto amenazador, haciéndolo encogerse de miedo.

—*Bitte tut mir nichts* —ruega el alemán tropezándose con las palabras.

—¿Qué dice? —pregunta Milton volviéndose hacia Attling, como si este pudiera saberlo.

—Ni puta idea —responde Attling con irritación.

—Pues vaya si me servís de una mierda, ¿eh? —suelta Milton.

—*Ich will nach Hause* —dice el chico—. *Bitte, ich will nach Hause.*

—Cierra el pico, joder —gruñe Milton—. Nadie entiende lo que dices. —Y pregunta a Will—: ¿Es el único?

—Creo que sí. La trinchera acaba ahí atrás. Hay un montón de fiambres, por supuesto. Este es el único vivo.

—Será mejor que lo atemos —intervengo—. Podemos llevárnoslo cuando nos vayamos.

—¿Llevárnoslo? —repite Milton—. ¿Por qué coño vamos a hacer eso?

—Porque es un prisionero de guerra —contesta Will—. ¿Qué sugieres que hagamos? ¿Soltarlo?

—No, joder, por supuesto que no sugiero soltarlo —dice Milton con sarcasmo—. Pero no nos hace maldita falta colgarnos del cuello un peso así. Librémonos de él ahora mismo y sanseacabó.

—Sabes que no podemos hacer eso —responde Will con aspereza—. No somos asesinos.

Milton ríe y mira alrededor para señalar el reguero de alemanes muertos; decenas de ellos. El chico alemán los mira también y los reconoce a todos, algunos eran amigos suyos, ahora se siente perdido sin ellos. Desearía devolverlos a la vida para que lo protegieran.

—*Was habt ihr getan?* —pregunta volviéndose hacia Will; quizá sospecha que será su protector, ya que lo ha encontrado.

—Cállate —dice Will negando con la cabeza—. Sadler, ¿puedes buscar alguna cuerda?

—No vamos a atarlo, Bancroft —insiste Milton—. Deja ya de hacerte el maldito santo, ¿vale? Es aburrido.

—No es asunto tuyo —responde Will alzando la voz—. Es mi prisionero, ¿de acuerdo? Lo he encontrado yo. Así que soy yo quien decide qué hacer con él.

—*Mein Vater ist in London zur Schule gegangen* —interviene el alemán, y lo miro deseando que se calle, pues sus ruegos no hacen sino aumentar el peligro, pero entonces añade con falso entusiasmo—: ¡Piccadilly Circus! ¡Trafalgar Square! ¡Buckingham!

—¿Piccadilly Circus? —repite Milton volviéndose hacia él desconcertado—.

¿Trafalgar Square? Joder, pero ¿qué demonios está diciendo?

Sin previo aviso, le propina un bofetón con el dorso de la mano, tan fuerte que un diente cariado del alemán —todos tenemos los dientes cariados— sale volando y aterriza sobre un cadáver.

—Por Dios, Milton —protesta Will avanzando hacia él—. ¿Qué coño crees que haces?

—Es un alemán, ¿no? Es el maldito enemigo. Ya sabes qué órdenes tenemos: matar al enemigo.

—Pero no a los prisioneros —insiste Will—. Eso es lo que nos diferencia, supuestamente. Nosotros tratamos al enemigo con respeto. Tratamos las vidas humanas con...

—¡Oh, por supuesto! —tercia Attling—. Se me había olvidado, tu viejo es pastor, ¿no? ¿Qué pasa, llevas demasiado tiempo bebiéndote el vino del altar, Bancroft?

—Cierra la boca, Attling —le espeta Will, y Attling, un cobarde, hace precisamente eso.

—Mira, Bancroft —dice Milton—, no pienso discutir contigo, porque hay una sola manera de resolver esto.

—Will tiene razón —intervengo—. Lo atamos ahora, se lo entregamos después al sargento Clayton y que él decida qué hacer con él.

—¿Quién coño te ha preguntado nada, Sadler? —salta Milton con una mueca de desdén—. Claro que ibas a decir eso. Si el maldito Bancroft dice que la luna está hecha de queso, tú pedirás que alguien te pase las tostadas.

—Cierra el jodido pico, Milton —dice Will.

—Pues no pienso cerrar el jodido pico —responde Milton mirándonos a los dos como si fuésemos tan insignificantes que pudiera abofetearnos igual que al alemán.

—*Bitte, ich will nach Hause* —repite el chico entonces, con voz emocionada.

Los tres nos volvemos y lo vemos llevarse una mano al bolsillo superior de la guerrera, muy despacio y con cautela. Lo observamos, intrigados. El bolsillo es tan pequeño y plano que cuesta imaginar que pueda haber algo dentro, pero un instante después saca lo que parece una tarjeta y nos la tiende con mano temblorosa. La cojo el primero y la miro. Una pareja de mediana edad sonríe ante la cámara y un niño rubio, de pie entre ambos, entorna los ojos al sol. Se hace difícil distinguir los rostros porque la fotografía está muy desvaída; es obvio que hace tiempo que la lleva en el bolsillo.

—*Mutter!* —exclama señalando a la mujer, y luego, indicando al hombre—: *Und Vater.*

Los miro y luego lo observo a él alzar una mirada suplicante hacia nosotros.

—Oh, maldita sea —suelta Milton.

Agarra al chico del hombro, tira de él hacia sí y retrocede unos pasos en el barro, de forma que Will, Attling y yo quedamos en el lado opuesto de la trinchera. Saca del cinturón la pistola que le ha dado antes el sargento Clayton y comprueba que esté

cargada.

—*Nein!* —grita el chico, y el terror le quiebra la voz—. *Nein, bitte!*

Lo miro con desesperación. No tiene más de diecisiete o dieciocho años. Mi edad.

—Baja esa pistola, Milton —advierde Will levantando el fusil—. Lo digo en serio. Bájala ahora mismo.

—¿O qué? ¿Qué vas a hacer, Bancroft el pastor? ¿Vas a dispararme?

—Baja la pistola y suelta al chico —responde Will con tono tranquilo—. Por el amor de Dios, tío, piensa un poco en lo que estás haciendo. Es solo un crío.

Milton titubea y mira al muchacho, y durante un momento su cara refleja cierto grado de compasión, como si recordara a la persona que era antes de que todo esto comenzara, antes de convertirse en la persona que tenemos delante. Pero el chico alemán elige ese momento para perder el control sobre la vejiga, y un chorro de orina oscurece la pernera de sus pantalones, la pernera más cercana a Milton, que baja la vista y mueve la cabeza asqueado.

—¡Me cago en todo! —Bufa. Y antes de que cualquiera de nosotros pueda hacer o decir nada, apoya la pistola contra la cabeza del alemán, la amortilla —«*Mutter!*», grita de nuevo el chico— y le vuela los sesos contra la pared de la trinchera, salpicando de rojo un letrero que señala hacia el este y en el que se lee: «FRANKFURT, 380 MEILEN».

Will no vuelve a acercarse a mí hasta la noche siguiente. Estoy agotado. Llevo cuarenta y ocho horas sin dormir. Y debo de haber comido algo en mal estado, porque tengo unos retortijones cada vez peores. Por una vez, cuando lo veo, no siento excitación o esperanza, solo tensión.

—Tristan —dice haciendo caso omiso de los otros tres soldados sentados cerca de mí—. ¿Podemos hablar?

—No me encuentro bien —contesto—. Estoy descansando.

—Solo será un momento.

—He dicho que estoy descansando.

Me mira y su rostro se suaviza un poco.

—Por favor, Tristan —insiste en voz baja—. Es importante.

Suspiro y me levanto con esfuerzo. Ojalá fuera capaz de resistirme a lo que me pide.

—¿Qué ocurre? —Quiero saber.

—Aquí no. Ven conmigo, ¿quieres?

No espera mi respuesta; se limita a girar sobre los talones y alejarse, lo cual me irrita sobremanera, pero lo sigo, por supuesto. No se dirige a la nueva trinchera de reserva, sino más allá de la frontal, hasta donde una hilera de camillas reposan una junto a otra, con los cadáveres sobre ellas tapados con las guerreras.

Taylor está bajo una de esas guerreras; doce, ocho.

—¿Qué? —le pregunto cuando me mira fijamente—. ¿Qué pasa?

—He hablado con el viejo —me cuenta.

—¿Con el sargento Clayton?

—Sí.

—¿Sobre qué?

—Sabes muy bien sobre qué, maldita sea.

Lo miro, no muy seguro de a qué se refiere. Sin duda no puede haberle dicho lo que hemos hecho juntos; nos someterían a ambos a un consejo de guerra. A menos que esté tratando de culparme a mí, de hacer que me expulsen del regimiento. Sin embargo, advierte mi expresión de incredulidad y se ruboriza un poco; luego niega con la cabeza para sacarme de mi error.

—Sobre el chico alemán —explica—. Sobre lo que le hizo Milton.

—Oh. —Asiento despacio con la cabeza—. Se trata de eso.

—Sí, de eso. Fue un asesinato a sangre fría, sabes que lo fue. Tú lo viste.

Vuelvo a exhalar un suspiro. Me sorprende que saque el tema. Pensaba que había quedado atrás.

—No sé —contesto por fin—. Sí, supongo que lo fue.

—Oh, vamos, no hay nada que suponer. Ese chico, ese niño, era un prisionero de guerra. Y Milton lo mató de un tiro. No representaba ninguna clase de amenaza.

—No estuvo bien, Will, por supuesto que no. Pero estas cosas pasan. Las he visto peores. Y tú también. —Dejo escapar una risa amarga e indico las camillas que nos rodean—. Mira a tu alrededor, por el amor de Dios. ¿Qué importa uno más?

—Tú sabes por qué importa —insiste—. Te conozco, Tristan. Conoces la diferencia entre el bien y el mal, ¿no?

Aprieto los dientes y lo miro fijamente; me pone furioso que se atreva a suponer que me conoce después de cómo se ha comportado conmigo.

—¿Qué quieres de mí, Will? —pregunto finalmente con tono de agotamiento, frotándome los ojos—. Dímelo y ya está, ¿de acuerdo?

—Quiero que corrobore mi historia —contesta—. No, no es eso. Quiero que simplemente le cuentes al sargento Clayton lo que pasó. Quiero que le cuentes la verdad.

—¿Por qué iba a hacer algo así? —pregunto, confuso—. Acabas de decirme que ya lo has hecho tú.

—Se niega a creerme. Dice que ningún soldado inglés se comportaría de esa forma. Ha mandado llamar a Milton y Attling, y los dos lo han negado. Admiten que había un chico alemán vivo cuando nos dejaron allí, pero aseguran que trató de atacarnos y que Milton no tuvo otra opción que dispararle en defensa propia.

—¿Eso dicen? —Me sorprende y no me sorprende al mismo tiempo.

—Estoy decidido a informar del asunto al general Fielding —continúa Will—. Pero el viejo dice que eso es imposible sin alguien que corrobore mi historia. Le he dicho que tú lo viste todo.

—Por Dios, Will —siseo—. ¿Por qué me metes en esto?

—Porque tú estuviste allí. Joder, ¿por qué tengo que explicártelo siquiera? A ver,

¿vas a respaldarme o no?

Lo considero unos instantes y niego con la cabeza.

—No quiero verme involucrado.

—Ya estás involucrado.

—Bueno, pues límitate a dejarme fuera de esto, ¿vale? Desde luego, he de reconocer que tienes agallas, Will. Y tanto que las tienes.

Frunce el entrecejo y me mira ladeando la cabeza.

—¿Y qué se supone que significa eso? —inquire.

—Sabes exactamente qué significa.

—Por Dios, Tristan. ¿Me estás diciendo que vas a mentir para proteger a Milton porque estás resentido conmigo? Vas a hacer esto para vengarte de mí, ¿es eso?

—No —respondo negando con la cabeza—. No estoy diciendo eso, en absoluto. ¿Por qué tienes que distorsionar continuamente lo que digo? Lo que estoy diciendo, por un lado, es que no quiero involucrarme en este asunto porque están pasando demasiadas cosas y no veo qué importancia tiene un soldado muerto más en el orden del universo. Y por otro lado...

—¿Un soldado muerto más...? —repite, al parecer atónito ante mi tono despreocupado, aunque no menos perplejo que yo al oírme decir eso.

—Y por otro lado, visto que por fin te dignas hablar conmigo, no quiero tener nada que ver contigo, Will. ¿Eres capaz de entender eso? Quiero que me dejes en paz, ¿de acuerdo?

Durante unos instantes ninguno de los dos dice nada, y soy consciente de que la cosa puede seguir dos caminos distintos: puede ponerse agresivo o mostrarse arrepentido. Para mi sorpresa, elige el segundo.

—Lo siento —dice, y lo repite más alto—: Lo siento, ¿vale?

—De modo que lo sientes.

—Tristan, ¿es que no ves lo difícil que se me hace todo esto? Joder, ¿por qué tienes que tomártelo todo siempre con tanto dramatismo? ¿No podemos limitarnos a...? Ya sabes... ¿no podemos ser simplemente amigos cuando nos sentimos solos y soldados el resto del tiempo?

—¿Amigos? —pregunto al borde de la risa—. ¿Es así como lo llamas?

—Por el amor de Dios, tío —masculla mirando alrededor con nerviosismo—. Baja la voz. Podría oírnos alguien.

Mis palabras lo han alterado. Me mira como si quisiera decirme algo y avanza un paso adelantando una mano hacia mi rostro, pero rectifica y retrocede para comportarse como si apenas nos conociéramos.

—Quiero que vengas conmigo —concluye—. Quiero que vayamos los dos ahora mismo a ver al sargento Clayton, y que le expliques qué sucedió exactamente con el chico alemán. Daremos parte del asunto e insistiremos en que se informe de ello al general Fielding.

—No pienso hacer eso, Will.

—¿Comprendes que si no lo haces Milton se habrá salido con la suya?

—Sí —contesto—, pero no me importa.

Me mira fijamente, traga saliva, y cuando vuelve a hablar lo hace con tono tranquilo pero de agotamiento:

—¿Es tu última palabra sobre el asunto?

—Sí —respondo.

—Bien. —Asiente con gesto de resignación—. Entonces no me dejas elección.

Dicho lo cual, coge el fusil que llevaba al hombro, abre el cargador, vacía los cartuchos en el barro y deja el arma en el suelo.

Luego da media vuelta y se aleja.



## OPINIONES POCO POPULARES

*Norwich, 16 de septiembre de 1919.*

Marian y yo comimos en el bar Murderers de Timber Hill, en una mesa junto a la ventana. Habíamos decidido olvidar el incidente con Leonard Legg, aunque mi mejilla amoratada era un recordatorio de lo ocurrido delante de aquella cafetería.

—¿Te duele? —preguntó Marian al advertir que me llevaba un cauteloso dedo a la magulladura.

—No, no mucho. Quizá mañana me moleste un poco.

—Lo siento —dijo, conteniendo una sonrisa ante mi malestar.

—No ha sido culpa tuya.

—Aun así, es intolerable, y se lo haré saber la próxima vez que lo vea. Probablemente se habrá ido a algún sitio a lamerse las heridas. Con un poco de suerte, hoy no volveremos a verlo.

Confié en que así fuera y me concentré en la comida. Durante el tiempo que nos había llevado llegar hasta allí habíamos evitado temas espinosos para charlar de cosas intrascendentes. Ahora que el almuerzo tocaba a su fin, recordé que sabía muy poco sobre qué hacía exactamente la hermana de Will en Norwich.

—¿No te ha importado quedar conmigo entre semana? —quise saber—. Me refiero a si puedes tomarte horas libres en el trabajo.

—No ha sido muy difícil —respondió encogiéndose de hombros—. La mayor parte del tiempo trabajo solo media jornada. Y lo hago como voluntaria, en cualquier caso, así que no importa mucho si aparezco o no. Bueno, no, tampoco es eso. Lo que quiero decir es que no afecta a mi nivel de vida, teniendo en cuenta que no me pagan.

—¿Puedo preguntar a qué te dedicas?

Empujó el plato con los restos de la tarta, esbozando una mueca, y cogió el vaso de agua.

—Trabajo sobre todo con exsoldados como tú. Hombres que han estado en la guerra y tienen dificultades para sobreponerse a sus experiencias.

—¿Y eso solo da para media jornada? —pregunté con un asomo de sonrisa.

Marian rio y bajó la mirada.

—Bueno, supongo que no —admitió—. La verdad es que podría trabajar con ellos veinticuatro horas al día, siete días por semana, y aun así no haría ni una pequeñísima parte de lo necesario. En realidad no soy más que una chica comodín para los médicos; ellos son quienes saben lo que hay que hacer. Supongo que podría llamarse drenaje emocional. Pero hago lo que puedo. Sería mejor si fuera una profesional.

—Quizá podrías estudiar enfermería.

—Quizá podría estudiar medicina —me corrigió—. Sin duda no es una idea tan

descabellada, ¿no, Tristan?

—No, por supuesto que no —repuse ruborizándome un poco—. Solo quería decir que...

—Estaba tomándote el pelo. No hace falta que te sientas incómodo. Pero, si pudiera retroceder unos años, desde luego habría estudiado medicina. Me habría gustado haberme dedicado al estudio de la mente.

—Pero aún eres joven. Todavía no es demasiado tarde, ¿no? En Londres...

—En Londres, por supuesto —me interrumpió haciendo aspavientos—. ¿Por qué será que todos los de Londres piensan siempre que es el centro del universo? Aquí en Norwich también tenemos hospitales, ¿sabes? Y tenemos muchachos heridos. Un buen puñado de ellos, de hecho.

—Pues claro que los tenéis. Por lo visto, no paro de meter la pata, ¿eh?

—Para las mujeres es muy difícil, Tristan —explicó inclinándose hacia mí—. Quizá no eres plenamente consciente de eso. Después de todo, eres un hombre. Tú lo tienes fácil.

—¿Lo crees realmente?

—¿Que para las mujeres es difícil?

—Que yo lo tengo fácil.

Exhaló un suspiro y se encogió de hombros, sin comprometerse.

—Bueno, no te conozco bien, por supuesto. No puedo hablar por tus circunstancias particulares. Pero, créeme, las cosas no son tan difíciles para vosotros como para nosotras.

—Los últimos cinco años convierten esa afirmación en una mentira.

Ahora le tocó a ella ruborizarse.

—Sí, claro, tienes razón. Pero olvídate de la guerra durante un momento y analiza nuestra situación. La forma en que se trata a las mujeres en este país es casi insoportable. Y por cierto, ¿no has pensado que muchas de nosotras habríamos combatido encantadas en las trincheras junto a los hombres si nos lo hubiesen permitido? Sé que yo habría salido corriendo para allá.

—A veces pienso que es más sensato dejarles la acción y los debates a los hombres.

Me miró fijamente; no se la habría visto más sorprendida si me hubiese subido a la mesa para lanzarme a interpretar *Guarda tus penas en el fondo del petate*.

—¿Qué has dicho? —preguntó con frialdad.

Me eché a reír.

—No, esas palabras no son mías. Son de *Howards End*. ¿Has leído a Forster?

—No —contestó negando con la cabeza—. Y no voy a hacerlo si esas son las paparruchas que se le ocurren. Parece un impresentable.

—Pero es una mujer quien pronuncia esas palabras, Marian. La señora Wilcox las dice en un almuerzo celebrado en su honor. Deja bastante horrorizados a los reunidos, si mal no recuerdo.

—Ya te he dicho que no leo novelas modernas, Tristan. ¡Dejarles la acción y los debates a los hombres! Pues vaya cosa, nunca había oído nada parecido. Esa señora Wilton...

—Wilcox.

—Wilton, Wilcox, qué más da. Traiciona a su sexo con una declaración así.

—Entonces no te gustaría lo que dice después.

—Vamos, cuéntamelo. Escandalízame.

—No recuerdo las palabras exactas, pero dice más o menos que existen argumentos de peso contra el sufragio universal. Comenta que se siente agradecida por no tener que ejercer el voto.

—Extraordinario —repuso Marian negando con la cabeza—. Estoy perpleja, Tristan; sinceramente perpleja.

—Bueno, muere poco después de ese discurso, de forma que se lleva a la tumba sus opiniones.

—¿De qué muere?

—Supongo que la causa son esas opiniones tan poco populares.

—Igual que mi hermano.

Guardé silencio, negándome a responder a su comentario, y Marian me sostuvo la mirada antes de permitir que su rostro se relajara.

—Yo tomé parte en el movimiento sufragista, ¿sabes? —comentó al cabo de unos segundos.

—No puedo decir que me sorprenda —repuse con una sonrisa—. ¿Qué hacías?

—Oh, nada de mucha importancia. Asistía a las marchas, repartía panfletos en los buzones, esa clase de cosas. Nunca me até a la verja del Parlamento ni me planté ante la casa de Asquith para pedir a gritos la igualdad. Para empezar, mi padre nunca me lo habría permitido; aunque él creía en el movimiento, creía sinceramente en él. Pero también tiene la profunda convicción de que uno debe conservar la dignidad.

—Bueno, pues al final te saliste con la tuya. Ya os han concedido el derecho al voto.

—Te equivocas, Tristan —puntualizó con aspereza—. Yo no puedo votar. Y no podré hacerlo hasta cumplir los treinta. E incluso entonces, solo si tengo una casa, estoy casada o poseo un título universitario. Pero tú ya puedes votar, y eres más joven que yo. Dime, ¿te parece justo?

—Por supuesto que no. De hecho, quise publicar un tratado al respecto, escrito por un hombre, si puedes creerlo, en el que señalaba la desigualdad en el sufragio. Era bastante destacable y habría causado revuelo, estoy seguro.

—¿Y lo publicaste?

—Al final no. El señor Pynton no quiso involucrarse. No es un hombre moderno.

—Bueno, pues así estamos. Los hombres tenéis vuestros derechos, nosotras aún debemos conseguir los nuestros. Me asombra que todos estén dispuestos a marcharse del país para luchar por los derechos de los extranjeros cuando muestran tan poco

interés por los de sus compatriotas. Pero será mejor que cambiemos de tema. Si empiezo a hablar de las desigualdades que aceptamos en este país sin ponerlas en duda, podríamos pasarnos aquí toda la tarde.

—No tengo prisa —repuse, y pareció agradecer mi actitud porque sonrió y me dio unas palmaditas en la mano, para luego cubrímela con la suya más tiempo del necesario.

—¿Te ocurre algo? —quiso saber instantes después.

—No —contesté apartando la mano—. ¿Por qué lo preguntas?

—De pronto me has parecido inquieto.

Negué con la cabeza y me volví para mirar por la ventana. El contacto de su mano me había hecho acordarme de Will de forma abrumadora. Veía mucho de él en el rostro de Marian, por supuesto. En especial en sus expresiones, en el modo en que volvía a veces la cabeza y sonreía, en los hoyuelos que aparecían de pronto en sus mejillas, pero nunca había pensado que el tacto pudiera constituir también un rasgo común de las familias. ¿O estaba engañándome? ¿Se trataba simplemente de algo que atribuía a Marian por el deseo de sentirme cerca de Will otra vez y expiar mis actos?

—Debe de ser muy gratificante —dije por fin, volviendo a mirarla.

—¿El qué?

—Ayudar a los soldados. A los que están sufriendo.

—Sería lógico pensar que lo es —repuse, considerándolo—. Mira, lo que voy a decir suena horroroso, pero siento un gran resentimiento hacia muchos de ellos. ¿Tiene sentido algo así? Cuando hablan de las cosas por las que tuvieron que pasar, o cuando aluden a la lealtad entre las tropas y su sentido de la camaradería, me dan tantas ganas de gritar que a veces tengo que salir de la habitación.

—Pero sí había lealtad —protesté—. ¿Por qué ibas a pensar que no la había? Y, a veces, la camaradería podía ser abrumadora, incluso agobiante.

—¿Y hubo camaradería cuando hicieron lo que le hicieron a mi hermano? —me espetó, con los ojos llenándose de la misma rabia, imaginé, que la hacía salir de salas o consultas de hospital para controlarse—. ¿Dónde estaba la camaradería cuando lo pusieron contra una pared y lo encañonaron?

—Basta —repuse llevándome una mano a los ojos, rogando que las imágenes se desvanecieran en mi cabeza. Sus palabras me habían provocado una oleada de recuerdos terribles—. Por favor, Marian.

—Lo siento —repuse en voz baja, sorprendida quizá por mi reacción—. Pero no puedes culparme por sentir que en esa supuesta fraternidad rigen normas distintas para unos y otros. En cualquier caso, no tiene sentido seguir con el tema. Sé que tú estuviste a su lado hasta el final. Ya veo cómo te afecta cada vez que menciono su muerte. Eráis amigos íntimos, claro. Cuéntame, ¿vuestra amistad surgió de inmediato?

—Sí. —Sonreí al recordarlo—. Sí, teníamos el mismo sentido del humor. Y nuestros catres eran contiguos, de modo que fue natural que entabláramos amistad.

—Lo siento —repuso sonriendo a su vez.

—¿Por qué?

—Porque mi hermano tenía muchas cosas buenas, pero la higiene no era una de ellas. Recuerdo que antes de que se fuera, cuando entraba en su habitación a despertarlo, el hedor casi me tumbaba. ¿Qué os pasa a los chicos, que oléis tan mal?

Me reí.

—Éramos veinte en el barracón, así que imagino que no era especialmente higiénico. Aunque Izquierdo y Derecho, como los llamaba Will, se ocupaban de que hubiese cierto orden en nuestros catres y pertrechos. Pero, sí, nos hicimos amigos enseguida.

—¿Y cómo era? En aquellos primeros tiempos, quiero decir. ¿Parecía contento de estar allí?

—No estoy seguro de que Will pensara en esos términos —respondo tras reflexionar un momento—. Creo más bien que lo consideraba una etapa de la vida que le tocaba atravesar. A algunos hombres mayores se les hacía más difícil que a nosotros. Por ridículo que suene ahora, para nosotros todo aquello parecía una gran aventura, al menos al principio.

—Sí, he oído a otros utilizar esas mismas palabras —repuso Marian—. Algunos hombres con los que he trabajado, los más jóvenes, quiero decir, cuentan que no comprendieron en realidad lo que los esperaba hasta que se encontraron en el frente.

—De eso se trata, sí. Nos adiestraron como soldados, pero no nos pareció distinto de un entrenamiento de fútbol o *rugby* en el colegio. Quizá pensábamos que, si aprendíamos cuanto nos enseñasen, no tardarían en mandarnos al campo de juego a anotarnos una buena escaramuza, y que luego nos estrecharíamos las manos y volveríamos a los vestuarios a comer naranjas y darnos una ducha caliente.

—Ahora sabes que no fue así, por supuesto —musitó ella.

—Ya.

Se acercó un camarero a llevarse nuestros platos, y Marian tamborileó con los dedos sobre la mesa antes de alzar la vista hacia mí.

—¿Nos vamos de aquí, Tristan? Hace un calor terrible. Tengo la sensación de que me desmayaré.

—Sí, claro —respondí.

En esta ocasión fue ella quien pagó la cuenta. Una vez en la calle la seguí, suponiendo que sabría adónde ir.

—¿Cuánto tiempo tardó en dar muestras de sus tendencias? —me preguntó cuando me situé a su altura.

La miré sorprendido y sin saber muy bien adónde quería llegar.

—¿Cómo dices?

—Me refiero a mi hermano. No recuerdo que fuera muy pacifista antes de marcharse. En el colegio solía meterse en toda clase de altercados y riñas. Pero, cuando decidió no seguir combatiendo, recibí unas cartas tuyas terribles, llenas de ira

y desengaño ante lo que estaba ocurriendo allí. Se convirtió en un ser profundamente decepcionado.

—No es fácil saber cuándo empezó exactamente —respondí pensativo—. Lo cierto es que, a diferencia de lo que os hacían creer los periódicos y los políticos, no todos los soldados que estaban allí querían luchar. Cada uno de nosotros encajaba en un punto distinto de un espectro que iba del pacifismo al sadismo más absoluto. Había tipos sedientos de sangre, imbuidos de un patriotismo ferviente en extremo, que aún seguirían allí, matando alemanes, de haberseles dado la oportunidad. Chicos introspectivos que cumplían con su deber, que hacían lo que les pedían, pero a quienes todo aquello no les importaba. Y hemos hablado antes de Wolf...

—¿El chico al que asesinaron?

—Bueno, sí, tal vez —repuse, pues todavía, por la razón que fuera, me sentía poco dispuesto a ceder en ese punto—. Quiero decir que él ejerció cierta influencia en la forma de pensar de Will.

—¿Eran también amigos íntimos?

—No, no eran íntimos. Pero tenía intrigado a Will, sin duda.

—¿Y a ti, Tristan, te tenía también intrigado?

—¿Wolf?

—Sí.

—Pues no, en absoluto. Para serte franco, pensaba que lo suyo era pura pose. Que era un pluma blanca de la peor calaña.

—Me sorprende oírte decir eso.

—¿Por qué? —quise saber, mirándola con ceño.

—Bueno, por tu forma de hablar, tenía la sensación de que estarías de acuerdo con todo lo que decía ese Wolf. Mira, ya sé que acabamos de conocernos, pero no me pareces muy belicoso. Ni siquiera le has devuelto el golpe a Leonard cuando te ha pegado. ¿Qué te impedía estar tan interesado en Wolf como mi hermano?

—Bueno, es que era... quiero decir, si lo hubieses conocido...

No sabía qué decir. La verdad es que no tenía una respuesta a su pregunta. Me froté los ojos y me cuestioné si creía realmente lo que había dicho sobre Wolf, lo de que lo suyo era mera pose, o si fue simplemente el hecho de que él y Will se llevaran tan bien lo que me había hecho despreciarlo tanto. ¿Tan injusto estaba siendo? ¿Eran solo los celos la causa de mi condena de un hombre decente y considerado?

—A ver, es posible que en el fondo tuviéramos opiniones similares —expliqué por fin—, pero nuestra relación no empezó con buen pie. Y por supuesto Wolf murió, o lo mataron, sea cual sea la forma correcta de expresarlo, y eso afectó mucho a tu hermano.

—¿Y fue así como empezó?

—Sí. Pero debes recordar que todo eso tuvo lugar aquí en Inglaterra. Las cosas no llegaron a su punto álgido hasta que estuvimos en Francia. Hubo un incidente que precipitó la decisión de Will de deponer las armas, ¿sabes? Aunque, viéndolo en

retrospectiva, tampoco me parece correcto achacarlo todo a ese único suceso. Ocurrieron otras cosas, estoy seguro; de algunas fui testigo, de otras no. Fue una confluencia de cosas que sucedieron durante un largo período de tiempo y bajo una tensión sin tregua. ¿Tiene eso sentido para ti?

—Un poco —contestó—. Pero me da la sensación de que tuvo que haber algo en particular para que Will se volviera tan agresivo en su oposición a la guerra. ¿No has dicho que hubo un incidente que precipitó las cosas?

—Sí, ocurrió justo después de que tomáramos una trinchera alemana. No es una historia agradable, Marian. No estoy seguro de que quieras oírla.

—Cuéntamela, por favor —pidió, volviéndose para mirarme—. Quizá me ayude a entender ciertas cosas.

—Bueno, éramos cuatro —empiezo, un poco nervioso—. Capturamos a un soldado alemán, el único superviviente de su unidad.

Le conté la historia de Milton y Attling, y de cómo Will había encontrado al chico escondido y lo había traído hasta nosotros. No me dejé nada en el tintero, desde la determinación de Will de llevar al muchacho de vuelta al cuartel general en calidad de prisionero hasta la escena del alemán orinándose en los pantalones y provocando con ello la ira de Milton.

—Tendrás que perdonar mi lenguaje —dije cuando hube finalizado—. Pero querías oírlo tal como ocurrió.

Asintió con la cabeza y apartó la mirada, perturbada.

—¿Crees que Will se sintió culpable? —quiso saber.

—¿Por la muerte del chico?

—Por el asesinato del chico —me corrigió.

—No, no creo que se tratara de algo tan simple. Después de todo, él no fue responsable, no le disparó al muchacho. De hecho, hizo cuanto pudo por salvarle la vida. No, creo que simplemente detestaba lo que representó aquella escena, su pura y sangrienta crueldad, y le habría gustado volarle los sesos a Milton, si vamos a eso. Me lo confesó.

—Pero él encontró al chico —insistió Marian—. Él lo capturó. De no haber hecho eso, aquello nunca habría ocurrido.

—Sí, pero no esperaba que tuviera el resultado que tuvo.

—Yo creo que se sintió culpable —concluyó.

Aquello me irritó un poco, porque ella no había estado allí y no sabía qué había ocurrido. No había visto la expresión de Will cuando los sesos del chico alemán salpicaron el uniforme de Attling. Solo podía basarse en mis torpes intentos de describir aquel horror.

—Creo que fue eso —repitió.

—No, no fue eso, Marian. No puedes achacarlo a una sola cosa. Es demasiado simplista.

—Bueno, ¿y qué me dices de ti, Tristan? —preguntó entonces con cierta

agresividad en la voz—. ¿No te perturbó lo que presenciaste?

—Por supuesto que sí. Me entraron ganas de coger una piedra y partirle la cabeza a Milton. ¿Qué hombre sensato no las habría tenido? El chico estaba aterrorizado, vivió sus últimos minutos presa del miedo más absoluto. Habría que ser un sádico para que aquello te produjera algún placer. Pero lo cierto es que todos estábamos asustados, Marian. Aquello era la guerra, por el amor de Dios.

—Pero no te sentiste inclinado a unirme a Will. Aquello no te afectó tanto como a él. Seguiste empuñando el fusil. Continuaste combatiendo.

Titubeé y reflexioné sobre sus palabras.

—Supongo que tienes razón —admití—. La verdad es que el incidente no me hizo sentir lo mismo que a tu hermano. No sé qué revela eso sobre mí, si significa que soy una persona insensible o inhumana, incapaz de sentir compasión. Sí, tuve la sensación de que era injusto y no merecido, pero también pensé que no era más que otra de las cosas que pasaban todos los días en el frente. Lo cierto es que veía constantemente a hombres que morían de las formas más espantosas. Estaba hecho un manojo de nervios, día y noche, porque temía ser víctima de un francotirador. Lo que voy a decir es horrible, pero me volví inmune a los actos aleatorios de violencia. Por Dios, de lo contrario nunca habría sido capaz de...

Me interrumpí en seco y me detuve, perplejo ante lo que había estado a punto de decir.

—¿De qué no habrías sido capaz, Tristan? —quiso saber Marian.

—De... de seguir aguantando, supongo —repose tratando de salvar la situación.

Me miró entornando los ojos como si sospechara que no era eso lo que iba a decir. Pero, por la razón que fuera, decidió no presionarme.

—¿Dónde estamos, por cierto? —pregunté mirando alrededor, pues nos habíamos alejado del centro y volvíamos hacia Tombland y la catedral, donde yo había empezado la jornada—. ¿No te parece que deberíamos dar ya media vuelta?

—Antes he mencionado que quería pedirte algo —dijo en voz baja—. ¿Te acuerdas?

—Sí —contesté; lo había dicho al salir de la cafetería, pero no le había dado mucha importancia—. Después de todo, para eso estoy aquí. Si puedo hacer algo para ponerte las cosas más fáciles...

—No es mi bienestar el que me preocupa, sino el de mis padres.

—¿Tus padres? —repetí, comprendiendo adónde quería llegar, y pregunté con nerviosismo—: No vivirás por aquí cerca, ¿no?

—La casa del pastor está justo ahí —respondió indicando con la cabeza la curva donde la calle se convertía en un callejón sin salida—. Ahí es donde crecí, y donde creció Will. Mis padres siguen viviendo allí.

Me detuve, sintiéndome como si hubiese caminado derecho a una encerrona. «Mi hija ha organizado algo», había dicho su padre durante mi encuentro fortuito con él ante la tumba de la enfermera Cavell.



—Lo siento —dije negando con la cabeza—. No, no puedo hacerlo.

—Pero aún no sabes qué quiero que hagas.

—Quieres que visite a tus padres. Que hable con ellos sobre todo lo que ocurrió. Lo siento, Marian, pero no. Es imposible.

Me miró y arrugó la frente, presa de la confusión.

—Pero ¿por qué no? Si puedes hablar conmigo al respecto, ¿por qué no con ellos?

—Contigo es diferente —dije, no muy seguro de por qué lo era—. Tú eres la hermana de Will. Tu madre lo trajo al mundo. Tu padre... No, perdona, Marian. No me siento con fuerzas para hacerlo. Por favor, deja que me vaya a casa. Por favor.

Su expresión se suavizó. Advertía cuán difícil me resultaba aquello, y tendió las manos para cogerme los brazos por encima de los codos.

—Tristan —dijo bajando la voz—, no sabes lo que significa para mí estar con alguien que habla tan bien de mi hermano como lo haces tú. La gente de por aquí —indicó calle arriba y calle abajo con la cabeza— no habla de él en absoluto. Ya te lo he contado. Se avergüenzan de él. A mis padres les sería de gran ayuda conocerte, que les dijeras lo mucho que te importaba Will.

—Por favor, no me lo pidas —le supliqué, experimentando una oleada de pánico al comprender que la única salida era echar a correr—. No sabría qué decirles.

—Entonces no digas nada. Ni siquiera tienes que hablar de Will si no quieres. Pero deja que te conozcan y te ofrezcan un té y que sepan que eras amigo de su hijo. Ellos también murieron allí, Tristan. ¿Puedes comprenderlo? Los fusilaron contra ese muro, igual que hicieron con mi hermano. Piensa en tu propia familia, en tus propios padres. Si a ti, Dios nos libre, te hubiese ocurrido algo allí, ¿no te parece que habrían deseado esa clase de sosiego? Tienen que quererte tanto como mis padres querían a Will. Por favor, solo un rato. Media hora, no más. Di que lo harás.

Miré calle abajo y supe que no tenía elección. «Hazlo —me dije—. Sé fuerte. Quítatelo de encima y luego vete a casa. Y nunca le cuentes a ella la verdad sobre el final».

Pero, al tiempo que pensaba eso, me daba vueltas en la cabeza lo que había dicho Marian sobre mis padres. ¿Y si yo hubiese muerto allí?, me pregunté. ¿Les habría importado? Tal como habían acabado las cosas entre nosotros, me parecía que no. Recordé todo lo ocurrido entre Peter y yo, la forma en que yo había hecho el ridículo, el error que me costó quedarme sin hogar. Al fin y al cabo, ¿cuáles habían sido las palabras de mi padre cuando me marchaba? «Lo mejor para todos sería que los alemanes te mataran de un tiro nada más verte».

Peter y yo éramos amigos desde que nacimos. Siempre fuimos a todas partes juntos, hasta el día en que llegaron los Carter para desparramar muebles y alfombras en la calle y tomar posesión de la casa contigua a la tienda de mi padre y a dos puertas de la de Peter.

—Hola, chicos —nos saludó el señor Carter, un obeso mecánico de coches con vello en las orejas y asomándole del cuello de la camisa demasiado ajustada.

Tenía medio sándwich en la mano y se lo zampó mientras nos observaba chutar una pelota.

—¡Pasádmela! —exclamó desdeñando los suspiros exasperados de su esposa—. Vamos, chicos. ¡Pasádmela!

Peter se detuvo, lo miró y, con un toque sutil, envió la pelota limpiamente a sus brazos.

—Por el amor de Dios, Jack —dijo la señora Carter.

El marido se encogió de hombros y se acercó a su esposa, tan corpulenta como él, y fue en ese instante cuando apareció Sylvia. Que aquella pareja hubiese sido capaz de engendrar una criatura semejante fue toda una sorpresa.

—Debe de ser adoptada —me susurró Peter al oído—. Es imposible que sea hija suya.

Antes de que pudiera decir nada, apareció mi madre procedente del piso de arriba —debía de saber que los nuevos vecinos llegaban ese día y estaba pendiente— y entabló una conversación con los recién llegados que fue una mezcla de bienvenida y curiosidad. La rivalidad por quién tenía la suerte de vivir junto a quién había empezado ya, mientras que Sylvia se limitaba a mirarnos a Peter y a mí como si fuéramos bestias desconocidas para ella, muy distintas de los chicos que había conocido en su anterior vecindario.

—Por lo menos no va a faltarme la carne —comentó la señora Carter indicando con la cabeza nuestro escaparate, donde un par de conejos colgaban de unos ganchos de acero—. ¿Siempre los tienen de esa forma?

—¿De qué forma? —quiso saber mi madre.

—Colgados ahí fuera, a la vista de todo el mundo.

Mi madre frunció el entrecejo, preguntándose en qué otro sitio iba a exhibir su mercancía una carnicería, pero no dijo nada.

—Para serle franca —continuó la señora Carter—, me gusta más el pescado.

Aburrido por su charla, intenté que Peter siguiera jugando conmigo, pero se apartó de mí y negó con la cabeza; dejó caer la pelota para hacerla rebotar diez o doce veces en la rodilla mientras Sylvia lo observaba en silencio. Entonces la chica dejó de mirarlo y centró su atención en mí; las comisuras de sus labios se elevaron levemente, en un asomo de sonrisa, y luego se volvió para entrar en su nuevo hogar.

Y ahí acabó la cosa, por lo que a mí concernía.

Pero Sylvia no tardó en convertirse en una presencia casi constante en nuestras vidas. Peter estaba loco por ella, y quedó claro que intentar excluirla de nuestra amistad supondría que yo me quedara sin la de Peter, una idea que se me hacía muy dolorosa.

Pero entonces ocurrió algo muy extraño. Quizá fue a causa de la evidente devoción de Peter o de mi aparente indiferencia, pero Sylvia empezó a dirigirme todas sus atenciones.

—¿No deberíamos avisar a Peter? —le pregunté un día que la chica llamó a mi

puerta rebosante de ideas para divertirnos aquella tarde.

Ella negó con la cabeza.

—Hoy no, Tristan. A veces es muy aburrido.

Me ponía furioso que lo insultara de esa manera. Lo habría defendido, pero supongo que me sentía halagado por sus atenciones. Después de todo, tenía cierto aire exótico —para empezar, no había crecido en Chiswick, y tenía una tía que vivía en París— y su belleza era evidente. Todos los chicos buscaban su amistad; Peter estaba desesperado por conseguir su afecto. Sin embargo, ella había decidido depositarlo en mí. ¿Cómo no iba a sentirme halagado?

Peter advirtió que era así, por supuesto, y se volvió medio loco de celos, lo que me planteó el dilema de cómo resolver el conflicto. Lo cierto era que cuanto menos alentara a Sylvia menos posibilidades habría de que me dejara por mi amigo.

Cuando me faltaba poco para cumplir los dieciséis, mi tormento no dejaba de crecer. Mis sentimientos hacia Peter se habían vuelto más claros, era capaz de reconocer su naturaleza, y mi incapacidad de expresarlos con palabras o actuar según ellos no hacía sino aumentar su intensidad. Por las noches, yacía hecho un ovillo en la cama, debatiéndome entre avivar las más escabrosas fantasías para llenar las sombrías horas de la madrugada o apartarlas de mis pensamientos, aterrado ante lo que implicaban. Cuando se acercaba el verano y Peter y yo empezamos a ir a las islas más allá de Kew Bridge, lo animaba a jugar en la orilla buscando establecer un vínculo físico entre nosotros, pero siempre me veía obligado a apartarme en los momentos de mayor intensidad por temor a traicionarme.

Y, así, permití que Sylvia me besara bajo el castaño y traté de creer que era eso lo que yo deseaba.

—¿Te ha gustado? —preguntó ella después, medio embriagada por lo que consideraba su propio poder de seducción.

—Mucho —mentí.

—¿Quieres probarlo otra vez?

—Quizá más tarde. Aquí podría vernos alguien.

—¿Y qué si nos ven? ¿Qué más da?

—Quizá más tarde —repetí.

Supe que no era la respuesta que ella esperaba, y mi indiferencia, mi negativa a dejarme seducir, acabó por decepcionarla.

—Me voy a casa, entonces —anunció.

Se alejó a campo través, dejándome solo para rumiar mi deshonra. Supe al instante que me había quedado sin sus favores, y no me importó lo más mínimo. «Vete de aquí —pensé—. Vuelve al sitio del que viniste. Vete con tu tía a París, si quieres. Pero déjanos a todos en paz».

Y entonces, un par de días después, Peter vino a verme en estado de gran agitación.

—Tengo que preguntarte algo, Tristan —me dijo mordiéndose un labio y

conteniendo su entusiasmo—. Vas a darme una respuesta directa, ¿verdad?

—Pues claro.

—Sylvia y tú... No hay nada entre vosotros, ¿no?

Exhalé un suspiro y negué con la cabeza.

—Claro que no, ¿cuántas veces debo decírtelo?

—Bueno, tenía que preguntártelo —repuso sonriendo, incapaz de seguir ocultando la noticia—. Verás, resulta que ella y yo... bueno, que ahora somos pareja, Tristan. Todo está decidido.

Recuerdo haberme levantado y que a mi izquierda había una mesilla sobre la cual, antes de irme a la cama, mi madre me dejaba una palangana y una jarra con agua para lavarme por la mañana. Tendí una mano instintivamente para apoyarme en ella, por temor a que me flaquearan las piernas.

—No me digas —respondí mirándolo—. Vaya, qué suerte la tuya.

Me dije que aquello no era nada del otro mundo, que tarde o temprano Peter haría algún comentario estúpido que la molestaría y lo dejaría plantado; pero no, eso era imposible, pensé, pues ¿quién en su sano juicio iba a ganarse el afecto de aquella chica para luego estropearlo? No, ella lo engañaría con otro y sería él quien la plantara, y volvería conmigo y ambos diríamos que las chicas son mal asunto y que lo mejor sería quedarnos los dos solos a partir de entonces.

Por supuesto, eso no pasó. Algo más real, un verdadero romance, floreció ante mis ojos, y me dolió contemplarlo. Y fue así como cometí mi gran error, el que provocó que en el término de unas horas me expulsaran del colegio, de mi casa y de mi familia, y de la única vida que había conocido.

Era un día laborable, un jueves, y me encontré a solas con Peter en el aula del colegio, un hecho raro para entonces, pues Sylvia estaba casi siempre a su lado, o más bien él iba casi siempre pegado a ella. Estaba hablándome de la noche anterior, de cómo Sylvia y él habían paseado juntos hasta el río y, como allí nadie podía pillarlos, ella le había permitido posar la mano en su suave blusa de algodón. Para «manosearla», como lo expresó Peter.

—No me dejó llegar más allá, por supuesto. Mi Sylvia no es de esa clase de chicas. —«¡Mi Sylvia!». Esas palabras me revolvieron el estómago—. Pero dijo que igual volvemos este fin de semana, si hace sol y si encuentra alguna excusa para escapar de ese ogro que tiene por madre.

Siguió parloteando como un loro, incapaz de contenerse, tan intensos eran sus sentimientos. Fue evidente lo mucho que Sylvia significaba para él, y sin detenerme a pensar en las consecuencias de mis actos, abrumado por el ardor del deseo del propio Peter, le cogí el rostro entre las manos y lo besé.

Nuestros labios estuvieron en contacto un par de segundos, no más. Peter retrocedió en estado de *shock*, boqueando, y trastabilló mientras yo permanecía inmóvil ante él. Me miró fijamente, presa de la confusión y luego de la repulsión, se enjugó la boca con el dorso de la mano y se la miró como si yo hubiese podido

dejarle una mancha en la piel. Por supuesto, de inmediato supe que había cometido un terrible error.

—Peter —dije negando con la cabeza, dispuesto a abandonarme a su merced.

Pero era demasiado tarde: él había salido ya corriendo del aula, con la intención de poner la mayor distancia posible entre los dos, y sus botas resonaban en el pasillo.

Habíamos sido amigos desde siempre, pero después de aquello no volví a verlo jamás. Ni una sola vez.

Aquella tarde no fui a clase. Me marché a casa, donde me quejé ante mi madre de que me dolía el estómago, y sopesé la idea de coger una maleta y huir antes de que alguien pudiera descubrir lo que había hecho. Me tendí en la cama, donde las lágrimas fluyeron, y poco después me encontré en el baño, vomitando con violencia sintiendo que el sudor y la humillación se mezclaban para condenarme. Probablemente seguía allí cuando el director del colegio apareció en la carnicería, no para comprar una pierna de cordero o unas chuletas de cerdo, sino para informar a mi padre de la denuncia que se había presentado contra mí, una denuncia de la naturaleza más vil y horrenda, y para hacerle saber que ya no era bienvenido como estudiante en su escuela, y que si dependiera de él me llevaría a rastras ante los jueces con la acusación de ultraje a la moral pública.

Permanecí en mi habitación, con una curiosa calma apoderándose de mí, como si ya no habitara mi propio cuerpo. Durante un breve espacio de tiempo residí en otro plano, una presencia etérea que observaba a aquel chico desesperadamente confuso sentado en el borde de la cama, ajeno al mundo pero interesado en descubrir qué ocurriría entonces.

Aquel mismo día me echaron de casa, y al cabo de unas semanas la mayor parte de los cardenales y contusiones infligidos por mi padre empezaron a sanar y las cicatrices en la espalda ya no me dolían tanto. De nuevo era capaz de abrir el ojo izquierdo y ver normalmente.

No protesté cuando me echaron a patadas a la calle, donde la señora Carter me observó mientras regaba las hortensias y negaba con la cabeza, decepcionada porque la vida la hubiese llevado hasta allí, pues en el fondo del corazón sabía que había nacido para cosas mejores.

—¿Va todo bien, Tristan? —preguntó.

La casa del pastor me pareció salida de una postal. Estaba situada al fondo de un callejón sin salida, conectada a él por un corto sendero flanqueado por árboles que ya empezaban a mudar las hojas, y las ventanas estaban rodeadas por un exuberante despliegue de hiedra verde. Eché un vistazo al immaculado jardín delantero, con hileras de helechos y arriates de flores y un rincón de rocalla. Se trataba de un lugar idílico, y ofrecía un crudo contraste con el piso de encima de la carnicería donde yo había pasado mis primeros dieciséis años.

En el vestíbulo, un perrito corrió hacia mí con expresión inquisitiva. Cuando me agaché para darle unas palmaditas se levantó sobre las patas de atrás para ponerme

las delanteras en las rodillas y aceptar todas las caricias que estuviera dispuesto a hacerle, meneando la cola de alegría.

—*Bobby*, abajo —ordenó Marian—. No te dan miedo los perros, ¿verdad, Tristan? Leonard no soportaba tener uno cerca.

La miré y solté una breve risa; *Bobby* no era una presencia muy intimidante que digamos.

—No, en absoluto. Aunque en casa nunca tuvimos ninguno. ¿De qué raza es, por cierto? ¿Spaniel?

—Bueno, sí, es un *king charles*. Ahora ya está un poco viejo, tiene casi nueve años.

—¿Era de Will? —quise saber.

Me sorprendía no haberle oído mencionar nunca el nombre de *Bobby*. Algunos soldados del frente hablaban con más cariño de sus perros que de sus familias.

—No, en realidad no. Si es de alguien, es de mi madre. Límitate a ignorarlo y acabará por dejarte en paz. Pasemos a la sala de estar, le haré saber a mi madre que estás aquí.

Abrió una puerta que daba a un agradable salón. Entré, seguido por *Bobby*, y miré alrededor. Era tan confortable como esperaba, y la firmeza de los sofás sugería que se destinaba probablemente a visitantes especiales, categoría en la que, por lo visto, yo encajaba. Bajé la vista y descubrí que el perro me olisqueaba los tobillos. Lo miré y paró de hacerlo de inmediato; se sentó en el suelo y me observó, no muy seguro aún de si aprobaba o no mi presencia. Ladeó la cabeza a la izquierda, como si estuviera decidiéndolo, y empezó de nuevo el proceso de intentar subírseme encima.

—Señor Sadler —saludó la señora Bancroft al entrar. Parecía un poco nerviosa—. Qué amable al venir a vernos. Estoy segura de que está usted muy ocupado. Baja de ahí, *Bobby*.

—Es un placer —mentí con una sonrisa, y me alegré cuando Marian entró detrás de su madre con una bandeja. Más té.

—Me temo que mi marido no ha llegado todavía. Me prometió que vendría, pero a veces los feligreses lo distraen por el camino. Sé que está deseando conocerlo.

—No se preocupe —repuse.

Me sentí un poco inquieto al ver las tazas de porcelana fina que estaban disponiendo en la mesa, con sus diminutas asas. Desde que la madre de Will había hecho su aparición, el índice de mi mano derecha se había puesto a temblar sin control, y temí que al intentar beber de una taza acabara derramándome el contenido en la camisa.

—Estoy segura de que no tardará —musitó la madre dirigiendo una rápida mirada a la ventana, como si eso fuera a asegurar la puntual llegada de su marido.

Se parecía mucho a su hija: era una mujer atractiva de cincuenta y pocos años, serena, bien vestida, elegante.

—¿Han pasado un día agradable? —preguntó por fin, como si la mía fuera una

visita social.

—Muy agradable, gracias. Marian me ha enseñado un poco la ciudad.

—Me temo que no hay gran cosa que ver —contestó la señora—. Estoy segura de que un londinense como usted nos encontrará terriblemente aburridos.

—En absoluto —dije, oyendo a Marian suspirar en la butaca junto a la mía.

—¿Por qué dices esas cosas, mamá? ¿Por qué tenemos que considerarnos siempre inferiores a los que viven en la gran ciudad?

La señora Bancroft la miró y luego se dirigió a mí con una sonrisa.

—Tendrá que disculpar a mi hija. A veces se solivianta por los detalles más insignificantes.

—No me he soliviantado —intervino Marian—. Es solo que... Oh, qué más da. Sencillamente me irrita que siempre estemos rebajándonos de esta manera, nada más.

Capté cierto aire de adolescente irritada en Marian; se la veía distinta de la joven segura de sí con la que había pasado la mayor parte del día. Eché un vistazo al aparador, donde había unos retratos de Will, tomados en distintos momentos de su vida. En el primero aparecía de niño, mofletudo, sonriente y vestido de futbolista; en el siguiente se lo veía algo mayor y se daba media vuelta, como si lo hubiesen pillado por sorpresa. Y en la tercera fotografía se alejaba de la cámara, las manos en los bolsillos y la cabeza gacha.

—¿Le gustaría verlas más de cerca? —preguntó la señora Bancroft advirtiendo mi interés.

Asentí con la cabeza y me acerqué al aparador, donde las cogí una por una para examinarlas. Tuve que contenerme para no acariciar con un dedo el óvalo de su rostro.

—Ya veo que no tiene fotografías de Will vestido de uniforme.

—No —respondió la señora Bancroft—. Antes tenía una. De cuando se alistó, quiero decir. Estábamos muy orgullosos de él, así que me pareció lo correcto. Pero luego la quité. No quiero que me recuerden esa parte de su vida, ¿sabe? Está en un cajón en algún sitio, pero...

Dejó la frase en suspenso y yo no insistí. Me había equivocado al hacer aquel comentario. Sin embargo, al cabo de unos instantes me fijé en otro retrato, en esta ocasión de un hombre de uniforme, aunque no se parecía a los que habíamos llevado Will o yo. Tenía una expresión plácida, como resignado al destino que lo aguardaba, y un bigote bastante llamativo.

—Mi padre —declaró la señora Bancroft, cogiendo el retrato del aparador para observarlo con un asomo de sonrisa. Su otra mano me rozó el brazo, un gesto involuntario que me proporcionó consuelo—. Ni Marian ni Will lo conocieron, por supuesto. Combatió en la primera guerra del Transvaal.

—Ya —repuse asintiendo.

Cuando era pequeño, la guerra de los Bóers y su predecesora conformaban los recuerdos de grandes conflictos de la generación de mis padres, y aún se hablaba de

ellas con frecuencia. Todo el mundo tenía un abuelo o un tío que había combatido en Ladysmith o Mafeking, que había perdido la vida en las escarpadas laderas de los Drakensberg o encontrado un espantoso final en las contaminadas aguas del Modder. La gente se refería a los bóers, una gente que había decidido no dejarse invadir por conquistadores del otro hemisferio, como el gran enemigo del pueblo británico, y a su guerra como nuestro último gran conflicto. Una amarga ironía, supongo.

—Apenas conocí a mi padre —explicó la señora Bancroft en voz baja—. Solo tenía veintitrés años cuando lo mataron, ¿sabe?, y yo tenía tres. Mi madre y él se casaron jóvenes. No conservo muchos recuerdos de él, pero los que conservo son felices.

—Estas malditas guerras tienen la costumbre de llevarse a todos los hombres de nuestra familia —comentó Marian desde su butaca.

—¡Marian! —exclamó la señora Bancroft lanzándome una rápida mirada, como si pudiese haberme ofendido.

—Bueno, es la verdad, ¿no? —insistió su hija—. Y no solo a los hombres, además. Mi abuela, me refiero a la materna, murió también en la guerra del Transvaal.

Enarqué una ceja, pensando que debía de estar confundida al respecto.

—No seas ridícula, Marian —la increpó la señora Bancroft volviendo a dejar el retrato para mirarme con inquietud—. Mi hija es una mujer liberada, señor Sadler, y no estoy segura de que eso sea bueno del todo. Por mi parte, nunca he tenido el menor interés en liberarme. —Volví a acordarme de la señora Wilcox y su incómodo discurso en el almuerzo con los Schlegel.

—De acuerdo, no la mataron en el Transvaal exactamente —admitió Marian cediendo un poco—. Pero no sobrevivió a la muerte de mi abuelo.

—¡Marian, por favor! —le rogó su madre.

—Bueno, ¿por qué no debe enterarse? No tenemos nada que ocultar. Mi abuela, Tristan, descubrió que no era capaz de vivir sin mi abuelo y se suicidó.

Aparté la mirada, pues no quería verme incluido en semejantes confidencias.

—No es algo de lo que vayamos hablando alegremente —explicó la señora Bancroft con tono apesadumbrado—. Mi madre era muy joven cuando lo mataron. Y solo tenía diecinueve años cuando yo nací. Imagino que no pudo con la responsabilidad y la pena. Nunca la he culpado por ello, por supuesto. He intentado comprenderlo.

—Pero no hay motivo alguno para culparla, señora Bancroft —intervine—. Esa clase de cosas constituyen tragedias. Nadie comete un acto así porque quiera hacerlo; lo comete porque está enfermo.

—Sí, supongo que tiene razón —admitió volviendo a sentarse—. Pero en aquella época fue un motivo de deshonor para nuestra familia, una terrible ironía después de que mi padre nos hiciera sentir tan orgullosos con sus hazañas militares.

—¿No te parece curioso, Tristan —preguntó Marian—, que la muerte de un



soldado nos parezca motivo de orgullo en lugar de una deshonra nacional? Para empezar, el conflicto del Transvaal no era lo que se dice asunto nuestro.

—Mi padre cumplió con su deber, eso es todo —dijo la señora Bancroft.

—Sí, y le sirvió de mucho, desde luego —comentó Marian con ironía.

Se levantó para acercarse a la ventana, desde donde contempló las dalias y los crisantemos que su madre había plantado en pulcras hileras en los extremos del jardín.

Volví a sentarme, deseando que no me hubiesen llevado hasta allí. Me sentía como si hubiese salido a escena en medio de una obra dramática en la que el resto de los personajes estaban enzarzados en una batalla desde hacía varios años, pero que solo entonces, a mi llegada, podía alcanzar el clímax.

Oí abrirse la puerta de entrada y volver a cerrarse. El perro se sentó de inmediato, alerta ante una presencia familiar, y tuve la sensación de que quien acababa de llegar titubeaba antes de aparecer.

—Señor Sadler —saludó el reverendo Bancroft cuando entró en la habitación; me tomó la mano entre las suyas y la sostuvo mirándome a los ojos—. Nos alegra que haya podido visitarnos.

—Me temo que no podré quedarme mucho rato —repuse.

Fui consciente de que era una grosería responderle así de entrada, pero no me importó. Tenía la sensación de haber pasado ya suficiente tiempo en Norwich y anhelaba volver a la estación, a Londres y a la soledad de mi casa.

—Sí, lo siento, me he retrasado —contestó mirando el reloj—. Tenía intención de estar aquí antes de las cuatro, pero debía atender asuntos en la parroquia y el tiempo pasó volando. Confío en que mi esposa y mi hija lo hayan entretenido.

—No ha venido para que lo entretengan, papá —dijo Marian, de pie en el umbral con los brazos cruzados—. Y dudo mucho que lo hayamos logrado.

—Estaba a punto de preguntarle al señor Sadler por las cartas —intervino la señora Bancroft, y como todos nos volvimos para mirarla, añadió—: Dice mi hija que obran en su poder ciertas cartas.

—Así es —contesté, agradecido por el cambio de tema y hurgando en el bolsillo—. Debería habértelas dado antes, Marian; después de todo, constituían el objeto de mi visita.

Dejé el paquete sobre la mesa. Marian miró los sobres sujetos con cinta roja, con su pulcra caligrafía visible en el anverso del primero, pero no hizo ademán de cogerlas. Su madre tampoco; se limitó a seguir sentada, mirándolas como si fuesen bombas que pudiesen explotar si las trataba con torpeza.

—¿Me disculpáis un momento? —preguntó Marian por fin, y salió de la habitación, dándome la espalda en todo momento, con *Bobby* precipitándose tras ella en busca de aventura.

Sus padres la observaron marcharse con expresiones estoicas y tristes.

—Nuestra hija puede parecer un poco crispada en ocasiones, señor Sadler —dijo

la señora Bancroft mirándome con pesar—. En especial cuando está conmigo. Pero quería muchísimo a su hermano. Siempre estuvieron muy unidos. Su muerte la ha afectado terriblemente.

—A mí no me ha parecido crispada —repuse—. Solo la conozco hace unas horas, por supuesto. Pero, aun así, puedo entender el dolor y la pena que siente.

—Ha sido muy difícil para ella —continuó la señora—. Lo ha sido para todos, desde luego, pero cada uno se enfrenta a la adversidad a su manera, ¿no le parece? Mi hija tiene una forma muy contundente de expresar su dolor, mientras que yo prefiero no permitir que afloren mis emociones. No sé si eso es bueno o malo, es simplemente la forma en que me educaron. Mi abuelo se ocupó de mí, ¿sabe?, cuando mis padres murieron. Era viudo, el único pariente que me quedaba. Pero no era un hombre emotivo, nadie podría haberlo acusado de serlo. Y supongo que me crió de la misma manera. Mi marido, en cambio, suele mostrar abiertamente sus sentimientos. Lo admiro por ello, señor Sadler. He tratado de aprender de él a lo largo de los años, pero no me ha servido de mucho. Creo que la persona adulta en que nos convertimos se forma en la infancia y no hay modo de evitarla. ¿No está de acuerdo?

—Quizá. Aunque podemos luchar contra eso, ¿no cree? Podemos intentar cambiar.

—¿Y contra qué lucha usted, señor Sadler? —preguntó su marido quitándose las gafas para limpiar los cristales con el pañuelo.

Aparté la vista y respiré hondo.

—La verdad, señor, es que estoy cansado de luchar y preferiría no tener que volver a hacerlo nunca más.

—No tendrá que hacerlo —intervino la señora Bancroft frunciendo el entrecejo—. La guerra ha terminado por fin.

—Supongo que no tardará en haber otra —repuse con una sonrisa—. Suele pasar. En lugar de contestar, la señora Bancroft se inclinó para cogerme la mano.

—Nuestro hijo tenía muchas ganas de alistarse —me contó—. Quizá cometí un error al alentarle teniendo a la vista el retrato de su abuelo durante todos estos años.

—No, no fue un error, Julia —intervino el reverendo—. Siempre te has sentido orgullosa del sacrificio de tu padre.

—Sí, lo sé, pero a William siempre lo fascinó esa historia, he ahí el problema. Hacía preguntas, quería saber más cosas sobre él. Le conté todo lo que pude, claro, pero la verdad es que sabía muy poco. Y sigo sabiendo muy poco. Pero a veces me inquieta que fuera culpa mía que William se alistara de aquella manera. Podría haber esperado hasta que lo llamaran a filas.

—De todos modos, habría sido tan solo cuestión de tiempo —dije—. No habría cambiado las cosas.

—Pero habría formado parte de otro regimiento —insistió ella—. Lo habrían mandado al frente un día distinto. El curso de su vida podría haber cambiado. Quizá seguiría con vida, como usted.

Retiré la mano y miré hacia otro lado. En aquellas últimas palabras había una acusación que me llegó al alma.

—Entonces, ¿conocía bien a nuestro hijo, señor Sadler? —preguntó el reverendo al cabo de unos instantes.

—Así es, señor.

—¿Eran amigos?

—Buenos amigos. Asistimos juntos al campamento en Aldershot y...

—Sí, sí —me interrumpió con un ademán de impaciencia—. ¿Tiene usted hijos, señor Sadler?

—No —contesté, un poco sorprendido ante la pregunta—. No estoy casado.

—¿Le gustaría tenerlos? —quiso saber el reverendo—. Algún día, quiero decir.

—No lo sé. —Me encogí de hombros, incapaz de mirarlo a los ojos—. No me he detenido a pensarlo.

—Un hombre debería tener hijos —insistió—. Estamos aquí para propagar la especie.

—Ya hay muchos hombres que ponen de su parte en ese sentido —repuse a la ligera—. Compensan lo que no hacen los vagos como yo.

El reverendo frunció el entrecejo, y advertí que no le había gustado la frivolidad de mi comentario.

—¿Es eso usted, señor Sadler? —preguntó—. ¿Un vago?

—No, no lo creo. Puse mi granito de arena.

—Por supuesto que lo hizo —repuso él asintiendo—. Y aquí está, sano y salvo en casa otra vez.

—Que no me mataran no significa que no combatiera —dije, molesto por su tono—. Todos luchamos. Estuvimos en sitios espantosos. Fuimos testigos de cosas horribles. Jamás las olvidaremos. En cuanto a las cosas que hicimos... bueno, difícilmente podría contárselas.

—Pero debe contármelas —dijo inclinándose hacia mí—. ¿Sabe dónde estaba hace un rato? ¿Sabe por qué he llegado tarde? —Negué con la cabeza—. Pensaba que igual había oído nuestra conversación. Me refiero a esta mañana, en la catedral.

Bajé la cabeza y noté que las mejillas se me teñían de rubor.

—De modo que me ha reconocido. Me preguntaba si lo habría hecho.

—Sí, de inmediato. Al verlo marcharse, tuve una idea muy clara de quién era. Mi hija me había avisado ya de su inminente visita, de modo que lo tenía muy presente. Y es de la edad de William. Por no mencionar que he tenido la certeza de que había tomado parte en la guerra.

—Es evidente, ¿no?

—Es como si no estuviera convencido de que el mundo al que ha regresado es el mismo que dejó atrás. Lo veo en los rostros de los muchachos en la parroquia, los que volvieron a casa, esos con quienes trabaja Marian. Verá, resulta que para algunos de ellos soy una especie de consejero, y no solo en cuestiones espirituales. Acuden a mí

en busca de una paz que, mucho me temo, no estoy en condiciones de proporcionarles. A veces pienso que muchos de ellos creen haber muerto allí y que esto de ahora es alguna clase de sueño extraño. O el purgatorio; incluso el infierno. ¿Tiene eso sentido para usted, señor Sadler?

—Un poco —admití.

—Yo nunca he combatido, por supuesto —continuó—. No sé nada sobre esa vida. He llevado una existencia pacífica, en la iglesia y aquí con mi familia. Estamos acostumbrados a que la generación de nuestros mayores mire por encima del hombro a los jóvenes y les diga que no saben nada del mundo, pero ahora las cosas han cambiado un poco, ¿no le parece? Es su generación la que comprende la crueldad del hombre, no la nuestra. Son los muchachos como usted quienes tienen que vivir con lo que han visto y han hecho. Se han convertido en la generación de las respuestas, mientras que sus mayores no pueden más que observarlos y cuestionarse cosas.

—Estaba hablando usted de esta tarde —dije arrellanándome de nuevo en la butaca—. Quería contarme dónde ha estado.

—Con un grupo de feligreses —repuso con una sonrisa amarga—. Verá, tienen el proyecto de erigir un monumento a todos los muchachos de Norwich caídos en la guerra. Alguna clase de estructura de piedra con los nombres de cada muchacho. En la mayor parte de las ciudades inglesas están haciendo lo mismo, debe de haber oído hablar de ello.

—Por supuesto —repuse.

—Y la mayoría de las veces se organiza a través de la iglesia. El consejo parroquial se ocupa de las campañas de recaudación de fondos. Contratamos a un escultor para que proponga una serie de diseños y elegimos uno; se redacta la lista de todos los caídos y, en un taller en alguna parte, un hombre se sienta en un taburete de tres patas ante una mole de piedra. Armado con martillo y cincel, la talla para conmemorar a todos esos chicos que perdimos. Hoy era el día que se tomaban las decisiones definitivas sobre el asunto. Y yo, como pastor, tenía que estar presente.

—Ah —me limité a decir, porque empezaba a ver adónde quería llegar.

—¿Puede comprender cómo lo hace sentir eso a uno, señor Sadler? —me preguntó con lágrimas en los ojos.

—Por supuesto que no —contesté.

—¿Que le digan que su propio hijo, que ha dado la vida por su país, no puede estar representado en la piedra por su cobardía, por su falta de patriotismo, por su traición? ¿Oír esas palabras referidas al muchacho que uno ha criado, al que ha llevado a hombros en los partidos de fútbol, al que ha alimentado, bañado y educado? Es una monstruosidad, señor Sadler, eso es. Una monstruosidad.

—Lo lamento muchísimo —dije, consciente de hasta qué punto eran inútiles mis palabras.

—¿Y de qué sirve lamentarlo? ¿Va a devolverme eso a mi hijo? Un nombre en una piedra no significa nada en realidad, pero aun así significa algo. ¿Tiene sentido?

—Sí, por supuesto. Debe de ser difícil soportar algo así.

—Nuestra fe nos sostiene —intervino la señora Bancroft.

Su marido le dirigió una mirada severa que me sugirió que no estaba del todo convencido de que fuera ese el caso.

—Me temo que yo no sé gran cosa al respecto —dije.

—¿No es usted un hombre religioso, señor Sadler? —me preguntó el pastor.

—No. En realidad no.

—Desde la guerra, me encuentro con que los jóvenes se acercan más a Dios o bien se alejan de él por completo —repuso negando con la cabeza—. Y eso me confunde, porque no sé cómo aconsejarlos. Me temo que con la edad estoy perdiendo facultades.

—¿Es duro ser sacerdote? —quise saber.

—Probablemente no más que cualquier otro empleo. Hay días en que uno tiene la sensación de estar haciendo el bien, y otros en que te parece que no le sirves de nada a nadie.

—¿Y cree usted en el perdón? —pregunté.

—Creo que hay que pedirlo, sí. Y creo que hay que concederlo. ¿Por qué, señor Sadler? ¿Qué necesita usted que le perdonen?

Negué con la cabeza y miré a otro lado. Me dije que podía quedarme en aquella casa el resto de mi vida y aun así nunca sería capaz de mirar a los ojos a aquel hombre o a su esposa.

—La verdad es que no sé por qué lo ha traído aquí Marian —continuó cuando quedó claro que no iba a responderle—. ¿Lo sabe usted?

—Ni siquiera sabía que planeaba hacerlo. No hasta que estábamos ahí fuera en la calle. Supongo que le habrá parecido buena idea.

—Pero ¿para quién? Oh, por favor, no me malinterprete, señor Sadler, no pretendo que no se sienta bienvenido, pero usted no puede hacer nada para devolvernos a nuestro hijo, ¿no es así? De hecho, no es más que un recordatorio de lo que tuvo lugar en Francia.

Asentí con la cabeza, reconociendo que esa era la verdad.

—Pero sabrá usted que hay personas, y nuestra hija es una de ellas, que tienen que hurgar y hurgar sin descanso en busca de la razón por la que ocurren las cosas. Yo no soy una de esas personas, ni creo que mi mujer lo sea. Después de todo, saber el porqué no cambia un ápice las cosas. Quizá simplemente buscamos a quién echarle la culpa. Al menos... —Titubeó un instante y me sonrió—. Me alegro de que haya sobrevivido, señor Sadler. Se lo digo de verdad. Parece usted un buen muchacho. Sus padres deben de haberse alegrado mucho de recuperarlo sano y salvo.

—Bueno, no sé si ha sido así —repuse encogiéndome de hombros.

Su esposa se mostró impresionada.

—¿Qué quiere decir? —preguntó alzando la mirada.

—Solo que no estamos muy unidos. —Lamentaba haber sacado siquiera el tema

—. No tiene importancia, en realidad no es algo que...

—Pero eso es ridículo, señor Sadler —respondió poniéndose en pie para mirarme con los brazos en jarras.

—Bueno, no es así por decisión mía —expliqué.

—Pero ¿saben que está bien? ¿Que está vivo?

—Creo que sí. Les he escrito, por supuesto. Pero nunca he recibido respuesta.

Me miró con absoluta perplejidad.

—A veces no consigo entender cómo funciona el mundo, señor Sadler —dijo, y la voz se le quebró un poco—. Sus padres tienen un hijo que está vivo, pero al que no ven. Yo tengo un hijo al que desearía ver, pero que está muerto. En cualquier caso, ¿qué clase de gente son? ¿Monstruos?

Pasé la última semana antes de Aldershot debatiéndome entre visitar a mi familia o no hacerlo. Parecía perfectamente posible que perdiera la vida en el frente, y aunque llevábamos más de dieciocho meses sin hablarnos, sentía que podía haber probabilidades de reconciliación ante un futuro tan aciago. Y, así, decidí hacerles una visita la víspera de mi marcha al campamento. Llegué a la estación de Kew Bridge una gélida tarde de miércoles y me abrí paso hacia la calle principal de Chiswick.

Las calles se me mezclaban unas con otras con una combinación de familiaridad y distancia; fue como si hubiese soñado aquel lugar pero se me permitiera visitarlo una vez más en estado de vigilia. Me sentía extrañamente tranquilo, y lo achaqué al hecho de que allí había sido feliz de niño. Cierto que mi padre se había mostrado frecuentemente violento conmigo, pero no era nada fuera de lo corriente; después de todo, no era más violento que los padres de muchos de mis amigos. Y mi madre siempre había sido una presencia amable en mi vida, por distante que fuera. Tenía la sensación de que me gustaría volver a verla. Achacaba su negativa a verme o responder a mis cartas a la insistencia de mi padre en que cortara de raíz toda comunicación conmigo.

Al acercarme a mi casa, sin embargo, empecé a sentirme nervioso. Las tiendas, con la carnicería de mi padre al fondo, aparecieron ante mi vista. Junto a ellas se alzaban las casas de las familias de Sylvia y Peter. Se hacía fácil distinguir el piso donde había crecido, y titubeé; me senté en un banco unos minutos y saqué un cigarrillo del bolsillo para hacer acopio de valor.

Consulté el reloj, preguntándome si no debería olvidarme de todo el asunto y coger el siguiente autobús de vuelta a mi tranquilo hogar en Highgate, donde daría cuenta de una solitaria cena y me concedería una buena noche de sueño antes de que el tren del día siguiente me condujera a mi nueva vida de soldado; había tomado ya la decisión de hacer eso, y hasta me había puesto en pie para dar media vuelta y echar a andar hacia Kew, cuando choqué con alguien que caminaba hacia mí y que, a causa de la sorpresa, dejó caer al suelo la cesta que llevaba.

—Oh, perdón. Lo lamento —dije agachándome a recoger unas manzanas, una botella de leche y un envase de huevos, por suerte intactos—. No miraba por dónde

iba.

Alcé la vista al advertir que la persona no respondía, y me quedé perplejo al comprobar a quién tenía delante.

—Sylvia —dije.

—¿Tristan? —repuso ella mirándome fijamente—. No puedes ser tú.

Me encogí de hombros, y ella apartó la vista un instante, dejó la cesta en el banco y se mordió el labio. Sus mejillas mostraban cierto rubor; quizá se sentía avergonzada o confusa. Yo no sentí ninguna clase de vergüenza, pese a lo que Sylvia sabía sobre mí.

—Me alegro de verte —dije por fin.

—Y yo a ti —contestó tendiéndome con torpe formalidad una mano, que le estreché—. Apenas has cambiado.

—Espero que eso no sea verdad —repuse—. Ha pasado un año y medio.

—No me digas.

—Sí —contesté, observándola.

Advertí ciertos cambios. Seguía siendo una belleza, cómo no, incluso más ahora, a los diecisiete, que a los quince, pero eso era de esperar. Llevaba el cabello rubio luminoso suelto sobre los hombros. Tenía una figura esbelta e iba vestida con ropa que le sentaba bien. El pintalabios rojo le daba un aire exótico, y me pregunté de dónde lo habría sacado; mis colegas de trabajo en la empresa de construcción andaban siempre a la busca de pintalabios o medias para sus novias, pues era difícil dar con esa clase de lujos.

—Bueno, esto es un poco incómodo, ¿no? —comentó al cabo de una pausa, y la admiré por no fingir lo contrario.

—Sí, un poco.

—¿Nunca has deseado que la tierra se abriese y te tragara?

—A veces —admití—. Pero ya no me pasa tanto como antes.

Consideró mis palabras, quizá preguntándose qué había querido decir exactamente, algo que ni yo mismo sabía.

—Bueno, ¿y cómo estás? —quiso saber—. Tienes buen aspecto.

—Estoy bien. ¿Y tú?

—Trabajo en una fábrica, ¿puedes creerlo? —me confesó con una mueca—. ¿A que nunca hubieras esperado que acabara de empleada en una fábrica?

—Tú no has acabado aún de nada. Solo tenemos diecisiete años.

—Es odioso, pero me da la sensación de que tengo que hacer algo.

—Ya.

—¿Y tú? —preguntó con cautela—. ¿Aún no vas a...?

—Mañana por la mañana. A primera hora. A Aldershot.

—Oh, conozco a unos cuantos que estuvieron allí. Dicen que no está tan mal.

—No tardaré en averiguarlo por mí mismo —repuse.

Me pregunté cuánto tiempo íbamos a seguir así. Me parecía una escena falsa e

incómoda, y sospechaba que a ambos nos habría gustado bajar la guardia y hablarnos sin tapujos.

—Supongo que has vuelto para ver a tu familia, ¿no? —preguntó.

—Sí. He pensado que haría bien en verlos antes de marcharme; después de todo, podría ser la última vez.

—No digas eso, Tristan —repuso tendiendo una mano para tocarme el brazo—. Da mala suerte. No seas gafe.

—Lo siento. Solo quería decir que volver me parecía lo correcto. Ha pasado... bueno, ya te he dicho cuánto tiempo ha pasado.

Pareció incómoda.

—¿Nos sentamos un momento? —preguntó mirando el banco; me encogí de hombros y nos sentamos uno junto a otro—. Quise escribirte. Bueno, al principio no, pero sí después, cuando comprendí lo que te habíamos hecho.

—Difícilmente fue culpa tuya.

—No, pero yo tuve algo que ver. ¿Recuerdas aquella vez que nos besamos bajo el castaño?

—Como si fuera ayer —contesté con una sonrisita, y a punto estuve de reír—. No éramos más que unos críos.

—Es posible —repuso ella sonriendo a su vez—. Pero tú me gustabas mucho.

—¿De verdad?

—Oh, sí. Me pasaba la vida pensando en ti.

Consideré sus palabras. Me parecía muy extraño oírle decir aquello.

—Siempre me sorprendió que no te gustara más Peter —comenté.

—No sé por qué. Quiero decir, era encantador, y le tenía mucho cariño, pero solo salí con él porque tú me rechazaste. Qué absurdo parece todo ahora, ¿verdad? Y qué trivial, la forma en que nos comportamos. Pero en aquel entonces parecía muy importante. Supongo que en eso consiste hacerse mayor.

—Sí —contesté; todavía me asombraba que yo pudiera gustarle más que Peter, me asombraba que pudiera pasarle a cualquiera—. ¿Y Peter? —pregunté con vacilación—. ¿Sigue estando...?

—Oh, no. Se fue hace unos ocho meses, creo. Está recibiendo adiestramiento para entrar en la marina, ¿no te has enterado? Veo a su madre de vez en cuando, y me dice que le va bien. Ahora solo hay chicas por aquí, Tristan; es aterrador. Si te quedas, tendrás donde elegir.

En cuanto hubo pronunciado esas palabras, advertí que lamentaba haberlas dicho, porque se puso colorada y miró hacia otro lado, sin saber cómo deshacer el entuerto. Yo también me sentí avergonzado y no fui capaz de mirarla.

—Tengo que hacerte una pregunta —declaró por fin—. Todo aquel asunto entre Peter y tú... no fue lo que dijeron, ¿verdad?

—Bueno, eso depende —repuse—. ¿Qué dijeron?

—Peter... bueno, él me contó algo. Algo que tú hiciste. Le dije que tenía que



haberse equivocado, que no podía ser, pero insistió en que...

—Te dijo la verdad —reconocí en voz baja.

—Oh. Ya veo.

No sabía cómo explicárselo, ni siquiera estaba seguro de querer hacerlo o de que hiciera falta, pero llevaba tanto tiempo sin hablar de aquello que sentí el repentino impulso de contárselo, y me volví hacia ella.

—Él no tuvo nada que ver con eso, ¿sabes? —expliqué—. Jamás habría sentido lo mismo. Pero siempre había estado ahí; en mis pensamientos, quiero decir. En ese aspecto siempre ha habido algo en mí que no funciona bien.

—¿Algo que no funciona bien? ¿Es así como lo ves?

—Sí, claro —repuse, como si fuera lo más obvio del mundo—. ¿Tú no?

—No lo sé. No estoy segura de que tenga tanta importancia. Hace poco me enamoré de alguien totalmente inadecuado. Se deshizo de mí en cuanto hubo conseguido lo que quería. Dijo que yo no tenía madera de esposa, sea lo que sea eso.

Reí un poco.

—Perdona. Así pues, ¿tú y Peter...?

—Oh, no —interrumpió negando con la cabeza—. Eso apenas duró más allá de tu marcha. Peter no podía reemplazarte, esa es la pura verdad. Y, una vez te fuiste, no le vi sentido a seguir con él. Solo lo hacía para volverte loco de celos, aunque no me sirvió de mucho.

—Me dejas atónito, Sylvia —dije incrédulo.

—Eso te pasa porque no puedes entender que alguien no considerara a Peter el no va más. En realidad, era bastante egoísta. Y mezquino. Eras amigos íntimos, y en cuanto comprendió lo que tú... lo que tú sentías realmente, se deshizo de ti como si fueras una patata caliente. Y después de tantos años, encima. Repugnante.

Me encogí de hombros. Mis sentimientos por Peter no se habían evaporado del todo, aunque al menos ahora los reconocía como lo que eran: un enamoramiento adolescente. Aun así, detestaba pensar en él en ese contexto. Me gustaba creer que seguía siendo mi amigo, en algún lugar del mundo, y que si volvíamos a encontrarnos, lo que esperaba que sucediese algún día, toda la enemistad pasada quedaría olvidada. Por supuesto, nunca ocurrió.

—En cualquier caso —continuó Sylvia—, Peter lo encajó muy mal. Me persiguió durante meses, hasta que mi padre tuvo que tomar cartas en el asunto. Entonces no quiso volver a hablarme. Sin embargo, lo vi justo antes de que se marchara y mantuvimos una charla decente, pero ya no fue lo mismo. El problema fue que, para los tres, las cosas nunca funcionaron como debían, ¿no? Él me amaba a mí, pero yo no sentía lo mismo. Yo te amaba a ti, y tú no estabas interesado en mí. Y tú...

—Sí, yo —interrumpí volviendo la cara para no mirarla.

—¿Hay alguien ahora en tu vida? —quiso saber.

La miré de nuevo, sorprendido de que fuera tan atrevida. No conseguí imaginar a nadie más haciendo una pregunta tan escandalosa.

—No —me apresuré a responder—. No, por supuesto que no.

—¿Por qué «por supuesto»?

—Sylvia, por favor —repuse con irritación—. ¿Cómo va a haber alguien? Siempre estaré solo.

—Pero eso no lo sabes, Tristan. Y no debes decirlo. Podría aparecer alguien y...

Me levanté de un salto y me soplé en los puños; había cogido frío, allí sentado. Estaba cansado de aquella conversación. No quería que me tratara con condescendencia.

—Debo marcharme —dije.

—Sí, claro —contestó levantándose a su vez—. Espero no haberte molestado.

—No. Pero aún tengo que pasar por la carnicería y después volver a casa. Me queda mucho por hacer antes de mi partida de mañana.

—Muy bien —repuso ella inclinándose para darme un leve beso en la mejilla, y añadió—: Cuídate mucho, Tristan. Y sobrevive, ¿me oyes?

Sonreí y asentí con la cabeza. Me gustó su forma de expresarlo. Me volví y miré calle abajo, hacia la tienda de mi padre, y vi a un viejo cliente salir con una bolsa de carne bajo el brazo.

—Bueno —dije—. Vamos a ver qué pasa. Espero que al menos uno de los tres esté contento de verme.

Cuando me oyó decir eso, una nube oscureció su rostro. Su expresión se tornó confusa; luego pareció hacérsele la luz, y entonces puso cara de espanto. La miré fijamente, con la sonrisa desvaneciéndose en mi rostro.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Qué pasa?

—¿Uno de los tres? —repitió—. Oh, Tristan...

De forma inesperada, me atrajo de nuevo hacia sí, haciéndome recordar aquella tarde bajo el castaño, cuando me había besado y yo había fingido amarla.

No había clientes en la carnicería, y nadie al otro lado del mostrador. Lo lógico habría sido que para entonces tuviera el estómago totalmente revuelto, pero no sentía nada. Como mucho, quizá, cierta sensación de liberación. Reconocí el olor de inmediato, la mezcla acre de carne, sangre y desinfectante, que me devolvió a mi infancia. Cerré los ojos un instante y me vi de niño, bajando a la carrera la escalera de atrás que daba a la cámara frigorífica un lunes por la mañana, momento en que el señor Gardner llegaba con las reses en canal que mi padre trocearía durante la semana para sus clientes, sin perder nunca un solo pedazo pero sin escatimar tampoco con el peso. Fue de esa misma cámara de donde emergió mi padre mientras yo recordaba eso, cargado con una bandeja de chuletas de cerdo, y cerró la puerta detrás de sí con el hombro.

En un extremo del mostrador, lejos del alcance de los clientes, vi su gran variedad de cuchillos de deshuesar y trinchar, pero aparté la mirada, no fueran a darme ideas raras.

—Enseguida lo atiendo, señor —dijo mi padre sin apenas mirar hacia mí.

Abrió la puerta de cristal de la vitrina, pero antes de dejar la bandeja en un espacio vacío titubeó un brevísimo instante. Luego volvió a cerrar, alzó la vista y tragó saliva, recobrando la calma; dicho sea en su honor, pareció quedarse sin habla.

Nos miramos. Busqué en su rostro indicios de remordimiento, de cualquier asomo de vergüenza, y durante unos instantes creí verlos. Pero se desvanecieron de inmediato, reemplazados por una mirada fría, una expresión de indignación y repugnancia ante el hecho de haber engendrado una criatura como yo.

—Me marcho mañana —anuncié—. Pasaré nueve semanas en el campamento de instrucción en Aldershot. Luego me mandarán al frente. He pensado que querrías saberlo.

—Creía que ya estabas allí —contestó cogiendo un trapo ensangrentado del mostrador para enjugarse las manos—. ¿O es que no querías ir?

—He pasado mucho tiempo sin reunir los requisitos necesarios, por mi edad —expliqué en respuesta a su desaire.

—¿Y qué edad tienes ahora?

—Diecisiete. Mentí. Les dije que tenía dieciocho y me dejaron alistarme.

Consideró mis palabras y asintió con la cabeza.

—Bueno, no sé por qué has pensado que eso podría interesarme, pero no está mal saberlo. Así pues, a menos que quieras un poco de carne picada o...

—¿Por qué no me lo dijiste? —le pregunté intentando que no se me quebrara la voz.

Mi padre frunció el entrecejo.

—¿Por qué no te dije qué?

—Era mi hermana, por el amor de Dios.

Tuvo la decencia de mirar hacia otro lado, de contemplar los trozos de carne que tenía delante y no contestar de inmediato. Lo vi tragar saliva otra vez, considerar una respuesta, volverse para mirarme con un levísimo indicio de arrepentimiento, y entonces, quizá advirtiéndolo, pasarse una ensangrentada mano por los ojos y las mejillas y negar con la cabeza.

—No tuvo nada que ver contigo. Fue un asunto de familia.

—Era mi hermana —repetí al borde de las lágrimas.

—Fue un asunto de familia.

Guardamos silencio unos instantes. Una mujer aminoró el paso al acercarse al escaparate y examinó la carne que exhibía; luego pareció cambiar de opinión y siguió su camino.

—¿Cómo te enteraste? —quiso saber mi padre.

—Me he encontrado a Sylvia. Ahora mismo. Cuando he bajado del autobús. Ha sido una pura coincidencia. Ella me lo ha contado.

—Sylvia —repuso con un bufido de desdén—. Esa no es ninguna santa. Ya era una desvergonzada antes, y sigue siéndolo.

—Podrías haberme escrito —dije, negándome a hablar de nadie que no fuera

Laura—. Podrías haberme buscado para contármelo. ¿Cuánto tiempo estuvo enferma?

—Unos meses.

—¿Sufrió?

—Sí. Muchísimo.

—Dios santo —solté, y el dolor que sentí en el estómago me hizo inclinarme un poco.

—¡Por el amor de Dios, Tristan! —exclamó mi padre saliendo de detrás del mostrador para plantarse ante mí; tuve que esforzarme para no retroceder, asqueado—. No podrías haber hecho nada por ayudarla. Fue una de esas cosas que pasan. Se extendió por todo su cuerpo como un fuego en el bosque.

—Me hubiese gustado verla. Soy su hermano.

—En realidad no lo eres —repuso con tono despreocupado—. Supongo que hubo un tiempo en que lo fuiste, eso sí te lo reconozco. Pero fue hace mucho tiempo. Creo que la propia Laura se había olvidado de ti.

Para mi sorpresa, me rodeó los hombros con un brazo. Pensé que se disponía a abrazarme, pero lo que hizo fue darme la vuelta y llevarme lentamente hacia la puerta.

—La verdad, Tristan —me dijo haciéndome salir a la calle otra vez—, es que tú ya no eras su hermano, como tampoco eres mi hijo. Esta no es tu familia. No tienes nada que hacer aquí, ya no. Lo mejor para todos sería que los alemanes te mataran de un tiro nada más verte.

Me cerró la puerta en la cara y se dio media vuelta. Lo observé titubear unos instantes ante la vitrina, examinando las distintas piezas de carne, contándolas mentalmente, antes de dirigirse de nuevo a la cámara frigorífica y desaparecer de mi vida para siempre.

—Quizá me equivocaba —dijo Marian cuando cruzábamos de nuevo la ciudad en dirección a la estación—. Te he tendido una emboscada, ¿verdad? Con lo de llevarte a rastras a conocer a mis padres.

—No pasa nada —respondí; necesitaba urgentemente un cigarrillo, así que saqué uno y lo encendí para dejar que el humo me llenase los pulmones y me calmase los nervios. Lo único que me hubiese resultado igual de placentero habría sido una jarra de cerveza bien fría—. Me han parecido muy amables.

—Sí, supongo que lo son. En el día a día nos sacamos de quicio mutuamente, pero imagino que es lo habitual. Me gustaría tener una casa propia. Así podrían visitarme y nos llevaríamos bien, se acabarían todos estos enfrentamientos cotidianos.

—Estoy seguro de que te casarás algún día —dije.

—Me refiero a una casa propia —insistió—, no la de otro. Como la que tienes tú.

—Mi casa no es más que un pisito. Es cómodo, pero, créeme, no se parece en nada a lo que tienes aquí.

—Aun así te pertenece, ¿no? No respondes ante nadie.

—Oye, en realidad no hace falta que me acompañes todo el camino de vuelta —le dije—. No quiero parecer desagradecido, pero, descuida, no voy a perderme.

Negó con la cabeza.

—No te preocupes, no me importa. Después de todo, ya hemos llegado hasta aquí.

Asentí con la cabeza. Caía la tarde y el cielo se volvía más oscuro y el aire más frío. Me abroché el abrigo y di otra calada al cigarrillo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —quiso saber Marian unos minutos después.

La miré con el ceño fruncido.

—Volver a Londres, por supuesto.

—No; me refiero a mañana, pasado mañana y el día de después. ¿Qué planes tienes para el futuro ahora que la guerra ha terminado?

Reflexioné un momento.

—Mañana por la mañana estaré de vuelta en mi puesto en la editorial Whisby Press. Habrá manuscritos que leer, propuestas que rechazar, libros que editar. La semana que viene tenemos una presentación de varios títulos futuros ante unos librereros, de modo que he de preparar una serie de notas sobre cada uno de ellos.

—Te gusta trabajar en eso, ¿verdad?

—Sí —repuse—. Me gusta estar rodeado de libros.

—¿Crees entonces que seguirás donde estás? ¿Intentarás que te asciendan? ¿Acabarás siendo editor?

Dudé unos instantes.

—Quizá pruebe a ver cómo se me da escribir —le confié; era la primera vez que lo admitía ante alguien—. Llevo unos años valorando la idea. Tengo la sensación de que ha llegado el momento de tomármelo más en serio.

—¿No hay ya suficientes novelas en el mundo? —preguntó con un tono algo burlón que me hizo reír.

—Unas cuantas más no van a hacerle daño a nadie. No sé, a lo mejor ni siquiera valgo para ello.

—Pero ¿vas a intentarlo?

—Ajá.

—Will era un gran lector —comentó.

—Sí, de vez en cuando lo veía con un libro. Era frecuente que algún recluta llegara con uno, que pasaba entonces de mano en mano.

—Aprendió a leer a los tres años —me contó Marian—. Y también hizo sus pinitos como escritor. A los quince años, escribió un final de lo más ingenioso para *El misterio de Edwin Drood*.

—¿Cómo acababa?

—Exactamente de la forma en que debía hacerlo. Edwin vuelve a casa con su familia, sano y salvo. Y todos viven felices para siempre.

—¿Tú crees que era ese el final que tenía pensado Dickens?

—Creo que es el final que a Will le parecía más satisfactorio. ¿Por qué nos detenemos?

—Esta es la casa de huéspedes de la señora Cantwell —expliqué mirando hacia la entrada—. Tengo que recoger mi maleta. Podemos separarnos aquí, si quieres.

—Te esperaré. La estación está ahí mismo. Así me aseguraré de que llegas sin contratiempos.

Asentí.

—Solo tardaré un par de minutos —dije, y subí los peldaños.

Una vez en el interior, no había rastro de la señora Cantwell, pero su hijo, David, estaba detrás del mostrador de recepción consultando un gráfico con un lápiz en la boca.

—Señor Sadler —dijo alzando la vista—. Buenas tardes.

—Buenas tardes. Vengo a recoger mi maleta.

—Por supuesto. —Se agachó para sacarla de detrás del mostrador y me la tendió—. ¿Ha pasado un buen día?

—Sí, gracias. Hemos saldado ya todo lo relativo a la cuenta, ¿verdad?

—Sí, señor —repuso, y me siguió de camino a la puerta—. ¿Volveremos a verlo en Norwich?

—No, no lo creo —contesté volviéndome para sonreírle—. Me parece que esta habrá sido mi primera y única visita.

—Oh, vaya. Confío en que no lo hayamos decepcionado hasta ese punto.

—No, en absoluto. Es solo que... bueno, que no imagino que mi trabajo me traiga otra vez por aquí. Adiós, señor Cantwell —concluí tendiéndole la mano, que él contempló un instante antes de estrechármela.

—Quiero que sepa que yo también intenté ir al frente. Me dijeron que era demasiado joven. Pero deseaba hacerlo, más que cualquier otra cosa en el mundo.

—Entonces es usted un imbécil —le espeté.

Dicho lo cual, abrí la puerta y salí.

Marian me cogió del brazo cuando cruzábamos la calle hacia la estación, y el gesto me hizo sentir halagado e inquieto a la vez. Había tardado mucho tiempo en escribirle, planeando largamente aquel encuentro, y ahí estaba ahora, a punto de volver a casa, sin haber tenido el valor suficiente para hablarle de las últimas horas de su hermano. Caminamos en silencio, y ella debía de estar pensando en lo mismo, porque cuando entramos en la estación se detuvo, me soltó el brazo y dijo:

—Sé que no era un cobarde, Tristan. Eso ya lo sé. Pero necesito saber la verdad sobre lo que ocurrió.

—Marian, por favor —repuse apartando la mirada.

—Hay algo que no me estás contando. Algo que llevas todo el día intentando decirme pero no has sido capaz. Me he dado cuenta, no soy estúpida. Estás desesperado por contármelo. Bueno, pues ahora estamos aquí, Tristan. Los dos solos. Quiero que me digas exactamente de qué se trata.

—Tengo que irme a casa —repuse con nerviosismo—. Mi tren...

—No sale hasta dentro de cuarenta minutos —me interrumpió alzando la vista hacia el reloj—. Tenemos tiempo. Por favor.

Inspiré profundamente, pensando: «¿Voy a contárselo? ¿Puedo contárselo?».

—Tu mano, Tristan. ¿Qué le pasa?

La tendí con la palma abierta ante mí y vi cómo el índice temblaba erráticamente. Lo observé con interés y luego bajé la mano.

—Puedo contarte lo que pasó —dije por fin, en voz baja—, si de verdad quieres saberlo.

—Pues claro que quiero. No creo que pueda seguir adelante si no lo sé.

La miré fijamente.

—Puedo responder a tus preguntas. Puedo contártelo todo, absolutamente todo sobre aquel último día. Pero no estoy seguro de que vaya a ofrecerte consuelo alguno. Y desde luego no serás capaz de perdonar.

—No me importa —contestó sentándose en un banco—. Lo que resulta más doloroso es no saberlo.

—Muy bien, entonces —repuse sentándome a su lado.

## EL SEXTO HOMBRE

*Francia, septiembre-octubre de 1916.*

Hobbs se ha vuelto loco. Se planta ante el hoyo en el que me atrincheró y me mira fijamente, con ojos como platos, antes de llevarse una mano a la boca y reírse como una colegiala.

—¿Y a ti qué te pasa? —pregunto levantando la vista, pues no estoy de humor para juegos.

A modo de respuesta suelta una risa aún más histérica, con incontrolable alborozo.

—¡Cállate ya! —exclama una voz desde algún sitio a la vuelta de la esquina.

Hobbs se vuelve hacia allí, dejando de reír, y suelta un comentario obsceno antes de alejarse corriendo. No le doy importancia y cierro los ojos, pero unos minutos después se oye un alboroto tremendo trinchera abajo y parece poco probable que vaya a conseguir dormir.

Quizá la guerra ha terminado.

Me dirijo hacia el ruido y me encuentro con que un grupo de hombres intentan contener a Warren, que lleva aquí seis o siete semanas y es primo del fallecido Shields, mientras que Hobbs se halla encogido en el suelo, la imagen misma de la súplica. Aún se ríe, sin embargo, y cuando unos soldados se acercan para levantarlo del suelo, sus rostros esbozan expresiones de temor, como si no supieran qué va a pasar si lo tocan.

—¿Qué demonios ocurre aquí? —le pregunto a Williams, quien, de pie a mi lado, observa el incidente con cara de aburrimiento.

—Se trata de Hobbs —contesta sin siquiera mirarme—. Por lo visto ha perdido la chaveta. Se ha acercado a Warren cuando estaba dormido y le ha meado encima.

—Dios santo. —Niego con la cabeza y saco un pitillo del bolsillo—. ¿Por qué habrá hecho una cosa así?

—Quién sabe —dice Williams encogiéndose de hombros.

Observo la escena hasta que llegan dos enfermeros y convencen a Hobbs de que se ponga en pie. Empieza a balbucir en algún dialecto desconocido, y se lo llevan. Al volver la esquina y desaparecer de la vista lo oigo gritar otra vez, en esta ocasión los nombres de reyes y reinas ingleses desde Harold, en perfecto orden, un vestigio quizá de sus días en el colegio; pero su voz se oye más débil cuando llega a la casa de Hanover y se pierde del todo después de Guillermo IV. Imagino que lo han llevado a la tienda de la enfermería, y de ahí lo mandarían a un hospital de campaña. Lo dejarán pudrirse allí o lo curarán de su dolencia para enviarlo de vuelta al frente.

Ya han caído trece de los nuestros; quedan siete.

Vuelvo a mi hoyo y me las apañó para dormir un rato más, pero cuando despierto,



justo cuando el sol empieza a ponerse, descubro que tiemblo de forma incontrolable. Los espasmos me sacuden todo el cuerpo; he tenido frío desde el día que llegamos a Francia, pero esto es totalmente distinto. Me siento como si me hubiesen dejado en la nieve durante una semana y tuviese congelados hasta los huesos. Robinson me encuentra así, y lo que ve lo deja atónito.

—Dios santo —lo oigo decir, y luego, alzando la voz, añade—: ¡Sparks, ven a echarle un vistazo a esto!

Unos instantes de silencio, y después me llega una segunda voz.

—A este no le queda mucho.

—Lo he visto hace apenas una hora. Parecía estar bien.

—Mira qué color tiene. No llegará a mañana.

No tardo en verme transportado a la enfermería y me encuentro tendido en un catre por primera vez en no sé cuánto tiempo, cubierto con cálidas mantas, con una compresa en la frente y un gota a gota improvisado en el brazo.

Pierdo y recobro varias veces el conocimiento, y una de esas veces despierto y veo a mi lado a mi hermana Laura, que me da de comer algo caliente y dulzón.

—Hola, Tristan —me dice.

—Eres tú —contesto, pero, antes de que pueda seguir hablándole, sus facciones se disuelven y se convierten en el rostro duro y sin afeitar de un enfermero, los ojos tan hundidos en la cara que parece un muerto viviente. Vuelvo a perder el conocimiento, y cuando por fin despierto, hay un médico junto a mi lecho. A su lado, incapaz de controlar la irritación, está el sargento Clayton.

—Este chico no le sirve de nada —está diciendo el médico mientras comprueba el gota a gota; le da unos toquitos al tubo con el índice de la mano derecha—. Al menos por el momento. Lo mejor para él es que lo manden a casa a recuperarse. Alrededor de un mes, no más. Y entonces podrá volver.

—Por el amor del cielo, hombre, si puede recuperarse allí, también podrá hacerlo aquí —insiste Clayton—. No pienso mandar a un soldado a Inglaterra para que descanse.

—Lleva aquí tendido casi una semana, señor. Necesitamos la cama. Al menos si se marcha a casa...

—¿No me ha oído, doctor? He dicho que no voy a mandar a Sadler a casa. Usted mismo me ha comentado que muestra indicios de mejoría.

—De mejoría sí, pero no de recuperación. No de una recuperación completa, al menos. Mire, estaré encantado de firmar la documentación para el traslado, si es eso lo que le preocupa.

—A este hombre —insiste Clayton, y siento el puñetazo que da sobre la manta junto a mi tobillo— no le pasa nada malo, nada comparado con aquellos que han perdido ya la vida. Puede quedarse aquí por el momento. Dele de comer, rehidrátelo, vuelva a ponerlo en pie. Y entonces mándemelo otra vez. ¿Entendido?

Un largo silencio y luego, supongo, una frustrada inclinación de cabeza por parte

del médico.

—Entendido, señor.

Vuelvo la cabeza sobre la almohada. Me han hecho vislumbrar unos instantes la esperanza de irme a casa, para luego arrancármela. Cuando cierro los ojos y vuelvo a adormecerme, me pregunto si todo esto habrá tenido lugar siquiera; quizá solo ha sido un sueño del que acabo de despertar. La sensación de confusión continúa durante la mayor parte del día y la noche, pero por la mañana, cuando me despierta el ruido de la lluvia que acribilla la lona de la tienda en que yacemos los heridos, siento disiparse la niebla en mi cabeza y soy consciente de que lo que fuera que me aquejaba, si no ha desaparecido, al menos ha remitido.

—Vamos a ver, Sadler —dice el médico metiéndome un termómetro en la boca. Mientras espera, introduce una mano bajo las sábanas y me la pone sobre el corazón para comprobar su ritmo, que espero sea regular—. Tienes mejor aspecto. Al menos hay un poco de color en tus mejillas.

—¿Cuánto hace que estoy aquí? —Quiero saber.

—Hoy hace una semana.

Exhalo aire y niego con la cabeza, sorprendido; si llevo una semana en la cama, ¿por qué me siento tan cansado?

—Creo que ya has pasado lo peor. Al principio pensamos que íbamos a perderte. Eres un luchador, ¿eh?

—Nunca lo he sido. De todos modos, ¿qué me he perdido?

—Nada —contesta el médico riendo un poco—. La guerra sigue su marcha, si es eso lo que te preocupa. ¿Por qué, qué esperabas perderte?

—¿Han matado a alguien? A alguien de mi regimiento, quiero decir.

Me quita el termómetro, lo observa y después se vuelve para mirarme con una expresión curiosa.

—¿Alguien de tu regimiento? No. Desde que llegaste aquí, nadie, que yo sepa. Ahí fuera ha estado todo bastante tranquilo. ¿Por qué lo preguntas?

Niego con la cabeza y miro al techo. Llevo los dos últimos días durmiendo casi todo el tiempo, pero sigo con sueño. Me siento capaz de dormir un mes entero, si me lo permitieran.

—Mucho mejor —anuncia alegremente el médico—. La temperatura vuelve a ser normal, o tan normal como llega a serlo por aquí.

—¿Me ha visitado alguien?

—¿Por qué? ¿A quién esperabas, al arzobispo de Canterbury?

Hago caso omiso de su sarcasmo y miro hacia otro lado. Es posible que Will haya venido a verme; este doctor no habrá estado velándome veinticuatro horas al día.

—Bueno, ¿y qué me espera ahora? —Quiero saber.

—La vuelta al servicio activo, creo. Te daremos un día más. Mira, ¿por qué no te levantas un rato? Ve a la tienda comedor, intenta comer algo. Y tómate todo el té caliente y dulce que puedas, si lo hay. Luego vuelve aquí y veremos qué tal vas.

Exhalo un suspiro y me levanto de la cama con gran esfuerzo; siento la vejiga llena y me visto con rapidez para dirigirme a las letrinas. Cuando aparto la portezuela de la tienda para salir a la mísera y lodosa penumbra, un charco de agua acumulada en la lona me cae encima, empapándome la cabeza, y me quedo ahí unos instantes, todo mojado, deseando que los elementos vuelvan a ponerme enfermo y pueda así regresar a la calidez y la comodidad de la enfermería.

Pero, para mi desilusión, no hago sino mejorar y al cabo de poco me encuentro de vuelta en el servicio activo.

Aunque ese mismo día me sale un sarpullido en el brazo que me arde como si fuera fuego, tras una tarde más esperando en la enfermería me someten a un somero examen y me dicen que ya no me pasa nada, que todo son imaginaciones mías y que puedo irme a las trincheras.

Por la noche, solo ante el periscopio y con el fusil colgado del hombro, miro a través de la tierra de nadie, convencido de que hay un alemán de mi edad de pie al otro lado, observándome. Está cansado y asustado; se pasa noche tras noche rogando no vernos trepar sobre el parapeto, porque en el mismo instante en que emerjamos de nuestras tumbas llenas de lodo, él se verá obligado a dar la señal a sus camaradas y dará comienzo el espantoso asunto del combate.

Nadie menciona a Will, y me da miedo preguntar por él. Casi todos los del regimiento original han muerto o, como en el caso de Hobbs, están en un hospital de campaña, de modo que no hay motivo para que estén pensando en Will. La soledad me atormenta. No lo veo desde antes de que enfermara. Tras mi negativa a denunciar a Milton ante el sargento Clayton, se esforzó en evitarme. Entonces caí enfermo y ya no he sabido más.

Cuando el sargento Clayton selecciona a doce hombres para participar en una misión nocturna de reconocimiento más allá del parapeto, de los sesenta soldados que la emprenden solo regresan dieciocho, un desastre según todos los criterios. Entre los muertos se halla el cabo Moody, alcanzado en el ojo por una bala.

La misma noche, un poco más tarde, encuentro al cabo Wells sentado a solas con una taza de té y la cabeza gacha, y experimento una compasión inesperada por él. No sé si es apropiado que me siente a su lado, pues nunca hemos tenido una relación especialmente cordial, pero yo también estoy solo y necesito compañía, de modo que me sirvo té y voy a su encuentro.

—Buenas noches, señor —digo con cautela.

Tarda unos instantes en alzar la mirada; advierto que tiene profundas ojeras. Me pregunto cuánto tiempo lleva sin dormir.

—Sadler —dice—. Has acabado la guardia, ¿es eso?

—Sí, señor —contesto, y señalo con la cabeza el banco frente a él—. ¿Prefiere estar solo o puedo sentarme?

Mira al vacío, como si no supiera muy bien qué protocolo debe seguir, pero por fin se encoge de hombros e indica que me siente.

—Siento lo del cabo Moody —digo al cabo de una adecuada pausa—. Era un buen hombre. Siempre me trató con justicia.

—He pensado que debería escribirle a su esposa —explica señalando el papel y el bolígrafo que tiene delante.

—Ni siquiera sabía que estuviese casado.

—No tenías que saberlo por ninguna razón en particular. Pero sí, tenía esposa y tres hijas.

—¿No estará el sargento Clayton escribiéndole a su mujer, señor? —pregunto, porque es lo habitual en estos casos.

—Sí, supongo que sí. Pero yo conocía a Martin mejor que nadie, y he pensado que más vale que le escriba yo también.

—Claro —contesto asintiendo con la cabeza.

Cuando levanto la taza, noto una inesperada debilidad en el brazo y derramo té en la mesa.

—Joder, Sadler —suelta, apartando el papel y el bolígrafo antes de que se manchen—. No estés todo el tiempo tan nervioso, me saca de quicio. ¿Cómo estás, por cierto? ¿Recuperado?

—Estoy bien, gracias —contesto enjugando el té con la manga.

—Creímos que te habíamos perdido. Es lo último que necesitamos, que caiga otro. Ya no quedan muchos de la tropa original de Aldershot, ¿no?

—Siete —digo.

—Según mis cuentas, seis.

—¿Seis? —repito, y palidezco—. ¿A quién han matado?

—¿Desde que tú enfermaste? A nadie, que yo sepa.

—Pero entonces son siete —insisto—. Robinson, Williams, Attling...

—No vas a incluir a Hobbs, ¿no? Porque lo han mandado de vuelta a Inglaterra. Está en el manicomio. A Hobbs no lo contamos.

—No lo contaba, pero aun así seguimos siendo siete: Robinson, Williams y Attling, como decía, y Sparks, Milton, Bancroft y yo.

El cabo Wells ríe y niega con la cabeza.

—Bueno, si no incluimos a Hobbs, tampoco vamos a incluir a Bancroft.

—Está bien, ¿no?

—Probablemente, mejor que cualquiera de nosotros. Por el momento, al menos. Pero espera... —añade entornando un poco los ojos, como si quisiera verme con mayor claridad—. Tú y él estabais antes muy unidos, ¿no?

—Nuestros catres estaban contiguos en Aldershot. ¿Por qué, dónde está? Desde que volví al frente he estado esperando verlo por las trincheras, pero no hay rastro de él.

—¿De modo que no te has enterado?

Niego con la cabeza, pero no digo nada.

—El soldado Bancroft —empieza Wells pronunciando cada sílaba como si

acarrear mucho peso— pidió cita para tener una conversación con el sargento Clayton. Volvió a sacar todo ese asunto del chico alemán. Imagino que has oído hablar de eso, ¿no?

—Sí, señor. Estuve allí cuando ocurrió.

—Oh, es verdad. Bancroft lo mencionó. En cualquier caso, quería que se presentaran cargos contra Milton, insistió en ello. El sargento se negó por tercera vez, y en esa ocasión la conversación se volvió bastante acalorada. La cosa acabó en que Bancroft rindió sus armas ante el sargento Clayton y anunció que no volvería a tomar parte en la campaña.

—¿Qué significa eso? —inquiero—. ¿Qué pasa luego?

—El sargento le dijo que era un soldado raso y que no podía negarse a combatir. Hacerlo supondría un incumplimiento del deber por el que podían someterlo a un consejo de guerra.

—¿Y qué dijo Will?

—¿Quién es Will? —pregunta tontamente Wells.

—Bancroft.

—Oh, de modo que tiene nombre de pila. Sabía que erais amigos, vosotros dos.

—Ya le he dicho que solo dormíamos uno al lado del otro en el campamento, nada más. A ver, ¿piensa contarme qué va a ocurrirle o no?

—Tranquilo, Sadler —dice con cautela—. Recuerda con quién estás hablando.

—Lo siento, señor —contesto frotándome los ojos—. Solo quiero saberlo, nada más. No podemos... no podemos permitirnos perder a un hombre más. El regimiento...

—No, por supuesto que no. Bueno, pues el sargento Clayton le dijo que no tenía elección, que debía combatir, pero Bancroft anunció que ya no creía en el absoluto moral de esta guerra, que tenía la sensación de que el ejército seguía tácticas contrarias al bien común y a las leyes de Dios. ¿Ha dado muestras alguna vez de fervor religioso, Sadler? Me pregunto si esa podría ser la explicación para este repentino ataque de conciencia.

—Su padre es pastor. Aunque nunca he oído a Bancroft hablar mucho sobre el tema.

—Bueno, en cualquier caso no le haría ningún bien. El sargento Clayton le dijo que aquí fuera ya no podía constar como objetor de conciencia, es demasiado tarde para esas tonterías. Para empezar, no hay tribunales militares en que exponer su caso. No, él sabía en qué se estaba metiendo, y si se niega a combatir, no nos deja alternativa. Ya sabes qué supone eso, Sadler. No hace falta que te diga qué hacemos con los plumas blancas.

Trago saliva y el corazón me da un vuelco.

—No irán a mandarlo más allá del parapeto, ¿no?, como camillero...

—Esa era la intención general —explica encogiéndose de hombros como si fuera lo más normal del mundo—. Pero no, Bancroft ni siquiera está dispuesto a eso. Ha

decidido echarlo todo por la borda, y se ha declarado objetor absoluto.

—¿Cómo dice?

—Un objetor absoluto, un renegado. ¿No sabes qué es?

—No, señor.

—Está un paso más allá del objetor de conciencia habitual —explica—. La mayoría de estos se oponen a la parte bélica en sí, a matar a otros y esas cosas, pero están dispuestos a ayudar en otros sentidos, en lo que ellos consideran tareas más humanitarias. Trabajan en hospitales o en los cuarteles generales o en lo que sea. Me refiero a que la suya es una actitud terriblemente cobarde, por supuesto, pero hacen algo mientras los demás nos jugamos el pellejo.

—¿Y un objetor absoluto?

—Bueno, ese ha renegado de todo y se encuentra en el extremo del espectro, Sadler. Se niega a tener nada que ver con cualquier cosa relacionada con el esfuerzo de guerra. No combate, no ayuda a aquellos que sí lo hacen, no colabora en un hospital ni auxilia a los heridos. No hace nada en absoluto, excepto quedarse sentado quejándose de que todo el asunto es una parodia. Es el colmo de todos los males, Sadler, de veras que sí. Es la cobardía llevada al extremo.

—Will no es ningún cobarde —digo en voz baja, y aprieto los puños bajo la mesa.

—Oh, sí que lo es. Es el cobarde más asqueroso que existe. En cualquier caso, ahora ya ha dejado clara su postura, de modo que solo queda decidir qué hacer con él.

—¿Y dónde está? ¿Lo han mandado de vuelta a Inglaterra?

—¿A llevar una vida fácil? Me parece que no.

—Yo diría que en ese caso lo meterían en la cárcel —puntualizo—, y no me parece que eso sea nada fácil.

—¿De veras, Sadler? Pues la próxima vez que estés cruzando a rastras la tierra de nadie con las balas zumbando junto a la cabeza, preguntándote si van a liquidarte como a Martin Moody, acuérdate de esas palabras. Creo que en un momento así te haría bastante gracia la perspectiva de un par de años en la prisión de Strangeways.

—¿De manera que es allí adonde lo han mandado? —pregunto, con el corazón encogido ante la idea de que quizá no vuelva a verlo; de que, como pasó con Peter Wallis, Will y yo nos separemos como enemigos y yo muera sin que nos hayamos reconciliado.

—No, todavía no —responde Wells—. Aún está aquí en el campamento. Encerrado por órdenes del sargento. Se le formará un consejo de guerra.

—Pero ¿aún no lo han juzgado?

—Aquí fuera no nos hace falta juzgar a nadie, Sadler, ya lo sabes. Piensa que si rindiera las armas durante el combate en sí, la policía militar le pegaría un tiro por traición. No, en las próximas veinticuatro horas va a tener lugar una gran ofensiva, y estoy seguro de que recobrará la sensatez de aquí a entonces. Si accede a volver al meollo de la batalla, se le perdonará todo. Por el momento, al menos. Es posible que

tenga que responder por sus actos más adelante, por supuesto, pero al menos vivirá para contar su versión de la historia. Tiene suerte, si lo piensas un poco. De no ser porque necesitamos hasta el último hombre, a estas alturas lo habrían fusilado. De momento lo dejaremos donde está, y cuando empiece el combate lo mandaremos ahí fuera. Anda diciendo que no volverá a luchar, pero le sacaremos esas ridículas ideas de la cabeza a su debido tiempo, ya verás.

Asiento con un gesto. Dudo que alguien pueda sacarle una idea de la cabeza a Will Bancroft cuando se le ha metido entre ceja y ceja, y tengo ganas de decirlo, pero me contengo. Unos segundos después, Wells apura su taza y se pone en pie.

—Bueno, será mejor que vuelva a mi puesto —anuncia—. ¿Vienes, Sadler?

—No, todavía no.

—Muy bien. —Empieza a alejarse, pero entonces se vuelve y me mira con los ojos entornados—. ¿Estás seguro de que Bancroft y tú no sois amigos? Siempre me ha parecido que erais uña y carne.

—Nuestros catres estaban juntos, nada más —respondo, incapaz de mirarlo a los ojos—. Esa es toda la relación que tenemos. Apenas lo conozco, en realidad.

Para mi asombro, la tarde siguiente veo a Will sentado a solas en un refugio abandonado cerca del cuartel general. Va sin afeitarse y está pálido; su rostro esboza una expresión distante mientras hurga en el polvo con la puntera de la bota. Lo observo unos instantes sin revelar mi presencia para comprobar si parece distinto ahora que ha decidido oponer una resistencia tan encarnizada. Es posible que hayan transcurrido varios minutos cuando por fin levanta bruscamente la cabeza, pero se relaja al comprobar que solo se trata de mí.

—Te han dejado libre —digo al acercarme, sin molestarme en saludarlo pese a que llevamos tiempo sin vernos—. Pensaba que te tenían encerrado en algún sitio.

—Así es. Y diría que volverán a hacerlo dentro de poco. Ahí dentro están celebrando una reunión, y supongo que no quieren que oiga de qué hablan. El cabo Wells me ha dicho que espere aquí hasta que alguien venga a buscarme.

—¿Y confían en que no escaparás?

—Bueno, ¿adónde podría ir, Tristan? —pregunta con una sonrisa y mirando alrededor. Tiene razón, no hay ningún sitio al que huir—. ¿No tendrás un cigarrillo? Me quitaron el tabaco.

Hurgo en el bolsillo de la guerrera y le tiendo uno. Se apresura a encenderlo y cierra los ojos cuando la primera calada le llena los pulmones.

—¿Es muy espantoso? —le digo.

—¿Qué? —pregunta mirándome otra vez.

—Que te tengan encerrado así. Wells me ha contado qué estás haciendo. Supongo que te están tratando fatal.

Se encoge de hombros y mira hacia otro lado.

—Estoy bien. La mayor parte del tiempo se limitan a dejarme en paz. Me traen comida, me llevan a las letrinas. Hasta hay un catre ahí dentro, imagina. Es más

cómodo que pudrirse en las trincheras, te lo aseguro.

—Pero no estás haciéndolo por eso, ¿verdad?

—No, por supuesto que no. ¿Por quién me has tomado?

—¿Es por aquel chico alemán?

—En parte, sí —responde mirándose las botas—. Pero también lo hago por Wolf. Por lo que le pasó. Por su asesinato, quiero decir. Tengo la sensación de que todos nos hemos vuelto indiferentes a la violencia. Estoy convencido de que el sargento Clayton caería de rodillas y se echaría a llorar si le dijeran que la guerra ha terminado. Adora la guerra. Lo entiendes, ¿verdad, Tristan?

—No la adora —contesto negando con la cabeza.

—Ese hombre está medio loco. Cualquiera se daría cuenta. Se pasa la mitad del día balbuciendo. Alterna explosiones de ira con ataques de llanto. Habría que encerrarlo en un manicomio. Por cierto, no te he preguntado cómo estás.

—Estoy bien —contesto, sin el menor deseo de hablar de mí.

—Estuviste enfermo.

—Sí.

—En cierto momento pensaron que no lo contarías. El médico al menos pensó que no tenías muchas posibilidades. Maldito idiota. Le dije que saldrías de esa, que eras mucho más fuerte de lo que él creía.

Suelto una carcajada, sintiéndome halagado, pero entonces lo miro, sorprendido.

—¿Hablaste con el médico?

—Brevemente, sí.

—¿Cuándo?

—Cuando fui a visitarte.

—Pero me dijeron que nadie fue a visitarme. Lo pregunté, y pensaron que estaba chiflado por imaginarlo siquiera.

Se encoge de hombros.

—Bueno, pues yo fui.

Tres soldados aparecen por la esquina, reclutas nuevos a los que nunca había visto, y titubean al descubrir a Will sentado ahí. Lo miran unos instantes, hasta que uno de ellos escupe en el barro y los demás lo imitan. No dicen nada, al menos no en su cara, pero los oigo musitar: «Maldito cobarde». Los sigo con la mirada hasta que desaparecen y me vuelvo hacia Will.

—No importa —dice en voz baja.

Le digo que se aparte un poco y me siento a su lado. No puedo dejar de pensar en el hecho de que me visitara en la enfermería, en lo que significa.

—¿No crees que podrías dejar de lado todo eso por el momento? Me refiero a esas preocupaciones tuyas. Hasta que todo haya terminado.

—Pero ¿de qué iba a servirme hacer eso? —pregunta—. Se trata de algo que ha de hacerse mientras haya guerra. De otro modo, no vale la pena. Tienes que entender que es así.



—Sí, pero, si no te fusilan aquí por cobardía, entonces te mandarán de vuelta a Inglaterra. He oído qué les ocurre a los plumas blancas en las cárceles de allí. Tendrás suerte si sobrevives. Y después, ¿cómo crees que va a ser el resto de tu vida? No van a darte la bienvenida en la buena sociedad, de eso no hay duda.

—Me importa un pimiento la buena sociedad —responde con una risa amarga—. ¿Cómo va a importarme, si es esto lo que representa? Y yo no soy un pluma blanca, Tristan. Esto no es un acto de cobardía.

—No, tú eres un objetor absoluto, un renegado —respondo—. Y estoy seguro de que piensas que el hecho de poder atribuirle un nombre como ese lo justifica todo. Pero no es así.

Will se vuelve para mirarme fijamente. Se quita el cigarrillo de los labios y utiliza el índice y el pulgar para extraerse una brizna de tabaco de entre los incisivos. La mira un momento antes de arrojarla al suelo.

—De todos modos, ¿por qué te preocupa tanto? —espeto—. ¿De qué te sirve venir a hablar conmigo?

—Me preocupa por la misma razón por la que tú fuiste a verme a la enfermería. No quiero verte cometer un terrible error que lamentarás el resto de tu vida.

—¿Y crees que tú no vas a lamentarlo? Cuando esto acabe y estés sano y salvo de vuelta en Londres, ¿crees que no vas a despertarte con las imágenes de todos los hombres que has matado persiguiéndote? ¿De verdad pretendes decirme que serás capaz de dejar atrás todo eso? No creo que te hayas parado a pensarlo siquiera —añade con tono más frío—. Hablas de cobardía, hablas de plumas blancas, y sin embargo diriges tu desprecio a todo el mundo menos a ti mismo. Eso eres capaz de verlo, ¿no?, que el cobarde aquí eres tú y no yo. Yo no puedo dormir por las noches, Tristan, porque pienso en aquel crío meándose en los pantalones justo antes de que Milton le pusiera la pistola contra la cabeza. Cada vez que cierro los ojos veo sus sesos desparramados por la trinchera. Si pudiera volver atrás, le habría pegado yo mismo un tiro a Milton antes de que matase al chico.

—Entonces te habrían fusilado.

—Van a fusilarme de todos modos. ¿Qué crees que están discutiendo ahí dentro, la falta de té decente en el comedor? Están tratando de decidir cuándo es el mejor momento para librarse de mí.

—No van a fusilarte —insisto—. No pueden. Tienen que permitir que te defiendas ante un tribunal.

—No, en el campo de batalla no. No les hace falta. ¿Y quién me habría delatado si hubiese matado a Milton? ¿Tú?

Antes de que pueda responder se oye «¡Bancroft!» y al volverme veo a Harding, el nuevo cabo que ha mandado el cuartel general para reemplazar a Moody.

—¿Qué te has creído que haces? —le espeto, y cuando me pongo en pie de un salto, añade—: ¿Y quién coño eres tú?

—Soldado Sadler —contesto.

—¿Y qué haces hablando con el prisionero?

—Bueno, solo estaba aquí sentado, señor —respondo sin saber qué crimen he cometido—. Pasaba por aquí, nada más. No sabía que se lo mantuviese aislado.

Harding me mira de arriba abajo entornando los ojos, como calibrando si estoy siendo impertinente.

—Vuelve a la trinchera, Sadler —dice—. Estoy seguro de que alguien andará buscándote allí.

—Sí, señor.

Doy media vuelta y, antes de irme, le hago una inclinación de cabeza a Will. No reconoce mi despedida; se limita a mirarme con curiosidad mientras me alejo.

Anochece.

Una bomba cae en algún sitio a mi izquierda y me arroja al suelo. Me quedo tendido unos instantes, jadeante, preguntándome si esto será el final. ¿Me han volado las piernas? ¿Me han arrancado los brazos? ¿Se me están desparramando las tripas para mezclarse con el barro? Pero transcurren los segundos y no siento dolor. Apoyo las manos en la tierra y me incorporo.

Estoy bien. He salido ileso. Estoy vivo.

Corro trinchera abajo, mirando a derecha e izquierda para hacerme una idea de la situación. Los soldados se precipitan a ocupar sus puestos en una línea de tres en fondo en la trinchera frontal, en cuyo extremo se halla el cabo Wells gritando órdenes. Su brazo sube y baja en el aire como si diera golpes de machete, y cuando el primer grupo da un paso atrás, el segundo se adelanta, mientras que el tercero, del que formo parte, se alinea tras el segundo.

Se hace imposible oír qué está diciendo Wells debido al fragor de la artillería y las bombas, pero lo observo, con respiración entrecortada, dar rápidas instrucciones a los quince hombres de primera línea, que se miran unos a otros antes de ascender por la escala y, con las cabezas bien gachas, arrojarse sobre el parapeto de sacos hacia la tierra de nadie, que está a oscuras pero se ve iluminada esporádicamente como en un carnaval.

Wells baja un periscopio y mira. Estudio su rostro para adivinar cuándo ve caer a alguien, la breve expresión de dolor que esbozan sus facciones; luego lo aparta cuando la segunda línea avanza.

El sargento Clayton está ahora entre nosotros, en el otro extremo de la línea con respecto a Wells, y grita instrucciones a las tropas. Cierro los ojos un momento. Me pregunto cuánto tiempo voy a tardar en rebasar el parapeto, ¿dos, tres minutos? ¿Va a llegar mi vida a su fin esta noche? He estado antes ahí fuera y he sobrevivido, pero esta noche... me da la sensación de que esta noche es distinta, y no sé por qué.

Delante de mí veo a un muchacho temblando. Es joven, un nuevo recluta al que se pone a prueba. Creo que llegó anteayer. Se vuelve para mirarme como si yo pudiera ayudarlo, y advierto que su expresión es del más absoluto terror. No puede ser mucho más joven que yo, quizá incluso es mayor, pero parece un niño, un crío

que ni siquiera sabe qué está haciendo aquí.

—No puedo hacerlo —me dice con tono suplicante y acento de Yorkshire.

Lo observo con los ojos entornados, obligándolo a aguantarme la mirada.

—Sí que puedes —le digo.

—No —repite negando con la cabeza—. No puedo.

Nos llegan más gritos de ambos extremos de la línea, y de pronto un cuerpo se precipita desde arriba, casi como si cayera del cielo, y aterriza entre nosotros. Es otro de los nuevos reclutas, un chico en el que me he fijado no hace ni cinco minutos por su mata de pelo prematuramente cano; le mana sangre de un orificio de bala en el cuello. El chico delante de mí suelta un grito y da un paso atrás; a punto está de chocar conmigo, y lo empujo para que avance. No esperará que me ocupe de él cuando mi propia vida está en juego también. No es justo.

—Por favor —me suplica como si yo tuviese algún control sobre lo que está ocurriendo.

—Cállate —le espeto; ya no tengo ganas de hacerle de madre—. Cierra la maldita boca y da un paso adelante, ¿quieres? Cumple con tu deber.

Grita otra vez y le doy otro empujón, de forma que acaba ante las escalas en una hilera de diez o doce hombres más.

—¡Siguiente línea, arriba! —exclama el sargento Clayton.

Los soldados ponen un pie en el primer peldaño de las escalas, nerviosos y con las cabezas gachas para no asomarse sobre el parapeto antes de lo necesario. Mi chico, el que va delante de mí, también lo hace, pero sin intención alguna de subir, con el pie derecho firmemente plantado en el barro.

—¡Ese hombre! —grita Clayton señalándolo—. ¡Arriba! ¡Arriba ahora mismo!

—¡No puedo! —chilla el chico con lágrimas surcándole el rostro.

Que Dios me ayude, pero ya no puedo más, ya estoy harto de todo esto, y si tengo que morir que sea rápido; pero no puede ocurrirme hasta que me llegue el turno, de manera que planto una mano en sus nalgas y lo empujo escala arriba. Noto que trata de resistirse con todo su peso.

—¡No! —suplica de nuevo, y lo abandonan las fuerzas—. ¡No, por favor!

—¡Ese hombre, arriba! —repite Clayton corriendo hacia nosotros—. ¡Sadler, empújalo!

Eso hago, sin pensar siquiera en las consecuencias. Entre Clayton y yo izamos al chico hasta lo alto de la escala, y una vez ahí no puede sino rebasar el parapeto y echarse cuerpo a tierra, pues ya no existe la posibilidad de volver a la trinchera. Lo veo reptar hasta que sus botas desaparecen y me vuelvo hacia Clayton, que me observa con ojos de demente, y pienso: «Mira lo que acabamos de hacer». Clayton regresa entonces a su extremo de la línea y Wells da la orden de que los demás subamos. No titubeo; trepo por la escala, rebaso el parapeto y permanezco erguido; no levanto el fusil, sino que contemplo el caos que me rodea y pienso: «Aquí me tienes, todo tuyo, ¿por qué no acabas conmigo? Dispárame».

Sigo con vida.

El silencio es asombroso. El sargento Clayton se dirige a unos cuarenta de nosotros, dispuestos en una patética formación que no se parece en nada a las pulcras líneas que aprendimos a componer en Aldershot. Conozco solo a un puñado de estos hombres; están sucios y agotados, algunos gravemente heridos, otros medio locos. Para mi sorpresa, Will está presente, de pie entre Wells y Harding, que lo sujetan de un brazo como si tuviera posibilidades de escapar. Su expresión es angustiada y apenas levanta la vista del suelo; lo hace una sola vez y me mira, pero no parece reconocerme. Tiene profundas ojeras y una magulladura le recorre la mejilla izquierda.

Clayton nos está gritando para decirnos que hemos sido muy valientes estas ocho últimas horas, y luego para acusarnos de ser un hatajo de ratones asustados. Me digo que nunca estuvo del todo cuerdo, pero que ahora ha perdido la chaveta. Sigue con su perorata sobre la moral de las tropas y sobre que vamos a ganar esta guerra, pero en más de una ocasión habla de los griegos en lugar de los alemanes y pierde el hilo una y otra vez. Es obvio que no debería estar aquí.

Miro a Wells, el siguiente en rango, para comprobar si es consciente de la alteración sufrida por nuestro sargento, pero no presta demasiada atención. Tampoco es que pueda hacer nada; amotinarse es impensable.

—¡Y este hombre, este hombre aquí presente! —exclama Clayton marchando hacia Will, que alza la vista sorprendido, como si apenas fuera consciente de estar ahí—. Este hombre que se niega a luchar este maldito cobarde qué pensáis de él no es como vosotros lo adiestraron para otra cosa y si lo sabré yo que fui quien lo adiestró y hace sugerencias atroces y luego apoya la cabeza en una almohada en su celda mientras el resto de vosotros muchachos tan valientes estáis aquí recibiendo instrucción porque solo faltan unas semanas para que partamos hacia Francia a combatir y este hombre este hombre aquí presente dice que él no está de humor para matar pero antes era un cazador furtivo o eso he oído decir...

Y la cosa sigue y sigue, incongruencias, frases absurdas, una secuencia de palabras que nos arroja a la cara escupiendo odio a borbotones.

Se aleja de nosotros para volver al cabo de unos instantes, quitarse un guante y abofetear a Will. Somos inmunes a la violencia, por supuesto, pero ese acto nos pilla a todos por sorpresa. Resulta insulso y atroz al mismo tiempo.

—No soporto a los cobardes —anuncia Clayton abofeteándolo otra vez, más fuerte, y Will gira la cabeza—. No soporto comer con uno, no soporto hablar con uno, no soporto tener uno a mi mando.

Harding mira a Wells, como si quisiera preguntarle si deberían intervenir, pero Clayton se ha detenido y se vuelve hacia los hombres señalando a Will.

—Este hombre —declara— se ha negado a combatir durante el ataque de esta tarde. En vista de ello, se le ha formado consejo de guerra y se lo ha declarado culpable de cobardía. Será fusilado mañana al amanecer, a las seis en punto. Ese es el

castigo que infligimos a los cobardes.

Will levanta la vista, pero no parece que le importe mucho. Lo miro fijamente, deseando que se vuelva hacia mí, pero no lo hace. Ni siquiera ahora, en un momento como este, reconoce mi presencia.

Ya ha caído la noche, una noche oscura y sorprendentemente tranquila. Me dirijo más allá de la trinchera de reserva, donde un grupo de enfermeros está disponiendo cuerpos en camillas para su transporte a la retaguardia. Echo una ojeada y veo a Attling y Williams, y a Robinson con la cabeza destrozada por una bala alemana. En una camilla a su lado yace Milton, el asesino del muchacho alemán, que ahora también está muerto. Solo quedamos tres: Sparks, Will y yo.

¿Cómo he sobrevivido tanto tiempo?

Me acerco a las dependencias del sargento y veo a Wells en el exterior, fumando un cigarrillo. Se lo ve pálido y nervioso. Da una profunda calada al pitillo, llenándose de nicotina los pulmones, y me observa acercarme con los ojos entornados.

—Tengo que ver al sargento —le digo.

—Tengo que ver al sargento, señor —me corrige.

—Es importante.

—Ahora no, Sadler. El sargento está durmiendo. Nos hará fusilar a los dos si lo despertamos antes de hora.

—Señor, hay que hacer algo con respecto al sargento —prosigo.

—¿Algo? ¿Qué quieres decir?

—¿Tengo permiso para hablarle con franqueza, señor?

Wells suspira.

—Suéltalo ya, coño.

—Ese hombre se ha vuelto loco. Se ha dado cuenta, ¿no? Por la forma en que ha abofeteado antes a Bancroft... ¿Y ese consejo de guerra tan irregular? No debería haberse celebrado aquí, usted lo sabe. Deberían llevarlo de vuelta al cuartel general para ser juzgado por un tribunal competente...

—Fue juzgado así, Sadler. Tú estabas enfermo, ¿recuerdas?

—Pero se hizo aquí.

—Y está permitido. Estamos en plena guerra; las circunstancias son extraordinarias. El manual del ejército deja bien claro que en estas condiciones...

—Ya sé qué dice —lo interrumpo—. Pero... vamos, señor. Van a fusilarlo dentro de... —consulto el reloj— menos de seis horas. No es lo correcto, señor. Usted sabe que no lo es.

—Francamente, Sadler, no me importa. Que lo envíen a casa, que lo manden al otro lado del parapeto, que lo fusilen por la mañana... me importa un bledo. ¿No lo entiendes o qué? Lo único que importa es la próxima hora, y luego la siguiente, y la otra, y que los que quedamos sigamos vivos. Si Bancroft se niega a combatir, me trae sin cuidado que muera.

—Pero señor...

—Basta ya, Sadler. Vuelve a tu sitio, ¿de acuerdo?

No puedo dormir; claro que no puedo. Las horas pasan y observo el horizonte, deseando que no salga el sol. Alrededor de las tres recorro la trinchera con la cabeza en otra parte, sin mirar por dónde voy, cuando tropiezo con unas piernas estiradas y tengo que recuperar el equilibrio para evitar caer de cabeza en el barro.

Cuando miro atrás, furioso, veo a uno de los nuevos reclutas, un chico alto y pelirrojo llamado Marshall, incorporándose hasta quedar sentado; se quita el casco con que se había tapado los ojos para dormir.

—Por todos los demonios, Marshall. No pongas los pies en medio, ¿quieres?

—¿Y a ti qué te importa? —responde limitándose a cruzar los brazos, desafiante.

Es joven, uno de esos chavales que aún tienen que ver cómo le vuelan la cabeza a un amigo delante de sus narices, y que probablemente piensa que la condenada guerra no se ha acabado aún porque todavía no han participado los valientes como él.

—Lo que me importa es que no quiero tropezar con tus pies y romperme el maldito cuello —suelto con brusquedad—. Eres un peligro para cualquiera, espatarrado de esa manera.

Silba entre dientes y niega con la cabeza; se ríe y me indica que me largue con un ademán. Es poco probable que lo deje estar, en especial cuando otros nuevos reclutas están observando la escena, buscando camorra y ansiando cualquier distracción de su aburrida rutina.

—¿Qué tal si bajas de las nubes, Sadler? Así no tendrás tantos accidentes —sugiere.

Vuelve a ponerse el casco sobre los ojos y finge que está a punto de dormirse, encantado de ocultar su rostro hasta saber cómo va a acabar nuestro intercambio. No es algo que planee, y de hecho cuando me veo estirar el brazo casi me sorprende, pero solo tardo un instante en arrancarle el casco de la cabeza y lanzarlo por los aires en un arco perfecto hasta verlo aterrizar en un charco de barro, donde se hunde boca abajo, de modo que tendrá que limpiarlo para volver a ponérselo.

—¡Maldita sea, tío! —exclama poniéndose en pie de un salto y mirándome con ira y frustración—. ¿Por qué demonios has hecho eso?

—Porque eres un jodido imbécil —le espeto.

—Ve a buscar mi casco —me ordena con tono grave por la ira contenida.

Varios hombres se acercan y oigo cerillas que se rascan para encender pitillos y así tener las manos ocupadas mientras disfrutan de la diversión.

—Puedes ir a buscarlo tú mismo, Marshall. Y, la próxima vez, ponte firmes cuando pase por tu lado un oficial superior.

—¿Un oficial superior? —repite, y suelta una risotada—. Y yo que creía que no eras más que un simple soldado raso como yo.

—Llevo aquí más tiempo que tú —insisto, y esas palabras suenan horribles incluso a mis propios oídos—. Y sé mucho mejor que tú quién es quién aquí y qué es lo que más le conviene.

—Pues si sabes qué te conviene, te sugiero que vayas a buscar mi casco — responde con una sonrisa que deja a la vista unos asquerosos dientes amarillos.

Mis labios esbozan una mueca de desdén. He conocido a chicos como él, por supuesto. Matones. Los vi en el colegio y los he visto desde entonces, y estoy hasta las narices de ellos. La herida en mi brazo, esa que según los médicos ni siquiera existe, me provoca un dolor de mil demonios, y la frustración ante lo que le está pasando a Will me consume a tal punto que apenas soy capaz de pensar con claridad.

—Ya veo que no das muestras de querer pelear —dice Marshall al cabo de unos instantes, mirando en torno en busca del apoyo de los reunidos—. Eres otro de ellos, ¿verdad?

—¿De quiénes?

—Como ese amiguito tuyo, ¿cómo se llama, Bancroft?

—Exacto —interviene otra voz un poco más allá, otro de los nuevos reclutas—. Ahí lo has pillado, Tom. Bancroft y Sadler han sido uña y carne desde el principio, o eso he oído decir.

—¿Y también eres un pluma blanca, como él? —pregunta Marshall—. ¿Te da miedo pelear?

—A Will no le da miedo pelear —digo, acercándome tanto a él que huelo su apestoso aliento.

—Oh, se llama Will, ¿eh? —se burla con una risotada desdeñosa—. Will es un hombre valiente, ¿verdad? Qué fácil ser valiente cuando estás encerrado a salvo, te dan tres comidas al día y una cama en que dormir. Quizá te gustaría ir a hacerle compañía, Sadler. ¿O prefieres que te llame «Tristan»? Creo que todo esto sería más divertido si estuvierais los dos acurrucaditos, jugando al escondite bajo las sábanas, ¿no?

Se vuelve para sonreírles a sus amigos, y ellos se echan a reír ante el patético chiste, pero para mí es suficiente, y al cabo de un segundo le he dado un puñetazo en la mandíbula que lo manda trastabillando hacia atrás. Se golpea la cabeza al chocar contra los tablones de la trinchera, pero no tarda mucho en recobrase y se me echa encima, con los gritos de los demás transformándose en vítores. Chillan cada vez que uno de los dos propina un puñetazo eficaz, se ríen en nuestra cara cuando trastabillamos en el barro y erramos un golpe. La pelea se convierte en una batalla campal, con Marshall y yo liados a tortazos en el reducido espacio con la elegancia de dos belicosos chimpancés. Apenas soy consciente de lo que está pasando, pero tengo la sensación de que de pronto brotan de mí meses y meses de dolor interiorizado y, sin saber cómo, me encuentro montado a horcajadas sobre él golpeándolo una y otra vez en la cara, hundiéndolo más y más en el barro.

Ahí está, apartándose de mí en el aula, después de que lo besara.

Y ahí, saliendo de detrás del mostrador de la carnicería para rodearme los hombros con un brazo y decirme que lo mejor para todos sería que me pegaran un tiro.

Y ahí, abrazándome junto al arroyo de Aldershot antes de vestirse a toda prisa y echar a correr con expresión de desprecio y repulsión.

Y ahí otra vez, en algún lugar tras la línea del frente, diciéndome que todo fue un error, que en tiempos como este los hombres buscan consuelo donde pueden hallarlo.

Los golpeo a todos ellos, y Marshall encaja los golpes; el mundo me parece muy negro, y entonces unos brazos tiran de mí desde atrás, apartándome del chico, y me ponen en pie, y oigo a todos gritar:

—¡Ya basta, hombre, por el amor de Dios, basta! ¡Vas a matarlo!

—Eres una maldita vergüenza, Sadler, y lo sabes, ¿verdad? —me dice el sargento Clayton.

Rodea el escritorio y se me acerca demasiado para mi gusto. Le apesta el aliento y advierto un tic en el ojo izquierdo y el hecho de que parece haberse afeitado solo ese lado de la cara.

—Sí, señor —contesto—. Soy consciente de ello.

—Una maldita vergüenza —repite—. Y eres un hombre de Aldershot. Un hombre al que he adiestrado yo. ¿Cuántos de vosotros quedáis, por cierto?

—Tres, señor.

—Quedáis dos, Sadler. A Bancroft no lo contamos. El muy cabrón cobardica... Quedáis dos, ¿y es así como te comportas? ¿Cómo esperas que los nuevos reclutas luchan contra el enemigo si los dejas hechos papilla de esa manera? —Tiene la cara roja y su tono se vuelve más iracundo.

—Es obvio que no ha sido sensato por mi parte, señor.

—¿Sensato? ¿Que no ha sido sensato? —brama—. ¿Tratas de hacerte el gracioso conmigo, Sadler? Porque si intentas la menor tontería, te prometo que haré que te...

—No trato de hacerme el gracioso, señor —lo interrumpo—. No sé qué me ha pasado. Me he vuelto un poco loco, nada más. Marshall me ha sacado de quicio.

—¿Loco? —repite inclinándose hacia mí—. ¿Ha dicho «loco», Sadler?

—Sí, señor.

—No me diga que está tratando de que lo saquemos de aquí alegando falsa demencia, porque tampoco pienso tolerarlo.

—¿Que me saquen de dónde, señor? ¿De su despacho?

—¡De Francia, maldito imbécil!

—Oh, no, señor. En absoluto. No; ha sido más bien algo temporal. Solo puedo disculparme. He tropezado con él, hemos intercambiado insultos y las cosas se han acalorado un poco. Ha sido un error por mi parte.

—Lo ha dejado fuera de combate durante las próximas veinticuatro horas —explica, y ya no parece tan furioso.

—Sé que le he hecho daño, señor, sí.

—Eso es quedarse muy corto, maldita sea —responde.

Se aleja, se lleva una mano a la entrepierna y se rasca antes de tomar asiento, respirar hondo y enjugarse la cara con la misma mano.



—Estoy agotado, maldita sea —murmura—. Mira que despertarme para esto... —Suavizando el tono, añade—: Y sin embargo no sabía que llevases todo eso dentro, Sadler, para serte franco. Y ese idiota necesitaba que le dieran una pequeña lección, eso sí lo sé. Se la habría dado yo mismo, pero no puedo hacer eso, ¿verdad? Tengo que ser un ejemplo para los hombres. Ese pequeño cabrón ignorante no me ha dado otra cosa que problemas desde el día en que llegó.

Sigo firmes, un poco sorprendido ante este inesperado giro de los acontecimientos. No imaginaba que fuera a aparecer como un héroe a los ojos del sargento Clayton, aunque es un hombre al que resulta imposible interpretar. Es probable que dentro de un momento se vuelva de nuevo contra mí.

—Pero vamos a ver, Sadler. No puedo dejar pasar esta clase de cosas sin aplicar algún castigo. Lo comprendes, ¿no? Puede dar pie a cosas peores.

—Por supuesto, señor —contesto.

—Bueno, ¿y qué voy a hacer contigo?

Lo miro fijamente, no muy seguro de si se trata de una pregunta retórica. Siento ganas de decirle: «¿Mandarme de vuelta a Inglaterra?», pero me contengo, con la certeza de que eso solo inflamaría de nuevo su ira.

—Voy a hacer que pases las próximas horas en el calabozo —declara por fin asintiendo con la cabeza—. Y le pedirás disculpas a Marshall delante de los hombres, mañana, cuando vuelva a estar de servicio. Le das la mano, le dices que en el amor y la guerra todo vale y esas tonterías. Es necesario que los hombres vean que no pueden liarse a puñetazos como si tal cosa sin que haya consecuencias.

Mira hacia la puerta y llama a gritos al cabo Harding, que entra un instante después. Debía de estar ahí fuera todo el rato, escuchando la conversación.

—Llévate al soldado Sadler y mételo en el calabozo hasta que salga el sol, ¿quieres?

—Sí, señor —responde Harding, y advierto por su tono que no sabe muy bien qué quiere decir Clayton—. ¿Dónde debo meterlo exactamente?

—En el ca-la-bo-zo —repite el sargento, pronunciando cada sílaba como si hablara con un crío o un bobo—. Entiendes el inglés, ¿no?

—Únicamente tenemos la celda en que está encerrado Bancroft, señor —explica Harding—, pero se supone que tiene que estar solo.

—Bueno, pues que estén solos juntos —zanja Clayton, y nos indica con un ademán que salgamos—. Pueden contarse las penas el uno al otro. Ahora largo de aquí, los dos. Tengo trabajo que hacer.

—Comprendes que es con los alemanes con quienes se supone que debes luchar, y no contra nuestros propios hombres, ¿no?

—Muy gracioso —contesto sentándome en un catre.

Aquí dentro hace frío. Las paredes están húmedas y la tierra en ellas se desmorona; entra poca luz a través de una abertura cerca del techo y del rectángulo con barrotes en la puerta.

—Debo decir que estoy un poco sorprendido —declara Will, con tono divertido pese a las circunstancias—. No te había tomado por un follonero. ¿Lo eras en el colegio?

—A veces. Como cualquier otro. ¿Por qué, tú no?

—De vez en cuando.

—Y sin embargo ahora te niegas a luchar.

Sonríe muy despacio, con los ojos tan fijos en los míos que al final me veo obligado a apartar la mirada.

—¿Por eso estás aquí? —me pregunta—. ¿Has planeado todo para que te metieran aquí dentro y así poder hacerme cambiar de opinión?

—Ya te he contado por qué estoy aquí —digo, molesto por su acusación—. Estoy aquí porque ese imbécil de Marshall se merecía una paliza.

—No lo conozco, ¿verdad? —pregunta frunciendo el entrecejo.

—No; es nuevo. Pero, mira, no nos preocupemos más por él. Clayton se ha vuelto loco, cualquiera puede ver que es así. Creo que podemos luchar contra esto si lo intentamos. Solo tenemos que hablar con Wells y Harding y...

—¿Luchar contra qué, Tristan?

—Bueno, pues contra esto —contesto asombrado, mirando alrededor como si no hiciesen falta más explicaciones—. ¿De qué crees que estoy hablando? De tu condena.

Niega con la cabeza, y advierto que tiembla un poco. De modo que tiene miedo. Quiere vivir. No dice nada durante un buen rato, y yo tampoco; no quiero presionarlo. Prefiero esperar a que decida por sí mismo.

—El viejo me ha visitado varias veces —dice por fin. Extiende las manos ante sí y las gira para examinarse las palmas, como si fuera a encontrar respuestas en ellas—. Trataba de hacerme cambiar de opinión. Trataba de conseguir que volviera a empuñar el fusil. Yo le decía que era inútil, pero se negaba a aceptarlo. Creo que se lo toma como un insulto personal.

—Probablemente no quiere tener que informar al general Fielding de que uno de sus hombres se niega a combatir.

—Y un hombre de Aldershot, encima —añade ladeando un poco la cabeza y sonriéndome—. ¡Qué vergüenza!

—Las cosas han cambiado. Para empezar, Milton está muerto. —Me pregunto si esta información habrá llegado hasta él—. Así que ya no importa; ya no puedes conseguir que pague, hagas lo que hagas. Puedes renunciar a todo esto.

Will reflexiona un momento y luego desecha la idea.

—Lamento que haya muerto —dice—, pero eso no cambia nada. Es una cuestión de principios.

—Te equivocas. Es una cuestión de vida o muerte.

—Entonces es posible que la resuelva con Milton dentro de un par de horas.

—No, Will, por favor —digo, horrorizado ante sus palabras.

—Espero que en el cielo no haya guerras.

—Will...

—¿Te imaginas, Tristan, librarse de todo esto solo para encontrarte con que ahí arriba continúa la guerra entre Dios y Lucifer? Iba a serme difícil oponerme a Él, ¿no?

—Oye, deja ya de mostrarte tan frívolo. Si le ofreces volver al frente de inmediato, el viejo te soltará. Necesita todos los soldados que pueda reunir. Sí, es posible que te juzguen cuando acabe la guerra, pero al menos no estarás muerto.

—No puedo hacer eso, Tris —responde—. Me gustaría poder hacerlo, de veras que sí. No quiero morir. Tengo diecinueve años, tengo toda la vida por delante.

—Entonces no mueras —insisto, acercándome a él—. No mueras, Will.

Me mira frunciendo un poco el entrecejo.

—¿Tú no tienes principios, Tristan? Me refiero a principios por los que darías la vida.

—No —contesto negando con la cabeza—. Gente quizá sí, pero principios no. ¿De qué sirven?

—Esa es la razón de que las cosas hayan sido siempre complicadas entre nosotros. Somos muy distintos, qué le vamos a hacer. Tú en realidad no crees en nada, ¿verdad? Mientras que yo...

—No digas eso, Will —le pido mirando hacia otro lado.

—No lo digo para hacerte daño, Tristan, de veras que no. Solo quiero decir que tú huyes de las cosas, nada más. De tu familia, por ejemplo. De la amistad. Del bien y el mal. Pero yo no hago eso, ¿sabes? No puedo. Me gustaría ser más parecido a ti, por supuesto. Si lo fuera, habría habido más posibilidades de que saliera de este maldito lío con vida.

Siento la ira bullir en mi interior. Incluso ahora, incluso en un momento así, me trata con condescendencia. Hace que me pregunte por qué habré sentido algo por él.

—Por favor, Will —le ruego, tratando con todas mis fuerzas de no dejarme vencer por mi creciente resentimiento—, dime tan solo qué quieres que haga para acabar con esta locura. Haré lo que me digas.

—Quiero que vayas a ver al sargento Clayton y le digas que Milton mató a aquel chico a sangre fría. Haz eso, si hablas en serio. Y, ya puestos, dile lo que sabes sobre el asesinato de Wolf.

—Pero Milton está muerto —insisto—. Y Wolf también. ¿De qué iba a servir?

—Sabía que no lo harías.

—Pero es que no significaría nada —le recalco—. No serviría de nada.

—No ves en absoluto la ironía, ¿eh, Tristan?

Niego con la cabeza. Parece decidido a no volver a hablar hasta que lo haga yo.

—¿Qué ironía? —pregunto por fin, tropezándome con las palabras.

—Que vayan a fusilarme a mí por cobarde mientras tú, un cobarde, sigues viviendo.

Me incorporo y me dirijo al rincón opuesto, lo más lejos posible de él.

—Ahora solo estás siendo cruel —digo en voz baja.

—¿De veras? Creía que estaba siendo sincero.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan cruel?

—He aprendido a serlo aquí —responde—. Tú también has aprendido a serlo, solo que no te has dado cuenta.

—Pero ellos también tratan de matarnos —protesto levantándome otra vez—. Has estado en las trincheras. Has oído las balas zumban junto a tu cabeza. Has estado en la tierra de nadie, arrastrándote entre muertos.

—Sí, y si nosotros les hacemos lo mismo a ellos, ¿eso no nos vuelve tan malos como ellos? Lo digo en serio, Tristan. Me interesa saberlo. Dame una respuesta, me ayudarás a comprenderlo.

—Es imposible hablar contigo.

—¿Por qué? —Parece genuinamente desconcertado.

—Porque creerás lo que decidas creer y te negarás a escuchar cualquier argumento en otro sentido. Tienes todas esas opiniones que te ayudan a definirte como un hombre mejor que los demás, pero ¿dónde están tus elevados principios cuando se trata del resto de tu vida?

—No me creo mejor que tú, Tristan —responde negando con la cabeza. Mira el reloj y traga saliva con nerviosismo—. Se acerca la hora.

—Podemos ponerle fin a esto.

—¿A qué te referías con «el resto de mi vida»? —pregunta con irritación.

—No hace falta que te lo deletree.

—Pues sí, la verdad. Dímelo. Si tienes algo que decirme, dílo y ya está. Es posible que no tengas más oportunidades, así que suéltalo de una vez, por el amor de Dios.

—Desde el principio —digo sin vacilar—, desde el mismísimo principio, te has portado mal conmigo.

—¿De veras?

—No finjas lo contrario. En Aldershot nos hicimos amigos, tú y yo. O al menos yo pensé que lo éramos.

—Pero somos amigos, Tristan. ¿Por qué ibas a pensar que no lo somos?

—Creía que quizá éramos algo más.

—¿Y qué te ha dado esa impresión?

—¿De verdad hace falta que te lo diga? —pregunto.

—Tristan —responde con un suspiro y frotándose los ojos—. Por favor, no vuelvas a sacar ese tema. Ahora no.

—Hablas como si no significara nada.

—Es que no significa nada, Tristan. Dios santo, pero ¿qué te pasa? ¿Eres incapaz de reconocer el consuelo cuando lo tienes delante? Solo fue eso.

—¿Consuelo? —repito, perplejo.

—Tienes que sacar el tema una y otra vez, ¿no? —dice, y ahora se lo ve enfadado —. Eres peor que una mujer, ¿lo sabías?

—Que te jodan —le suelto sin demasiado convencimiento.

—Es verdad. Y si continúas hablando así, voy a llamar al cabo Moody y pedirle que te encierre en otro sitio.

—El cabo Moody está muerto, Will. Y si hubieses formado parte de lo que pasaba alrededor en lugar de estar escondido en ese práctico cuchitril tuyo, ya lo sabrías.

Mis palabras lo hacen titubear. Aparta la vista y se muerde el labio.

—¿Cuándo pasó?

—Hace varias noches —respondo quitándole importancia, como si no significara nada; así de inmune me he vuelto ante la muerte—. Mira, eso ya no importa. Está muerto. Williams y Attling también han muerto. Milton ha muerto. Todo el mundo está muerto.

—No todo el mundo ha muerto, Tristan. No exageres. Tú estás vivo, yo estoy vivo.

—Pero a ti van a fusilarte —digo casi riéndome, tan absurdo me resulta—. Es lo que les pasa a los plumas blancas.

—Yo no soy un pluma blanca, Tristan —me espeta poniéndose en pie, enojado—. Los plumas blancas son cobardes. Yo no soy un cobarde, soy un hombre de principios, nada más. Hay una gran diferencia.

—Sí, eso parece creer. ¿Sabes una cosa? Si hubiese pasado una sola vez, quizá entonces lo habría comprendido. Quizá podría haber pensado: «Bueno, habíamos llegado al final de la instrucción. Estábamos preocupados, aterrados ante lo que nos esperaba. Buscaste consuelo donde podías encontrarlo». Pero fuiste tú, Will. Fuiste tú quien llevó la iniciativa, quien me arrastró la segunda vez. Y luego me miraste como si fuera algo que te producía repugnancia.

—A veces me repugnas, la verdad —dice como si tal cosa—. Cuando pienso en lo que eres. Y cuando comprendo que crees que yo también lo soy, y yo sé que no es así. Tienes razón. En esos momentos me provocas repugnancia. Quizá tu vida consiste en eso. Quizá es esa la forma que va a adquirir tu destino, pero el mío no. No es eso lo que quiero. Nunca lo ha sido.

—Solo porque eres un mentiroso —le digo.

—Creo que deberías tener cuidado con lo que dices —contesta entornando los ojos—. Somos amigos, Tristan; al menos me agrada pensar que lo somos. Y no me gustaría que dejáramos de serlo, precisamente ahora, a estas alturas.

—Yo tampoco quiero que dejemos de serlo. Tú eres el mejor amigo que tengo, Will. Tú eres... Bueno, tengo que decírtelo, se nos acaba el tiempo... ¿supone algo para ti que yo te quiera?

—Por el amor de Dios, hombre —sisea, y un hilillo de saliva le cae de la boca al suelo—. No hables así. ¿Y si nos oye alguien?

—No me importa —declaro plantándome ante él—. Escúchame, solo por esta

vez. Cuando todo esto haya terminado...

—Aléjate de mí —insiste dándome un empujón, quizá con mayor fuerza de la que pretendía, porque trastabillo y caigo al suelo sobre un hombro, sintiendo una punzada de dolor.

Me mira y se muerde el labio, como si lo lamentara, pero luego su expresión se vuelve fría.

—¿Por qué no puedes mantenerte lejos de mí? —me pregunta—. ¿Por qué tienes que andar siempre rondándome? ¿Por qué vas siempre pegado a mis talones? Oírte decir lo que acabas de decir... bueno, me revuelve el estómago. Yo no te quiero, Tristan. Ni siquiera me gustas mucho ya. Estabas allí, eso fue todo. Estabas allí. No siento por ti otra cosa que desprecio. ¿Por qué estás siquiera aquí dentro? ¿Has organizado todo esto? ¿Te has abalanzado sobre ese Marshall para que te trajeran a rastras aquí dentro, conmigo?

Da un paso adelante y me abofetea; no me da un puñetazo, como se lo daría a otro hombre, sino una bofetada. Su fuerza me hace volver la cara, pero el asombro me sume en el silencio y la inmovilidad.

—¿Esperas algo de mí, Tristan? ¿Se trata de eso? —continúa—. Porque no vas a conseguirlo. Entiéndelo de una vez, ¿quieres?

Vuelve a darme una bofetada, y se lo permito.

—¿Crees que querría tener algo que ver con un hombre como tú?

Ahora está justo delante de mí y me abofetea por tercera vez; el dolor me inflama la mejilla derecha, pero sigo sin poder contestarle.

—¡Dios! Cuando pienso en lo que hicimos juntos, me da náuseas. ¿Entiendes lo que te digo? Me da ganas de vomitar.

Me da una cuarta bofetada, y ahora sí me abalanzo contra él, cegado por la ira, dispuesto a darle una paliza, pero adivina mi movimiento y me aparta de un empujón. Vuelvo a caer sobre el hombro magullado, y esta vez me duele como el demonio.

—¡Apártate de mí! —exclama—. Joder, Tristan, estoy a punto de morir y quieres hacer un último intento conmigo, por los viejos tiempos, ¿eh? Pero ¿qué clase de hombre eres?

—No es eso lo que... —empiezo, poniéndome de nuevo en pie.

—¡Me cago en la leche! —espeta—. ¡Voy a morir! ¿No puedes dejarme en paz cinco jodidos minutos para poner en orden mis pensamientos?

—Por favor, Will —respondo con lágrimas surcándome las mejillas, y tiendo los brazos hacia él—. Lo siento, ¿de acuerdo? Somos amigos...

—¡Y una mierda! —exclama—. Nunca fuimos amigos, ¿es que no lo entiendes, imbécil? —Se acerca a la puerta y la aporrea repetidamente, gritando entre los barrotes—: ¡Sáquenlo de aquí! ¡Quiero unos minutos de paz antes de morir!

—Will...

Niega con la cabeza; y sin embargo, me atrae hacia sí una última vez.

—Óyeme bien —me susurra al oído—, y recuerda lo que te digo: yo no soy como

tú. Ojalá nunca te hubiera conocido. Wolf me lo contó todo sobre ti, me dijo qué eras, y seguí siendo amigo tuyo por pura lástima, porque sabía que nadie más iba a ser tu amigo. Te desprecio, Tristan.

Me siento aturdido. Jamás hubiese creído que podía ser tan cruel, pero parece pronunciar cada palabra totalmente en serio. Tengo los ojos anegados en lágrimas. Abro la boca pero no sé qué decir. Siento deseos de tenderme en el catre de cara a la pared y fingir que no existe, pero entonces oigo pisadas que se acercan a la puerta y una llave que gira en la cerradura. La puerta se abre. Entran dos hombres y nos miran fijamente.

Espero en el patio durante lo que me parece una eternidad, sintiendo la cabeza a punto de explotar. Noto una bola de fuego en mi interior. Odio a Will. Odio todo lo que me ha hecho hacer, todo lo que me ha dicho. La forma en que me ha engañado. Siento un dolor intenso en el hombro, de las dos veces que me ha tirado al suelo, y me molestan los bofetones. Miro atrás, hacia donde sigue encerrado con el cabo Harding y el capellán. Siento el impulso de volver, agarrarlo del cuello y golpearle la cabeza contra el suelo de piedra hasta desparramarle los sesos. Deseo que muera de una jodida vez. Lo amo, pero deseo que muera. No puedo vivir en un mundo en que él exista.

—¡Necesito uno más! —le grita el sargento Clayton a Wells.

Pero Wells niega con la cabeza.

—Yo no —dice.

Contemplo ante mí el pelotón de fusilamiento. Ha salido el sol, son las seis en punto. Cinco hombres forman una hilera con un espacio para el sexto.

—Ya sabe que no puedo, señor —dice Wells—. Tiene que ser un soldado raso.

—¡Entonces lo haré yo mismo! —brama Clayton.

—No puede, señor —insiste Wells—. Va contra las normas. Espere un momento. Volveré a la trinchera en busca de alguien. Uno de los chicos nuevos, alguien que no lo conozca.

No reconozco a los cinco muchachos formados para fusilar a Will. Parecen aterrorizados. Y limpios. Dos de ellos tiemblan visiblemente.

Me acerco a ellos y Clayton me mira sorprendido.

—¿Necesitan un sexto hombre? —me ofrezco.

—No, Sadler —contesta Wells mirándome perplejo—. Tú no. Vuelve a las trincheras. Busca a Morton y mándamelo, ¿de acuerdo?

—¿Necesitan un sexto hombre? —repito.

—He dicho que tú no, Sadler.

—Y yo digo que lo haré —insisto, y cojo el sexto fusil con el odio fluyéndome en las venas.

Muevo la mandíbula para aliviar un poco el dolor en la mejilla, pero cuando lo hago tengo la sensación de que me abofetea otra vez.

—De acuerdo —suelta el sargento Clayton, y le indica con un ademán al soldado

de guardia que abra la puerta—. Tráigalo. Ha llegado la hora.

—Sadler, piénsatelo bien, por el amor de Dios —sisea Wells agarrándome del brazo, pero me libero de él y ocupo mi sitio en la fila.

Quiero su jodida cabeza en una bandeja. Compruebo el cargador del fusil y lo amartillo. Me planto entre dos muchachos, sin mirarlos siquiera.

—¡Cabo Wells, quítese de en medio! —brama el sargento Clayton.

Y entonces lo veo, veo a Will subir las escaleras detrás del soldado de guardia con una venda negra sobre los ojos y un pedazo de tela roja prendido sobre el corazón. Camina vacilante hasta llegar ante el muro. Lo miro fijamente y lo rememoro todo; vuelvo a oír sus palabras, y tengo que hacer un esfuerzo para no precipitarme hacia él y darle de puñetazos.

El sargento da la orden de ponernos firmes, y así lo hacemos, seis hombres uno junto a otro, empuñando los fusiles.

«¿Qué estás haciendo?», pregunta una voz suplicante en mi cabeza, la voz de la razón. Una voz que decido ignorar.

—¡Apunten! —ordena Clayton.

En ese momento, Will, valiente hasta el final, se arranca la venda de los ojos, pues quiere ver a sus verdugos cuando lo abatan. Su expresión trasluce miedo, pero también fuerza, resistencia. Y entonces advierte mi presencia y su expresión cambia. Presa del asombro, me mira fijamente. Su rostro se desencaja.

—Tristan —dice, su última palabra.

Y entonces llega la orden. El dedo índice de mi mano derecha oprime el gatillo, y al cabo de un instante los seis fusiles han disparado, el mío tan rápido como los demás, y mi amigo yace inmóvil en el suelo. Su guerra ha terminado.

La mía está a punto de empezar.



## ME AVERGÜENZO DE MIS ACTOS

*Londres, octubre de 1979.*

Volví a verla una vez más.

Fue casi sesenta años después, en otoño de 1979. La señora Thatcher había subido al poder unos meses antes y reinaba la sensación de que la civilización que conocíamos tocaba a su fin. La celebración de mi octogésimo primer cumpleaños había aparecido en los periódicos, y recibí una carta de una sociedad literaria en la que se me informaba de que iban a concederme una contrahecha figura de bronce vaciada en madera con una pluma estilográfica de plata emergiendo de su corona, pero solo si estaba dispuesto a vestir un esmoquin, asistir a una cena, pronunciar un breve discurso y ofrecer una lectura más breve incluso, y a estar disponible en general para la prensa durante un par de días.

—Pero ¿por qué no puedo rechazarlo? —le pregunté a Leavitt, mi editor de treinta y dos años, con aparatos en los dientes y brillantina, que insistía en que aceptara la invitación.

Leavitt me había heredado dos libros antes, cuando Davies, mi editor y amigo de muchísimos años, había fallecido.

—Bueno, para empezar sería muy grosero por tu parte —contestó, hablándome como si fuera un crío al que reprendiera por negarse a bajar a saludar a los invitados y cantarles un poco—. Ese premio se concede muy rara vez; de hecho, tú serías tan solo la cuarta persona que lo recibe.

—Y las otras tres están muertas —comenté observando los nombres de los tres escritores anteriores, dos poetas y un novelista—. Es lo que le pasa a uno cuando empieza a aceptar ese tipo de premios. No queda nada por lo que luchar. Y entonces te mueres.

—Tú no vas a morirte, Tristan.

—Tengo ochenta y un años —le recordé—. Admiro tu actitud positiva, pero incluso tú, Leavitt, tendrás que admitir que la posibilidad es muy real.

Pero siguió con sus ruegos y acabé sintiéndome demasiado agotado para decir que no —la resistencia en sí podría haberme matado—, de manera que hice acto de presencia y me senté a una mesa en un estrado, rodeado por brillantes jóvenes de conversación encantadora que me contaron lo mucho que me admiraban pero que ellos intentaban conseguir efectos distintos con sus obras, aunque, por supuesto, para los jóvenes era vital continuar leyendo a sus predecesores.

La sociedad me proporcionó siete entradas de más para la celebración, lo cual me pareció poco considerado puesto que sabían que había sido un hombre soltero toda mi vida y no tenía familia, ni siquiera un sobrino para hacerme compañía y recoger mi correo cuando hubiese fallecido. Consideré devolverlas o distribuir las en una

universidad cercana en la que daba charlas de vez en cuando, pero al final se las ofrecí a personas leales que habían velado por mis intereses comerciales a lo largo de los años —agentes, publicistas y esa clase de cosas, la mayoría de los cuales llevaban tiempo retirados—, y parecieron encantados de pasar una velada celebrando mi éxito, en una especie de conmemoración de los tiempos en que todos estábamos en el meollo de las cosas.

—¿Quién le gustaría que se sentara a su lado en la cena? —me preguntó una secretaria llamándome a media mañana, una gran molestia teniendo en cuenta que escribo entre las ocho y las dos.

—El príncipe Carlos —contesté sin titubear.

Lo había conocido en una fiesta, y me había impresionado con unos comentarios sobre Orwell y la pobreza, pero nuestra relación no iba más allá.

—Oh —dijo la secretaria, un poco molesta al parecer—. Creo que no está en la lista de invitados.

—Bueno, entonces lo dejaré en sus capaces manos —repuse.

Colgué el teléfono y luego lo desconecté durante el resto del día.

Por fin tuve a mi izquierda a un tipo al que acababan de nombrar el mejor escritor joven del mundo, o algo parecido, gracias a una novela corta y una colección de relatos. Tenía largos rizos rubios y me recordó un poco a Sylvia Carter en sus años mozos. Cuando hablaba, blandía un cigarrillo y me echaba el humo a la cara. Me resultó casi insoportable.

—Espero que no sea una molestia —dijo sacando de debajo de la mesa una bolsa de la librería Foyles, en Charing Cross Road—. He comprado varios de sus libros, ¿le importaría firmármelos?

—En absoluto. ¿A quién debo dedicárselos?

—Pues a mí, por supuesto —repuso sonriendo de oreja a oreja, encantado consigo mismo.

Tuve la certeza de que una velada dedicada a mí no era más que una estratagema para asegurar su presencia en la celebración.

—¿Y quién es usted? —pregunté con educación.

Una vez firmados debidamente los libros, y con la bolsa de nuevo a salvo bajo la mesa, el tipo me guiñó un ojo y me puso una mano en el antebrazo.

—Lo leí en la universidad —me confió con tono tan cauteloso que pareció que admitiera un interés algo enfermizo en las colegialas—. Debo admitir que hasta entonces no había oído hablar de usted. Pero algunos de sus libros me parecieron puñeteramente buenos.

—Gracias. ¿Y los demás? ¿No eran tan «puñeteramente» buenos?

Esbozó una mueca y consideró mis palabras.

—Mire, no soy yo quien debe decirlo —repuso, derramando ceniza en el cóctel de gambas antes de proceder a hablarme de los distintos errores que contenían, y de que estaba muy bien situar tal y tal cosa en determinado contexto, pero que cuando se

incluía esta o aquella complicación toda la estructura de naipes se venía abajo.

»Pero, mire, no tendríamos la literatura de hoy si las anteriores generaciones no hubiesen estado ahí para plantar unos cimientos tan sólidos. Merece usted grandes elogios por eso, al menos.

—Pero sigo aquí —señalé. Un fantasma en mi propia mesa.

—Claro, por supuesto que sigue aquí —respondió, como si me lo confirmara, como si le hubiese hecho la pregunta para tranquilizarme ante alguna clase de demencia, porque no tuviese muy claro que seguía existiendo.

Sea como fuere, el caso es que asistí; se pronunciaron discursos, se tomaron fotografías, se firmaron libros. Llegó un telegrama de Harold Wilson, que afirmaba ser admirador mío pero escribía mal mi nombre. (Se dirigía a mí como «señor Sandler»). Y otro de John Lennon.

—¿Luchó usted en la Gran Guerra? —me preguntó un periodista del *Guardian* en una larga entrevista que coincidió con la entrega del premio.

—No me pareció que fuera grande en absoluto —puntalicé—. De hecho, si mal no recuerdo, fue absolutamente espantosa.

—Sí, por supuesto —repuso el periodista con una risita incómoda—. Pero nunca ha escrito sobre ella, ¿no?

—¿No lo he hecho?

—No explícitamente, al menos —contestó, y su rostro esbozó una expresión de pánico, como si acabara de caer en la cuenta de que debía de haberse dejado algún libro importante por el camino.

—Supongo que depende de lo que uno entienda por explícito. Estoy seguro de haber escrito sobre ella en varias ocasiones. A primera vista unas veces, y otras de forma un poco más velada. Pero está ahí, presente, ¿no está de acuerdo? ¿O me estoy engañando?

—No, por supuesto que no. Solo quería decir que...

—A menos que haya fracasado por completo en mis obras. Quizá no he dejado claras mis intenciones. Quizá mi carrera entera de escritor ha sido un fiasco.

—No, señor Sadler, por supuesto que no. Creo que ha malinterpretado usted mis palabras. Es obvio que la Gran Guerra desempeña un papel importante en sus...

A los ochenta y un años, uno tiene que encontrar diversiones donde pueda.

La noche de la cena me alojé en un hotel de Londres, pues unos quince años antes había abandonado la ciudad para retirarme al campo, como suele decirse. Pese a las numerosas peticiones de viejos amigos de que alargara la velada en los *pubs* londinenses con ellos hasta altas horas, y pusiera por tanto en peligro mi salud y mi esperanza de vida, me despedí a una hora respetable para regresar al West End, con la intención de disfrutar de una noche de sueño decente y coger el tren de la mañana de vuelta a casa. Y, así, me produjo cierta sorpresa que un conserje hiciera ademán de detenerme cuando pasé ante el mostrador.

—Sadler —dije blandiendo mi llave en el aire, suponiendo que me tomaba por un

intruso octogenario—. Habitación once-cero-siete.

—Por supuesto, señor —repuso el conserje saliendo de detrás del mostrador para interceptarme antes de llegar a los ascensores—. Pero debo decirle que hay una dama esperando para verlo. Lleva más o menos una hora en el bar del hotel.

—¿Una dama? —pregunté frunciendo el entrecejo—. ¿A estas horas de la noche? ¿No habrá algún error?

—No, señor. Ha preguntado por su nombre. Dice que usted la conoce.

—Bueno, ¿y quién es? —dije con tono de impaciencia. Lo último que deseaba era verme acosado por otra periodista o por una lectora a aquellas horas—. ¿Lleva un montón de libros bajo el brazo?

—Yo no he visto que llevase ninguno, señor.

Miré alrededor, considerando qué hacer.

—Oiga, hágame un favor, ¿quiere? Entre ahí y dígame que me he ido a la cama. Discúlpese por mí y todo eso. Dígame que contacte con mi agente... él sabrá qué hacer con ella. Espere, llevo su tarjeta en alguna parte...

Hurgué en el bolsillo y saqué un montoncito de tarjetas de visita, que contemplé con una sensación de agotamiento. Cuántos nombres, cuántos rostros que recordar. Nunca se me había dado bien ninguna de las dos cosas.

—Señor, no me parece que sea una admiradora. ¿Es posible que se trate de una pariente? Es bastante mayor, si me permite decirlo.

—Desde luego que puede decirlo, si en efecto lo es. Pero no hay posibilidad de que sea una pariente. ¿Ha dejado alguna nota para mí?

—No, señor. Ha dicho que le dijéramos que ha venido desde Norwich para verlo. Y que usted sabría qué significaba eso.

Lo miré fijamente. Era bastante apuesto y, por supuesto, los fuegos nunca se extinguían del todo.

—¿Señor Sadler? Señor Sadler, ¿se encuentra bien?

Entré en la penumbra del bar, aflojándome con nerviosismo la corbata, y paseé la vista. Estaba sorprendentemente lleno para la hora que era, pero no había forma de pasarla por alto. Para empezar, era la única anciana en todo el bar. Pero creo que la habría reconocido en cualquier parte. Aunque hubiesen transcurrido tantos años, nunca se había alejado del todo de mis pensamientos. Estaba leyendo un libro, uno que no reconocí, y alzó la vista, supuse que porque se sentía observada, aunque no miró hacia mí, y me pareció ver una especie de sombra cruzar su rostro. Se llevó la copa de vino a los labios, pero cambió de opinión y la dejó de nuevo sobre la mesa. Permanecí inmóvil en el centro del local durante largo rato; solo cuando se volvió y me dirigió una leve inclinación de cabeza, me acerqué a ella para sentarme enfrente. Había elegido bien: un pequeño reservado, apartado de la gente. Con una iluminación favorecedora que nos sentaba bien a los dos.

—Leí lo de tu premio en el periódico —me dijo sin preámbulos y tuteándome como antaño—. Y casualmente estaba en Londres para asistir a la boda de mi nieto,

que fue ayer. No sé por qué, pero me dije que pasaría a verte. Fue una decisión de última hora. Espero que no te importe.

—Me alegra que lo hayas hecho —dije, pues me parecía la respuesta más educada, aunque no sabía exactamente cómo me hacía sentir volver a verla.

—¿Te acuerdas de mí, entonces? —preguntó sonriendo a medias.

—Sí, me acuerdo de ti.

—Sabía que lo harías.

—Y la boda —dije, deseoso de encontrar un tema seguro de conversación mientras ponía en orden mis pensamientos—. ¿Fue agradable?

—Tanto como pueden llegar a serlo esas cosas —repuso encogiéndose de hombros, y le hizo una inclinación de cabeza al camarero cuando se acercó para llenarle la copa. Yo pedí un *whisky* corto; entonces cambié de opinión y subí la dosis—. Lo único que hacemos cuando estamos juntos es comer y beber, Tristan —comentó—. Es curioso, ¿no? En cualquier caso, sí, la boda estuvo bien, aunque la chica no es muy de mi agrado. Es una fresca; bueno, ahí lo tienes, ya lo he dicho. Va a darle muchos quebraderos de cabeza a Henry, estoy segura.

—¿Henry es tu nieto?

—Sí. El chico más pequeño de mi hija mayor. No vas a creerlo, pero tengo ocho nietos. Y seis bisnietos.

—Felicidades.

—Gracias. Supongo que te estás preguntando por qué he venido, ¿no?

—En realidad no he tenido tiempo para preguntármelo —respondí con un gesto de agradecimiento al camarero que traía mi bebida—. Me has pillado un poco por sorpresa, Marian. Tendrás que perdonarme si no estoy al máximo de mis facultades.

—Bueno, eres más viejo que Matusalén. Aunque yo soy más vieja incluso, así que aquí nos tienes. El hecho de que ambos estemos *compos mentis* es un triunfo de la buena alimentación y la vida saludable, supongo.

Sonreí y di un pequeño sorbo al *whisky*. En realidad no había cambiado. Aún hablaba de esa manera precipitada y un poco absurda, aún era ingeniosa y culta.

—Supongo que soy yo quien debería felicitarte —dijo al cabo de unos instantes.

—¿Felicitarme?

—Por tu premio. Me han dicho que es muy prestigioso.

—Sí, a mí me han dicho lo mismo. Aunque es bastante feo, para serte franco. Me pregunto por qué no habrán podido encargarse algo bonito.

—¿Y dónde está? ¿Arriba en tu habitación?

—No; se lo he dejado a mi agente. Pesaba bastante. Supongo que me lo mandará.

—Tu fotografía salía en la portada del *Times*. El lunes, en el tren hacia aquí, leí acerca de ti. Y eras una de las claves del crucigrama. Te has hecho un nombre.

—He tenido suerte —admití—. Se me ha permitido llevar la vida que quería. Hasta cierto punto, al menos.

—Recuerdo que aquel día, antes de separarnos, me contaste que habías hecho tus

pinitos con la escritura pero que planeabas tomártelo más en serio al volver a Londres. Bueno, desde luego lo hiciste, ¿no? Hay un número impresionante de libros que llevan tu nombre. He de admitir que nunca he leído ninguno. ¿Te parece una grosería?

—En absoluto —respondí—. No esperaba que lo hicieras. No te gustan las novelas, por lo que recuerdo.

—En realidad conseguí llegar a leer algunas. Pero las tuyas no. Las veía constantemente en las librerías, por supuesto. Y voy a la biblioteca y allí tienes muchos admiradores. Pero nunca he leído ninguna. ¿Piensas en mí alguna vez, Tristan?

—La mayoría de los días —admití sin titubear.

—¿Y en mi hermano? —preguntó, nada sorprendida por mi admisión.

—La mayoría de los días —repetí.

—Ajá.

Miró hacia otro lado y bebió un poco de vino, cerrando los ojos un instante cuando le llegó al estómago.

—No sé qué hago aquí —declaró al cabo de un momento, mirándome y esbozando una sonrisa un poco grotesca—. Quería verte, pero ahora no sé por qué. Debo de parecerme loca. No he venido para atacarte, si es eso lo que te preocupa.

—Háblame de tu vida, Marian —le pedí, pues me interesaba lo que tuviera que decir.

La última imagen que tenía de ella era sentada en el andén de la estación de Thorpe, con un grupo de gente mirando a aquella mujer alterada y llorosa, y luego abalanzándose contra el cristal de mi ventanilla cuando el tren salía de la estación. Me había quedado sin aliento, pensando que pretendía arrojarse a las vías, pero no, solo había tenido la intención de agredirme, nada más. Si hubiera podido ponerme las manos encima, quizá me habría matado. Y es posible que yo se lo hubiese permitido.

—Dios mío, dudo mucho que te interese mi vida, Tristan. Te parecería aburridísima en comparación con la tuya.

—La mía es mucho más monótona de lo que la gente imagina —confesé—. Por favor, me gustaría que hablaras de ella.

—Bueno, la versión resumida, quizá. Vamos a ver. Soy maestra. O lo era, al menos. Ahora estoy jubilada, como es obvio. Pero estudié magisterio poco después de que fracasara mi matrimonio, y permanecí en la misma escuela durante... Dios mío, debieron de ser más de treinta años.

—¿Te gustaba?

—Muchísimo. Trabajaba con niños pequeños, Tristan. Los únicos que sé manejar. Si se suben uno encima de otro, una sigue siendo más alta que ellos, está a salvo. Esa fue siempre mi norma. Críos de cuatro y cinco años. Los adoraba. Me proporcionaban grandes alegrías. Algunos eran sencillamente maravillosos. —Su rostro esbozó una sonrisa radiante.

—¿Todavía lo echas de menos? —quise saber.

—Oh, sí, todos los días. Debe de ser fantástico tener una carrera como la tuya, en la que nadie te diga nunca que tienes que dejarlo. Por lo visto, los novelistas no hacen sino mejorar con la edad, ¿no crees?

—Algunos —respondí.

—¿Y tú?

—Me parece que no. Creo haber alcanzado la cima en torno a la mediana edad, y desde entonces estoy atascado, remando en las mismas aguas. Lamento enterarme de que tu matrimonio acabase mal.

—Sí, bueno, era inevitable que ocurriera. Nunca debí casarme con él, esa es la verdad. Debí de volverme loca.

—Pero tuvisteis hijos, ¿no?

—Tres. Alice es veterinaria, tiene tres hijos y le va muy bien. Helen es psicóloga y tiene cinco, ¿puedes creerlo? No sé cómo se las apaña. Las dos van a retirarse pronto, por supuesto, lo que me hace sentir todo un dinosaurio. Y luego está mi hijo.

—¿Es el pequeño?

—Sí. Bueno, ya tiene cincuenta y pico, no es lo que se dice muy joven.

Continué mirándola sin pronunciar palabra, preguntándome qué iba a contarme sobre él.

—¿Qué? —preguntó al cabo de un momento.

—Bueno, ¿no tiene nombre?

—Claro que tiene nombre —contestó mirando hacia otro lado.

Comprendí de pronto cuál era y me sentí avergonzado por haberlo preguntado. Tendí la mano hacia mi copa, mi red de seguridad.

—Mi hijo ha tenido una vida difícil, para serte franca —me reveló poco después—. No sé exactamente por qué. Tuvo la misma educación que sus hermanas, casi exacta, pero, donde ellas han sobresalido, él no ha encontrado más que decepciones en cada esquina.

—Lo lamento.

—Sí, bueno. Hago lo que puedo por él, por supuesto. Pero nunca es suficiente. No sé qué va a pasar cuando yo no esté. Sus hermanas lo encuentran terriblemente difícil.

—¿Y su padre?

—Oh, Leonard hace mucho que no está entre nosotros. Murió en los años cincuenta. Se casó con otra, emigró a Australia y resultó muerto en un incendio doméstico.

La miré fijamente y recordé aquel nombre sin ningún esfuerzo.

—¿Leonard? ¿No será Leonard Legg?

—Pues sí —repuso arrugando la frente—. ¿Cómo lo has...? Oh, sí, claro. Me había olvidado por completo. Lo conociste aquel día, ¿verdad?

—Me dio un puñetazo en la cara.

—Pensó que tú y yo teníamos una aventura romántica.

—¿Te casaste con él? —pregunté, perplejo.

—Sí, Tristan, me casé con él. Pero, como te he contado, el matrimonio terminó antes de que pasaran diez años. Nos amargamos la vida mutuamente. Pareces sorprendido.

—Lo estoy —admití—. Yo no lo conocía bien, por supuesto, pero recuerdo todas las cosas que me contaste aquel día. Cómo te empeñabas en oponerte a él, por lo mal que se había portado contigo.

—Nos casamos poco después de eso. No quiero decir que fuese la peor decisión de mi vida, porque tengo tres hijos de ese matrimonio, pero desde luego fue una muestra de muy poca sensatez por mi parte. Acudí a él al día siguiente de tu marcha, ¿sabes? Necesitaba a alguien, y él estaba ahí. No puedo explicártelo. Sé que debe de parecerte... una estupidez.

—No me parece nada. No soy quién para juzgarte.

Me dirigió una mirada encendida, ofendida de pronto.

—No, no eres quién —confirmó—. Mira, él estaba ahí y yo quería que alguien cuidase de mí en aquel momento. Lo dejé volver a formar parte de mi vida, pero al final él me abandonó, y ahí acabó la cosa. Dejemos ya de hablar de mí. Estoy harta. ¿Qué me dices de ti, Tristan? ¿Nunca te casaste? Los periódicos no lo mencionaban.

—No —respondí apartando la mirada—. Pero ya sabías que no podía hacerlo. Te lo expliqué todo en su día.

—Sabía que no deberías haberlo hecho —me corrigió—. Pero quién sabe hasta qué punto podrías haber sido deshonesto, ¿no? En realidad esperaba que acabaras haciéndolo. La gente lo hacía, en aquellos tiempos. Y aún lo hace, imagino. Pero tú no te casaste, entonces.

—No, Marian —repuse negando con la cabeza, encajando el golpe en la mandíbula como ella pretendía—. No lo hice.

—¿Y nunca hubo...? No sé cómo lo llama la gente, Tristan, no soy muy moderna. ¿Un compañero? ¿Es esa la palabra adecuada?

—No —respondí.

—¿Nunca hubo nadie? —dijo con incredulidad, y yo me reí un poco, sorprendido ante su sorpresa.

—No —repetí—. Nadie en absoluto. Ni una sola vez. No he tenido relación alguna, de ninguna clase.

—Pues vaya por Dios. ¿No ha sido muy solitaria tu vida?

—Sí.

—¿Estás solo?

—Sí.

—¿Vives solo?

—Estoy completamente solo, Marian —repetí en voz baja.

—Sí, ya veo. —Miró hacia otro lado un instante y su expresión se endureció.



Seguimos sentados en silencio un rato, hasta que por fin se volvió de nuevo hacia mí.

—En cualquier caso, tienes buen aspecto.

—¿De veras?

—No, en realidad no. Se te ve viejo. Y cansado. Yo también estoy vieja y cansada, no pretendo ser desagradable.

—Bueno, estoy viejo y cansado —admití—. El camino ha sido largo.

—Has tenido suerte —dijo con amargura—. Pero ¿has sido feliz?

Pensé en ello. Tenía la sensación de que esa era una de las cuestiones más difíciles de la vida.

—Digamos que no he sido infeliz, aunque no estoy seguro de que sea lo mismo. He disfrutado mucho con mi trabajo. Me ha proporcionado muchas satisfacciones. Pero por supuesto, al igual que tu hijo, en ocasiones lo he tenido difícil.

—¿En qué sentido?

—¿Puedo pronunciar su nombre?

—No —repuso entre dientes, inclinándose hacia mí—. No puedes.

Asentí con la cabeza y me arrellané en el asiento.

—Quizá signifique algo para ti, o quizá no, pero he vivido avergonzándome de mis actos durante sesenta y tres años. No ha habido un solo día en que no pensase en ello.

—Me sorprende que no hayas escrito nada al respecto, si te llega tan hondo.

—Sí que he escrito sobre ello, de hecho. —Una expresión de consternación cruzó su rostro, y me apresuré a negar con la cabeza—. Permíteme aclarar que lo he puesto por escrito pero nunca lo he publicado. Pensé dejarlo para cuando haya muerto.

Marian se inclinó más hacia mí, intrigada.

—¿Y qué has escrito, Tristan?

—Toda la historia —confesé—. Nuestra vida en Aldershot, mis sentimientos hacia él, todo lo que ocurrió. La época en Francia. Hablo un poco de mi vida de antes, de varias cosas que me pasaron de niño. Y también del conflicto, de las decisiones que tomó tu hermano. Y de lo que yo le hice al final.

—¿Te refieres a cuando lo asesinaste?

—Sí, a eso.

—Porque no podía ser tuyo.

Tragué saliva y bajé la vista al suelo, asintiendo con la cabeza. Fui tan incapaz de mirarla a los ojos como me había ocurrido con sus padres tantos años atrás.

—¿Algo más? —quiso saber—. Cuéntamelo. Tengo derecho a saberlo.

—He escrito sobre el día que tú y yo pasamos juntos. Sobre cómo traté de explicártelo todo. Sobre cómo fracasé.

—¿Has escrito sobre mí?

—Sí.

—Bueno, ¿y por qué no lo has publicado? Solo cosechas elogios. ¿Por qué no

darle también a la gente ese libro?

Guardé silencio fingiendo que trataba de descifrar el motivo, pero lo conocía muy bien.

—Supongo que la vergüenza sería excesiva para mí —repuse por fin—. Si todo el mundo supiera lo que hice, no soportaría las miradas de la gente, no podría vivir con eso. Cuando me haya ido, ya no importará. Podrán leerlo entonces.

—Eres un cobarde, Tristan, ¿verdad? —me preguntó—. Hasta el final. Un cobarde terrible.

Alcé la vista hacia Marian; pocas cosas que dijera podían hacerme daño. Pero había encontrado una de ellas. Una que era verdad.

—Sí —contesté—. Sí, supongo que lo soy.

Exhaló un suspiro y miró hacia otro lado con una expresión que sugería que estaba a punto de gritar.

—No sé por qué he venido —dijo—. Pero ya es tarde. Tengo que irme. Adiós, Tristan. —Se puso en pie—. No volveremos a vernos.

—No.

Y se marchó sin decir nada más.

Tenía razón, por supuesto. He sido un cobarde. Debería haber entregado este manuscrito hace años. Quizá esperaba que la historia llegase a alguna clase de conclusión, seguro de que lo haría tarde o temprano. Y esa conclusión ha llegado por fin esta noche.

Vuelvo a mi habitación poco después de la marcha de Marian. Me observo la mano derecha y compruebo que mi espasmódico índice está inmóvil; el dedo que oprimió el gatillo que envió la bala al corazón de mi amado, satisfecho al fin. Saco el manuscrito del maletín; lo llevo conmigo adondequiera que viajo. Me gusta tenerlo a mano. Y escribo ahora sobre nuestra conversación, sobre el breve y definitivo encuentro entre Marian y yo, y confío en que le haya proporcionado alguna satisfacción, aunque estoy seguro de que, dondequiera que esté ahora, es incapaz de dormir, y si lo hace su sueño estará lleno de pesadillas surgidas del pasado.

Luego saco otra cosa del maletín, algo que también llevo siempre a mano, pues tengo la sensación de que ha llegado el momento de utilizarlo.

No tardarán en encontrarme aquí, en esta habitación de un hotel desconocido, y llamarán a la policía y al servicio de ambulancias, y me llevarán a alguna fría morgue del centro de Londres. Y mañana los periódicos publicarán mi necrológica y dirán que soy el último de aquella generación; qué lástima, dirán, otro eslabón con el pasado que se nos va, pero vean qué nos ha dejado, por Dios bendito, vean qué legado deja atrás para honrar su memoria. Y poco después aparecerá mi manuscrito, mi libro definitivo, publicado por Leavitt en tapa dura. Habrá exclamaciones de indignación y repugnancia, y la gente se volverá finalmente contra mí, me odiarán, mi reputación quedará hecha añicos para siempre, y me habré ganado ese castigo, autoinfligido como esta herida de bala, y el mundo sabrá por fin que yo fui el mayor

pluma blanca de todos.



**JOHN BOYNE** (Dublín, Irlanda, 1971). Se formó en el Trinity College y en la Universidad de East Anglia, en Norwich.

Entre las novelas que ha publicado destaca *El niño con el pijama de rayas* (2006), que se ha traducido a más de cuarenta idiomas y de la que se han vendido más de cinco millones de ejemplares. Ganadora de dos Irish Book Awards y finalista del British Book Award, fue llevada al cine en 2008. En España fue galardonada con el Premio de los Lectores 2007 de la revista *Qué Leer* y permaneció más de un año en las listas de libros más vendidos.

John Boyne es asimismo el aclamado autor de *El ladrón de tiempo* (2000), *Motín en la Bounty* (2008), *La casa del propósito especial* (2009), *En el corazón del bosque* (2010), *El secreto de Gaudlin Hall* (2013) entre otras novelas.

Boyne actualmente vive en su ciudad natal.